Selecta



Cuando una mujer perdona

ELEANOR RIGBY

Cuando una mujer perdona

Gillander’s Whisky 2

Eleanor Rigby

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Esta novela es, en gran medida, la continuación de la anterior, *Cuando un hombre ama*. No sé hasta qué punto es buena idea leerla sin haber leído la primera, pues muchos detalles se escapan si uno se la salta. Es conveniente leer todas las entregas en orden por la importancia de la trama de fondo.

Prólogo

La primera vez que Blake Houston vio a Denna Ross pensó que se trataba de una ilusión; un capricho de la mente concedido, por piedad, a un hombre desesperado por un milagro.

No era tan increíble teniendo en cuenta el extenuante trayecto que llevaba a la espalda. Había pasado un día entero a lomos de un garañón alquilado sin parar siquiera para comer. Notaba los muslos agarrotados, la espalda tensa e igual los hombros, que hacía rato se habían hartado de mantener la postura regia.

Su padre lo había mandado hacía una semana a Aberdeen para cerrar un pacto comercial con el señor de Coventry Castle, y según había dejado caer, se las tendría que ver con una interesante sanción si se demoraba más de un par de días. A Blake le importaban un bledo las prisas del bastardo de su progenitor; si quería estrechar la mano de Coventry lo más rápido posible no era para regresar a tiempo al cálido seno familiar, ni mucho menos para contentarlo, sino para tener unas horas de libertad —y diversión— en cualquier insidiosa taberna antes de vérselas, otra vez, con el diablo.

Se tenía sobradamente merecido el tiempo de ocio. Y si no hubiera estado tan adormilado, si la melancolía que hacía que se preguntara cada atardecer, y con la puntualidad de un reloj, por qué demonios estaba desperdiciando su fugaz juventud aceptando los mandatos de su padre, habría planeado al detalle la noche de juerga que estaba al caer. Era lo que hacía: consolarse con planes a corto plazo para sobrevivir a ese tedio que parecía dominarlo todo. Lo había dominado esa mañana, al levantarse con el sol para atender una obligación odiada; esa tarde, al lidiar con desgraciados que no merecían ninguna consideración.

En esos momentos estaba rabioso. *Siempre estaba rabioso*. Pero las luces del ocaso hacia el que avanzaba sobre su montura atenuaban esa ira y lo mecían en la modorra que necesitaba para anestesiar el dolor.

El resplandor ámbar del horizonte lo obligaba a entornar la vista, y a través de la rendija de los ojos solo se veía amarillo; el flamante astro rey, resguardándose tras las montañas; sus rayos, bañando de oro las inmediaciones; el manto del *toxo*, floreciendo entre el paisaje...

Y en medio de todo eso, *ella*. Como un relámpago cegador.

Verla lo despertó igual que lo hubiera hecho un estallido bélico.

Todas las mujeres lo hacían reaccionar así sin importar el escenario. Blake pensaba que eran

las únicas que podían enriquecer el paisaje y siempre les prestaba la debida atención. Pero al fijarse en ella en concreto, al acercarse sin saber que modificaba su rumbo, también despertó muy despacio de un letargo desconocido, como si no supiera que hasta entonces había estado dormido.

Un instante notaba los párpados pesados, calientes por la caricia del sol más perezoso, y al siguiente desmontaba en un estado de alerta muy distante de su habitual despreocupación. Casi parecía que la mujer hubiera quedado atrapada en una trampa para animales, o estuviera herida, pero no. Solo paseaba entre los brotes de «maravilla de pantano», aquellas flores del color del oro que perseguían al viajero por toda Escocia, y se agachaba para formar un ramo.

Blake se aproximaba con la mayor discreción cuando ella se percató de su escrutinio. La mata de vegetación que los separaba actuaba como un velo a través del que captó su mirada oscura. Blake reconoció la sonrisa amable que las flores trataban de desdibujar sin éxito. *La reconoció*, como si fuera algo que ya hubiera visto antes.

Un crudo presentimiento lo golpeó en el pecho. Casi oyó la voz premonitoria que aseguraba que aquel momento tenía importancia. Que ella no pasaría desapercibida. Y en cuestión de segundos, el dardo ponzoñoso que acababa de traspasar su coraza, su desdén hacia todo, lo llenó de un inflamable y urgente deseo de posesión.

Nadie permanecería en el sitio durante un instante tan decisivo, y menos alguien como Blake, que acababa de ver en aquellos ojos un reflejo de sus anhelos inconfesables. Rodeó los arbustos sin perderla de vista, consciente de su sonrisa temblorosa y el sudor que le empapaba la nuca. No sabía qué diablos lo había atraído de esa manera, pero estaba exultante y tan ansioso por tocarla que, paradójicamente, no quería estropearlo acercándose más de lo debido. Ella también tenía una opinión sobre su distante escrutinio, porque se rio con inocencia y no tardó en cambiar el sentido de su paseo para evitarlo.

No sabía quién era, pero tenía la extraña y hasta ridícula certeza de que la quería.

Las carcajadas de la mujer lo abrazaron y mecieron en una asombrosa calma, aun cuando estaba desesperado por llegar a ella. La travesura se prolongó mientras él la perseguía, apartando las flores con sus manos, y la muchacha huía, jadeando. No se dijeron nada. Solo sonreían, como si hubieran acordado previa y tácitamente las reglas del juego. Solo que para él no era un juego, y lo demostró cerrándole el paso.

Ella casi chocó con su pecho, en el que un corazón que le era ajeno aleteaba atontado. Entonces podría haberla visto de cerca, podría haber confirmado que era tan bella como su cuerpo juraba, pero la fuerza de su encanto actuó como un velo. Lo cegó, y lo único que pudo percibir fue que era simplemente bonita. No había colores ni formas, ni pupilas ni labios, hasta que discernió unos ojos oscuros y una boca que trazaba su incredulidad en una sonrisa.

La convicción de que era suya arrasó los principios que hasta entonces sostenía, ya carentes de fundamento.

Era la mujer de la que le hablaron las cartas.

La vidente de Androssan lo expresó con meridiana claridad: había una dama de nombre y ojos pardos en las líneas secas de su mano y en las que entorpecían la rectitud de su destino. «Lo sabrás en cuanto la veas», le había dicho apenas unos días antes. «Y deberás alejarte de ella. La dicha en los brazos de las sirenas dura un efímero instante... después solo hay sombras».

Y eso qué importaba. Blake la deseaba y no habría héroe humano, Dios o destino que pudiera evitar que la tomara.

—Debes ser la sirena con el par de pies más veloces del mundo.

La inconsciente coquetería con la que ella pestañeó le tensó el alma como la cuerda de un violín. La joven retrocedió con torpeza, mirándolo divertida.

—¿Con cuántas sirenas se ha cruzado para llegar a esa conclusión?

—Suficientes para tener una favorita. —Sin dejar de observarla, alargó un dedo y acarició el borde de una de las florecillas que atrapaba en el puño—. ¿Qué haces aquí sola? Es muy tarde. Podrían aprovechar la oscuridad para hacerle daño.

—Vivo en Coventry Castle. Son las tierras de mi padre, así que estoy a salvo... y solo he encontrado este momento para recoger flores.

—«Maravilla de pantano». —Ella se ruborizó como si hubiera hecho mención a alguna parte secreta de su cuerpo. Pestañeó sin comprender—. La flor que llevas en la mano se conoce como «maravilla de pantano». En Escocia las llamamos «copa de rey».

—¿Y cómo llamaría a su persecución de hace unos minutos?

—Destino inevitable —resumió, sin tener que pensarlo.

La muchacha elevó las cejas.

—¿Y a la confianza con la que me tutea? ¿Qué nombre recibe eso?

—¿Qué se te ocurre a ti?

—Sinvergonzonería. Descaro. Mala educación.

Blake se mordió el labio inferior al sonreír. Se percató de que ella se fijaba en el detalle.

—Aunque algunos usan la maravilla de pantano en sus remedios boticarios, posee toxinas dañinas —dijo, evitando sin reparo su duda. No se planteó ni por un momento tratarla de usted. Una parte de sí lo sentía antinatural—. ¿Lo sabías?

Ella volvió a mirar la flor con incredulidad antes de concentrarse en él.

—¿A eso se ha debido su acoso? ¿Quería hacerme esa advertencia?

—Si tuviera que advertirte de algo, milady, sería de mí y de mis intenciones.

No la sorprendió. La muchacha cogió aire y lo retuvo en los pulmones al replicar:

—Adelante, entonces; adviértame. Aunque le aviso de antemano que, si sus intenciones son las que parecen, será rechazado sin contemplaciones.

—Yo no estaría tan seguro de ello. No estás teniendo en cuenta mi agresiva ambición, ni mi tendencia a insistir hasta que obtengo lo que quiero.

—Ni usted mi cabezonería o mi orgullo.

—Parece que estás satisfecha con tus defectos. Podría convertirme en tu preferido sin que te

dieras cuenta... En uno de esos males necesarios que se disfrutan en secreto.

—Ningún mal es necesario —resolvió ella. Su comodidad durante la conversación solo podía explicarse de un modo: no era consciente de la decisión que Blake había tomado ni del profundo grado de empeño que la definía.

—Todos los males son necesarios, Sirena. Sin ellos como telón no comprenderíamos el valor de las virtudes.

De nuevo lo miró, esta vez francamente interesada.

Otra insólita corazonada lo embargó.

Ella era una criatura risueña y burbujeante, una de esas hadas inquietas que disfrutaban de la soberbia paz de un paisaje en las últimas horas del atardecer. Blake lo sentía dentro: sentía cómo se amontonaban esas cualidades de ella que aún no había compartido con él. El presentimiento de que la conocía, de que algo suyo le pertenecía por entero se intensificaba, sofocante.

—Qué gracioso es usted. ¿Quién es? —le preguntó ella, con una adorable curiosidad que hizo arder su sangre. En dos remotos y distantes puntos dentro de sí, rugió una bestia y ronroneó un felino vulnerable: la primera imperaba que la tomara, y el segundo se postraba modestamente ante ella.

La arrogancia pudo con la humildad, y la impaciencia rebasó su intención de ser prudente.

—Soy Blake Houston. Y tú quizá no lo sepas aún, pero eres mía desde el primer pelo de tu cabeza hasta los dedos de los pies.

La agresividad de su propio deseo lo inmovilizó de repente. Podía jurar que incluso había paralizado la Tierra. Y por un segundo estuvo seguro de que todo florecería o se marchitaría para siempre dependiendo de su respuesta.

—En ese caso deje que le diga que se encuentra en un serio aprieto, porque ya pertenezco a otro hombre. Por eso estoy aquí —añadió. Su actitud relajada mudó a una cautelosa—. Buscaba flores para mi ramo de novia.

Blake sonrió de oreja a oreja, un gesto genuino que la desarmó.

—En una sencilla oración te has dejado al descubierto. —Procedió a explicarse al verla perdida—. Ese hombre es «otro» porque yo soy «uno».

Ella se rio, nerviosa.

—Es usted *una buena pieza*, eso se lo reconozco.

Blake se percató de que pretendía marcharse. Aunque estuvo a punto de evitarlo tomándola sin permiso, se reprimió a tiempo y usó su voz.

—Es muy mal presagio que se detuviera con las maravillas del pantano si buscaba unas flores para casarse.

La joven vaciló un instante antes de decidir prestarle atención de nuevo.

—No eran la única posibilidad; me han gustado estas también —agregó, vigilándolo por el rabillo del ojo. Alzó un puñado de florecillas blancas.

Blake las observó sin verlas, pensativo. Casi se compadeció de haberle robado el futuro; de

haberlo unido al suyo tan poderosamente.

—Hierba de Párnaso —reconoció—. La flor engañosa. Está diseñada para atraer insectos con la falsa promesa de néctar. No creo que quisieras ese simbolismo en el gran día, ni menos aún en tu matrimonio.

—No —musitó—. También esta... podría quedar bien.

Blake sentía su mirada fija, su dulce aturdimiento, y una sensación placentera recorrió todo su cuerpo como una caricia. Era delicioso presenciar esa transformación suya; de la seguridad a la precaución, y cómo en ese instante la invadía la excitación de una virgen ante un hombre que la hacía consciente de su inexperiencia.

Blake estiró el brazo hacia otra de las florecillas.

—La tradicional rosa blanca de Escocia, elogiada en canciones y poesías. Solo el cardo y el brezo destacan por encima de ella.

—Es perfecta —dijo—, ¿no cree?

—No. Su nombre latino, *spinosissima*, quiere decir que tiene muchas espinas. Y las flores nacen de un arbusto caducifolio. Eso significa que, en ciertas estaciones, las flores morirán. ¿Quieres que el amor muera en tu matrimonio cuando los árboles muden de piel? —Ladeó la cabeza—. ¿Quieres un amor lleno de espinas?

Ella lo atendía con la respiración contenida.

—¿Es que el amor no conlleva acaso cierto sufrimiento?

Blake cabeceó.

—Solo cuando se ama con demasiada intensidad para soportarlo. Hay corazones humanos que no están hechos para contener el amor y la veneración de un santo devoto.

La joven retiró la mirada e hizo ademán de marcharse. Blake notó, gracias al precioso perfil que se intuía entre sus mechones, que se había ruborizado.

No era inmune a él.

—¿Y cuál si no sería la ideal para mi ramo? —susurró.

—La clavelina de mar —dijo sin pensar—. ¿Alguna vez la has visto? Es hermosa, de un insólito y suave tono rosado. Y una planta perenne. Resiste a todo. Crece en las rocas, en las marismas, en las laderas de las montañas, en acantilados. En todas partes echa raíces con fuerza. Y se dice que cura el envenenamiento. Si puede salvar la vida de un intoxicado por plomo, no cabe duda de que rescataría al amor de la ponzoñosa amargura en la que pudiera caer el matrimonio.

—No caeré en la amargura —atajó, convencida.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

Ella vaciló antes de enfrentarlo con una mirada segura.

—Lo amo.

Blake sonrió con incredulidad.

Claro que no lo amaba. Todo el amor que ella pudiera sentir estaba destinado a él, hecho a su

única y exacta medida.

—¿Cómo lo sabes?

Ella lo miraba confundida.

—Simplemente lo sé.

—Te equivocas. No es algo que se sepa; solo se siente. Y lo sientes incluso al respirar, porque vibras de manera distinta.

La muchacha le retiró la mirada y enderezó la espalda, rechazando aquel comentario.

—Parece que conoce bien el sentimiento.

—Justo hace un rato he empezado a familiarizarme con él.

Ella no pudo contener una sonrisilla vanidosa, como si no pudiera resistirse a verse a sí misma en las palabras de Blake. Se identificaba con su definición y sus insinuaciones *porque quería*. Y porque era tan consciente como él de lo que significaba que se hubieran encontrado, solo que prefería remolonear a admitirlo.

—Soy Cullodenna Ross —se presentó al fin.

—Pero no eres una Ross y tampoco eres escocesa —adivinó.

—Mi padre se sentirá muy decepcionado cuando sepa que un paisano ha descubierto a simple vista que no soy de las Highlands —ironizó—. Me puso este nombre por la batalla de Culloden esperando que nadie se percatara de mis ascendientes hispanos.

—Mi tatarabuelo luchó en Culloden por el príncipe William. Tengo parientes ingleses y victorias en los dos bandos. Casi se diría que los Houston siempre nos salimos con la nuestra.

—Debe ser agradable tener el respaldo de un linaje histórico para creer en sus posibilidades.

—No es el nombre el que da suerte al hombre, sino el hombre el que da suerte al nombre. Los Houston no tenemos posibilidades; tenemos conquistas y trofeos.

Ella levantó la vista hacia él con una franqueza apabullante.

—¿Y en qué quiere convertirme a mí, según sus intenciones iniciales? Porque ya veo que no es usted un amigo de mi padre, como supuse... ¿Quiere conquistarme o usarme de decoración? Supongo que lo primero; desde el sur de donde es ese acento hasta Aberdeen debe haberse topado con muchas mujeres en el campo. Apuesto porque anda coleccionándolas, en vista de su facilidad a la hora de dirigirse a ellas...

Blake se tomó la libertad de pasarle un brazo por la cintura. El cuerpo de ella reaccionó de la misma y bendita manera, como si acabaran de devolverle una extremidad perdida. No había podido aguantarlo más, asfixiado como estaba, y Denna ni siquiera hizo el ademán de apartarlo.

—Señor —intentó sonar firme, pero un eco de nerviosismo trastocó su voz—. He intentado disimular todo cuanto me lo ha permitido, pero cualquiera diría que quiere ponerme nerviosa.

Sus miradas coincidieron un segundo, y en ese segundo, Blake pudo darse cuenta de la férrea voluntad de carácter que mantenía a esa mujer con los pies en la tierra. Cualquier otra habría temido semejante confianza y despreciado tal intrusión, pero ella resistía a su empeño con la naturalidad de quien lleva mucho tiempo esperándolo.

—Deberías estar temblando —le dijo en un susurro—. Pero si no lo haces ahora, ya me encargaré de que ocurra más adelante.

—Más adelante, ¿cuándo?

Blake la sostuvo contra sí como si quisiera atravesarse la carne con sus delicadas costillas, inspirado por la leve huella de impaciencia que había marcado su pregunta.

—Cuando te bese.

Ella vaciló, repentinamente acongojada.

—¿Y cuándo será eso?

—En la boda, quizá.

—¿Asistirá a la ceremonia?

Blake esbozó una sonrisa confiada. Era esa clase de confianza que empujaría a un hombre por un acantilado y por el que se arrojaría al foso de los leones sin miedo a la muerte; una ciega, enferma, desdibujada por la locura de la ambición más arriesgada.

—Lo haré. Pero por si acaso no llegara a tiempo... —Se inclinó sobre ella y juró, prometió y amenazó a la vez—. *Yo me opongo.*

Blake supo que nunca olvidaría con qué nuevos ojos lo miró. Había tardado unos minutos más que él, agónicos y muy solitarios, pues Blake creyó que navegaría solo en aquel mar turbulento que era el capricho de Cupido. Pero tras el aviso, Denna comprendió a lo que se enfrentaba: a una irreversible decisión del azar. La arrasadora sensación de pertenencia la sacudió también. Él vio cómo se estremecía, cómo una sombra de temor ante lo raramente experimentado oscurecía su mirada.

Era suya y no había nada que pudiera hacer para remediarlo.

No, Blake jamás lo olvidaría... *conscientemente*.

Pero ya en la mente de Blake nadaban las brumas. Y no recordaba nada parecido a la clavelina de mar, a Denna Ross o a su oposición.

Pero ella sí recordaba, y esa iba a ser su ruina.

La ruina de ambos.

1

Lochranza, isla de Eilean Arainn.

Noviembre de 1837.

Denna se abrazó los hombros con aspecto desamparado.

—¿De verdad es necesario que te vayas? —Tragó saliva—. ¿Justo *ahora*?

El gélido aliento del invierno escocés atizó los mechones sueltos del moño de Beth, que se giró para dedicarle una sonrisa tranquilizadora. A pesar de la baja temperatura, el servicio al completo y los amigos más leales se habían reunido a las puertas de Cranston Castle para despedir a los viajeros. Esa mañana, el señor y la señora del castillo emprenderían una travesía sin fecha de regreso establecida. El destino era Inglaterra.

Ese había sido el regalo que Calder Houston, propietario de todo a lo que alcanzaba la vista, había decidido hacerle a su esposa con motivo de sus nupcias. Del enlace hacían ya unos cuantos meses, pero no había sido hasta unas semanas atrás que el señor Houston aceptó que estaba casado... con lo que eso conllevaba. La excusa del viaje no era otra que complacer a Beth, quien ardía en deseos de conocer a su lado de familia paterna empadronada en Londres.

Denna no era lo bastante benévola para celebrar que su amiga fuera a encontrarse con sus hermanos mayores; no cuando su ausencia la abocaría a una soledad devastadora. Y eso Beth lo sabía.

—Reconozco que no es el mejor momento —le dijo con voz sosegada. Aún no se había demostrado que supiera apaciguar a las bestias, pero lograba calmar el mal humor de su marido, lo que no era en absoluto desdeñable y ya podía entrar en la categoría de don—, pero viendo la desesperante lentitud con la que Blake progresa, Cal y yo hemos llegado a la conclusión de que nunca lo será del todo. Es ahora o nunca.

«Olvídate de Blake», quiso gritar. «¿Qué hay de mí?».

La mera mención de ese nombre logró lo que ni los vientos arrastrados del golfo pudieron hacer: se estremeció de la cabeza a los pies. Nunca dejaría de sorprenderle cómo un odio tan abrasador como ese se las arreglaba para helarle la sangre.

—Denna... —insistió Beth. Cerró la puerta del carruaje que sostenía con impaciencia y se acercó para hablarle con cercanía—. Ya sabes que no tienes por qué lidiar con él si es superior a tus fuerzas.

—Es superior a mis fuerzas —respondió en tono adusto, indignada porque lo cuestionase.

Beth se quedó un momento en silencio, mirándola con esa combinación de curiosidad y sospecha que a veces la sacaba de sus casillas.

Cuando llegó a Lochranza, Denna pensó que había encontrado en lady Beth a una confidente. Alguien a quien dar las explicaciones que se le antojara, cuando y como se le antojase. Alguien que no la juzgaría o, por lo menos, no hurgaría en sus heridas.

No sabía cuánto se equivocaba.

La muchacha había resultado ser mucho más perceptiva de lo que le hubiera gustado, y no tenía el menor reparo en entrometerse en asuntos ajenos si creía que eso era lo que debía hacer. Con Beth cerca, Denna no estaba a salvo con sus secretos. Y no solo porque tuviera sensibilidad de sobra para desentrañarlos, lo cual era peligroso, sino porque la propia Denna sentía a veces el irrefrenable deseo de expresar sus intimidades. Albergaba la esperanza de que Beth comprendiera su eterno dilema, y tenía la seguridad de que, aun si no la entendía, por lo menos respetaría sus sentimientos.

Pero nunca parecía el momento perfecto para abrirse en canal. Y tenía miedo.

Denna llevaba demasiado tiempo abrazada a una zarza espinosa. Tanto que había quedado insensibilizada al dolor. Estaba segura de que romper ese abrazo venenoso y pedir auxilio la haría sangrar mucho más de lo que la liberaría.

—No te quedas sola —le recordó Beth—. Solo tienes que levantar una mano para que Lachlan acuda a ti y te proteja si en algún momento te sientes amenazada.

—No tengo miedo de que me haga daño.

—¿De qué tienes miedo, entonces?

Denna tragó saliva y ladeó la cabeza hacia el protagonista de la conversación.

A apenas unos metros de distancia, y conversando con el señor del castillo, Blake Houston parecía igual de enemistado con la idea de despedir a su hermano. Tenía la boca fruncida en una mueca contrariada a pesar de que Calder, con esa ternura que solo demostraba hacia su propia sangre, no dejaba de apretarle cariñosamente el hombro.

Desde que Blake despertara en una cama desconocida, en un lugar que no le sonaba familiar y sin recordar ni quién era ni cómo había llegado hasta allí, Calder había sido su principal apoyo. Llevaba semanas tratando de reconstruir su identidad con su inestimable ayuda. Aún no habían tenido el menor éxito, puesto que Blake no rescataba ni un solo recuerdo tras el golpe. No obstante, se habían acercado lo suficiente para sentar las bases de una floreciente amistad; algo impensable si no hubiera perdido la memoria.

El pasado que Blake compartía con las gentes de Lochranza, incluido su hermano, no era en absoluto halagador. Pero Calder había insistido en darle una segunda oportunidad aprovechando las circunstancias. Eso significaba, además de ocultarle el motivo de su actual estado, tergiversar la verdad a su beneficio. Los socios de la destilería en la que mandaba habían coincidido en que, por motivos de seguridad, lo mejor para todos —también para Blake— sería mantenerlo en una

zona de limbo y no decirle bajo ningún concepto qué clase de bastardo solía ser.

Denna se clavó las uñas en los hombros. La gélida corriente estaba a punto de tallar su postura en hielo. No veía cómo se las arreglaría para ponerse en funcionamiento y regresar al interior del castillo una vez hubiera dicho adiós a Beth, y no solo por el frío.

No era capaz de vivir bajo el mismo techo que Blake; no sin el apoyo de su amiga. Y, desde luego, no después de lo que él había averiguado de ella.

Su debilidad.

Lo había intentado de todas las maneras humanas. Incluso llegó a pedirle a la Reina de las Hadas, la curandera que tanto la despreciaba, un mejunje mágico que consiguiera salvarla del recuerdo. Pero no podía sacarse de la cabeza su voz rasposa pronunciando un cálido «*na caoin, mo dùdach*»[1]; las palabras con las que Blake había regresado de la inconsciencia tras descubrirla arrodillada a los pies de su cama, y nada menos que llorando por él.

Desde que abrió los ojos, y a pesar de no recordar quién era ella, Blake no dejaba de perseguirla con la mirada. Se esforzaba por propiciar encuentros, por iniciar conversaciones banales que terminaran guiándolo a la pregunta que brillaba en sus ojos, una que ella no respondería: «¿Qué eras para mí?».

Si no se hubiera tratado de él, su dulce insistencia la habría conmovido. Pero era Blake... y Denna estaba segura de que fingía.

Nadie secundaba su hipótesis. Ni siquiera Lachlan. Aun así, defendería hasta el final que Blake actuaba, y en cuanto Calder estuviera fuera de la isla se las arreglaría para hacerse con el control del castillo, de la destilería... *y de ella*.

«Blake y tú ya no estáis casados», le había dicho Calder hacía solo unas semanas. «Anuló el matrimonio por tu supuesta incapacidad para darle hijos en un periodo de varios años. El vínculo entre vosotros se ha disuelto. Puedes elegir entre quedarte aquí y encontrar la manera de ser feliz en otra parte, lejos de todo esto. Ya nada te une a él».

Antes que atreverse a gestionar hasta qué punto la había destrozado aquella noticia, Denna había barajado la posibilidad de marcharse. Sobre todo después de saber que, mientras Blake fuera vulnerable y hasta que no pudiera elegir a dónde dirigirse, viviría bajo su mismo techo. Una idea que se le hacía insoportable.

Pero no tenía otro lugar al que ir.

Por supuesto que Coventry Castle, en Aberdeen, seguía en pie, pero su padre había muerto unos años atrás y una familia de parientes desconocidos ocupaba sus aposentos. A pesar de ello, en algún que otro momento de debilidad había pensado en regresar con una mano delante y otra detrás. Arriesgarse a depender de un nuevo miserable, si es que tenía tan mala suerte, por lo menos le arrebataría a Blake el placer de destruirla, y solo por eso ya habría ganado.

¿Qué otra cosa habría perdido si se hubiese ido, aparte de a Calder y a Beth, a quienes consideraba sus mejores amigos? Todo el mundo en el pueblo la detestaba. La creían causante de que Blake Houston, el adorado héroe durante su juventud, hubiera perdido el encantador carisma

y se hubiese convertido en un monstruo.

Y quizá lo fuera. Tal vez ella lo abocó a eso. Pero no tenía fuerzas para hacerse cargo.

Lo único que la había disuadido de desaparecer era darse el gusto de desenmascarar a su exmarido, el que sabía que tarde o temprano se dejaría al descubierto.

Siempre había sido muy listo, pero nunca lo suficiente para engañarla a ella.

No por mucho tiempo, al menos.

Denna miró a Beth a los ojos. La muchacha parecía haberse sumido en un respetuoso silencio, pero en realidad solo estaba demostrando su obstinación: no iba a moverse de allí hasta que respondiera a su pregunta.

¿De qué tenía miedo, entonces?

—Debería haber hecho mi equipaje para marchar con vosotros —murmuró al fin.

Beth sonrió divertida.

—No creo que hubieras soportado compartir espacio con la Reina durante mucho tiempo. —Y señaló a la susodicha, que había terminado de pelearse con su baúl para acercarse a Andrew Haye. Las dos observaron cómo este arqueaba una ceja expectante en su dirección, entre asqueado y sorprendido porque iniciara una charla por voluntad propia.

La Reina de las Hadas era una criaturilla sacada del folclore escocés. Era tan pequeña que nadie descartaba que cupiese en un frasco, y también la viva imagen de una Venus de Botticelli. No se molestaba en recoger el cabello rubio, que ondeaba a su espalda como el halo de luz protector de las deidades mismas, y en su rostro adorable siempre había pintada una expresión presumida. El único que podía igualar a la Reina, de nombre Bonnibelle, en altanería y presunción, era Andrew Haye. Denna asistía con especial interés a sus feroces intercambios; se llevaban como el perro y el gato desde que Bonnie se atreviera a cuestionar sus métodos de sanación, distintos de los de ella por las diferentes corrientes que los tuvieron como aprendices de la labor curativa. A pesar de que Haye era más cercano a la medicina y la ciencia que la Reina, una fanática de la «sanación chamánica», como Haye la llamaba, había sido esta la elegida para acompañar al señor y a la señora en la travesía. Aunque Calder hubiera sido intervenido para salvar una herida de bala en la pierna, aún necesitaba cuidados médicos; cuidados que la Reina estaba preparada para dispensarle.

—Confío en que la belleza de Inglaterra la seduzca y convenza de trasladar su residencia oficial al otro lado del mar —le dijo Haye, con tal cortesía que nadie diría que ansiaba quitarla del medio.

—Difícilmente me seduciría la belleza de Inglaterra cuando tengo ante mis ojos un espécimen de Liverpool y no me genera ningunas cosquillas en el estómago.

—¿Significa eso que he dejado de darle ganas de vomitar?

—Significa que, si todos los ingleses son como usted, estaré de vuelta antes de que intente matar a mis pacientes con sus mejunjes químicos.

»No crea que no me aterra la idea de dejar a toda la población de la isla en sus inútiles manos

—añadió—. Solo para asegurarme de que de algún modo alguien ejerce una influencia positiva en usted, quiero que lleve esto.

Haye levantó las cejas oscuras cuando la muchacha, cuya coronilla apenas le llegaba al mentón, le tendió un colgante. Por lo demás, permaneció impasible.

—No, gracias. Prefiero no ponérselo tan fácil cuando decida practicar conmigo y a distancia algún truco barato de santería.

—¿Es que no reconoce la cruz de Brígida?

Haye examinó el abalorio pendiente con ojo crítico y aire desdeñoso.

—Reconozco que tejer juncos y paja se le da lo suficientemente bien para abandonar el oficio de bruja. ¿No se ha planteado nunca vender esto en el pueblo en los días de mercado?

—Es la diosa triple céltica —insistió—: de la inspiración, la sanación y la adivinación.

—Vaya por Dios. Parece que se interesará antes por todas las leyendas y panteones paganos que por la medicina real.

—Lo protegerá de sus propias y malas vibraciones y al llevarlo recordará que una de sus obligaciones no es envenenar a mis pacientes —continuó, haciendo caso omiso de su provocación.

—Y también podré llevarlo al festival de *Latha Fhèill Brìghde*[2] si me aburro el uno de febrero. Adoro los regalos con múltiples usos —ironizó—. Si tanto le preocupa la salud de sus pacientes, ¿por qué no se queda y se asegura de que no los mato?

—Porque el señor Houston ha recobrado el juicio y decidido que es más inteligente y útil llevarme a mí a Londres que a usted... y no voy a ser tan descortés como para rechazarlo.

Andrew Haye tenía un dominio sobre sí mismo envidiable; Denna lo admiraba profundamente por haber condenado a sus allegados a figurarse, incluso conspirar para deducir qué estaría pasando por su cabeza. Y eso era lo que hacía todo el tiempo, imaginar cómo le sentaban los insultos de la Reina. En ese momento, y pese a no dar la menor muestra de ello, le gustó pensar que había herido su orgullo.

Lo vio coger el colgante entre el dedo índice y el pulgar, como si fuera tóxico.

—Se lo agradezco. Hará frío en los próximos dos meses y tengo entendido que la paja arde de maravilla. Servirá si nos quedamos sin reservas para la chimenea.

Con aquellas palabras tan revitalizantes y encantadoras, ambos se dieron la vuelta a la vez y cada uno puso rumbo a su destino; Bonnibelle se acomodó en el interior del carruaje, satisfecha por la acción llevada a cabo, y el señor Haye se internó en el castillo tras despedirse de los señores con un escueto asentimiento de cabeza.

—¿Qué crees que hará con eso? —le preguntó Beth, divertida por el intercambio—. ¿Lo echará a la chimenea de verdad?

—Haye puede ser mucho más maleducado. No lo subestimes. —Rio ella también. Miró a su amiga con un nudo en la garganta—. Voy a echarte de menos de verdad. A Calder también, pero sin ti esto se quedará vacío. Cuando quiera hablar con alguien tendré que hacerlo sola.

—No estaré lejos demasiado tiempo. Un mes como mucho. —Se puso una mano en el vientre —. Si tardo más, el bebé empezará a darme molestias y no quiero amargar el viaje a nadie... ni siquiera si llevo a mi lado a una especialista.

Pensando con optimismo en que por lo menos se había librado de la bruja, que no le caía mucho mejor de lo que le gustaba a Haye, Denna dio a Beth un abrazo de despedida. La sintió cálida y receptiva como solo una amiga podía serlo, pero era mucho más; era una leona protectora y ya se intuía que sería una madre maravillosa.

Denna no quería darle vueltas a lo doloroso que sería asistir a una embarazada y convivir con un pequeño cuando ella nunca tendría descendencia. Intentaba con toda la fuerza de su alma alegrarse por la concepción y empaparse del entusiasmo que rezumaban los padres. Por lo pronto no lo estaba consiguiendo, pero no perdía la esperanza de, un día, alejar ese egoísmo y aceptar su destino con las carencias que incluía.

—Va siendo hora de que nos marchemos —interrumpió Calder, pasándole un brazo por la cintura a su esposa. Miró a Denna con cariño y preocupación—. Dime que estarás bien para que no me sienta culpable.

—Estaré bien —mintió.

Permaneció a los pies del castillo y frente al camino que los llevaría a puerto hasta que el carruaje se perdió en el horizonte. Embarcarían por la mañana en el puerto de Brodick, y el amanecer ya estaba despertando a la tierra con su resplandor nacarado.

Inspiró profundamente y mantuvo los ojos cerrados un instante. Cuando volvió a abrirlos, la impresión de que alguien la observaba hizo que ladeara la cabeza hacia la izquierda. Allí estaba Blake, estudiándola con ese tinte de inseguridad recién adquirido que hacía que ella dudase si de verdad era él, u otra persona se había apoderado de su cuerpo.

Solo para demostrarse que no estaba asustada, le sostuvo la mirada. Pero pronto fue demasiado.

No había ninguna familiaridad en la manera en que él se dirigía a ella, porque jamás lo hizo con esa humildad. Aun así, sus rasgos, su postura natural, incluso la dirección que tomaban sus mechones rubio ceniza por acción del viento la turbaban más de lo humanamente soportable. Tenía memorizado su cuerpo a pesar de no haberlo tocado nunca. Sobre todo *ese cuerpo*, aquel con el que la conoció; el esbelto que se había deteriorado con los años de matrimonio y ya nuevamente se encontraba en su esplendor original.

Siempre fue un hombre robusto y poderoso con los músculos desarrollados de un guerrero babilonio, pero al tiempo que su buen ánimo perdió lustre, su belleza exterior lo hizo también, como si el podrido interno hubiera aflorado a la superficie. En el último medio lustro, cuando aún vivían juntos, Blake había engordado, no se afeitaba jamás y casi siempre apestaba a alcohol. Allí, sin rastro de vello facial y de nuevo delgado, era difícil para Denna no ver al hombre de los primeros días. Aquel que consiguió fascinarla.

No sabía dónde demonios había estado los seis meses anteriores a su regreso a Lochranza,

pero lo que fuera que hubiese ocupado su tiempo le había sentado de maravilla.

Denna se preguntaba, no sin cierto rechazo hacia la idea, si era el amor lo que le había devuelto la vida. ¿Por qué anularía su matrimonio si no fuese para casarse de nuevo? Él siempre supo que ella habría recibido la noticia de su libertad con llantos de ilusión, y ni en mil años le hubiera dado la satisfacción de desatarla. Encontraba demasiado placer en el daño que le causaba. No era descabellada la conclusión de que hubiese decidido cesar en su empeño de hacerla desgraciada por inspiración de otra mujer.

Pero era dolorosa a la vez.

Denna apartó la vista y echó a andar a toda prisa hacia el castillo. No le simpatizaba haberse quedado a solas con él en la entrada. A pesar de haber sido su marido, nunca habían compartido la menor intimidad; ni siquiera aguantaban más de cinco minutos en la misma habitación. Eso bien podría haber cambiado para él, o quizá pudiera fingirlo, pero ella no había olvidado aún sus viejas costumbres y pretendía seguir evitándolo.

Lamentablemente, una figura masculina le cerró el paso justo cuando iba a entrar. Denna se sobresaltó y alzó la mirada con los ojos espantados. Pero mucho antes que el miedo, sintió la rabia colapsando sus venas al mirar a Blake a la cara.

Él la interrumpió antes de que pudiera espetarle qué hacía.

—Creo que va siendo hora de que me digas quién eres.

2

Se había prometido a sí mismo que sería sutil, pero por lo visto, esa virtud no figuraba entre las del hombre que solía ser. Juraría que la sangre le había rugido con una potencia salvaje al abordarla sin previas presentaciones, como si solo pudiera ser fiel a su instinto actuando igual que un animal.

Llevaba semanas manteniendo las distancias. No solo porque la mujer pareciera incapaz de tolerar su mera presencia, sino porque tenía asuntos más importantes de los que ocuparse. Como, por ejemplo, quién diablos era Blake Houston y por qué no conseguía recordarlo, tratándose de nadie más y nadie menos que él mismo. Sin embargo, tenía una estaca en el corazón que se astillaba cada vez que la veía. Parecía que quisiera decirle que nada era ni remotamente sustancial, ni siquiera su propio origen, si lo comparaba con ella.

La sensación que dominaba sus días era la confusión. Intentaba, en vano, navegar a través de las brumas de su conciencia, pero al final terminaba perdido, exhausto y con la impotencia de verse las manos vacías. No había conseguido aún atisbar ni un solo amanecer del Blake que fue. Pero ni el desaliento ni el caos lograban empañar la absoluta certeza de que esa mujer había sido, aunque fuera puntualmente, el centro en torno al que giraba su mundo.

No la veía en sus sueños ni le sonaba familiar como sí lo hacía Calder o la pequeñita y graciosa hada rubia, pero los demonios se lo llevaban cada vez que ella miraba a otro lado. Necesitaba comprender por qué su rechazo le partía el alma.

Denna, se llamaba. El mero hecho de pensar en ella era turbador. A veces, solo mantener su nombre en el pensamiento hacía que le desbordara la emoción y rompiese a llorar sin consuelo. Otras, un impulso agresivo hacía seductora la idea de golpear una pared. Si su ineptitud para recordar ya lo agotaba de rabia, no recordarla a ella estaba a punto de matarlo.

Estuvo cerca de cogerla por los hombros y zarandearla para que contestara.

—Sabes muy bien quién soy —oyó que murmuraba. Se las arregló para escabullirse por el lado y recorrer medio pasillo principal antes de que Blake la alcanzara.

No le pidió a sus manos que la tocaran; actuaron guiadas por una necesidad superior de la que él no era consciente.

Denna se tensó cuando la sujetó por la cintura.

—Suéltame ahora mismo.

—Dime lo que quiero saber y lo haré.

Ella jadeó, incrédula.

—Veo que no has esperado ni un día desde la marcha de tu hermano para perseguirme.

—No tendría que perseguirte si no te dedicaras a huir de mí. Maldita sea, solo quiero saber qué está pasando. ¿Por qué no me das ni una sola respuesta? ¿Por qué me evitas?

Denna lo miró con una mueca contenida.

Se había fijado en que cada vez que se refería a ella, una fina lámina de melancolía empañaba sus ojos oscuros. Blake tenía la sensación de que no la había mirado lo suficiente y perdería pronto el derecho, y por eso era su deber empaparse de ella mientras pudiera.

—Porque no te debo nada. Ni explicaciones, ni charlas triviales, ni sonrisas.

—¿Acaso solo actúas movida por el deber? ¿No sientes ni siquiera curiosidad o lástima por la situación en la que me encuentro como para echarme una mano?

—La lástima no es algo que habrías querido. Ni siquiera en estas circunstancias.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Créeme, no tienes ni idea de qué es lo que quiero de ti.

Denna apretó la mandíbula y desvió la vista un momento.

—Si respondo tus preguntas... ¿me dejarás en paz?

Blake no podía prometer tal cosa, así que dejó correr el silencio.

Ella suspiró.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó de mala gana.

«¿Por qué no me soportas? ¿Cuánto daño te hice? ¿Cuánto daño me hiciste tú? ¿Por qué siento que te adoro con cada fibra de mi ser, y a veces, en cambio, intuyo que has sido tan cruel conmigo que no puedo perdonarte?».

—¿Por qué vives aquí? —se le ocurrió—. ¿Qué eres para Calder?

—Soy una simple amiga.

—No recuerdo muchas cosas de mi pasado, pero una de las que no se me escapan es que a los amigos no se les pone una habitación en un castillo. A no ser que seas otro tipo de amiga, y creo que mi hermano está demasiado enamorado de su esposa para visitarte por las noches.

Denna lo miró indignada.

—Por supuesto que no soy la «amiga» de tu maldito hermano. Soy viuda —cortó con sequedad—. Al morir mi marido lo perdí todo y Calder me acogió. Eso es todo: una amistad de años y la generosidad del señor avalan mi presencia en Lochranza.

Eso sin duda encajaba con la descripción. Denna era una mujer enérgica y con el genio muy vivo; por lo que había podido observar, él no era la única víctima del aspecto menos halagador de su carácter. Pero eso no restaba fuerza al aura sombría de soledad y tristeza que ensombrecía sus ya de por sí oscuras prendas. Solo vestía de negro, de marrón, de gris apagado, y algunas veces su mirada se perdía en el aire, en el paisaje, como si solo mediante la abstracción le fuera soportable recordar lo perdido.

—¿Quién era tu marido? —preguntó con voz ronca. Ella trató de reprimir la respuesta más

visceral, pero sus labios se torcieron incapaces de contenerla.

—Un infeliz que todo cuanto deseaba era convertir mi vida en una miseria. —Lo dijo con la barbilla bien alta, retándolo a decir lo contrario. Blake no comprendió el fuego profundo que ardía en sus ojos, pero se le retorció el estómago de pensar que alguien pudiera haberle hecho daño.

—Supongo que no lo consiguió si estás aquí... entera y peleona.

—Estuvo cerca. Conocía mis puntos débiles.

—E imagino que tú conocerías los suyos. —Ladeó la cabeza—. Un hombre de verdad no destruiría a una mujer como tú si no fuera en defensa propia.

Con el comentario pretendía bajar sus defensas, incluso le había salido sin querer un ligero flirteo, pero Denna lo recibió igual que una bofetada. Su reacción hizo que pronto reformulara sus teorías y se armara de valor para exponerlas.

—Le hiciste daño —dedujo.

—Él también me hizo daño a mí.

—¿Cómo? ¿Tenía una amante?

—No es de tu incumbencia.

—¿Tenías un amante tú?

Denna reaccionó igual que si la hubiese insultado. Y Blake pensó por un momento que lo había hecho, que acababa de excederse, pero eso le había servido para confirmar una de sus teorías. La mujer hizo ademán de darse la vuelta hacia la otra punta del corredor; Blake se le adelantó.

No le importaba un carajo si se estaba tomando unas libertades que no le correspondían. Aquella mujer estaba arrebatándole el derecho de conocer la verdad en sus mismísimas narices y no podía permitirlo.

—¡Suéltame, maldita sea! —escupió, sacudiéndose entre sus brazos. No sin un esfuerzo extra, sorprendente teniendo en cuenta que era considerablemente delgada, Blake la inmovilizó por las muñecas.

—Soy yo, ¿verdad? —susurró en voz baja. Ella dejó de removerse de golpe, como si la hubiera apuñalado, y buscó sus ojos con el aliento contenido. Envalentonado por lo que parecía decir su reacción corporal, continuó—: Soy el amante. Es lo único que explica la chispa que hay entre nosotros; por qué huyes de mí, incluso. Te sientes culpable porque el capricho de un romance ilícito no es algo que las mujeres de clase alta se permitan a menudo... ni siquiera si son libres.

Le dio la impresión de que Denna se tranquilizaba al oír su teoría, señal inequívoca de que había errado. Pero era una hipótesis que deseaba abanderar y en la que le complacía regodearse. Por muy inexplicable que fuera, ya sabía que estaba enfermo de pasión por esa mujer, y sus respuestas físicas a cada roce no dejaban de confirmarlo. Solo tener apresadas sus delicadas muñecas, piel con piel, le colmaba el alma de anhelos morbosos.

Creía conocer la mecánica del acto sexual, pero no recordaba haberla llevado a cabo con nadie. Su cuerpo reaccionaba por puro instinto.

Ella respiraba con dificultad y no dejaba de mirar, nerviosa, el poco espacio que los separaba.

—¿Te parece que soy libre? Me has arrinconado sin posibilidad de escape —masculló entre dientes—. Por supuesto que no eras mi amante.

A pesar de sonar tan honesta como para despertar la llama de la inseguridad, Blake no se rindió.

—¿Y por qué llorabas a los pies de mi cama? Una mujer no se deshace en ruegos y rezos si el hombre que ama no se debate entre la vida y la muerte.

—Hay mujeres tremendamente piadosas y con una sensibilidad inaudita.

—Y yo no dudo que tú poseas esa sensibilidad mencionada, pero si no tienes clemencia alguna conmigo en este momento, se me hace difícil creer que la compasión te moviera entonces.

—Claro que te compadezco. Eres el único pariente vivo que le queda a Calder y todo lo que haga sufrir a mis amigos me parte el corazón a mí.

—No era Calder quien te estaba rompiendo el corazón en ese dormitorio. Era yo.

Denna soltó una risita histérica.

—Veo que tu arrogancia se mantiene intacta. Está claro que no se almacenaba en el lado del cráneo que el golpe casi te parte.

—Eso ya responde algunas de mis preguntas: me alegra haber descubierto que soy arrogante. Quizá ahora puedas decirme por qué, si no significo nada para ti, no dejas de corretear en la dirección contraria a la que yo tomo.

—Tal vez fuera para protegerme: para que no me intimidaras en un pasillo oscuro. Lástima que pese a mis precauciones no haya logrado evitarlo.

Blake se acercó tanto a ella que sus narices se rozaron.

—Espero que no me estés acusando de algo injusto, Sirena. Antes de llegar a esto, he probado todos los acercamientos decorosos disponibles entre un hombre y una mujer.

—Ahora dirás que soy yo la que te he abocado al acorralamiento. ¿Por qué lo encontraré tan sorprendente? —preguntó al aire—. En lugar de asustarme, podrías haber captado el mensaje que te he mandado y haberme dejado tranquila. Creo que es evidente que no deseo ni tu cercanía, ni tu conversación.

—Si tanto me odias, creo que desahogarte contándome por qué no te resultará en exceso complicado. Incluso saldrías ganando.

—No te odio. Simplemente... —Tragó saliva. Su rostro moreno brillaba perlado por el sudor. Ya no se resistía, señal de que se iba debilitando—. Los hombres como tú no nos despiertan la menor simpatía a las mujeres respetables. Soy muy consciente de cómo me miras y me resulta desagradable.

Blake solo se separó lo suficiente para que pudiera tomar aire, cosa que hizo como si acabara de salir del agua.

Eso también tenía sentido.

Había intentado controlar las veces que se dirigía a ella con una duda inútil, siempre una excusa para acercarse. Procuraba mantener las distancias con tal de no incomodarla. A veces, cuando notaba que ella iba perdiendo la paciencia y empezaba a encontrar intolerable su presencia, se borraba del mapa.

Pero no podía controlar la forma en que la admiraba.

Sin recordar nada más que a las tres mujeres que vivían en el castillo y las criadas del servicio, Denna era para él un ejemplo de superioridad: una criatura tocada por lo divino. Sospechaba que, en una zona rural como Lochranza, habría sido marginada por la rareza de sus rasgos, pero su exotismo le calentaba la sangre de un modo disparatado. Parecía una sirena besada por el sol de las costas del mediterráneo. En la cara redonda brillaban dos almendrados ojos pardos que despedían las mismas brasas que el fuego cada vez que se cruzaban; tenía la nariz pequeña y chata y una boca desesperantemente deseable. Su olor a sándalo y flores silvestres lo trasladaba a lugares que no recordaba haber visto, pero en los que sentía que había vivido los minutos que dieron sentido a su existencia.

Entendía que le pareciera abusiva e inapropiada la forma en que la observaba. Él mismo vivía avergonzado, a veces incluso asustado, por cómo la pasión lo saturaba. Esto le había hecho dudar de su gran certeza en numerosas ocasiones.

¿Y si no la conocía de antes y era el deseo de tomarla lo que en realidad palpitaba dentro de sí? Aceptar esa posibilidad como verdadera lo salvaría de miles de noches en vela, pero sentía que había mucho más. Y Denna se lo estaba ocultando.

Clavó sus ojos en los oscuros de ella, esperando convencerla con su mirada persuasiva.

—¿Te crees que no me he dado cuenta de que tú también me buscas? Puede que sea porque te repugno y deseas ponerte a resguardo, pero eso no se correspondería con lo que me dijiste cuando estaba postrado.

—No te dije nada.

—No, es cierto; te levantaste y te fuiste en cuanto te pregunté quién eras —le reprochó con amargura—. Pero antes de eso susurraste que me necesitabas.

Denna se estremeció, dándole una pista en contra de su propia voluntad. Se regocijó con que no pudiera quitarle esa noche, ese momento de intimidad. Conocer que esa mujer pudiese albergar el más remoto sentimiento por él lo elevaba por las nubes.

—Mientes —murmuró sin voz.

Blake la soltó sabiendo que no usaría las manos contra él y apoyó las palmas en la pared, muy cerca de su cabeza. Dos ondas de cabello oscuro enmarcaban un rostro nublado por el pánico. Pero no le tenía miedo a él... estaba asustada de la verdad. Ese era el motivo por el que no se la decía, y esa debería ser también la razón que Blake debería tener presente para no llevarla al límite. Por lo menos, si fuera un caballero.

Sin embargo, todo lo relacionado con ella se planteaba como una urgencia impostergable.

—Dijiste... —continuó en voz baja, rozando su nariz—: «No podría abrazarte sin sentir que me traiciono. No podría besarte sin odiarme después».

Denna negó con la cabeza.

—Son las palabras que se le dirían a un amante imposible, ¿no crees? —aguijoneó. Siendo incapaz de contenerse un solo segundo más, deslizó los dedos por el lateral de su largo cuello. Las ansias de amor hicieron que todo su cuerpo palpitara en respuesta. Estaba caliente y era tan suave que se le escapó un gruñido placentero que ella secundó con un suspiro avergonzado—. Mírame a la cara y dime que solo estoy fantaseando. *Na laighe dhomh, dudàch*[3].

Denna volvió a negar, inhabilitada para actuar. La paralizaba el terror.

—Eres consciente de que, aunque no estés hablando, tu silencio es tremendamente elocuente... ¿verdad? —continuó con voz ronca. Ella respiraba con dificultad y había cerrado los ojos. Perdiendo del todo los modales, Blake recorrió la línea de su mandíbula con el pulgar y se detuvo en la comisura de sus labios entreabiertos—. Reaccionas a mis caricias como si me amaras, Denna.

Ella levantó la mirada hacia él. En sus ojos se concentraban todas las emociones imaginables, incluso las que eran contrarias; su roce la complacía tanto como la repelía, y él encontraba excitante esa incoherencia.

—Aléjate de mí —le espetó con debilidad. Lo empujó por el pecho y él le concedió el deseo retrocediendo—. Aléjate... aléjate de mí.

—¿Cuál es tu excusa para negarme la verdad? No tienes derecho...

—¡Eres tú el que no tiene derecho a ponerme un dedo encima! ¡No lo tienes! —gritó, fuera de sí.

Temblando como una hoja al viento, se las arregló para poner sus piernas en funcionamiento y dirigirse al fondo del pasillo. Blake pensó que no sería muy inteligente seguirla, pero al ver que flaqueaba a medio camino y tenía que apoyarse en la pared, totalmente sobrepasada, corrió hacia ella. Evitó que cayera redonda cuando perdió el equilibrio, y por suerte (y a la vez, por desgracia) Denna no se quejó porque la sostuviera.

Se había desmayado.

Blake masculló una maldición por lo bajinis.

¿En qué momento habían llegado a ese punto? Debería haber sabido que era una mujer frágil. Si para algo tenía tiempo aparte de para condenar su mala suerte, era para observarla, y así no le había resultado difícil decidir que toda su agresividad era una fachada que ya se tambaleaba con un vistazo.

¿Qué la habría llevado a levantar muros, y por qué no dejaba que él se asomara? Ni siquiera quería permitirle que saciara una egoísta necesidad personal como lo era descubrir quién era.

La elevó entre los brazos y vaciló antes de dirigirse al piso superior. Se fijó en que sudaba y estaba muy ruborizada; no había perdido del todo el conocimiento, pero estaba tan débil que no podía hablar.

La culpabilidad no tardó en aparecer. Se había propasado y lo sabía.

A lo mejor no recordaba del todo bien sus experiencias, su infancia o a las personas que formaron parte de su vida, pero no había olvidado los modales, la educación, ni cuestiones de etiqueta básicas como el modo en que se trataba a una mujer. Por si acaso, Calder le había ayudado a repasarlas durante los primeros días, contándole en qué circunstancias y gracias a quién aprendieron cómo moverse en sociedad.

Por lo visto, aunque no venían de una familia noble, el dinero de sus antepasados y el prestigio de la destilería a su nombre, Gillander's Whisky, los había obligado a perfeccionar el modo de referirse a los demás para estar a la altura. No se solían codear con aristócratas, a no ser que estos quisieran un trato personal o formaran parte de la industria como inversores o bien amantes del whisky, pero nunca estaba de más saber cómo dirigirse a proveedores y clientes. Según lo que Calder le había contado, él solía dedicarse precisamente a las relaciones comerciales. Se le daban bien los cara a cara, tenía un carisma arrollador, y con su don de gentes se había llevado de calle a unos cuantos y poderosos compradores que constituían en la actualidad la mayor fuente de ingresos.

Ya quedaba claro que había perdido su facilidad para lidiar con el público... ¿o solo perdía los estribos con ella? Ni la curiosa Reina de las Hadas ni lady Beth se habían quejado del modo en que se había mostrado con ellas. Pero quizá fuera porque la señora del castillo llevaba demasiado tiempo ansiando conocerlo y la curandera ya le guardaba el aprecio de un pasado común.

Denna, en cambio...

Blake empujó la puerta del que sospechaba que era su dormitorio. Lo confirmó cuando su intenso perfume lo recibió de una caricia en las narinas. Se quedó inmóvil un momento bajo el umbral, aún con la mujer entre sus brazos. Cerró los ojos y se dejó seducir por el calor de la chimenea, que ayudó a desentumecer sus extremidades heladas.

Por un instante creyó detectar cierta familiaridad en el aire denso, donde se concentraba el aroma de las flores y la madera quemada.

¿Había estado allí alguna vez?

¿Ella lo acompañaba entonces?

La miró, confuso. Sacudió la cabeza antes de que el acostumbrado pinchazo de dolor le recordara que no debía forzarse a pensar, y se dirigió a la enorme cama de matrimonio. La depositó sobre la colcha, sabiendo que sería un exceso separar las sábanas y ayudarla a ponerse cómoda... por mucho que los dedos le picaran y una voz interior le dijera que tenía derecho.

Ese era justo el problema. No le abandonaba el convencimiento de que tenía toda clase de derechos sobre esa mujer, igual que ella podía hacer con él cuanto quisiera. Ningún sentimiento que albergara hacia los demás, ni siquiera hacia su hermano, era comparable a esa desgarradora seguridad. Blake no dudaba: besándola no se estaría propasando, sino *haciendo lo que debía hacer*.

Pero ella no era de la misma opinión y debía respetarlo.

Se alejó de la cama, algo atolondrado.

Pretendía marcharse enseguida. No obstante, la curiosidad hizo que diera una vuelta por el dormitorio. Tenía el corazón agarrado en un puño, y aunque aún le costaba reconocer el significado de sus insólitas vibraciones, creía que eso era señal de que había estado allí antes, viviendo algo totalmente especial.

El castillo necesitaba con urgencia una remodelación. Ya habían empezado a enfocarse en la tarea: antes de marcharse, Calder dio órdenes explícitas sobre cómo quería los diseños de las habitaciones, cómo abrillantarían los suelos y cambiarían el papel de pared. Había dudado sobre el momento de la reparación porque no quería alterar la paz de su hermano, pero Blake lo había convencido de hacerlo. Necesitaba distraerse para no volverse loco, y ayudar a la reconstrucción de Cranston Castle ciertamente lo tendría entretenido.

Aun y con todo, aquella habitación estaba en perfecto estado. Pero no era eso lo que le llamaba la atención, sino que parecía habilitada para dos personas. Dos mesillas a cada lado de los extremos, una cómoda con dos partes diferenciadas... tenía elementos masculinos, como un pequeño escritorio de madera de palo santo sobre el que reposaba una cajetilla de tabaco lacrada; había un par de *Tricker's* a los pies del ventanal e incluso jabón de afeitar francés. Al abrir un cajón se topó con una colección de pañuelos de cuello masculinos. Acarició la batista de la tela entre los dedos con el ceño fruncido.

¿Le habían adjudicado un dormitorio de hombre? No podía ser, porque también contaba con piezas femeninas.

Blake se dirigió al tocador y rozó la superficie de madera maciza con los dedos.

Cerró los ojos y rezó porque la habitación le hablara, ya desprendido de la idea de cuánto lo acercaba eso a la locura. El silencio le palpitaba en los oídos, como queriendo decirle que lo que estaba haciendo no era correcto... hasta que desapareció, y una risa femenina lo reemplazó. Un aguijonazo de dolor le atravesó la sien, y cuando se agarraba la cabeza para gemir de rabia, un recuerdo inundó su mente.

Se vio a sí mismo tendido de costado sobre la cama en la que Denna descansaba en la actualidad. Desde allí, en una postura no tan calma como le habría gustado aparentar —en realidad estaba tenso y desesperado—, observaba intensamente a una figura femenina sentada sobre el taburete frente al tocador.

La reconoció de inmediato. Tenía las mismas luces de contrastes reflejadas en el rostro; la tristeza más feroz y, a la vez, un indicio de felicidad. La Denna de su recuerdo era por lo menos cinco años más joven, apenas una muchacha, pero ser tan consciente de su encanto la hacía coqueta y, por tanto, le añadía una experiencia que no poseía.

Se estaba quitando las horquillas del moño una a una, y él, el Blake del pasado, la miraba. La ansiedad de ese Blake palpitaba en su propio pecho. Escuchaba sus pensamientos, impropios de un hombre decente y, a la vez, capaces de aparecer en un poemario. Quería besarla como si no le importara, hacerle el amor como a una vulgar prostituta, y a la vez convencerla de que la amaba

poderosamente. Oía el debate de Blake: no sabía qué acción llevar a cabo para ser fiel a ambos sentimientos. Le sorprendió que aquel hombre supiera que Denna se ofendería con cualquiera de las dos declaraciones.

Mientras tanto, ella se regodeaba en su belleza. Lo hacía cómplice de su feminidad actuando con seductora lentitud. Se le aceleró la respiración igual que al Blake del sueño cuando ella clavó en él sus ojos oscuros, usando el espejo como soporte.

—¿Cómo puede un hombre de acción encontrar semejante placer en la estampa de una mujer desvistiéndose? —había preguntado Denna con un amago de coquetería.

—Desvestirse también es una acción, aunque es cierto que es una de las que más me gusta apropiarme. —Se oyó responder con seguridad.

—En ese caso, ¿por qué no se pone cómodo también? —propuso con desenfado—. Así dejará de mirarme con envidia.

Sus ojos brillaron al entrecerrarlos sobre ella.

—Tentar a la suerte ya es delicado menester, pero tentarme a mí tiene peores consecuencias. En lo sucesivo deberás evitar flirtear conmigo.

—¿Flirtear? Señor Houston, es usted el que ha insistido en venir a verme. Si cree que no puede soportarlo, váyase a otro lado —le respondió con buen ánimo.

Una sonrisa pendenciera despuntó en sus labios masculinos.

—No soy de los que huyen de lo que los pone nerviosos. Además... Se me ha hablado de los beneficios de suministrarse el mal hasta que se es inmune a él, como el que toma venenos en pequeñas dosis hasta que no le afecta.

Ella se giró para mirarlo por encima del hombro.

—Oh, ¿yo soy un veneno?

—Letal.

Denna se soltó la melena en ese momento, y él, respetando su caída silenciosa, aguardó un momento antes de acercarse con un sigilo inesperado en un hombre de sus dimensiones. Había incluso cierta aprensión en el modo en que se arrodilló a sus pies, como si supiera que estaba siendo juzgado y cualquier pequeño error podría mandarlo al infierno.

Denna dejó lo que estaba haciendo y se giró hacia él, expectante y recelosa.

—Tranquila, no voy a violar nuestro acuerdo. Solo quiero... —Dejó la frase al aire, esperando un asentimiento por su parte. Lo obtuvo y el alivio lo inundó.

La mujer reprimió el aliento cuando él enredó los dedos en su pelo suelto. Blake, sumido en el recuerdo, acarició el aire como si aún pudiera sentir su tacto sedoso.

—Sé que no quieres escucharlo —había murmurado, mirándola a los ojos—, pero a veces me sorprendo deseándote tanto que no puedo respirar.

Ella se ruborizó y él creyó que podría besarla, pero al estirar el cuello en su dirección, y a pesar de ver un destello de pasión incontrolable surcar su expresión, ladeó la cabeza hacia el otro lado.

Blake regresó del recuerdo con una maraña de sentimientos pujando en el pecho, cada vez más confuso.

¿Estaría casada ya cuando eso sucedió? ¿Eran amantes sin tocarse? ¿Cómo era posible que él la amara tanto? No se conocía a sí mismo, pero no sería tan estúpido como para enamorarse de una mujer imposible... ¿o sí? Se tenía por un hombre intrépido, amante de los retos. Pero ella no significaba un reto para él, era algo mucho más valioso.

Denna se removió en la cama, aún en el limbo. Pronunció su nombre y Blake se giró, sobrecogido. No tardó en acercarse para escuchar de nuevo su nombre, esta vez como un lamento lejano.

Blake se habría arrodillado a un extremo para velar su sueño, igual que ella hiciera poco tiempo atrás. Pero intuía que no querría despertar y verlo allí.

Lo odiaba, y su odio a veces lo enfurecía y a veces lo desorientaba. Solo un sentimiento prevalecía sobre los demás, y era el desaliento. Que ella no lo amara era una cruz que no podía cargar... que ni siquiera pudo cargar cuando era feroz, arrogante y carismático.

¿Por qué? Maldita fuera... *¿por qué?*

Blake volvió a mirar alrededor, en busca de más pistas. Pero la pista respiraba y era hermosa como un ángel.

Clavó la mirada en ella y se reconoció en la seguridad que lo embargó al prometer:

—Lo descubriré, *dudàch*... Incluso si eso nos cuesta la paz mental.

3

Denna debía reconocer que había subestimado la inteligencia de Calder cuando acababa de demostrar que no dejaba puntada sin hilo. Creía que marcharse no había sido la mejor de las ideas, pero animarlos a emprender la reforma de Cranston Castle durante su ausencia estaba consiguiendo que la ansiedad por quedarse sola se perdiera entre el movimiento.

Esa mañana habían empezado a llegar las gentes del pueblo dispuestas a echar una mano, y el ajetreo era tal que Denna no tenía que andar mirando por encima del hombro, asustada por si volvían a arrinconarla. Los socios de Gillander's no iban a tener la oportunidad de participar en la remodelación: estaban ocupados reconstruyendo una de las secciones de la destilería, echada abajo por culpa de un incendio, y sacando a flote la empresa, que vivía su esplendor económico. Pero como Blake aún no estaba en condiciones de encargarse de finanzas o pactos comerciales, Calder le había pedido que guiara la construcción en su nombre: sería él quien diera las órdenes y asimismo las ejecutase mientras el señor del castillo estuviera ausente.

Denna lo agradecía profundamente. Solo llevaban unas horas entrando y saliendo con tablones, muestras y herramientas, y ya había dejado de sentirse observada. Por desgracia, la agresión del día anterior estaba muy presente en su memoria y en sus nervios desquiciados. Denna tenía que desayunar con todos los socios, incluido Blake, en la misma mesa del comedor, y esa mañana no había podido evitar que le temblaran los dedos al sujetar la taza. Él había tenido la gentileza de no taladrarla con sus ojos verdes, e incluso se marchó el primero.

Aun así, Denna seguía alerta.

Ansiosa.

«Soy yo», había dicho él.

Denna pensó que se moriría allí mismo si hubiera descubierto que solía ser su marido. Era cierto que una parte de ella estaba segura de que Blake no había perdido ninguna memoria y solo actuaba, pero otra se negaba a aceptarlo. Esa otra era el sentido común. El Blake real no la habría tocado, ni tampoco acariciado, ni se habría preocupado por ella. Blake jamás la tocaba porque Denna era material corrosivo. Eso por no mencionar los matices de su expresión. Había humildad, desorientación, incluso nostalgia. Ninguna de esas emociones eran propias del Blake que ella conocía.

Pensaba en el tema cuando decidió dar un paseo por las inmediaciones del castillo. Los

jardines estaban abarrotados de locales que cortaban leña, serraban, conversaban a viva voz y transportaban piedras en carretillas. Denna odiaba el ruido y las grandes aglomeraciones, sobre todo cuando estaban formadas por gente que la detestaba. Nada más exponerse a la vista de los voluntarios se le encogió el corazón de pánico. Esperaba un mal comentario, pues raras veces se limitaban a las miradas fulminantes, asqueadas por lo que representaba, pero no llegó nada parecido. Debían pensar que era una inapropiada concesión atreverse a insultarla en su propia casa.

Denna trató de evadirse concentrándose en el paisaje. Hacía un día sorprendentemente hermoso pese a tratarse de una mañana invernal. El frío era espantoso y la brisa le ponía el vello de punta, pero no había ni una sola nube y el cielo parecía transparente. Era una lástima que la mayor parte de las flores estuviera hibernando y sus dedos solo pudieran acariciar las ramas desnudas y bañadas de rocío de los arbustos.

Sin que encontrarlo fuera su intención, ubicó a Blake a lo lejos, armado con un hacha para cortar leña. Él no debía darse cuenta, pero había heredado algunos aspectos personales del Blake verdadero, como la tendencia a remangarse por los codos y no llevar nunca chaqueta. No daba la impresión de tener frío, aun cuando el viento le agitaba el cabello y la ropa como una bandera.

Distraída, Denna se rozó la garganta con los dedos, ahí donde la había tocado el día anterior.

«Reaccionas como si me amaras».

Podría haberse desmayado en cuanto hizo esa afirmación. Blake no se habría atrevido a decir tal cosa, quizá porque la veía incapaz de amar. Ella tampoco tenía ni tuvo nunca el valor suficiente para reconocerlo, pero mentía, porque por supuesto que poseía un corazón desbordado de sentimientos. Era imposible no amar a alguien a quien se odiaba con semejante intensidad. Ese odio le había hecho alcanzar tales delirios que se revertía; daba la vuelta al propio odio y llegaba a las orillas del amor.

Estaba claro que Blake no era bueno para ella. Tenía que alejarlo como fuera, disuadirlo de que alguna vez tuvieran algo en común, pero era difícil cuando ella misma evidenció su debilidad durante su convalecencia. Iba a costarle inventar una coartada creíble. Y aunque lo consiguiera, nada le prometía que eso fuera suficiente para matar las dudas de Blake... ni mucho menos borrarlo de su cabeza.

—Aquí estás —dijo una voz masculina a su espalda—. ¿No hace demasiado frío para andar paseando?

Denna se dio la vuelta. Sus ojos se cruzaron con los de Lachlan, que a juzgar por su expresión debía llevar un buen rato mirándola.

Sonrió sin enseñar los dientes.

—Necesitaba tomar un poco de aire, y dicen que el ejercicio ayuda a aclarar las ideas.

—Pues puede que tus ideas acaben muriendo de hipotermia. ¿Por qué las condenarías a un destino tan cruel? —bromeó, llegando a su altura. Sin necesidad de acordarlo, ambos echaron a andar sendero arriba—. ¿Es que no te satisface ninguna?

—Veamos... Lo único que se me ha pasado por la cabeza últimamente es aprender a bordar en condiciones, huir a Londres con los señores y cortarle el pelo a la Reina mientras duerme.

Lachlan soltó una carcajada.

—¿Tanto os odiáis?

—¿No puedes imaginarte por qué? —inquirió ella, enarcando irónicamente la ceja—. A lo mejor Bonnibelle vive en las montañas, pero está muy en contacto con los pueblerinos y es de su misma opinión: soy una bruja.

Aunque lo comentó en tono guasón, por dentro reprimía un grito de furia.

La Reina de las Hadas no había tenido piedad con ella nunca. Desde que se encontraran, precisamente en su cabaña a rebosar de remedios boticarios, la había tratado como si fuera un monstruo. El colmo fue cuando, delante de todos los socios y amigos, dictó su sentencia.

—Bonnie es muy buena muchacha. Quizá algo excéntrica, pero le sobran cualidades. Estoy convencido de que con un poco más de trato conseguiríais haceros buenas amigas.

—Tú no estabas cuando dijo que «mi alma es oscura» delante de todos —apuntó con amargura—. «Ella es la persona de la que todos en este lugar deben protegerse». Eso es lo que aseguró.

—¿Te extraña que tenga esa opinión de ti cuando solía ser muy cercana a Blake? No es ningún secreto que a ese tipo le encantaba poner al populacho en tu contra.

Ese era otro de los aspectos que la atormentaban. Según parecía, Blake estaba acostumbrado a visitar a la Reina con frecuencia. Denna había tratado de indagar sobre qué clase de encuentros se daban entre los dos, pero la muchacha nunca contestaba sus preguntas... y Blake menos aún. En uno de sus delirios, llegó a la conclusión de que solían ser amantes.

Gracias al cielo, eso no era posible. Bonnibelle estaba demasiado enamorada de Lachlan y era tan remilgada que no la imaginaba divirtiéndose con otros hombres... ni si esos hombres eran Blake Houston.

—Tienes razón. También me respaldan sus celos —agregó, con una pequeña sonrisa—. ¿Eres consciente de que la Reina te ama con locura?

Él mostró su genuina sorpresa con una mueca de contrariedad.

—¿Cómo?

—Así es. Me confesó que haría todo cuanto estuviera en su mano para conquistarte. Y teniendo en cuenta que se dedica a la hechicería... yo no subestimaría sus deditos magos. Aunque estoy segura de que el poder viene de su pelo —desvarió—. Debe haber algún motivo por el que siempre lo lleve suelto.

—Quizá sea porque le queda bien. Dudo bastante que Bonnibelle guarde el menor parecido con Sansón.

Denna ladeó la cabeza hacia él y lo estudió con una mezcla de agradecimiento y aprecio.

Pensó que sería difícil retomar la amistad con Lachlan después de lo sucedido la noche que Blake perdió la memoria. No porque Denna no pudiera perdonarle que fuera él quien provocara

indirectamente el golpe, sino porque le rompió el corazón al asistir a Blake mucho antes que a él.

No era ningún secreto que Lachlan la amaba y era fácil que alguien con una lealtad y devoción semejantes se sintiera traicionado, pero tratándose de él, tampoco era raro que perdonara y olvidase con rapidez. El hombre era alegre y bromista por naturaleza. Bastó esperar un par de días y emitir una disculpa para que él fuera comprensivo.

—¿Te parece atractiva? —le preguntó en tono divertido.

Él la miró con una ceja arqueada.

—¿Es una pregunta trampa? ¿Hay alguna posible respuesta capaz de molestarte?

—Por supuesto que no. Es mera curiosidad. No parece que ningún hombre en la isla la considere para el matrimonio, y me sorprende porque es... bueno, es preciosa.

—Supongo que la leyenda que pesa sobre ella puede eclipsar cualquier encanto.

—¿La leyenda de que es la reina de Elfame? ¿O la leyenda según Haye, que es que conoce la brujería?

—¿A quién le preocuparía que su esposa fuera la reina de Elfame o bien una magnífica bruja? —se mofó—. Fíjate en la cantidad de maneras que encontraría el marido en cuestión para beneficiarse.

—Ahora mismo solo me ocurren todos los beneficios curativos.

—Bueno, se dice también que la reina de Elfame era muy promiscua —acotó, regocijándose con una sonrisilla traviesa—. Incluso se cree que se divertía con mujeres.

—Conmigo no se divertirá, eso seguro —ironizó—. ¿Cuál es la leyenda de la que hablas, la que solo le traería mala fama?

—La de su familia —acotó—. Se dice que estaba casada con un extranjero y que, al poco tiempo, este murió en extrañas circunstancias. Nadie puede contar más que eso, pues no habla sobre el asunto, pero la posibilidad de que ella lo hubiera hecho desaparecer basta para tenerle respeto.

Denna puso los ojos en blanco y suspiró. Recordó con amargura las habladurías sobre ella misma: cómo, ante la desaparición de Blake durante más de seis meses y su luto obligado, la gente dedujo que ella lo había enterrado de un disgusto.

—Se supone que yo también maté a mi marido, ¿recuerdas?

—Pero eso no tiene el menor sentido.

Arqueó una ceja.

—¿Y sí tiene sentido que la Reina matara al suyo?

—Bueno... —Lanzó una mirada inocente al cielo—. Si su marido se pareciera remotamente a Haye, no me sorprendería en lo más mínimo.

—A mí me sorprendería bastante. La Reina lo necesita para entretenerse mucho más de lo que nos necesita a nosotros. Y eso funciona en las dos direcciones —apostilló. Hizo una pausa—. ¿Sabes? Ahora que lo pienso, debería consolarme que los que me acusaron de vil asesina han tenido que tragarse sus palabras. Pero ahora tienen la excusa perfecta para decir que expulsé a

Blake de la isla y lo he hipnotizado con mis artes oscuras para que no sepa quién es. Nadie parece haberse enterado de que solo hay una mujer mágica en Eilean Arainn... —agregó, divertida—, y esa es Bonnibelle, no yo.

Lachlan la miraba con el ceño arrugado.

—¿Hasta cuándo vas a estar así? —soltó de repente.

Denna pestañeó en su dirección, confusa.

—¿Así? Así ¿cómo?

—Atormentada por todo lo que tiene que ver con Blake.

Ella se rio.

—Eres tú el que lo ha mencionado antes, Lach.

—Desapareció durante casi un año y ahora que ha vuelto no sabe quién eres —continuó, ignorando su comentario—. ¿No crees que es un excelente momento para arrancártelo del corazón, si es que es ahí donde lo tienes, y comenzar a vivir de verdad?

Denna desvió la mirada al comienzo del bosque, que les quedaba a pocos metros. Le gustaría pasear por allí, pero prefería no perder de vista el trabajo de los voluntarios, aunque dudase que estos acudieran en su rescate si pasara cualquier desgracia.

Hacía algún tiempo desde que había dejado de sentirse segura en compañía de Lachlan.

No le daba miedo y sabía que nunca se propasaría, pero cada vez la avasallaba con mayor impaciencia, y Denna no tenía fuerzas para calmar o ponerle un alto a su creciente anhelo. No sabía cómo manejar la situación con él.

—Lach, creo que es comprensible que piense en ello a menudo —se defendió en voz baja, tratando de parecer razonable—. Voy con frecuencia al pueblo y la gente no perdona lo que cree que hice. Desayuno, almuerzo y ceno con el hombre al que estoy unida a diario. No es tan fácil deshacerte de algo que tienes tan presente.

Lachlan cambió el peso de pierna, visiblemente exasperado.

Era un hombre apuesto. Sabía que todas las muchachas casaderas del pueblo, las viudas, las viejas e incluso las esposas tenían actitudes melosas con él. No las culpaba. Además de ser esbelto y hermoso al estilo escocés y tener el inconfundible acento de las Highlands, había magia y dulzura en sus ojos castaños y era generoso y trabajador. El hombre perfecto para sentar la cabeza y formar una familia.

Denna se odiaba a sí misma por ser incapaz de amarlo como quería.

—No tienes por qué sentarte a comer con él.

—No quiero recluirme en mi habitación solo para no verlo, Lach. —Rio ella, intentando no preocuparse por el gesto sombrío del hombre—. Bastante solitaria soy ya para hacer las comidas en la cama.

—Vete a vivir a otro sitio. Busca una casa pequeña pero confortable que tenga todo lo que necesitas, incluso un par de criadas, si lo deseas.

—¿Me estás echando de Cranston Castle? —Vacilante y horrorizada por la idea, añadió—:

¿Calder te ha pedido que me digas esto?

—Claro que no. Los dos sabemos que Calder no le tiene ningún miedo a dar malas noticias o hacer sugerencias desagradables.

—Me alegra que admitas que es una sugerencia desagradable.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te ata a Cranston Castle? El único motivo por el que estabas allí era por tu unión matrimonial con Blake Houston, y ese vínculo, por lo que sé, hace tiempo que se disolvió por la vía legal.

Ya estaba; ya lo había dicho.

No sabía gracias a qué fuente había obtenido la información que Denna prefirió ocultar deliberadamente a todo el mundo, quizá por vergüenza o porque aún necesitaba intimidad para gestionar cómo le había sentado... pero eso era lo de menor importancia.

La muchacha intentó no dejarse arrastrar por la ira y suavizó la tensión de los hombros.

—La gente del pueblo no sabe eso.

—Y parece que tú tampoco. Hace solo un momento has dicho «el hombre al que *estoy* unida» en lugar de «al que *estabas* unida».

Ella envió una mirada de exasperación al cielo.

—Ha sido una pequeña confusión, nada más —murmuró—. No sabía que tenías idea de...

—No, no lo sabía —cortó, enfadado—. Y aún me pregunto por qué. ¿Es que no planeabas contármelo?

Una parte de ella, más cruel de lo que solía permitirse, respondió para sus adentros con un simple: «No era de tu incumbencia ni lo será nunca». Pero claro que era de su incumbencia. Fue Denna la que lo incluyó en la ecuación con sus flirteos y sus estúpidos juegos pasados.

—Necesitaba un poco de tiempo. Fue una noticia dura para mí.

—¿Dura? ¿Librarte por fin del bastardo que tenías como marido fue duro para ti?

—No espero que lo entiendas —masculló, rígida—. Pero no es una noticia que se pueda digerir con facilidad. Quería haberlo masticado yo antes de dárselo de comer al pueblo; así no me afectarían los comentarios que empezaran a hacer al respecto.

—El pueblo, el pueblo, el pueblo... ¿Por qué no dejas a un lado la opinión popular por un momento? Solo por un momento, Denna —rogó. Dio un paso hacia ella con la mano por delante; parecía nervioso, algo impropio en él—. Escucha...

Se pasó los dedos por el cabello rubio. Lo llevaba liso y largo por los hombros, casi siempre medio recogido con una cinta oscura. Los mechones enmarcaban un rostro compungido y a la vez esperanzado. Denna no sabía qué era peor, si ser la causa de su rabia precoz o de la luz optimista en sus ojos.

Lachlan la cogió de las manos y se las llevó a los labios.

—Piensa en tu felicidad —le pidió—. Si crees que te acercarás a ella y lograrás conquistarla permaneciendo donde estás ahora, sellaré mis labios y no volveré a hacer sugerencias. Pero si la respuesta es diferente... me veo en la obligación de ayudarte, de guiarte a donde creas que te

sentirás mejor.

Aunque deseaba romper el contacto, Denna dejó que acariciara sus nudillos con el pulgar. Esbozó una pequeña sonrisa con la que intentaba parecer conmovida, cuando en el fondo se sentía incómoda y, a la vez, como la peor de las desagradecidas.

¿Por qué enjuiciaba lo que llevaba a Lachlan a preocuparse por ella? ¿Qué importaba si le pedía que se alejara de Blake porque de veras deseaba verla dichosa, o porque la amaba y los celos lo consumían...? En cualquiera de los dos casos, sus motivos se fundamentaban en el afecto, aunque uno fuera más altruista que otro.

Denna no era idiota, pero tampoco quería resumirlo todo en que Lachlan estaba actuando guiado por el egoísmo. No era un hombre egoísta en lo absoluto. Había mucha belleza en su corazón, y lo sabía bien porque fue justo esa belleza la que la hizo pensar, no hacía mucho tiempo, que estaba enamorada de él. Como también la que hizo que, después de admitir que sus sentimientos fueron un espejismo, intentase amarlo de todos modos.

No había tenido éxito, y allí sus acercamientos le resultaban casi violentos. Pero él no se daba cuenta, y ella no quería matar su ilusión porque lo necesitaba. Era su amigo, la luz de sus días; una persona a la que adoraba y junto a la que quería envejecer.

Denna suspiró.

—No sé si puedo sentirme mejor. Esa es la verdad —reconoció—. Esté donde esté, voy a tener que cargar conmigo, ¿entiendes? No existe forma alguna de borrar la huella que el dolor nos deja, y menos cuando la herida sigue latiendo. Pero si lo intentara... ¿A dónde iría?

—Conmigo.

La vehemencia de su respuesta evitó que Denna contestara lo primero que le vino a la cabeza, que podría haber sido un simple grito de horror al sobreentender lo que sugería.

—Lachlan... —empezó.

—No, espera, déjame hablar —interrumpió, ansioso. Ahora comprendía mejor ese comportamiento errático de los últimos días—. Sé que piensas que nadie, ni siquiera tú misma, puede volver a hacerte feliz... pero si me das una oportunidad, me esforzaré hasta el cansancio por honrarte y alejarte de la pena que te acecha. Pondré todo mi empeño, Denna. Te lo juro por la tierra, que sabes que es para mí lo más valioso.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente? —balbuceó, preocupada. El corazón amenazaba con salírsele del pecho.

Lachlan la miraba con la franqueza y solemnidad que solo adopta un hombre cuando está a punto de ofrecerse.

—Sabes que te he amado desde que te conocí. Y debes saber también que tiene mérito, porque he conocido a mucha gente a lo largo de mi vida gracias a mis viajes... pero no he conseguido ni conseguí antes de ti maravillarme de esta manera por una mujer. Admiro tu fortaleza, tu naturalidad, tu amor por el suelo que pisas; todas esas cualidades que nos acercan y también aquellas que nos distancian, como tu genio y tu inseguridad.

»Este tipo de declaraciones fervientes no son vistas con buenos ojos en Inglaterra, lo sé. Seguro que tampoco lo son en la corte en la que tú floreciste. Pero mi amor es lo único que puedo poner como garantía de que tendrás una vida diferente. Una feliz.

»Cásate conmigo, Denna.

Intentó manipular las emociones que iban reflejándose en su rostro, preocupada por si alguna de ellas hería sus sentimientos. Conocía las inclinaciones de su corazón, pero en ningún momento habría imaginado que esperaría una promesa eterna de su parte. Y sobre todo le extrañaba después de la discusión que tuvieron la noche en la que Blake se presentó como el fantasma de lo que los dos más temían.

Denna le había pedido que se alejara de ella, que no quería continuar la extraña relación que los unía. Había rechazado sus besos.

¿Qué le hacía pensar que sus sentimientos habían cambiado?

Sospechando que era el pánico ante la brecha que Blake podría abrir entre ellos lo que lo impulsaba a exigir un lugar oficial en su vida, preguntó:

—¿Por qué ahora, Lachlan?

—¿Cuándo, si no? Es el momento perfecto —insistió—. Siempre pensé que tendría que resignarme a estar a tu lado como el tercero en discordia, como un amante sin amor propio, pero desde que sé que eres libre no dejo de pensar en cuánto desearía ser tu hombre.

Denna apartó las manos del tierno encierro de las suyas y retrocedió.

—¿Y no has pensado en si yo desearía tener un nuevo esposo? —musitó, intentando mantener el perfecto equilibrio entre la indignación y la empatía—. Has vivido los casi cinco años que duró mi matrimonio. Has visto cómo me he sentido. Lo último que deseo es casarme de nuevo.

Su expresión se endureció.

—Creo que no es necesario recalcar que yo no sería como él.

Denna suspiró.

—Lachlan... No espero que lo entiendas, porque nadie que no se haya visto en mi situación podría figurarse cómo me siento, pero estoy... sobrepasada por lo ocurrido estos últimos meses. No estoy en condiciones de...

—No te pido que estés en condiciones de nada. Ni de permitirme tocarte, ni de tener mis hijos... Solo quiero cuidarte.

—¿Solo? Porque parece que también quieres asegurarte de que me alejas de Blake —se le escapó.

Una nueva sombra cruzó su semblante.

—¿Y consideras eso un delito? Tú misma has dicho que he visto lo mismo que tú. Estaba allí cuando ese hombre te insultaba, manipulaba, mentía, engañaba, humillaba en público y en privado. Todos aquí queremos protegerte de él, Denna. Creía que tú también formabas parte del grupo.

—¡Claro que deseo protegerme, pero no casándome! —exclamó, exasperada—. ¡Y no me

parece que debamos prometernos en matrimonio solo porque estés celoso!

Lachlan redujo el espacio que los separaba de una sola zancada. La cogió del codo para acercarla a él y decir entre dientes:

—¿Puedes acaso culparme? ¿Por quién te remangaste el vestido para arrodillarte aquella noche? ¿A quién atendiste antes?

A pesar de ser alta, tuvo que alzar la barbilla para defenderse. Tenía las mejillas coloradas.

—¡Él estaba inconsciente y tú te encontrabas perfectamente! ¿Esperabas que me alegrase de que le hubieras abierto la cabeza?

—No, pero tampoco esperaba que llorases por él. ¿Por qué no me hablas claro de una maldita vez, Denna? —siseó—. ¿Por qué no dejas de jugar conmigo y me dices qué demonios hay en tu cabeza? Sabe Dios que he intentado mil veces descifrarte, pero no hay modo humano de hacerlo.

Denna abandonó la pose defensiva, atravesada por la culpabilidad. Una oleada de compasión hizo que quisiera abrazarlo, pero se reprimió para no darle esperanzas. Bastantes había sembrado ya.

Lachlan no exageraba en absoluto cuando perdía la paciencia y elevaba el tono. Denna llevaba años mandando señales contradictorias. A veces lo necesitaba cerca; otras, lo quería lejos. A veces lo deseaba. Deseaba sus labios de verdad. Y sus manos, y todo su cuerpo joven y dispuesto a dar placer... pero otras, en cambio, no podía soportar su sonrisa, ni su mirada en la distancia, ni mucho menos sus palabras de amor.

Denna sabía que era injusta al jugar con él de ese modo. En su defensa solo podía decir que había seguido a su corazón todas y cada una de las veces... hasta que este dejó de saltar al oír su nombre. Denna era la primera aterrada por el silencio de sus latidos, por cómo el sentimiento que mantenía viva su relación había decidido callarse de repente. Y le aterraba más aún decírselo.

—No quiero casarme contigo —dijo al fin, poniendo todo su empeño en sonar conciliadora—. Y no tiene nada que ver con...

—Por supuesto que no tiene nada que ver con lo que quiera que fueras a decir. Está directa e indirectamente relacionado con Blake. Es superior a tus fuerzas, ¿no es verdad? —Había alzado la voz y los ojos enrojecidos lo hacían ver como una bestia, pero solo era un hombre herido en lo más profundo—. Incluso es superior a las mías, tanto que sería capaz de matarlo si me lo pidieras.

Denna abrió los ojos como platos.

—Lachlan, por el amor de Dios. No digas eso.

—Tranquila, estará a salvo mientras sea tu razón de ser. Por mucho que lo odie y odie el amor que sientes por él, no se me ocurriría aplastar ni una sola parte de ti.

—Yo no lo amo —repuso con voz temblorosa.

—¿Y a mí?

Denna lo miró desesperada. Buscó en su rostro la dulzura que hizo que acabara entre sus brazos la primera vez, pero solo halló decepción. A pesar de todo, seguía siendo hermoso y

fuerte; su mirada resuelta y directa, su falta de miedo a nada eran dos de los atractivos que no sabía si había admirado por amor o por envidia. Cuántas veces le habría gustado ser él, o Blake o cualquier otra persona, antes que ella misma, para sobreponerse a la adversidad.

—Claro que te quiero.

—No te estoy preguntando si me quieres, maldición —masculló—. Quiero saber si me amas.

Como ella no contestaba, presa del pánico, Lachlan la sacudió por el brazo. Denna intentó quitárselo de encima, pero él no la soltó; y aun así, lo que le preocupaba no era su agarre firme, por el que podría arrastrarla si perdiera la cabeza, sino la mirada traicionada con la que la taladraba.

—Por favor, suéltame —le rogó.

—Dime la verdad. Respóndeme.

—Creo que le ha respondido alto y claro —interrumpió otra voz, seca y dura como las laderas del norte—. Le ha dicho que la suelte.

Denna se giró hacia Blake con el alma en vilo.

Lachlan le dedicó una minúscula sonrisa despectiva y expresó lo que, en cierto modo, ella había pensado.

—Veo que últimamente se entretiene viniendo a interrumpirme —insinuó. Denna se tensó al comprender a qué se refería: a un recuerdo que a Blake no le convenía descubrir.

—Ni siquiera me interesa que me explique el comentario. Quítele la mano de encima.

Ese era otro característico rasgo que Blake no había perdido: la facilidad para imponerse e intimidar al otro. Lachlan bien podía no tener miedo a nada, pero eso no lo hacía temerario ni suicida, y algo de ambos había que tener para desafiar a un hombre con el temperamento de Blake.

Ya libre, Denna observó la escena, confusa. Era paradójico cuanto menos que ahora fuera Blake quien la salvara de Lachlan, cuando solía ser justo al revés. Nunca se habían enzarzado más que la noche en que Blake se golpeó la cabeza con la lámpara, y solo porque Lachlan fue provocado: por lo general, a Blake se le daba tan bien fingir que Denna no le importaba nada que no se molestaba en pelear por su honor.

—¿Necesitas ayuda para volver? —preguntó Blake, solícito—. Estás temblando.

—No, gracias.

Denna echó a andar en pos de Lachlan, que ya había adelantado camino. Aún no se veía con ánimo de abordarlo y pedirle disculpas por todo: necesitaría la noche entera para encontrar las palabras adecuadas. Confiaba en que dejando correr unas horas estaría relajado una vez se sentaran a hablar. Era mucho lo que quedaba pendiente de discusión.

—Espera —la llamó.

Denna frenó, y enseguida se maldijo por detenerse ante su tono. Pero ¿cómo no iba a hacerlo? Esa voz le atravesaba la piel y se adueñaba de su sistema como una enfermedad. Sus deseos eran órdenes, y sus órdenes, cosa hecha.

Blake la rodeó con aire vacilante. Se fijó en que jadeaba por el esfuerzo —tal vez hubiera acudido a toda prisa—, y el sudor arrancaba destellos a su piel. Al llevar solo camisa y chaleco todo su cuello quedaba a la vista, y en los antebrazos se marcaban los músculos y las venas hinchados por el esfuerzo de cortar leña. Estaba más moreno de lo que solía, y eso tal vez significara que había pasado horas bajo el sol durante el verano que estuvo ausente.

Lo que hubiera hecho y donde hubiese estado en ese tiempo la obsesionaba.

—Siento de corazón haberte asustado. Ayer —recalcó, como si ella pudiera olvidarlo—. Me comporté de un modo atroz. Te prometo que no se repetirá.

Denna se quedó pasmada.

Jamás, ni siquiera en los días que más daño le hizo, ni tras las palabras más crueles, había recibido una disculpa tan sincera. Por contradictorio que pudiera parecer, no supo si alegrarse al no reconocer en absoluto al viejo Blake, o lamentarse por la misma razón.

Debía estar loca de remate.

—Mientras mantengas las distancias todo estará bien entre nosotros —respondió en tono adusto. Se agarró la falda y echó a andar, pero él volvió a llamarla—. ¿Qué es lo que...?

Se quedó muda al ver lo que Blake sostenía entre los dedos: el botón azul marino brillante de un chaleco masculino. No fue solo el hecho de que lo tuviera en la mano, sino la forma en que lo miraba, como si lo reconociese.

Denna rehízo sus pasos enseguida.

—¿Es tuyo? —le sorprendió—. ¿No es de *tu amigo*?

No se le escapó el modo en que pronunció «amigo».

A Denna se le atragantó la respuesta. Tuvo que renunciar a decir la verdad.

—Lo cierto es que me suena familiar —admitió, aguantándolo aún en la palma. El corazón de Denna latía a toda velocidad.

—Debe ser porque la mayoría de los botones de prendas masculinas son exactamente iguales —respondió a la defensiva. Se lo quitó y volvió a guardarlo donde lo conservaba: en el interior de la manga ceñida a la muñeca—. Se me habrá caído al hacer aspavientos.

—Me alegro de haberlo encontrado. Parece importante para ti.

Denna le dirigió una mirada conspiradora, a la caza de un nuevo comentario o matiz expresivo que revelara que sabía qué era, a quién pertenecía y cómo lo consiguió. Pero Blake la miraba con el mismo aire especulativo.

—Solo es una estupidez —se defendió, sin saber por qué.

—A veces son las estupideces las que llevamos con nosotros más tiempo. Fíjate que ayer recordé algo... —Avanzó hacia ella—, y no era en absoluto importante. Sino más bien... una estupidez. Pero una muy reveladora.

Desde luego, su botón también revelaba una gran debilidad: un recuerdo atesorado en el fondo del alma, el único lugar donde Denna podría acumular trastos viejos y dañinos sin sentir que traicionaba su propio orgullo.

Pero no fue eso en lo que pensó, sino en lo preocupante que era que Blake hubiese recordado algo.

—¿No te alegras de que me haya acordado de un apunte de mi vida anterior?

—¿Por qué debería alegrarme? Si pudiera darte un consejo, te diría que te alejaras de tu vida anterior —dijo con sequedad, recta como el palo de la escoba—. Mirar atrás no nos beneficia en nada. Te lo dice alguien que a veces vive en 1832... y a veces en el día de ayer, pero nunca en el hoy.

—Cualquiera viviría en el pasado si fuera más agradable que el momento actual.

Denna sonrió sin fuerzas, detestando su compasión.

—Ese es justo el problema: que el pasado nunca es mejor que el momento actual. Y en mi caso menos aún. Pero no espero que lo entiendas. Si no recuerdas lo que te pasó hace años, no recordarías lo que me pasó a mí.

—¿Qué te pasó?

Denna apretó el botón en el puño, en parte para reprimir la ira que despertaba al compartir espacio con él.

No podía soportarlo.

En lugar de responder, se dio la vuelta e hizo el camino de regreso a Cranston Castle con el viento del este en contra, gélido como las garras de la muerte.

Sin el menor ápice de humor, pensó para sus adentros en qué podría haberle contestado, pero acabó resumiendo que no había hecho la pregunta correcta.

No era «qué le pasó», sino qué era lo que le *seguía* pasando.

4

Apenas había tenido oportunidad de tratar con Lachlan Hawke, pero la violencia poseía a Blake con toda su furiosa impetuosidad cada vez que aparecía en su campo de visión. La fuerza de sus sentimientos hacia él no era comparable a la que lo desorientaba con Denna, y aun así era lo bastante poderosa para tener la plena certeza de que mataría a ese hombre con sus propias manos.

No contemplaba ni el rechazo ni el amor a primera vista como imposibles, si acaso como raros impulsos que surgían en las almas más sensibles. Blake se estaba descubriendo a sí mismo como un hombre de naturaleza visceral y quizá eso pudiera explicar que tuviera tan intensas corazonadas con gente que no recordaba. Sin embargo, sabía que no era solo una emoción aislada. Compartía una historia con ambos. Una de amor y pérdida con Denna, quizá de desamparo y también angustia... y una de odio con Lachlan.

Aún no sabía a cuál de los dos sería más difícil convencer de contarle qué pasó.

Mientras duró la primera jornada de trabajo, Blake envió miradas contemplativas a Lachlan, que se había unido a los voluntarios del pueblo para echar una mano. En vista de su frustrante situación, no le quedaba otro remedio que teorizar, y eso fue lo que hizo.

A simple vista, Lachlan parecía un tipo agradable. Ayudaba a los menos dotados con los pesos, se dirigía a las mujeres con respeto y amabilidad —sin llegar en ningún momento al flirteo, lo que ya era un ejemplo de autocontrol teniendo en cuenta que estas no eran sutiles al halagarlo— y no le temía al trabajo duro.

Cuando lo había visto con Denna, y siendo objetivo, no le pareció peligroso ni tampoco amenazante; solo desesperado por amor. Pero la bilis le había subido por la garganta, y tuvo claro que, si hubiera abierto la boca antes de tranquilizarse, lo habría calcinado con una llamarada de rabia.

Lo odiaba. Había lava en su estómago. Se le retorcían las tripas al mirarlo, y verlo cerca de Denna alimentaba un instinto asesino del que no se sentía orgulloso.

La intensidad del sentimiento lo tenía intranquilo y desconcertado. Blake no deseaba odiar a nadie, solo quería encontrar respuestas. Pero ahí donde su mente se resistía a hacer un esfuerzo, su cuerpo trabaja por él; era curioso, sin duda, que sus vísceras y su corazón recordaran quiénes eran y qué hicieron, pero su cabeza tuviera dificultades para describirlo.

Después de toda la tarde cargando y descargando, meditando y conjeturando, Blake estaba tan

cansado que le temblaban las piernas.

Calder le había rogado que no se fatigara en exceso; aún no estaba del todo recuperado del golpe. Como parecía que era tradición, o eso le había contado Calder entre divertido y exasperado, Blake no le había hecho el menor caso. Estaba desesperado por sentirse parte del castillo, del pueblo, y por demostrar que, aunque su cabeza fuera inútil, su cuerpo era lo bastante fuerte para tolerar unos cuantos viajes. Ahora se arrepentía de haberse forzado a llegar al límite, porque no sabía si al día siguiente tendría la fuerza para levantarse. La sacaría de alguna parte: había conocido a unos cuantos locales que no dudaron en expresarle su admiración y no quería decepcionarlos.

Lo cierto era que muchos pasaron gran parte de las primeras horas de la faena lanzándole miradas curiosas, como si no pudieran creer que estuviera allí, de cuerpo presente. Blake ya había decidido que, en cuanto entraran en confianza, pediría ayuda a esos mirones que daban la impresión de conocerlo bien para recuperar su memoria. Seguro que algo podrían aportar.

Al margen del dolor de extremidades, la dureza de los músculos y la migraña, estaba satisfecho... y también aliviado. Cranston Castle no era un castillo medieval como los que salpicaban Escocia; Eilean Arainn, por estar casi deshabitada, no tenía tanta historia, pero era el lugar que sus antepasados, ricos y ociosos, eligieron para levantar una obra arquitectónica que sobreviviría al tiempo y al olvido. Por lo que sabía, su tatarabuelo —o trastatarabuelo, no le había quedado del todo claro durante la emocionada explicación de Calder— lo levantó siguiendo el estilo neogótico de Inveraray Castle y Strawberry Hill House, por lo que en apariencia podría pasar por el hogar del *laird* de un clan medieval.

En los alrededores, extensas hectáreas de tierra se dedicaban al cultivo de cebada, trigo y avena, cereales necesarios para la elaboración de whisky, que era el principal producto que se exportaba a Escocia, Inglaterra, el continente europeo e incluso América. Calder le había comentado con cierta petulancia que desde que él estaba al cargo habían expandido el negocio rompiendo los límites fronterizos, y eso se debía —añadió, ya con humildad— al disciplinario trabajo de sus hombres de campo y a la ambición de sus socios, entre los que figuraba Lachlan Hawke.

Esto no solo tenía beneficios económicos para ellos, sino para gran parte de la isla. En una zona tan despoblada, solo la agricultura y la ganadería daba de comer a los locales, lo que de alguna manera convertía a Calder en el rey supremo de Eilean Arainn. Blake había apuntado con perspicacia que la isla aún no había superado el feudalismo. A fin de cuentas, el señor del castillo todo lo dominaba. La actual restauración de Cranston Castle bien podía interpretarse como que se avecinaban sus días de esplendor.

Pero se acercarían muy lentamente. Había muchas trepaderas envolviendo la estructura del castillo que necesitaban la mano de un jardinero, muchas ventanas y arcos que repintar, un jardín entero del que encargarse con dedicación, y eso solo en cuanto al aspecto exterior: la humedad había causado estragos en las paredes y no había lámparas de gas, lo que hablaba de la urgente

necesidad de modernizarse.

Blake se alegraba de poder colaborar, sobre todo porque odiaba donde estaba. Era otra de esas sensaciones sin fundamento aparente que lo dejaban aturdido, pero lo suficientemente penetrantes para que se cuestionara si aquella había sido su vida de verdad.

¿Y si no se acordaba de nada porque en realidad no pertenecía a Lochranza? Se perdía en un castillo en el que se suponía que había vivido desde su nacimiento, y en lugar de encontrar familiares algunas zonas comunes, como la primorosa y bien dotada biblioteca o el hermoso salón principal, sentía que preferiría estar en cualquier otro sitio. Detectaba violencia en el ambiente, como si los gritos de alguien se hubieran encajado en los huecos de la piedra; como si su fiereza fuera indisoluble en el aire.

Muerto de cansancio, apenas se fijó en hacia dónde se dirigía. Se dejó llevar por su instinto, confiando en que lo guiaría a su dormitorio, mientras observaba alrededor con el estómago revuelto y ojos soñolientos.

Entre las paredes de piedra parecía rebotar el eco de una voz cruel.

«Eres un inútil».

«Eres un vago».

«Nunca llegarás a ninguna parte».

«No tienes ambición...».

Blake se estremeció al llegar a la altura de una puerta cerrada. Se la quedó mirando con el vello erizado e involuntariamente se llevó una mano a los hombros, como si así pudiera calmar un repentino ardor en la espalda. Le dolía el pecho, la zona lumbar, los brazos... Dolía como si lo estuvieran golpeando.

«No vales nada».

«No eres nada».

«Esto no es ni un tercio de lo que te mereces».

Sacudió la cabeza con los nervios de punta y siguió caminando, sudando e inexplicablemente lleno de una profunda rabia.

¿Qué demonios había sido aquello? Si esa era la manera en que su cabeza iba a despertar, prefería permanecer en la inopia durante un tiempo.

¿Ese sería el precio de recuperarse? ¿Oír voces? ¿Volverse loco?

Preocupado y asustado, empujó la puerta de su dormitorio y cerró tras él. La habitación estaba sumida en la penumbra y los vestigios del fuego hacían crepitar, desganada, la madera agonizante de la chimenea. Blake se dirigió a la cama sin molestarse en encender una luz. Se sacó las botas y el chaleco, demasiado cansado para cambiarse, y se deslizó bajo las sábanas.

Apenas se percató del bulto que se removía a su lado.

—¿Qué...? —oyó una voz femenina.

Entre la inconsciencia y la realidad, Blake pestañeó lentamente. Apenas unos segundos después, alguien encendió un grupo de velas en la mesilla de noche. La luz dorada iluminó la

mitad del rostro de Denna.

Se habría parado a adivinar la otra mitad si ella, en un movimiento que quiso entender como autodefensa, no lo hubiera sacado de la cama de un empujón violento. Blake rodó hasta caer al suelo, golpeándose la cabeza con la esquina de la mesilla.

Denna no se percató de ese detalle, o eso quiso pensar al oír sus gritos.

—¡¿Quién eres?! ¡Lárgate ahora mismo! ¡Lárgate o gritaré!

—Me parece que ya estás gritando —masculló.

—¿Qué has dicho?

Blake se levantó con torpeza, alzando las manos para defenderse. El corazón le latía muy deprisa y le daba vueltas la cabeza.

—Disculpa, no... Creía que...

Ella jadeó y alzó una de las velas para ver a través de la oscuridad.

—¿Blake? —balbuceó. Se quedó petrificada un instante—. No me lo puedo creer. ¿Cómo te atreves...?

—Escúchame...

—Quédate donde estás y no te acerques.

—Tranquila, no iba a...

—¿Qué creías? ¿Qué excusa vas a poner ahora? —lo increpó, temblando—. Ni siquiera sé qué pretendías... qué querías hacer...

—¡Nada! ¡He entrado por error!

—¿Por error? Basta. Basta ya —masculló con un hilo de voz—. Vete antes de que vuelva a gritar... o confiesa la verdad.

—¿Qué verdad? Denna, estaba convencido de que esta era mi alcoba. Aún no consigo orientarme en condiciones en este lugar; todos los pasillos son los mismos, las puertas iguales, y... Lo siento, estoy tan cansado que apenas me he dado cuenta, y... —Se llevó una mano a la cabeza y palpó un líquido espeso y caliente—. Maldita sea.

—¿Es que no te das cuenta de que no me trago tu actuación?

Blake se olvidó de la herida abierta y clavó los ojos en el halo de luz y los escasos rasgos que dejaba a la vista.

Denna no se movía de donde estaba.

—¿Mi actuación?

La mano femenina tembló, y con ello, la vela amenazó con apagarse.

—Puede que hayas conseguido engañarlos a todos con tu fingida desorientación y tu repentino deseo de ser mejor de lo que solías, pero yo no soy tan ingenua. Conozco todos y cada uno de tus trucos; sé hasta dónde eres capaz de llegar cuando algo se te mete entre ceja y ceja.

Entre intrigado y molesto por su acusación, Blake rodeó la cama. Las quejas y amenazas de Denna no lo detuvieron.

—¿Y qué se supone que se me ha metido entre ceja y ceja, según tú? ¿Qué es lo que explica

que esté aquí ahora? ¿Insinúas que mi propósito era violarte?

El alivio le permitió respirar con normalidad cuando ella no respondió. En su lugar, su rostro se contrajo en una mueca que rechazaba de lleno esa posibilidad.

—Me alegra saber que no me rehúyes ni reniegas de mí porque me veas capaz de asaltarte; créeme, he estado devanándome los sesos últimamente porque lo único que explica cómo me repudias es que te causara un daño como ese en el pasado. ¿Por qué no confiesas tú? —Le costó encontrar el valor para preguntar algo que lo atormentaba desde que ella reaccionó de forma exagerada a su contacto la primera vez—. ¿Alguna vez te he forzado?

Denna no lo miraba horrorizada por la idea, cosa que le habría gustado para calmar sus histéricos nervios. Pero tampoco pareció mentir al negar con la cabeza.

—Claro que no. Tú sabes muy bien de qué manera te gustaba hacerme daño. —Su voz tembló —. Blake, te lo ruego... Basta ya. Deja de jugar. Sé que solo quieres volverme loca.

Blake apretó la mandíbula y avanzó un paso más.

—¿En serio crees que miento? —inquirió, entre decepcionado y rabioso—. ¿Tienes una remota idea de lo duro que es no entender lo que sucede a tu alrededor, no saber cómo demonios relacionarte con los demás...? Nadie se animaría a adoptar mi papel por gusto, y menos sabiendo que hace sufrir al resto. He visto a mi hermano muerto de preocupación, lamentando mi estado más incluso que yo. No le haría algo así. ¿Qué clase de monstruo crees que soy, Denna?

Ella le apartó la mirada.

No tan enfadado por su insinuación como asustado por los motivos que tendría para verlo de ese modo, se esforzó por sacarle una respuesta. Tiró de su barbilla y la obligó a prestarle atención.

—Respóndeme.

Denna clavó en él sus preciosos ojos oscuros.

Por un momento se olvidó de lo que estaban discutiendo y sintió que se le derretían los huesos. Como cada vez que estaba a una ridícula distancia de ella, el deseo de besarla lo atacó de improvisto y tuvo que resistirlo aferrándose a su voluntad.

—Dios santo —jadeó de repente—. ¿Eso te lo he hecho yo?

—¿El qué?

—Estás sangrando. Jesús...

Denna se escabulló y él tuvo que agradecerlo por rescatarlo de su pasión martirizante. Oyó que lo llamaba y le pedía que se acercase al escritorio que había estado revisando la tarde anterior. Allí había encendido un par de candelabros y otras tantas velas. Las débiles llamas se unieron para favorecer su deseo de verla tal y como era, sin sombras ni vacíos.

Se sentó donde ella le señaló, silencioso y obediente, y la vio trajinar con un simple camisón de seda para empapar un paño en el cuenco del aseo personal.

Blake no respiró en todo el proceso.

Decidió que no merecía la pena castigarse por embeberse de la visión que le regalaba la

casualidad. La tela de la prenda era relativamente transparente y las luces permitían que se intuyeran sus deliciosos contornos.

A diferencia de sus reacciones y de ella en sí, que de algún modo le transmitían la idea de familiaridad, su cuerpo era un interrogante de lo más seductor. Un misterio en el que ansiaba sumergirse. Blake presentía que solía ser un hombre de apetitos fuertes, y con Denna despertaban como si llevara toda la vida en ayunas. Se moría por darle un mordisco, por ver cómo su espalda se arqueaba al hacer presión en el punto exacto, por definir la longitud exacta de sus piernas recorriéndolas con los labios...

Tuvo que obligarse a serenarse para no importunarla con una gloriosa erección; sobre todo en ese instante que se acercaba, no sin su recelo habitual, y se colocaba entre sus rodillas abiertas para taponar la herida con el paño.

Blake soltó un pequeño gemido que enseguida camufló como un gruñido.

—¿Te he hecho daño? —musitó.

—¿Qué respuesta te satisfaría? ¿Te arrepientes de haberme dado, o de no haberme dado *fuerte*?

—¿Cómo puedes siquiera insinuar eso? —espetó, indignada.

—Lo único que me ayuda a no pensar que deseas verme muerto es recordarte velándome, pero me has prohibido evocar esa noche y tú misma te avergüenzas de haberme compadecido. Después de eso, es difícil no imaginarte ofuscada porque siga respirando.

—Yo jamás le he deseado la muerte a alguien.

—Estoy seguro de que no has buscado a una bruja para que me maldiga, pero todo apunta a que a veces desearías hacerme desaparecer.

Le sorprendió que Denna esbozara una sonrisa amarga.

—Eso suena a algo que dirías.

—¿El qué?

—Lo de las maldiciones y las brujas. —Vaciló antes de agregar, resistiéndose a sonreír—: Creías en esas cosas tanto como creías en ti mismo.

—¿En las brujas?

—En la magia.

Aunque no sentía el menor deseo de hablar, Blake consiguió convencerla con una mirada persuasiva. La oyó suspirar, resignada.

Le bastaba. Podía lidiar, aceptar e incluso amar su resignación hasta que llegaran a algo más halagador.

—Cuando llegué a Lochranza y traté un poco con los socios de Calder, incluso con las gentes del pueblo, me di cuenta de que la espiritualidad y la superstición hacen latir la isla. No debería haberme sorprendido: en Aberdeen también había muchos adeptos de la reina de Elfame, entre otras criaturas del folclore. Pero tú te llevabas la palma. —Aguantó una risa burlona—. Ibas a ver a algunas videntes, incluso. Dejabas que te comieran la oreja... aunque ellas no siempre te

daban buenas noticias. Creíste a una cuando te dijo que...

Denna se detuvo ahí, de repente turbada.

—¿Qué me dijo?

—No recuerdo.

—Si aceptas un consejo, procura hacer el esfuerzo de mentir mirando a los ojos a tu interlocutor; es mucho más notable que estás reservándote información cuando lo rehúyes.

Denna suspiró.

—Te dijo que te enamorarías de una mujer con unas características concretas y que esta te rompería el corazón —dijo de carrerilla—. No me pidas concreción, no puedo darte más detalles; no te conocí lo suficiente para que me contaras aquello palabra por palabra.

Blake pensó en expresar lo que pensaba, en forzarla a continuar su relato, pero en el último momento reculó, sabiendo que podría incomodarla. En su lugar, atrapó la mano con la que no atendía la idea que lo tenía turulato y separó los dedos. Su corazón se saltó un latido al ver que ella, en lugar de tensarse o retirarla de inmediato, se dejaba llevar. Era obvio que aún estaba conmocionada por el golpe que le había dado y no iba a ponerse a la defensiva en lo que quedaba de noche. No era culpabilidad lo que deseaba de su parte, pero serviría para comenzar. Era un buen punto de partida para convencerla de sentir algo más.

—Puede que quede algo de ese Blake místico en mí —dijo en voz baja. Le dirigió una mirada elocuente—. Sé lo que significa cada línea de la mano de una mujer.

Denna arqueó una ceja.

—¿Bromeas? —susurró—. ¿Aprendiste...?

—Algunos lo llaman quiromancia.

—Yo lo llamaría estupidez.

Blake medio sonrió.

—Veo que no crees en la magia. ¿En qué crees, entonces?

—En nada —repuso, esquiva. Pero no se apartaba, y eso ya era una victoria—. ¿Por qué habría que creer en algo? Es la forma más fácil de sentirse decepcionado.

—Al contrario. Es la forma más fácil de vivir sin miedo, porque siempre tienes a lo que aferrarte —replicó suavemente. Se concentró en la suave y cálida palma que tenía entre las manos y la acarició con los dedos, resiguiendo el relieve que la luz íntima de las velas dejaba a la vista—. Esta primera, horizontal, es la línea del corazón. La segunda, algo más curvada, es la de la cabeza. La tercera, la que rodea cerca del pulgar, la de la vida... y luego hay una cuarta atravesando las dos primeras, la de la suerte: yo no la tengo, y parece que tú tampoco.

—¿Y qué significa eso? —musitó ella, intentando reprimir en vano la curiosidad.

Él alzó la mirada y se aguantó una sonrisa tierna.

En lugar de contestar con claridad, pues no quería enemistarla con los dibujos en su piel, respondió:

—Significa que la suerte la hacemos nosotros.

Denna se dio por satisfecha y casi sonrió.

—Muy bien, eso suena interesante —reconoció—. Dime qué dice mi mano.

—La línea del corazón se junta con la de la vida. Eso significa que eres sensible; que te han partido el alma alguna vez —expresó con el mayor tacto posible—, pero tu línea de la vida es larga y muy curva, y eso no solo quiere decir que tendrás tiempo de sobra para recomponerte, sino que celebrarás cada minuto con fortaleza y entusiasmo.

»Tu línea de la cabeza aparece interrumpida. Tus pensamientos no fluyen en línea recta, sino que tiendes a la confusión; vives peleada contigo misma.

—Eso sí suena a mí —murmuró con un hilo de voz. Le retiró la mano y engurruñó los dedos. Se los miró con el ceño fruncido, como si le costara creer lo que acababa de decir—. Si es tan fácil averiguar cómo es alguien leyendo su mano, ¿por qué no revisas la tuya para conocerte?

—La mía ya me ha dicho todo lo que puede decir —respondió. La estiró donde la luz pudiera iluminarla y señaló cada línea—. Soy egoísta en el amor porque la línea del corazón empieza en el dedo medio; soy aventurero, quizá algo temerario, puesto que esta línea está separada de la de la vida, la cual llega hasta mi muñeca: yo también viviré mucho, y con gran vitalidad. Además, tengo las palmas rectangulares con los dedos muy largos y los nudillos prominentes; eso dice que soy... sociable, comunicativo e ingenioso, pero también puedo convertirme en una bestia rencorosa y fría; me siento cómodo con lo mental, con lo intangible o la magia... —Medio sonrió, melancólico—, y hago las cosas de manera radical.

—Dios santo —balbuceó Denna, que se debatía entre la risa incrédula y la conmoción—. Quizá la magia sirva para algo, después de todo. ¿Para qué me necesitarías a mí para conocerte, si cuanto necesitas está en tu mano?

—Nuestra vida está en nuestras manos, es cierto, pero siempre hay partes que inconscientemente dejamos en las de los demás. Y yo debí dejar alguna entre tus dedos —dijo al fin, en tono cercano. Se preparó para volver al tema que lo ocupaba—. Sabías la historia de la bruja y de la mujer misteriosa, y esa parece la clase de información personal que solo se le daría a un ser amado.

Ella tragó saliva.

—Se la diste a Calder... y Calder me la contó a mí.

—¿Quieres decir con eso que nunca te dirigiste a mí directamente? —inquirió. Se sumió de nuevo en ese silencio que tanto lo crispaba—. Denna... —murmuró. Ella dejó lo que estaba haciendo un instante, alterada al oír su propio nombre—. Es imposible que tú y yo no nos relacionáramos de algún modo. Vivía aquí cuando tú ocupabas este dormitorio. De hecho, este dormitorio me suena muy familiar.

Ella no disimuló lo bastante bien el respingo que dio.

—Quizá lo ocuparas antes de que yo llegase. No recuerdo.

—¿Viviste aquí con tu marido?

—¿Por qué no dejas de hacerme preguntas? —siseó entre dientes.

—Porque no tengo otro modo de descubrir la verdad, y no sabes la inquietud que puede generar en un hombre saber que depende de las versiones que otros le quieran contar. Tengo la suerte de reconocer cuándo mientes, o eso quiero pensar, pero habrá otros que deseen mentirme. Es desquiciante que tus ojos no sirvan para nada y debas ver a través de los del resto.

Supo que la había conmovido y se arriesgó a insistir una última vez.

—No te comportas como si fuera un extraño y molesto huésped, Denna, sino como si te hubiese hecho daño. Sé que tenemos un pasado en común.

Denna escurrió el trapo en el platillo y le dio la vuelta para continuar secando y limpiando a la vez la herida. Blake estaba algo confuso, pero dudaba que el golpe tuviera que ver con ello. Atendía a la mujer con los cinco sentidos.

—Por favor, dame una respuesta —pidió con suavidad—. Algo que me ayude a no odiarme a mí mismo.

Ella lo miró con franqueza.

—Si lo que quieres es estar en paz contigo, quizá hablarte de tu pasado no sea la mejor manera de conseguirlo.

Blake cerró los ojos mientras interiormente se maldecía; maldecía todo lo que había hecho antes de conocerlo.

—¿Qué te hice, Sirena?

Denna se tomó un segundo para respirar, tranquilizarse y terminar su labor.

—Teníamos una relación complicada —resumió—. Es doloroso recordarla. A grandes rasgos, solo quiero que sepas que yo también te hice daño a ti, y que no merece la pena perder el tiempo tratando de reconstruirlo: ni el pasado, ni lo que había entre nosotros.

—¿No crees que exista manera de ganarme tu perdón?

—No.

Le salió con seguridad, como le habría salido su nombre, con qué mano escribía o el lugar en que nació: tres de las cosas que solo tenían una respuesta verdadera, tan memorizada que no necesitaba pararse a pensarlo.

La pena hizo que se le desprendiera una de las capas del alma.

—¿Y si lo intentara de todos modos?

Denna se humedeció los labios y vaciló.

—Tendrías que esforzarte mucho y es probable que fuera en vano. No le deseo a nadie frustración semejante.

—Es un alivio: que no me desees un gran sufrimiento ya significa que no me odias tanto.

Denna se lo pensó antes de preguntar, indecisa:

—¿Por qué querrías ganarte mi perdón?

Blake se debatió entre decirle la verdad y contestar una mentira piadosa, pues al mirarla a los ojos supo que lo segundo la aplacaría. Denna lo observaba con recelo e inseguridad. Parecía rogarle que no dijera nada que pudiese comprometerlos; nada que amenazara con conmoverla.

Si hubiera sido un caballero la habría complacido. Pero quería sacarla de sus casillas y no reservarse la verdad. Cada vez que hablaba con ella sentía que estaba disfrutando de una experiencia única que pronto le sería arrebatada. La sensación de estar en el borde no era agradable, como tampoco la de avanzar vertiginosamente al momento en que lo perdería todo. Pero Denna, su cercanía, su olor, compensaba con creces cualquier vértigo.

—Porque siento que te amé con locura y quiero mantenerme fiel al hombre que solía ser —dijo. Aunque trató de ser suave, ella se sobresaltó de todos modos—. No dudo de tu palabra: es probable que fuese malvado contigo. Y no sé si es posible que alguien que ama a otra persona tenga las tripas de hacerlo desdichado, pero... me cuesta no verme como una criatura dual. En esta piel he experimentado un amor muy puro y un odio desgarrador al mismo tiempo. Con esto ya intuyo que Blake Houston no era un tipo fácil.

Denna tragó saliva.

—No, no lo era.

—¿Y me dirías cómo fue? —pidió con humildad—. ¿Qué hacía, qué le gustaba...?

—Tal vez —murmuró, no muy convencida—. Pero has de saber que, si quieres volver a ser quien eras, ahora mismo estás muy lejos. Lo único que tienes en común con ese Blake es que ambos odiáis llevar chaqueta y manga larga, y los dos sois obstinados y nunca os dais por vencidos.

—En ese caso, y ya que somos tan diferentes, ¿no crees que podrías tratarme de manera distinta? ¿Tan raro sería que me vieras con buenos ojos por lo que ahora represento?

Supo que la había descolocado con su propuesta.

Blake no podía imaginarse el alcance de lo que estaba pidiendo, porque le costaba hacerse una sola idea de cómo de cruel habría sido con ella, pero confiaba en que era fuerte y cabezota de sobra para afrontar cualquier reto.

—Tenéis la misma cara —susurró, débil.

—Eso podría convertirme en el gemelo bueno. —Se envalentonó al ver que lograba arrancarle un amago de sonrisa. Estiró una mano y acarició una de las cintas que pendían de la cintura del camisón—. Dame una oportunidad.

Denna inspiró hondo. Se resistía a mirarlo, pero cuando lo hizo, Blake cayó en su embrujo una vez más.

No sabía qué demonios tenía, a qué clase de diablo había empeñado su alma para jugar con la suya tan fácilmente, pero sentía que su vida por fin valdría algo si la estrechaba entre sus brazos. Y ella no era inmune a él: por Dios que no. El odio le encendía la mirada y la rabia vibraba entre sus dedos, pero el deseo le teñía las dulces mejillas, y sus labios también hablaban en silencio al entreabrirse y apuntar a los de él.

Los dedos de Blake treparon por esa misma cinta y subieron hasta la cintura.

¿A cuántos años de infierno lo condenarían si traicionaba su promesa de benevolencia y la tomaba allí mismo? Por poseerla, por borrar la amargura de su cara, por descubrirla en la

intimidad, pasaría sus próximas reencarnaciones vagando en el limbo.

Su respiración entrecortada le avisó de que no estaba solo en sus fantasías. Rodeó la estrecha cintura y la atrajo con suavidad hacia él, tan cerca que su nariz rozó el espacio entre los pechos y el ombligo. Con un suspiro que no liberaba más que una pequeña parte de su secreta pasión, dejó caer la cabeza hacia delante y enterró la cara en su estómago. Rodeó del todo sus caderas con el brazo y se apretó contra ella, inhalando profunda y enfermizamente el olor pegado a la tela.

—Querría una vida entera solo para estar así, apoyado en ti —murmuró—. ¿Cómo podría hacerte daño un hombre con estos sentimientos? ¿Sería posible que te hiriesen a ti como me afecta a mí su virulencia?

Denna se estremeció. Sabiendo que no podía propasarse de nuevo y estaba tensando la cuerda, la soltó y echó el cuerpo hacia atrás, poniendo toda la distancia posible.

Con los ojos cerrados, preguntó quedamente:

—¿Te odiaba tanto como te quería?

Ella dejó correr el silencio. Su figura estaba sumergida en las sombras.

—Siempre he querido saber la respuesta a esa pregunta.

5

«Ya que somos tan diferentes, ¿no crees que podrías tratarme de manera distinta? ¿Tan raro sería que me vieras con buenos ojos por lo que ahora represento?».

Denna había pasado la noche desvelada dándole vueltas a esa frase; al amplio abanico de posibilidades que se abría ante sus ojos. Como no había dudado que Blake estuviera mintiendo, ni se le ocurrió ver el problema desde una perspectiva distinta.

Tratarlo como a alguien diferente.

¿Acaso era, en realidad, alguien diferente?

Tal vez no mintiese: Denna no había descartado esa posibilidad del todo, pero estaba dispuesta a ponderar otras opciones. Y sin duda una era que tuviese ante sí a un hombre que no compartía nada con Blake más que el nombre... y el rostro.

Desgraciadamente, esas similitudes eran suficientes para que sintiera rechazo. Denna siempre lo había mirado fascinada, pero el desprecio y el rencor aplastaron cualquier amago de emoción positiva hacía mucho tiempo. Ni siquiera sabía cómo era capaz de enfrentarlo sin temblar de rabia. Que su cuerpo hubiera decidido colaborar con él, reaccionar encantado, sin duda debería darle una pista de cuál era la decisión sabia, o por lo menos, inspirarla para actuar de un modo más permisivo. Sin embargo, Denna no se encontraba en un momento favorable para desafiar el instinto que la ponía a la defensiva con él: no tenía fuerzas para saltar los obstáculos.

No solo Blake la había tenido despierta esa noche, sino también Lachlan. Su propuesta. El sentimiento de traición que había sembrado en él.

Por fortuna, había un par de responsabilidades y un hombre de dos metros de alto y casi uno de ancho esperándola para alejarla de sus demonios. Rowen Carmichael se personó a la hora acordada en el salón para acompañarla en un agradable paseo hasta la destilería, donde desempeñaría la labor que Calder le había encomendado. Se alegraba de que hubiera depositado en ella esa confianza, aunque la tarea no fuese más que echar una mano a Carmichael con cuentas sencillas. Lachlan apenas pasaba tiempo en la bodega puesto que su ejercicio era meramente comercial y Haye no podía invertir tiempo en la destilería ya que se encargaba de cuidar a los pacientes de la Reina, y por eso se precisaba una mano extra. O dos, en vista de que Carmichael seguía renqueando por las laceraciones de la espalda.

No hacía mucho más de un mes desde que, en el heroico gesto de salvar una de las secciones

de la destilería de un fuego provocado, había arriesgado la vida. Consiguió apagarlo, pero al coste de llevar la marca de las quemaduras para siempre en la espalda.

—Señora. —Hizo una reverencia algo torpe.

Denna le sonrió con la simpatía que siempre le había tenido. A pesar de ser enorme, no tenía un aspecto feroz; era un hombre taciturno y reservado que, las pocas veces que separaba los labios, era para dar una muestra de su sabiduría. Sabiduría que nadie tenía ni idea de dónde había sacado, pues llevaba toda la vida dedicándose al campo y no sabía ni leer ni escribir.

Como el propio Carmichael había mencionado en alguna ocasión, las mejores experiencias y lecciones se adquirían mirando a la vida a los ojos y agarrándola por los cuernos.

Denna nunca había entendido del todo el curioso refrán, pero tenía su total respeto.

—Parece que no ha dormido muy bien esta noche. Se la ve cansada —apuntó—. Creo que queda café: como el señor no está en el castillo no hay que preocuparse de que haya acabado las reservas.

Denna agradeció su preocupación con una sonrisa y aceptó el brazo tendido. Caminaron como un respetuoso matrimonio en su paseo matinal hasta la puerta, y desde ahí se expusieron de nuevo al frío.

—No es necesario que vaya a traerme un café, como si fuera un criado más —ironizó. Levantó una ceja—. ¿Acaso le traería uno a Haye?

—No a menos que llevara la correspondiente cucharadita de cianuro.

Denna soltó una carcajada que él no secundó. Era un hombre francamente divertido y despertaba simpatía tanto por sus bromas naturales como por lo ajeno que era a sus propias virtudes. En lo que a Denna respectaba, Rowen Carmichael era un gigante adorable.

—Si ni a usted le gusta Haye, estoy segura de que podremos hacer algo para perderlo de vista.

—A nadie le gusta Haye, pero todos lo queremos. —Se detuvo a pensarlo y enseguida le lanzó una mirada que se excusaba—. Parecen ideas contrarias, lo sé.

—En absoluto. Sé muy bien a lo que se refiere.

Carmichael la observó de reojo.

—¿Por qué? ¿Porque usted también se siente así por el señor Haye? —«No exactamente», estuvo a punto de contestar. Él la libró de hacerlo—. Disculpe. No debería inmiscuirme en sus sentimientos.

—Tranquilo; si a alguien le permitiría indagar en los confines de mi alma, ese sería usted, alguien a quien le importaría un bledo lo que encontrara —bromeó, dándole unas palmaditas en el brazo. Se fijó en que Carmichael torcía la boca de dolor, y enseguida recordó que también tenía heridas en los brazos—. Lo lamento. He tocado donde no debía. ¿Cómo se encuentra? ¿Le siguen molestando?

—No tanto como me molesta perder el tiempo reconstruyendo una de las secciones o haber perdido la mitad de los lotes almacenados —apuntó. Si Calder hubiera dicho aquello, habría sonado como un anciano gruñón, pero Carmichael se resignaba ante las adversidades con la

paciencia y la filosofía de un hombre que sabe lo poco que tiene que hacer frente a la naturaleza —. Quienquiera que fuese el que prendió el fuego debía saber muy bien cómo amargarme el día.

Un comentario sin duda irónico; Carmichael era respetado en parte por su humildad y jamás apuntaría una desgracia como un motivo para hacerlo sufrir a él en particular.

—¿«Quienquiera que fuese»? Pensaba que ya habíamos decidido que fue Blake —murmuró, molesta—. Solo él aparte de los socios tenía acceso a esa sección del edificio, ¿no?

—Es una teoría. No me gusta lanzar acusaciones sin tener pruebas irrefutables... por muy poco simpático que me resulte el individuo en cuestión.

—Siempre tan honorable. ¿No se cansa de elegir la opción correcta, o de obrar como cabría esperar en un hombre de bien?

Él la miró de reojo con una sombra de sonrisa y una ceja arqueada.

—Dejaría de ser un hombre de bien si me cansara de ser indulgente con los demás.

—Así que se considera a sí mismo un hombre de bien. ¿No es eso narcisismo?

—Estoy en contra del pensamiento común de que atribuirse una virtud es propio de petulantes; sí creo que no deberían airearse las virtudes, pero yo solo me estaba definiendo.

—Y yo solo bromeaba. Sería injusto que después de esforzarse tanto por defender a los indefensos y ser fiel a su señor no pudiera ni concederse el derecho de llamarse buen hombre —expresó con suavidad—. ¿Tiene alguna sospecha de qué otra persona podría haber sido, si no se tratara de Blake?

Carmichael negó con la cabeza. Los mechones cobrizos de su singular cabello barrieron una frente surcada por las arrugas de expresión. Debía tener más de treinta y cinco años, y más de dos décadas de trabajo duro a la espalda.

Mientras él exponía detalladamente sus pesquisas en cuanto a cómo otra persona, una sin llaves o acceso, podía haber entrado y encendido el fuego, Denna especulaba sobre sus propios asuntos.

Había permitido que la ternura de Blake y su arte para leer las manos la conmovieran, cuando el daño causado durante su matrimonio no era el único pecado cometido, y definitivamente, no el más peligroso. Con el recordatorio de las heridas de Carmichael desbloqueó un miedo que había ocultado bajo capas de fingida calma.

La destilería no había sido la única amenazada antes de que Blake regresara y se pelease con Lachlan con pésimos resultados: ella también lo fue. Recordó de repente cómo un par de maleantes la habían agarrado y prometido después, en nombre de Blake, que encontrarían el modo de hacerle daño. No dijeron su nombre, pero Denna lo comprendió perfectamente. Blake estaba furioso por su aventura con Lachlan, por la traición de su hermano y sus socios, y quería hacérselos pagar a todos. Pero nunca creyó que se atrevería a poner su integridad en peligro. Nunca creyó que se atrevería a amenazar su vida.

¿Cómo podría mirar a la cara a un Blake en apariencia dulce, por poco que recordara, cuando tenía los mismos ojos que su torturador?

Denna se estremeció.

—¿Señora Houston? ¿Se encuentra bien?

Volvió a la vida con el toque de atención de Carmichael.

—Sí... Sería mejor que se empezara a acostumbrar a llamarme lady Denna, o solo Denna. Se supone que ya no estoy casada y no queremos que él sepa que estuvimos unidos una vez.

—Lo recuerdo —atajó. Reanudaron la marcha camino abajo. La destilería se alzaba como un montón de piedras mohosas (pero muy útiles y productivas) cerca de la orilla de la bahía, de donde extraían el agua—. No es mi intención sonar grosero, como tampoco proponer un tema de conversación que pudiera incomodarla, pero creo que al señor Houston le ha sentado de maravilla ese golpe en la cabeza.

La solemnidad con la que se expresó hizo que Denna liberase los nervios de una sola y potente carcajada.

—¿Será eso lo que hace que los Houston funcionen en condiciones, Carmichael? ¿Si le hubiéramos dado un golpe a Calder, habría espabilado antes en lugar de amargarnos la vida con su obstinación?

—Creo que Calder tiene la cabeza tan dura que partiría cualquiera que fuese el instrumento usado para reconvertirlo.

—Reconvertirlo... Casi suena como si la lámpara que por poco mató a Blake fuera una varita mágica, capaz de transformar al hombre más perverso en una criatura un tanto... —se le atragantó la palabra— dulce.

—No creo que Blake Houston fuera perverso antes de golpearse —meditó Carmichael. Clavó los ojos en el horizonte, donde se divisaba su destino. La niebla rodeaba las torres de mampostería como los aros de humo que se hacían al fumar—. Antes que malo, diría que estaba loco.

—Siempre he pensado que disfrazar la maldad de locura es un gesto de benevolencia hacia los perversos que bajo ningún concepto debería tenerse.

—Yo no lo conocí tan bien como usted, milady, pero creo firmemente que el hombre que permite que el mal eche raíces en su corazón, lo lleva siempre consigo. Pase lo que pase. Con o sin golpe. Y desde que Houston despertó, no he sido capaz de atisbar ni una muesca en su personalidad.

Denna se estremeció por el pretérito usado, con el que había dado por hecho que el otro Blake estaba muerto y jamás regresaría.

—Es porque la ha perdido —apostilló.

—¿Quiere decir que la maldad es una cualidad personal? No me gusta llevarle la contraria a las mujeres de clase, pero no creo que eso sea así.

Denna le lanzó una mirada entre divertida y frustrada.

—Detesto que te pongas por debajo. Aunque nacieras en una granja tienes el mismo valor que yo, Carmichael: incluso más. Has hecho más por la comunidad que esta insulsa y aburrida dama.

—Eso es porque los hombres no podemos hacer otra cosa, y las damas, tampoco.

Denna no estaba del todo de acuerdo: a pesar de lo que le habían enseñado —modales, saber estar; todo enfocado a convertirse algún día en la señora de un hombre rico e importante—, había visto a algunas mujeres rebelarse contra lo establecido y dedicar su vida a grandes obras. Podría empezar por las escritoras de la historia y terminar por las piratas atlánticas, aunque el oficio del robo en la mar no fuese precisamente digno de alabanzas.

Pero no podía esperar otro punto de vista viniendo de un hombre como Carmichael, que en numerosas ocasiones había expresado su opinión sobre la inutilidad de las mujeres en todos los aspectos.

No arremetía contra él porque conocía el motivo de su desprecio y lo lamentaba.

—Si sirve de algo, a esta dama le habría gustado hacer mucho más que convertirse en la esposa de Blake Houston. —Hizo una pausa pensativa solo para sentir la brisa en la cara—. Me ha intrigado con su comentario. ¿Qué le merece mayor respeto, Carmichael? ¿La maldad o la locura?

—Creo que lo que en realidad quiere preguntarme es qué merece antes mi perdón, o por lo menos mi compasión —corrigió—. La maldad siempre nos dará respeto a todos porque sabemos que puede destruirnos. No dudo que Blake sea o fuera inteligente de sobra para hacer el mal, pero creo que sus errores eran el resultado de una acción fallida, no un plan calculado. El señor Houston creía tenerlo todo bajo control, cuando en realidad él era víctima de su falta de este.

—Nunca lo había visto así. ¿Por qué de pronto se muestra clemente con él? Es posible que por su culpa tenga la espalda quemada. Y siempre lo ha detestado por su falta de lealtad.

—Blake era leal —repuso—, solo que no era leal a lo que un hombre de negocios y que trabaja con un grupo debería serlo. Prefería prestar fidelidad a sus principios, a su definición de bien, que a sus familiares. En cuanto a mi espalda, mi señora, no es nada que me preocupe especialmente.

—Seguro que no. No es como si eso fuera a ahuyentar a las casaderas de la isla, ¿verdad? —Sonrió con simpatía—. Siento el exceso, pero creo que la confianza me permite decir que no perdería el favor de las mujeres ni con el cuerpo entero surcado por las llamas.

Carmichael no agradeció el cumplido ni tampoco mudó la expresión.

—Soy consciente de la atención que se me presta, pero es bien sabido que no pretendo hacer nada con ella.

Denna lo estudió deseando decir lo que tenía en la punta de la lengua. No le sorprendía que estuviera desencantado con el amor y el género en general después de que lo plantaran en el altar. El escándalo había sido tan sonado que había atravesado el agua para llegar a Lochranza, pues la boda abortada tuvo lugar en las Highlands, de las que Carmichael era originario. Quizá por eso, por el vínculo que creaba haber sido criados entre los mismos paisajes, se atrevió a preguntar:

—¿La amaba?

Carmichael vaciló, aun cuando ambos conocían la respuesta.

—Puede hablar conmigo. Sé que eso de recurrir a las señoras para contar cuitas amorosas no es lo normal entre hombres trabajadores y ocupados como usted... pero lo comprendo. El desengaño puede unir a dos personas que en principio tienen poco en común.

El pálido rostro de Carmichael se había tensado ante la posibilidad de conversar sobre ella. Denna no podía permitirse chismorrear cuando tantos problemas la acechaban, pero debía admitir que la imagen de la amada de Carmichael era una de esas cosas que la obsesionaban. ¿Quién habría sido capaz de conquistar su duro corazón y endurecerlo más aún si cabía con su cruel desplante?

—Su desengaño es diferente. Usted siempre tendrá un consuelo.

—¿Cuál?

—El señor Houston la amaba, milady. Lo hace incluso ahora, aun siendo incapaz de recordar quién es. Es algo que me intriga y a la vez me enternece —comentó en voz alta, pensativo—. Como ha mencionado antes, solía criticar sus prioridades como hombre. Y aunque sigo sosteniendo que su mente sigue un patrón distinto, pues está repartida y ordenada de otro modo, ahora entiendo que no debería cuestionarlo.

—Veo que le gusta el nuevo Blake —resumió secamente—. ¿Le ha perdonado todos los pecados?

—Es otro hombre. No puedo acusarlo de los pecados que cometió cuando era alguien distinto. Pero visto desde sus ojos, milady, sí, lo he perdonado.

—¿Y la perdonaría a ella del mismo modo, con la misma facilidad? —Hizo una pausa—. ¿A Lillias?

—No.

Ni siquiera dudó al responder. Sonó tan tajante que Denna se estremeció y se lamentó por la mujer, a la que nunca le llegaría el mensaje. El odio tenía mucho alcance, pero el viento no lo arrastraría tan lejos.

Cuando llegaron a la destilería, Denna estaba aturdida por la conversación. Tuvo que despejar todas las dudas e incógnitas que se planteaban en su cabeza y concentrarse en la tarea que tenía por delante.

No fue hasta horas después, cuando el sol se estaba poniendo, que por fin terminaron de hacer el inventario. Era una tarea de la que solía encargarse Calder, pues los números siempre corrían a cuenta del propietario: Denna se dio cuenta de lo duro y aburrido que era y decidió, en un arranque de compasión, que no volvería a criticar la amargura de su amigo. Entre sus dificultades físicas y los horrores de su trabajo tenía razones sobradas para vivir con el ceño fruncido.

—Venga —le dijo Carmichael—. Después de hacer esto, Calder siempre invita a que nos sirvamos un trago. Sé lo mucho que le gusta nuestro whisky.

Denna siguió a Carmichael al fondo de la bodega, donde sabía que guardaban los lotes embotellados. Nunca había tenido el placer de descorchar una y servirse el primer trago; unas

cosquillas de emoción anticipada le subieron por el estómago. Estas se intensificaron cuando, al empujar la puerta, se toparon con una figura masculina que daba vueltas por la salita.

Blake apenas se dio cuenta de que entraban. Tenía los ojos clavados en la etiqueta de una de ellas, como si hubiera algo escrito en una letra minúscula.

Lo primero en lo que Denna pensó fue en salir de allí de inmediato, pero los pies no le respondieron y el orgullo no tardó en instarla a comportarse como una adulta. Huir de él era una cobardía que no pensaba permitirse.

Como si Blake hubiera percibido la fuerza de su determinación, dio la vuelta y la miró directamente a los ojos. Una sonrisa algo bobalicona se dibujó en sus labios.

—Vaya —balbuceó—. No sabía que te interesara el whisky.

Denna se dio cuenta enseguida de que estaba ligeramente borracho. Sus ojos detectaron la presencia de un par de botellas y un vaso a la mitad, dispuestos sobre la mesa céntrica. Carmichael, a su lado, logró captar la atención que distribuía entre el turulato Blake y las botellas: ambos intercambiaron una mirada en la que tranquilizaba al grandullón. «No pasa nada. Puedo estar en la misma habitación que él».

—Beber es la única afición que tengo y se me da bien —admitió—. Y resulta que está reservada a los hombres. Qué mala suerte tengo.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Carmichael con aire conspirador.

—Haye me ha dicho que con la marcha de Calder y su obligación de atender a los pacientes se necesita con urgencia otro par de manos. Me ha invitado a venir, me ha enseñado la destilería al completo...

—Y para coronar la tarde, te ha dejado bebértela entera —apuntó Denna, más divertida de lo que admitiría.

—No he bebido tanto —rezongó, también con aire jocoso—. Solo estaba familiarizándome con el producto. Pensé que, a la vez que me traería recuerdos, me ayudaría a vender más y mejor.

—¿Y para eso hay que beberse todas las botellas?

—No todas. —Blake se acercó a la mesa con perfecto equilibrio y una botella en la mano. La dejó alineada junto a la demás, con la etiqueta apuntando hacia ella. Denna se mordió el interior de la mejilla al leer «*dudàch*»—. Me he tomado un vaso, y no excesivamente generoso, de cada uno de los whiskys en venta. Hay cinco tipos...

—Cinco copas. Suficiente para emborracharse —apostilló Denna—. ¿No lo habías pensado antes?

—No estoy borracho, solo algo alegre. Y sí lo había pensado, pero unas copas de whisky no hacen daño a nadie, ¿me equivoco?

Le dirigió una mirada que era como una invitación a portarse mal.

Cuando la miraba de ese modo sentía que la atrapaba en la única jaula en la que se quedaría vivir. Blake no era un hombre hermoso como Lachlan podía serlo; sus rasgos no habían sido cincelados, sino trazados con la misma fuerza con la que arrojaba sus miradas penetrantes. Solía

tener la boca torcida en una mueca sardónica, al igual que las espesas cejas rubias, y tenía la nariz algo deformada por los golpes. Aun así, era el hombre más atractivo que había visto nunca. Así, con actitud oferente y el brillo acerado que la bebida clavaba en las pupilas, representaba la tentación contemporánea en la que la primera e imperfecta Eva, que no debió ser muy diferente a ella, cayó una vez. Blake era todo cuanto Denna deseó y una parte de sí aún deseaba con una intensidad dañina... por eso no pudo ser lo bastante prudente para dar un paso atrás.

—¿Vas a servirme? —se arriesgó a decir, con voz temblorosa. Que cediera a unos minutos con él no eliminaba el dilema, ni difuminaba sus reticencias; ni apagaba el fuego de las dos aristas que bifurcaban el odio y la pasión.

Blake la miró con intención.

—Lo que me pidas.

Denna tragó saliva y dio un paso hacia delante, temblando de expectación y también por el asombro hacia sí misma.

¿Por qué se abalanzaba de nuevo hacia su destrucción? ¿Por qué voluntariamente?

No quería reconocerlo, pero en tan solo unas horas habían regresado todas esas emociones que la desgarraban con el Blake bueno; el Blake que le susurraba los secretos de las flores y entregaba su disfraz de orgullo y bravuconería a cambio de unos minutos admirándola mientras se deshacía el moño: el que podía dotar a una frase de buenas noches de un significado embriagador. Su cabeza, saturada de gritos y malos recuerdos, se resistía al embrujo, pero toda ella era ya una agónica e incendiada Troya: su cuerpo se rindió ante la titánica invasión de sus caricias, las que le prodigó en el pasillo hacía solo unos días.

Su organismo traicionero reconocía en esos ojos verdes al fantasma de quien Blake fue una vez... y Denna no podía convencerlo de abandonar sus ideas, ni tampoco protegerse de lo que pedía. *Cercanía*.

—Me temo que tengo que ir a... hacer algo urgente. —Oyó que decía Carmichael—. Mis disculpas.

¿Era posible que la conversación con Carmichael, sumada a la petición de Blake de la noche anterior, la hubieran ablandado hasta el punto de disculparlo todo? Denna no se sacaba de la cabeza el gran debate. No sabía de dónde provenía la maldad; si era algo heredado o desarrollado, si se aprendía o contaba como una cualidad más. Y sin duda le intrigaba descubrirlo. Pero ante todo estaba la pregunta de si se podía olvidar.

¿Cómo era posible que un solo golpe hubiera eliminado su agresividad?

—¿Cuál es tu favorito? —preguntó Blake.

—¿Cuál es el tuyo?

—Después de una rigurosa cata, puedo decir que mi preferido es el que llamó mi atención a simple vista. —Dio un toquecito sobre el tapón del whisky más suave. «*Dudàch*»—. Esto confirma que el amor a primera vista existe.

Denna medio sonrió y, al ver que Blake se acercaba por la derecha, rodeó la mesa céntrica por

la izquierda.

—Blake solía ser así de romántico. Al menos una parte de él lo era.

—¿Era este whisky su favorito?

—Ajá.

—Mi intuición es infalible. No volveré a dudar de ella —decidió.

—Él también confiaba en su intuición.

Blake parecía divertido. Ladeó la cabeza como si la encontrara encantadoramente irresistible.

—¿Debería sorprendente que tenga cosas en común conmigo mismo? No sé si me molesta o solo me intriga que hablemos de mí como si estuviera muerto.

Denna enarcó una ceja.

—¿No querías que lo matase para poder tratar contigo?

—Solo si matarlo te hace sentir bien. —Le ofreció la copa servida. Parecía un gesto de tregua. Ella lo aceptó y dio un largo trago.

—No soy una asesina.

—Y yo preferiría no ser un cadáver en ninguna de mis formas.

—Oh, no serías nunca un cadáver. Si a alguien veo capaz de resucitar... es a ti.

Blake apoyó los codos en la mesa y se impulsó hacia ella para acercarse sin invadir su espacio. La madera emitió un quejido casi felino al dejar caer el peso. Denna se percató del detalle, de lo que pretendía, y no se movió de donde estaba. No quería ni pensar en cómo le sentaba la posibilidad de que el Blake que ella conocía hubiera desaparecido para siempre. Se rebeló contra la idea volviendo a beber.

—¿Porque las malas hierbas nunca mueren, o porque soy un santo como nuestro Señor?

Denna se rio de buena gana, aunque una nota de amargura fue perceptible en la sonrisa que se quedó danzando en sus labios.

—Porque eres el santísimo señor de todas las malas hierbas habidas y por haber.

Entrecerró los ojos.

—¿Entonces soy el diablo? Si eso es así, más me vale volver a ser yo mismo lo antes posible; no queremos que haya un desequilibrio allí arriba. Creo que el Mal es necesario para valorar el Bien.

—Otra cosa que diría Blake —balbuceó. Le dio otro trago.

Él se dio cuenta de que el tema de conversación la alteraba y lo cambió.

—¿Quieres que te cuente todos los conocimientos que he adquirido en estas pocas horas? Tal vez te sorprenda cuánta información es capaz de almacenar un hombre en una tarde.

—No creo que me sorprenda. Es la misma que almacena una mujer, y estoy familiarizada con la sabiduría.

—¿De veras? —Blake se incorporó y rodeó la mesa muy despacio, acariciando la superficie con la yema de dos dedos que parecían jugar—. ¿Cuáles son tus campos de saber? ¿También la elaboración, embotellado y comercialización del whisky?

—Oh, no, sé cosas muy poco interesantes. Las pocas que me transmitieron. Se me enseñó a coser, a bordar (que no son lo mismo, aunque a veces lo parezca y se me den igual de mal ambas), a bailar, a tocar el clavicordio... y a hablar gaélico. —Denna seguía con el rabillo del ojo su despreocupado paseo alrededor—. Gracias a los esfuerzos de mi institutriz conozco la teoría sobradamente, pero en la práctica no sé hacer nada de lo citado. Al menos, no en condiciones.

—Me alegro: ya sé algo que tú no. Desconozco si soy capaz de seguir el ritmo de una polca, pero el gaélico es mi lengua materna.

—¿Cómo sabes que es tu lengua materna y no una lengua más?

—Pienso en gaélico y detesto el inglés.

—¿Cuál es tu palabra favorita en el idioma?

Él lo pensó, de brazos cruzados y apoyado en la pared.

—No es una palabra. *Mo chuisle mo chroí* —pronunció.

Denna siempre había adorado cómo su voz se dulcificaba al hablar en gaélico y no pudo evitar sonreír. Vació el vaso con dedos temblorosos en el fondo de la garganta y preguntó, con la garganta ardiendo:

—¿Qué significa?

—«El pulso de mi corazón». Casi nunca se utiliza para designar textualmente a lo que se refiere; es, tal vez, una manera de hablarle a alguien que amas. No sé por qué pienso tanto en ello. Creo que alguien me lo decía.

Denna disimuló los celos acariciando el borde de la copa con la yema del dedo. Ya estaba vacía y a ella le pesaba la cabeza.

¿Quién se lo diría? ¿La Reina? Hablaba un gaélico perfecto.

¿Alguna amante del pueblo?

Solo de pensarlo sentía que se asfixiaba.

—No parece una expresión que vaya a usar a menudo —murmuró.

—¿Quieres aprender alguna que puedas emplear en tu día a día?

—Ya sé algunas palabras... —meditó pensativa. Inconscientemente se toqueteaba la manga del vestido, dentro de la cual escondía el botón. Su nerviosismo iba en aumento conforme él se acercaba—. *Soidhne*.

—Señal —tradujo.

—*Priobairneach. Miann. Neach-gaoil. Faodail*.

Él se detuvo a escasa distancia de ella.

Se la quedó mirando con una sombra en la mirada.

—Son palabras con un significado muy bonito. ¿Te las enseñaron al azar? —Denna asintió. Recordó aquella noche a orillas del mar, cuando Blake tiró de sus manos entrelazadas y le susurró algo que no entendió. No había podido memorizar el sonido de la frase al completo, pero sí aquellas palabras—. ¿Sabes lo que significan?

Denna negó.

—*Priobairneach*: emoción repentina. *Miann*: deseo. —Hizo una pausa y se impulsó para acercarse más a ella—. *Neach-gaoil*... amada. *Faodail*... un hallazgo afortunado.

Denna se había perdido en el recuerdo del calor de su cuerpo, de sus caricias; cómo se sentían sus manos al enredársele en la melena, al recorrerle los brazos y los hombros, pues otras zonas estaban terminantemente prohibidas para él. En aquel entonces y también en el presente.

De repente, Blake susurró algo que a ella le sonó familiar. Nada más girarse dio un respingo; él se había acercado suficiente para invadir su espacio.

—Te las dije yo, ¿verdad? Me acuerdo. Me acuerdo de lo que dije.

—Estábamos borrachos.

—Y ahora también —apuntó con sutileza—. Me juraste que no fuimos amantes, pero ¿alguna vez... te tuve entre mis brazos?

—No. —Se abrazó a sí misma, sabiendo que necesitaba consuelo al tener que hablar de una de las tristezas de su vida—. Nunca.

—Me alegro. —Ella alzó la barbilla con los ojos muy abiertos. Se topó con una mirada franca y a la vez oscura—. No soportaría haberlo olvidado.

La emoción que ardía en sus ojos hizo que le flaquearan las piernas.

¿Cómo podría resistirse al Blake de sus sueños, al que llevaba años echando de menos? Incluso si fuera un espejismo, se convertiría en aire para abrazarlo sin que se desvaneciera entre sus dedos. Pero no era ningún espejismo, era la niebla: niebla que entorpecía su visión y le impedía darse cuenta de lo que estaba haciendo, de que estaba a punto de caer ante el encanto de un desconocido.

¿Y si mentía? ¿Y si...?

La respiración de él se volvió pesada al inclinarse sobre ella.

Iba a besarla. Y lo único que podía hacer ante eso, con la cabeza dando vueltas y la debilidad instalada en los tobillos... era alzar la cara. Entregarse a la muerte, porque siempre supo que tarde o temprano llegaría a buscarla.

Pero esa tregua temporal pactada con sus recuerdos se disolvió un instante antes; cuando una escena irrumpió en sus pensamientos como un ladrón, dispuesto a robarle la paz en la que se había refugiado.

Denna ya no estaba en el almacén de la destilería, y no llevaba vestido. Solo el camisón cubría su cuerpo, y la noche impedía que viera al hombre que amenazaba con besarla bajo el quicio de la puerta. Ninguna otra palabra podría haberlo descrito mejor: *amenazaba con ello*, porque no se lo podían permitir ninguno de los dos. Y sin embargo iba a suceder.

O eso creyó.

Blake se había retirado cuando Denna estaba dispuesta a bajar las armas y la había mirado con tanto desprecio que se estremeció.

—Ahí tengo solo otra confirmación más de la fulana que eres —le había escupido—. ¿A cuántos hombres eres capaz de ofrecerte en un solo día? Si toco tus labios, ¿a cuál de tus amantes

me sabrá?

Aun con el corazón roto, encontró el valor para responder.

—No necesito más de un amante para hacerte daño. Puedes estar tranquilo: mis labios nunca sabrán nadie diferente que a él... Ni nunca sabrán a ti.

La mandíbula se le tensó tanto que pensó que se rompería. Lo peor no era la mirada furiosa que le dirigía, sino el fondo de sus ojos: ese corazón que latía, aún enamorado, cada vez más y más despacio. Denna vivía con miedo a que su amor se apagara, incluso si estaba enterrado bajo el rencor.

—No te besaría más que para humillarte. Meses haciéndote de rogar para acabar siendo la puta de cualquiera —le espetó—. Nunca te has merecido la manera en que te veneraba.

Aquella vez, Denna logró mantenerse firme y zanjar la discusión. Pero de pie, mareada y encerrada con Blake en el almacén, sintió que las paredes se estrechaban hasta ahogarla. Todos los insultos acudieron a su cabeza en tropel, sin avisar. Antes que admitir que los celos lo estaban devorando; mucho antes que aceptar que se merecía haber perdido la confianza de Denna tras su traición, Blake la había difamado de todas las maneras imaginables.

«No vale el precio que pagué por ella».

«Es una furcia barata sin el menor talento».

«Las damas de hoy en día no sirven ni para estar guapas».

«Me das asco».

«Me repugnas».

«Te desprecio».

—No —jadeó, con los ojos llenos de lágrimas. Se apartó de Blake, que la había tomado entre sus brazos, y retrocedió progresivamente hasta dar con la pared. Las botellas de la estantería temblaron y estuvieron a punto de caer al suelo—. No.

—Lo siento, me he vuelto a exceder...

Denna hizo lo que había querido hacer cada una de las veces que arremetió contra ella: se cubrió la cara para no verlo y sacudió la cabeza, tratando desesperadamente de marear sus palabras hirientes hasta que se volvieran dulces.

¿Cómo había podido pensar que era perdonable, que podía permitirse tenerlo cerca? ¿Acaso su sufrimiento no valía nada, no sirvió para nada?

Blake intentó detenerla, pero ella abandonó el almacén antes y le cerró la puerta en las narices. Sostuvo el pomo entre las manos temblorosas, evitando así que saliera, y apoyó la frente en la superficie. Respiraba con dificultad y oía la respiración de Blake al otro lado. Suspiraba. Maldecía en voz baja. Incluso lanzaba una patada llena de impotencia a la mesa.

Denna dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Lágrimas viejas que volvían a visitarla por el mismo motivo... lágrimas de las que no conseguía desprenderse y que nunca dejarían de caer.

6

—Apuesto a que preferirías que fueran las manos de la Reina de *Infames* las que te masajeen la espalda —comentó Haye con ironía, acomodándose en el borde de la cama para empaparse las manos de aceite de lavanda—. Creo que incluso yo preferiría que ella se encargase de ti; así podría librarme de la tarea.

—Puedes librarte de ella ahora mismo. De hecho, no comprendo por qué insistes en colaborar. No vas a dejar de parecerme un imbécil redomado por ayudarme con las cicatrices —lo tranquilizó Carmichael, empleando el tono apaciguador que se dirigía a los niños durante un berrinche—. Por cierto, qué forma tan curiosa de pronunciar «Elfame».

—¿Lo he pronunciado mal? ¿Era Reina de Infamias? ¿Reina de Difames? —fingió—. Disculpa, no estoy muy familiarizado con las leyendas de Escocia.

—Debe ser porque eres un asqueroso *sassenach*.

En lugar de ofenderse, Haye esbozó la primera sonrisa genuina que Blake le había visto.

Nada más enterarse de que los hombres se veían después de la jornada —cuando Haye había visitado a todos los pueblerinos con dolencias, desde un brazo roto a un dolor de garganta, y Carmichael también había terminado su labor en el campo y la destilería—, Blake dejó los planes que tenía y se dirigió a los aposentos del highlander para verlos interactuar... y para plantear todas sus dudas.

Aunque *sassenach* era, en principio, solo la palabra gaélica con la que se designaba a alguien nacido en Inglaterra —o a habitantes de las Tierras Bajas, en última instancia—, normalmente se empleaba con fines ofensivos. Blake se habría indignado si la hubieran usado contra él, pero Haye parecía encontrar un gran placer en los insultos. Curioso viniendo de un hombre cuyo ego no sabría gestionar ni él mismo como para tolerar alegremente que lo ultrajasen.

A decir verdad, todo en Haye era curioso. Vestía de negro, como las mujeres durante los primeros meses de luto, y coronaba su atuendo con unos guantes que no se quitaba en ningún momento del día. La oscuridad de las prendas hacía un fuerte contraste con su enfermiza palidez, sus finos rasgos y lo difícil que era arrancarle un amago de expresión. Pero lo más interesante de todo era que nunca miraba a la cara a su interlocutor cuando hablaba.

En cualquier otra persona le habría parecido un gesto de timidez.

En él no cuadraba esa explicación.

Aun así, Blake se había acostumbrado a su manera de dirigirse a los demás. Por eso supo que hablaba con él cuando ladeó la cabeza ligeramente a la derecha.

—¿Se divierte mirando? Puede acercarse y ayudarme. Estoy algo cansado de lidiar con tullidos y enfermos después de todo el día fingiendo que me dedico a la medicina porque la moral me lo pide.

—¿Y por qué te dedicas a ella? —preguntó Blake.

—No me dedico a ella. Solo vendo opiáceos a quien pueda pagarlos, que en esta ruinosa isla no es mucha gente.

—Liverpool debe merecer peores adjetivos si la abandonaste para venir —apuntó Blake. Un tenso silencio se asentó entre los tres; así fue como Blake se dio cuenta de que el origen de Haye no era solo motivo de chanza o la excusa de Carmichael para llamarlo *sassenach*, sino algo que llamaba su curiosidad.

—Gracias a Dios que la Reina sigue en cierto modo entre nosotros —suspiró Carmichael, como si quisiera cambiar de tema. Seguía tendido sobre el pecho—. Por lo menos lo ha convencido de usar sus potingues en lugar de envenenarme con sus adorados opiáceos.

—¿Quién dice que la Reina no te esté envenenando con sus potingues? —sugirió Haye—. El veneno es arma de mujer.

—Lo dudo. Eso que estás usando es natural.

—La belladona también lo es y podría matarte con una facilidad pasmosa —apostilló antes de llevarse uno de los tarros a la nariz. Lo cogía como si fuera tóxico—. Tenemos lavanda por un lado, y caléndula, aloe, manzanilla y miel por otro —reconoció—. Parece que usó los restos del aderezo del té para crear este patético placebo.

—A mí me parece que huele bien.

—Y a mí me parece que la Reina huele a fraude.

—Estoy cicatrizando —repuso Carmichael—. Quién sabe si podría decir lo mismo si tú te hubieras encargado del tratamiento. Espera... —Mantuvo el suspenso un instante—. Creo que Calder estaba seguro de que no; por eso se llevó a la Reina consigo en lugar de a ti.

—Veo que no salís del viejo reproche de siempre —comentó Haye, inmutable—. ¿Por qué no institucionalizáis las bromas sobre mi mano sanadora? He oído que los Juegos de las Highlands están quedando obsoletos; a lo mejor agradecen una nueva aportación de este tipo.

—Me temo que los Juegos de las Highlands no aceptarían un deporte practicado con un inglés. Ni siquiera si consistiese en burlarnos de él.

—Qué hospitalarios y agradables sois los escoceses.

—Lo somos con la gente. Con la gentuza no tanto —se regocijó.

—Parece que para encajar hay que saber cómo burlarse de Haye —intervino Blake.

Haye lo miró de reojo.

—Tú eres el único que no se lo pasaba excepcionalmente bien con eso.

Blake se alegró de haber encontrado un hueco en la conversación a través del cual infiltrar lo

que tanto le carcomía.

—No me digas que éramos amigos.

—No éramos enemigos. —Encogió un hombro.

—¿Algo más que deba saber sobre mí mismo?

—Si hay algo que debas saber, seguro que lo recordarás —zanjó Haye.

—Desde luego, pero ando buscando un poco de inspiración. Si no la saco de aquí, siempre puedo interrogar a alguno de los trabajadores que pasarán unos meses dando vueltas por el castillo. En más de una ocasión, sus miradas de reconocimiento me han tentado a acercarme y hacer preguntas. Parecen muy dispuestos a colaborar.

Sabía que aquel comentario disuadiría a cualquiera de guardar silencio. La noche anterior casi se golpeó por estúpido; debería habérsele ocurrido antes. Pero no quería comenzar su nueva vida —en el caso de no recuperar nunca la antigua— amenazando sutilmente a los que debieron ser sus socios. Lamentablemente, y en vista de la poca colaboración, no le quedaba otro remedio. Sentía que se estaban reservando información adrede, y como no quería pensar lo peor del resto, lo achacaba a que trataban de protegerlo del hombre que solía ser, pues todo apuntaba a que era un monstruo.

Sin embargo, había muchas otras explicaciones a su reserva, y ninguna los dejaba en buen lugar.

¿Y si acallaban la verdad o incluso mentían para arrebatarle algo que era suyo, o para alejarlo de alguien, o...?

Sacudió la cabeza al mismo tiempo que Haye suspiraba.

—Eras un bastardo increíble —resumió, aplicando aún el aceite.

Blake arqueó una ceja.

—¿Eso es todo?

—Bueno, eras un bastardo con todo lo que eso conlleva. —Hizo un gesto con la mano que abarcaba un «etcétera»—. Tenías tus virtudes, pero ese era el aspecto más llamativo de tu personalidad.

—¿Y era tan bastardo como tú, o incluso más? —replicó, molesto. Haye hizo amago de sonreír. Blake no sabía cómo tomarse que la que era su condena fuese a su vez la fuente de divertimento de otros.

—Hay espacio para todos en el podio, tranquilo. De todos modos, creo que cada uno lo es a su manera. La diferencia reside en que tú te esforzabas bastante; a mí, en cambio, me sale natural.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que a diferencia de ti no soy un hijo de perra de nacimiento?

—No. Por lo que sé, antes eras bastante más amable. Tendrás que preguntar a Lachlan, a Calder o al gigante quejumbroso. —Apuntó a Carmichael—. Yo llevo aquí un poco menos de tres años y para entonces ya eras un cabrón con todas las de la ley.

Como si de espaldas pudiera sentir la mirada inquisitiva de Blake, Carmichael carraspeó. Le oyó mascullar algo que sonó a «Calder debería haber contemplado esto».

—Cal ya te dijo que solías trabajar para él, ¿no? —Esperó a que Blake respondiera afirmativamente—. Sabrás también, entonces, que odiabas el negocio y seguías ahí porque querías fastidiar a tu padre. Nunca te llevaste del todo bien con tu familia.

Más emocionado de lo que debería teniendo en cuenta el cariz de la información, Blake tomó asiento junto a la cama y echó el peso de los brazos sobre los muslos.

—¿Por qué no?

—Tu padre era un desgraciado con una vena irascible muy marcada.

—Es obvio que sus dos hijos la heredaron —aportó Haye.

—Pero el mal humor de Calder se puede suavizar una vez lo haces entrar en razón —agregó Carmichael. Se dirigió a Blake—. Tú, en cambio, nunca has sabido controlarte. Cuando la agresividad te poseía, te transformabas completamente.

—¿En qué me transformaba? —Se armó de valor para preguntar—: ¿Era capaz de hacer daño a los demás?

—Con las manos no. A pesar de que tu padre siempre las tuvo muy sueltas, milagrosamente tú te las arreglaste para no continuar su legado.

—¿Cómo, entonces? ¿Qué me hacía un monstruo?

Carmichael se ladeó para descansar sobre el costado. Haye y él intercambiaron una mirada que Blake no consiguió descifrar.

—El cambio no fue de la noche a la mañana. Sucedió de manera progresiva. Dejaste de ser el Blake que todo el mundo respetaba y empezaste a tratar mal a los empleados. A tu hermano. A tus socios. A... lady Denna. Algo te pasó —aseguró—. No sé qué es. Creo recordar que fue un desengaño con alguien en quien depositaste toda tu confianza...

—Estás hablando demasiado —lo interrumpió Haye con voz queda—. No queremos que a nuestro adorado Blake le dé una apoplejía tratando de retener toda la información, ¿verdad que no? —Ladeó la cabeza hacia Blake con una sonrisa cortés que ya a leguas se percibía falsa—. Tenemos órdenes directas de Calder de no atormentarte demasiado.

Blake sacudió la cabeza, rechazando así la misericordia de pega de Haye.

—¿Qué más?

—Entiendo tu interés por tu viejo carácter —interrumpió Haye—. A mí me atraen las personalidades fuertes y los despreciables antihéroes. Pero en tu caso, ¿no crees que sería más conveniente... *dejarte* atrás?

—Para redimirme tendré que saber qué es lo que demonios he hecho, ¿no crees?

Haye se encogió de hombros, como si acabara de darse cuenta de que le importaba un comino. Se limpió los guantes con un pañuelo que llevaba en el interior de la chaqueta y desapareció sin dar más explicaciones. Con su escaqueo, Carmichael quedaba en el punto de mira, y era un blanco fácil puesto que no podría moverse de la cama hasta que la piel quemada absorbiera el tratamiento.

Blake se acomodó a los pies del lado de la cama hacia el que Carmichael se había girado.

A diferencia de Haye, que lo miraba con el mismo burlón desdén que al resto del mundo, o que Lachlan, pues su desprecio era más que correspondido, la actitud del highlander pelirrojo era mucho más hospitalaria. Esto no quería decir que fuese afectuoso o no frunciera el ceño en su dirección, pero no emanaba el mismo rechazo que el resto.

Se aferró a eso para acercarse e inquirir:

—¿Y bien?

Carmichael le sostuvo la mirada.

—Nunca cumplías con tu deber de socio. Despilfarrabas el dinero que se te daba... y el que no era tuyo, también; llevaste Gillander's Whisky a la absoluta bancarrota. Tu hermano tuvo que reactivar la economía con mucho esfuerzo de parte de todos. Además de eso, bebías más de lo que un hombre podría soportar. —Le costó concluir la enumeración—. Humillabas a lady Denna. Constantemente. Y lady Denna siempre ha sido muy querida en este castillo; razón de sobra para ganarte unos cuantos enemigos.

«Lachlan», recordó.

Blake arrugó el ceño, pero tuvo que reconocer que todas las partes eran creíbles. La tarde anterior, cuando estuvo merodeando por el almacén, sintió que el whisky se agitaba en las botellas igual que las caderas de una mujer, tratando de llamar su atención. El estómago se le había retorcido de necesidad. Vividas esas sensaciones, era muy probable que hubiera estado aficionado a la bebida. Calder confirmaría lo referente a la empresa. Y en cuanto a la humillación de Denna...

Después de haberla visto avergonzada de su propio deseo, no le extrañaría. Además... en sus propias palabras, le había hecho daño.

Pero ¿qué le haría tanto daño a una mujer de hierro como para desmontarse igual que la madera consumida por el fuego?

Carmichael vaciló antes de agregar, en tono conciliador:

—Antes de todo eso eras un buen hombre.

—Es difícil de creer —respondió, mirándose las manos. ¿Qué habría hecho con ellas? ¿Qué habría hecho su cuerpo? Ya sabía que intentó envenenarlo, que se escabulló mucho antes de usarlo para optimizar los resultados de su empresa.

—Nunca fuiste tan leal y entregado como Calder, que daría su vida antes de arruinar la de otra persona, pero cuidabas del resto —insistió Carmichael—. La gente de Lochranza te adoraba por tu agudo sentido del humor y lo rápido que eras a la hora de echar una mano. Se te tenía por una verdadera leyenda.

—¿Desde cuándo conocer unos cuantos chistes te convierte en una leyenda? —ironizó.

No esperaba una respuesta, solo un poco de orden y concierto en una cabeza que daba vueltas. Dejó correr el silencio y se concentró en los fragmentos de la historia. *Su* historia.

El milagroso cosquilleo que aparecía cuando se cruzaba con Denna, con Lachlan y con su hermano no se dignaba a producirse ante el relato de su personalidad. Si recordaba antes a una

mujer que a sí mismo y prefería beber a atender una obligación empresarial debía tener su causa en un desbarajuste prioritario.

—Es un alivio que alguien haya arrojado un poco de luz al asunto —dijo al fin—. Y me alegra que confíes en que merezco una segunda oportunidad.

—No creo en las segundas oportunidades —replicó—. Pero tu caso es especial porque el cambio no ha dependido de la veleidosa voluntad de alguien imperfecto, sino que lo ha obrado la naturaleza y su sabiduría no debe ser cuestionada.

Blake observó al hombre con interés. Era unos cuantos años mayor que él, pero parecía haber vivido el doble. Casi el triple. Tenía el rostro marcado por unas arrugas de expresión, la piel surcada a causa de las largas horas de arduo trabajo expuesto al sol, y un par de ojos cansados. Ni él mismo, que se levantaba ya sumido en la casi certeza de que permanecería para siempre encerrado en una piel ajena, poseía una mirada tan hastiada. A Blake aún le quedaba la última esperanza. Carmichael, en cambio, no iba a permitirse indulgencias de ninguna clase, ni siquiera si estas convertían la desoladora supervivencia a la que se había abocado en un propósito de vida razonable.

Carmichael rompió el silencio.

—Será mejor que acudas al salón antes de que te echen de menos. Ya deben estar recibiendo a los voluntarios para la cena de agradecimiento. He oído que habrá música.

Blake asintió y se puso en pie con ánimo renovado.

No tenía el menor interés en bailar con las muchachas de Lochranza, pero el ambiente festivo mantendría a la gente lo suficientemente entretenida para que él pudiera hacer sus indagaciones. Contaba con poder hacer un viaje a la que fue la habitación de Denna en busca de inspiración. Por lo pronto había resuelto un enigma: la noche anterior fue a cerciorarse de que a uno de sus chalecos le faltaba un botón. No encontró ningún agujero, pero solo porque Denna no tenía un pelo de tonta y se le ocurrió hacer el trabajo de costura para no perder la coartada. Por desgracia para ella, Blake tampoco era estúpido y había reconocido un botón de otra prenda y una diferencia notable en la forma de puntearlo. El añadido estaba tan terriblemente mal cosido que parecía a punto de caerse. No le costó recordar el comentario que hizo ese mismo día e hilar conceptos.

«Se me enseñó a coser (...) Gracias a los esfuerzos de mi institutriz conozco la teoría, pero en la práctica no sé hacer nada de lo citado. Al menos, no en condiciones».

Descubriría qué significado tenía ese botón suelto, pero antes tendría que personarse en el salón, e inmediatamente después, pasaría por el gélido corredor que había despertado unas voces en su cabeza.

7

A la tercera copa se cansó de tolerar las miradas que Lachlan le dirigía desde la otra punta del salón. No dejaba de ser una ironía casual, puesto que precisamente se estaba dando el gusto de beber, a riesgo de que los locales la censurasen, para destensar el mal cuerpo que le dejaba su atención. Creía haber sido lo bastante clara y contundente al rechazar su mano, pero a juzgar por el interés masculino que la perseguía como una cola, juraría que había interpretado ese «no» como un «tal vez».

El único motivo por el que Denna decidió pasearse por el salón fue para demostrar que no tenía miedo a la humillación pública. Se prometió que hablaría con quien le propusiera conversación e ignoraría el crítico escrutinio al que la tenían sometida. Pero dos horas después del inicio de la cena, ya retirada la mesa y con la música de un grupo de principiantes sonando, había perdido todo su sentido.

Si Beth no estaba allí, su única compañera y amiga, ¿de qué le servía aguantar la descortesía?

Denna decidió retirarse. Los invitados se percatarían de su ausencia porque perderían la fuente que inspiraba sus comentarios, pero ese no era su problema. Había satisfecho de sobra los deseos de la plebe con un vestido lo bastante escotado para que las más puritanas pusieran el grito en el cielo.

Desde que Blake desapareciera sin dejar otro rastro que una yegua robada y un mal presagio, empezó a cogerle el gusto a vestirse como quisiera. No había perdido la costumbre de frotarse la piel hasta dejársela en carne viva durante los baños, ni la de perfumar cada remota parte de su cuerpo, ni tampoco la de revisarse en cada espejo que encontraba; ese era el reflejo de años tratando de contentar a un hombre que no estaría contento con nada. Pero por lo menos ya no le preocupaba que la criticara, como tampoco exponerse a su mirada calcinante. Calcinante en todos los sentidos; los indecentes y los más indecentes aún.

No era del todo cierto que Blake reprobara sus atuendos. Una parte de ella, la sensible, se quedaba con el reproche que soltaba para herirla en su vanidad, pero la otra, la inteligente y perceptiva, se estremecía de placer cuando sus ojos la recorrían de la cabeza a los pies y cerraba las manos en dos puños, como si tuviera miedo de que por algún lado se le escapara la pasión. El deseo de Blake había sido tan duramente reprimido durante tanto tiempo que Denna se había sorprendido alguna vez temiendo por su vida. ¿Cuánto podía aguantar un hombre negándose algo

que necesitaba para respirar? Porque *la necesitaba.* Y sin embargo también la odiaba, y no dudaba en expresarlo a la menor oportunidad.

—Mírate. Pareces la mujer de un cualquiera —le dijo en una ocasión, cuando por casualidad coincidieron en la biblioteca. Él tenía en la mano un libro que sostenía como si quisiera dejar la marca de sus dedos en la encuadernación.

—Eso es justamente lo que soy —concedió Denna con malicia—. Mujer de un cualquiera.

Nunca se había amedrentado. Algunos días flaqueaba y apenas le daba tiempo a esconderse antes de que las lágrimas empezaran a quemarla con el sofoco de la vergüenza. Otros, se sentía invencible y era Blake quien, ante su seguridad, debía retroceder con el rabo entre las piernas.

Los ojos del hombre habían brillado, odiando y alabando a la vez su osada respuesta.

—¿A cuál de tus cualquieras te refieres?

—Al único al que podría ofenderle un vestido descarado. A los otros les encanta.

Un músculo palpitó en la mejilla de Blake.

Nunca lo provocaba por diversión. Cuando lo hacía adrede, en lugar de limitarse a defenderse de sus ataques, era porque deseaba que reaccionase. Porque quería poner fin a las eternas lluvias de reproches.

Al principio, Denna estaba dispuesta a perdonarlo. Había llegado a la sabia conclusión de que era preferible enterrar el hacha de guerra, aunque con ello se fuera parte de su orgullo, cuando se dio cuenta de que le era imposible estar enemistada con él. Si solo de ella hubiera dependido, habría regresado a sus brazos apenas unos meses después de la discusión que tensó el vínculo entre los dos. Pero para entonces, Blake ya estaba poseído por el monstruo de los ojos verdes y nada podría hacer que olvidara cómo ella se vengó de su manipulación: eligiendo a otro hombre.

Ese era el delirio al que siempre la conducía el alcohol: al recuerdo de Blake. Al Blake que era antes de todo. Y eso no la beneficiaba en nada. Pero en ese estado no lograba sacárselo de la cabeza.

Pretendía intentarlo echándose a dormir. Sin embargo, nada más llegar a la puerta de su dormitorio, percibió un olor familiar. Una presencia deseada. Blake estaba allí: reconoció su silueta, su paseo alrededor del escritorio en el que solía sentarse a trabajar con tal de estar más cerca de ella.

Aunque la emoción la sacudió, hizo restallar su voz.

—¿Hoy también te has confundido?

Blake se giró para mirarla. No había rastro de arrepentimiento.

—Esta era la habitación de mis padres, ¿verdad? —No esperó una respuesta y se giró hacia ella—. ¿Por qué Calder te ubicaría en uno de los dormitorios principales, cuando su esposa y él están en el ala contraria? ¿Acaso tenías algo que ver con mi padre? ¿Eres... mi madrastra?

—¿Qué? ¡No! —Se llevó una mano a la sien. «Maldito whisky»—. Tus padres...

—¿Sabes algo de ellos? —interrumpió. Parecía descolocado. Tenía la camisa arrugada, el pelo revuelto y los ojos enrojecidos, como si llevara demasiadas horas despierto. Su apariencia

descuidada le robó un latido—. Estoy... recordando.

Denna no se movió de donde estaba, preocupada. No debía recordar. No sin Calder allí, al menos; él era el único que sabría cómo proceder en ese caso.

Dios santo... ¿Cómo podían haber confiado en que se quedaría así para siempre?

—¿Qué recuerdas? —inquirió, con voz temblorosa.

Blake acarició la superficie de la mesa. Su cuerpo recordó antes que él y lo dirigió con movimientos mecánicos. Apoyó las palmas sobre la madera y cerró los ojos. Denna lo vio fruncir el ceño, y acuciada por el presentimiento de que algo le estaba haciendo daño, se acercó.

—¿Alguna vez te hablé de mi padre? —preguntó con voz queda.

Ella se humedeció los labios.

—Lo conocí. Sé cómo era. —Hizo una pausa dudosa—. Y cómo era contigo.

Blake le dedicó una mirada atormentada.

—Yo también.

Un tenso silencio se instaló entre los dos. Denna había olvidado por completo que estaban en su habitación porque él se había infiltrado: los nervios quedaban atrás y en su lugar se acercaba para consolarlo.

—Me he visto al bañarme —dijo él en voz baja; no por vergüenza, pues aún seguía demasiado aturdido para decidir cómo le sentaba el descubrimiento, sino quizá para poder oír sus pensamientos a la vez—. He visto que tenía algunas cicatrices. Pero no se me ocurrió que Houston me las hiciera.

»Se suponía que viajaba con frecuencia; que pasaba mucho tiempo lejos de mi familia.

—Eso era así porque querías huir —le explicó Denna.

—¿Es una apreciación que haces, o algo que yo mismo te confesé? —Interpretó el silencio de Denna como un asentimiento a la segunda opción—. Éramos amigos antes de que me volviera... *malo*. ¿Me equivoco?

En lugar de preguntarse con quién habría hablado, Denna dudó sobre si hacer la puntualización. Blake no se había vuelto perverso; simplemente permitió que los vicios y las malas costumbres le pasaran por encima. Se dejó vencer sin más. No porque no le quedaran fuerzas para luchar, sino porque no poseía ninguna razón de peso para hacerlo.

—Nunca he tenido un solo motivo para vivir —le había explicado en una ocasión, años atrás; cuando Denna sentía que aún podía confiar en él—. Lo hago por costumbre y por cabezonería, por orgullo: porque nadie más que yo tiene derecho a quitarme la ilusión. Pero no hay nada debajo de todo eso. No lo había... Hasta que te vi.

No lo había hasta que la vio. Y dejó de haberlo en cuanto ella le cerró las puertas. Denna siempre defendería que su excusa sobraba para perderle el respeto y la confianza a un hombre, pero a la vez, la culpabilidad la reconcomía. ¿Y si lo hubiera perdonado desde el principio?

—Recuerdo que me hacía daño. Recuerdo cómo, la escena y lo que gritaba. Recuerdo que intentaba tomarla con Calder y yo no lo dejaba... pero no sé cómo llegué ahí. No sé qué

demonios hacía para que se pusiera de ese modo. Mi memoria solo capta fragmentos, piezas de puzle que luego yo he de recomponer sin pistas suficientes. ¿Qué espera de mí? —La miró a ella, dudoso, antes de repetir—: ¿Qué se espera de mí?

—La historia de tu padre no es muy compleja. Era un hombre de temperamento fuerte, defensor acérrimo del catolicismo y totalmente obsesionado con el beneficio económico de Gillander's.

—¿No son esas dos cosas antónimas, la avaricia y la palabra de Dios? —apuntó Blake con perspicacia—. «Vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo», dijo Mateo en el capítulo diecinueve.

Denna esbozó una sonrisa a su pesar.

—El señor Houston nunca asimiló muy bien los valores del cristianismo, pero eso no le impedía tergiversar la palabra y usarla a su beneficio: decía educar a sus hijos tal y como el Señor predicaba cuando el único daño que no te causó fue precisamente el de crucificarte.

Blake la miraba con intensidad.

—Y supongo que por eso debería estar agradecido.

Ella suspiró.

—Teníais caracteres muy parecidos y chocabais como dos titanes. Él era autoritario y exigente, y tú no obedecías si no te amenazaban. Hasta que no te había torturado de todas las maneras imaginables, no cedías. Era como si necesitaras que te hicieran polvo antes de rendirte, con todo lo que podrías haberte evitado. Los Houston en general nunca habéis sido muy ahorradores o inteligentes en ese sentido —apuntó—. Obedecer desde el principio te habría resultado más cómodo, créeme.

—Obedecer a alguien que te desea el sufrimiento es una manera de rendirse, y tengo entendido que era demasiado orgulloso para eso.

Denna recordaba las discusiones que el señor Houston y Blake habían mantenido en el pasado. Las paredes del castillo parecían retumbar. Después, Blake necesitaba un rato a solas para tranquilizarse. Denna pensaba que, durante esos minutos de gracia, cerraba los ojos, acompasaba la respiración e intentaba calmar a la bestia que asomaba las garras. Pero una vez se lo cruzó justo después de una gresca y vio que sus ojos brillaban. No fue tan estúpida como para interpretarlo como si las peleas la hicieran feliz, pero de alguna manera lo excitaban, y eso la asombró.

Blake se había reído cuando se lo expresó, usando unas palabras distintas.

—Por supuesto que lo encuentro estimulante. Por muy enfermo de vileza que esté, sé que lo que le digo no cae en saco roto. Y no hay nada más satisfactorio para mí que castigar a un hombre infame.

—¿Eso no te convierte en alguien vengativo?

—O en alguien con una manera muy particular de impartir justicia —había corregido con una ligera sonrisa maliciosa.

—¿Cuál es la finalidad de la justicia, sino hallar una relativa armonía? ¿Y qué hay de armónico en devolverle los gritos al señor Houston?

Blake se había acercado a ella. La miró a los ojos.

—Me gusta jugar a ser Dios cuando tengo al diablo delante —le dijo. La cadencia de su voz la hizo estremecer—. Y Dios sacrifica la armonía cuando es necesario.

—Sabes que no eres Dios, que solo estás jugando a serlo. Pero ¿y si probaras con otro papel?

—¿Qué sugieres? —La recorrió con una mirada pensativa—. ¿Que lo perdone?

—Si eso hará tu vida más sencilla, sí.

—Podría perdonarlo de palabra. Podría decirle: «Olvidaré tus atrocidades a cambio de una convivencia pacífica». Pero mi corazón... —Se puso una mano en el pecho—, mi corazón recordaría. Y ni mi padre ni la paz valen el alto precio de sentir cómo se me parte el alma después de que la haya traicionado.

Denna se humedeció los labios.

—¿Qué es lo que podría lograr que tu alma no se sintiera traicionada si lo perdonases?

—Quizá, si hubiera algo de afecto hacia él en las inmediaciones de mi corazón, podría hacer el gran esfuerzo. Pero nunca lo ha habido. Sirena... —Llamó su atención. La cogió de la barbilla para que lo mirase a los ojos—. No te inquietes por esto. Te resultará más sencillo cuando entiendas que, cuando vives con el enemigo, no se puede tener la paz... y a mí no me importa vivir en guerra. La guerra es necesaria; es la única conclusión posible frente al choque de dos personas con objetivos diferentes, dispuestos a defender el suyo hasta la muerte.

—¿Cuándo se supone que entenderé eso? —inquirió algo más tranquila ahora que él la tocaba.

—Con suerte, no lo entenderás nunca tan bien como yo porque no vivirás esto en tus carnes. Pero con un poco de imaginación... tal vez lo aceptes y deje de preocuparte.

Lo que Denna comprendió después de aquella conversación fue que Blake era un hombre rencoroso y vengativo. No le extrañó: parecían dos cualidades obligadas en personas de sangre caliente, y la de él siempre había ardido. Además, nunca había recibido amor por parte de nadie. Su madre cayó enferma de locura cuando aún era un muchacho y a partir de entonces todo lo que la familia le regaló fueron golpes. ¿Cómo no iba a tener una visión bélica de la vida? ¿Cómo no iba a militarizar los sentimientos y las relaciones humanas, verlos como una lucha continua por quién podía más?

Y aun así, pese a todo, Blake había demostrado tanta ternura algunas veces... tanta consideración, que parecía alguien distinto. Uno con un pasado diferente. Esto le había hecho preguntarse si no se habría convertido en un hombre dulce y gentil, más permisivo y menos temperamental, de haber crecido en el seno de otra familia.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Blake preguntó:

—¿Crees que fue eso lo que me llevó a convertirme en un miserable? ¿Que el menosprecio y maltrato de mi padre configuró de alguna manera mi carácter? Sé que al principio no era así... Carmichael ha jurado que solía ser un hombre decente. Pero, quizá, el señor Houston sembró la

maldad en mí, esta permaneció secretamente dentro de mi cuerpo y no germinó hasta que se dieron las condiciones propicias.

Ella hizo que se dieran esas condiciones, pensó con amargura.

—Eso conllevaría que te parecieras en algo a tu padre, y no tenéis nada que ver el uno con el otro. Él se vanaglorió siempre de su actitud; tú, en cambio, odiabas en lo que te convertiste. Eras profundamente infeliz y no buscabas destruir a los demás, sino destruirte a ti mismo.

«A través de los demás», se cuidó de añadir. «A través de mí».

¿Cuántas veces no había sentido que Blake humillaba el amor que sentía por ella, y no a Denna en sí misma? ¿Cuántas veces no pensó que se despreciaba a él por amarla aún de ese modo tan desesperado, y no a ella por ser quien era? A efectos prácticos, y sin importar cuál fuera el origen de su rabia, el dolor que Denna debía tolerar a diario como consecuencia de esta era el mismo. Pero esa ligera diferencia había permitido que, en medio del horror, pudiera comprenderlo y solidarizarse con su pena.

A fin de cuentas, era la misma que ella sentía.

—¿Lo conseguí? —inquirió él con voz queda—. ¿Me destruí?

Denna lo miró bien; lo miró como no se lo permitía desde hacía mucho tiempo. Esperaba que la nueva y a la vez antigua sensación aliviara el escozor de las heridas, pero solo le dolieron más al ver a medio Blake. Al hombre que tenía delante le faltaba la mitad del corazón: el lado corrompido.

—Sí —admitió—. Pero te habrías reconstruido. Eras así de terco. Creo que soy la única persona que sabía que en cierto modo eras indestructible. Naciste del odio y creciste en el rencor. Con esa experiencia, solo el amor podría haberte matado y, sin embargo, aprendiste a convivir con él.

—¿A quién amaba? —Denna no supo qué responder. Blake lo comprendió—. A ti.

No dijo nada y aguardó, con la respiración contenida, a que Blake se retirase del escritorio y la rodeara como el animal hambriento que siempre sería. Incluso desmemoriado y en apariencia inofensivo mantenía la esencia de un lobo feroz. Denna adoraba el vértigo enlazado a la absoluta certeza de que nunca le pasaría nada a su lado... al menos, nada que no quisiera que le pasase.

Después de dar una vuelta completa a su alrededor, se detuvo a la espalda femenina y susurró:

—Y tú también me amabas a mí. —Le retiró el pelo medio recogido del cuello y le acarició el lateral de la garganta con dos dedos—. Sé que conservas el botón de mi chaleco. Porque era el botón de mi chaleco... No puedes negar que lo es. Desconozco el motivo, pero el hecho de que escondas algo que perteneció a mí me lleva a pensar irremediablemente que soy importante.

Denna se sintió tentada de admitirlo moviendo la cabeza. Por supuesto que no podía negarlo. Era el recuerdo más intenso que atesoraba en el corazón: ese que se llevaría a la tumba si solo le permitieran guardar uno. Todas las sensaciones habidas, y no necesariamente hermosas o tolerables, se agruparon en torno a ella la noche en que robó ese botón: la noche que lo descubrió todo. La noche que la imagen hermosa que tenía de Blake, de ese adorable y romántico extraño

que la persiguió y le habló de las flores en los jardines de Coventry Castle, se vino abajo. La noche en que supo de su traición.

Denna había entrado temblando como una hoja en el despacho de él, y él, de inmediato, se había preocupado.

—¿Qué ocurre? —inquirió, casi tropezando con sus propios pies para llegar a ella—. ¿Te encuentras...?

—¡No me toques! —le había gritado, entre conmocionada por la verdad y aún dudando que aquello fuese cierto—. ¿Cómo pudiste hacerme algo así? Y sobre todo... ¿Cómo has podido tenerme engañada durante tanto tiempo?

El rostro de Blake, en principio inquieto, fue pronto distorsionado por la tensión.

—¿Qué...?

—Antes de que se te ocurra mentirme, lo sé todo —le espetó con la nariz bien alta. Levantó la carta que llevaba en la mano temblorosa y la agitó delante de sus narices—. Angus me ha escrito para contármelo todo. Eres el ser más ruin que he conocido en toda mi vida... y yo que pensaba que... que me habías salvado... que me rescataste de un hombre que me utilizaría, que no me amaba... que me...

Denna retrocedió y se abrazó los hombros. Creía que la rabia empujaría la tristeza al fondo hasta que pudiera gestionarla, pero las emociones se entremezclaban unas con otras y estaba difuso dónde comenzaba su indignación y en qué punto terminaba cuanto la había decepcionado.

—No te amaba —fue todo lo que Blake dijo en su defensa, inmóvil en medio del despacho—. O por lo menos te amaba mucho menos que yo.

—¿Que me amabas? ¿Qué clase de hombre arranca a una mujer de los brazos de su prometido a unos días de su boda «porque la ama»? ¡No me amas en absoluto, eres un maldito egoísta! —Arrojó la carta de Angus al suelo. Por paradójico que fuera, lo único que evitaba que le temblara la voz era gritar—. ¡Solo amas satisfacer tus deseos y permitirte hasta los caprichos más crueles!

Blake la miraba con la barbilla cerca del pecho y el ceño profundamente acentuado. Tenía el aspecto de un hombre a punto de cometer un delito.

—¿Eso crees que eres para mí? ¿Un capricho?

—Soy tu esclava. Saboteaste mi boda y me rompiste el corazón porque sabes que de ningún otro modo me habrías traído a una isla remota. Obraste en contra de mi voluntad y me lo has ocultado durante casi un año. ¿Es que no tienes alma? —balbuceó—. ¿Cómo podías... verme llorar por él, sufrir por él, y aun así acercarte a abrazarme, como si no fueras el causante de mi desgracia?

—¿Yo, el causante de tu desgracia? —Blake dio un paso amenazante hacia delante—. Si ese hombre te hubiera querido, no habría cedido a mi chantaje. No habría aceptado mi dinero. Le importaba más malcriar a su asquerosa codicia. Sus ambiciones valían más que tú.

—¿Y tu ambición no valía más que yo? —le espetó. El corazón le latía tan deprisa que le costaba escucharse: tenía los oídos taponados—. ¿Qué querías demostrarte? ¿Que puedes tener

todo lo que quieres? ¡Pues no puedes! ¡Te puedo asegurar que a mí no vas a tenerme jamás!

Él desencajó la mandíbula.

—¿Acaso eso supondría alguna diferencia? No es como si te hubiera «tenido» en casi un año de matrimonio. —Avanzó hacia ella mientras ella retrocedía, entre horrorizada y maravillada por la ardiente determinación que veía en sus ojos: la determinación que llevaba a un hombre bueno a convertirse en un monstruo por lo que quería—. ¿Crees que si fueras un capricho o una mera aventura pasajera me habría molestado en ir a buscarte y hacerte mi mujer? No. —El rugido retumbó en su pecho y entre el espacio que los separaba—. Te habría seducido una noche y te habría abandonado a la mañana siguiente. Pero siempre ha habido algo más, siempre me has dado algo más... igual que yo te lo he dado a ti.

Denna contuvo el aliento.

—Yo amaba a Angus y lo sigo haciendo. Sabes que es la razón por la que no he permitido que me pongas un dedo encima. Tú nunca serás como él. Nunca te querría como a él... —Le tembló la voz—, no después de lo que me has hecho.

Blake la miraba totalmente fuera de sí, pero la mirada que recibía de Denna era la misma. Dio los pasos que faltaban para retenerla entre la pared y él.

—Puede que lo amaras antes de que yo apareciera, pero sabe Dios y sabemos los dos que dejaste de hacerlo en cuanto te dije mi nombre. Y quizá dijeras adiós a tu tierra y al que creías que sería tu hombre con melancolía, pero no has echado de menos ni a tu padre ni a ese bastardo ni siquiera la primera noche que pasaste bajo mi techo, porque de algún modo encontraste en mí lo que siempre te ha faltado. Lo que sí has echado de menos todo este tiempo ha sido mi cuerpo y mi calor; mis labios y todo cuanto te has negado por orgullo.

Denna lo miraba horrorizada. No por su muestra de arrogancia, sino por la facilidad con la que había descubierto un sentimiento que ella trataba de acallar, asustada por la intensidad y el peligro que entrañaba, y por la despreocupación con la que se atrevía a decirlo, como si a Denna no hubiera estado a punto de costarle la entera cordura.

—No me puedo creer que te atrevas a...

—¿Vas a negarlo? No vas a quererme como a él porque me amas desesperadamente; porque sientes por mí algo que no podría haber brotado en tu corazón por ningún otro hombre... y diablos que no envidio ni necesito ese cutre amor de mentira detrás del que te escondes para protegerte de lo que yo te despierto.

—Tu insolencia no conoce límites —balbuceó, temblando—. Ahora veo quién eres: un hombre capaz de llegar al límite con tal de convencerse de lo que quiere oír.

—El límite son tus labios, ¿recuerdas? —replicó furioso—, y no recuerdo que haya estado ahí jamás.

—¿Y no te da eso una idea?

—¿De qué debería darme una idea, aparte de que sabes bien que el día que llegue no podrás seguir fingiendo que no me quieres?

El corazón de Denna dejó de latir cuando él se acercó. Tanto, que la única forma de poner distancia que encontró fue agarrándose a su chaleco. Pero él aplastó su brazo con el pecho.

—No has podido evitarlo, Denna. Te has enamorado de mí. Odiarme ahora por lo que hice para conseguirlo es totalmente ilegítimo.

—¡Ilegítimo! ¡Tu supuesto amor es ilegítimo! Y deja de hablar como si no te odiara ya. Me has manipulado y mentido; me has mirado a los ojos cada día y me has tratado con cariño cuando tú orquestaste mi sufrimiento.

—Lo siento si no pude amarte desinteresadamente como un ángel, ni con la cortesía de un caballero medieval —ironizó—. Soy un ser humano, un hombre egoísta como todos los demás, y mis sentimientos jamás habrían permitido que renunciase a ti.

—¿Esa es tu excusa? —bramó, aún agarrada a la tela—. ¡Por mí puedes arder en el infierno!

—Llevo ardiendo allí desde que te vi la cara, pero antes me moriría que volver sin un nuevo pecado por el que pagar.

Y pecó. Pecó tomándola por la nuca y estrellando su boca contra la de ella, entreabierta y jadeante. A Denna nunca la habían besado de ese modo, como si quisieran devorarla entera. Eso era lo que estaba haciendo: se bebía su espíritu sorbo a sorbo y sometía con sus labios el último resquicio de vida íntima que no había comprometido al enamorarse de él. Había sufrido física y mentalmente esperando por ese momento. Había llorado incluso. Su cuerpo había anhelado algo que desconocía, y era injusto y cruel que le fuera entregado cuando lo detestaba: cuando se estaba conteniendo porque ya no lo merecía.

Sabiendo que solo le permitiría ese beso, ese y ninguno más, se entregó encogida por el odio y sobrepasada por un amor que era como una kilométrica ola de destrucción masiva. Las emociones iban a desbordarla. Era consciente de que su piel siempre olería a él. Sus labios siempre sabrían a él. La acompañaría la certeza de que moriría en cierto modo al separarse de él, y viviría a partir de entonces en la cuerda floja, condenada a repetir ese momento en sus fantasías.

Se aferró al hombre con toda la fuerza de su cuerpo y la voluntad instintiva de una mujer que veía su vida peligrar... y lo hizo tan fuerte que, al empujarlo, al expulsarlo de sus labios y arrancárselo en vano del pecho, se llevó consigo el botón del chaleco.

Se prohibió mirarlo antes de salir huyendo. Sabía que sus ojos podrían haberla convencido de olvidar la afrenta, de rendirse a la poderosa corriente casi providencial que los había unido. Y no podía permitirlo... igual que le asombró haber encontrado el valor para alejarse. Fue entonces cuando Denna supo que su voluntad podía desafiar al propio destino, aunque lamentablemente, no sin salir escaldada.

—Denna... —pronunció el Blake del presente.

Como mecanismo de defensa, Denna retrocedió y le dio la espalda. Se apretó los puños cerrados contra el pecho, donde latía un corazón deshecho.

—No digas mi nombre. No. —Cerró los ojos y se convenció de no llorar.

Temblaba tanto como aquella vez; tanto como en cada ocasión que recordó esa noche. La noche en que pudo haberlo evitado todo y, en su lugar, decidió condenarlos a ambos al rencor y a algo mucho peor que al olvido... a lo imposible.

Ya no tenía arreglo. Se habían hecho demasiado daño.

—*Seall orm*[4] —susurró él, con esa voz que era como la miel. Denna se tensó más aún, como si así pudiera contener todo el daño, todo el anhelo—. *Feumaidh tu mi. Tha fios agam glè mhath.* [5]

No tenía la menor idea de qué demonios había dicho, pero sabía gaélico, igual que Blake. Olía como Blake.

¿Sabría como Blake?

Denna se abandonó al impulso con un suspiro quebrado. Giró sobre sí misma y se arrojó a sus brazos, presa del desconsuelo. Él supo cómo y por dónde sostenerla para que la vorágine de emociones no arrasara con ella. Se entregaron a un beso ansioso y desordenado en el que de ningún modo podrían no haber encontrado lo que tanto necesitaban.

Blake la apretó tanto contra su cuerpo que podría haberla quebrado, y por un momento Denna sintió que sus pies no tocaban el suelo; que lo único que la tenía atada a la tierra era el deseo humano y egoísta de aprovechar que al menos ese Blake la quería más de lo que la odiaba. ¿Duraría más que el primer beso? Lo prolongaría hasta el infinito. Lo estiraría hasta el Juicio Final. Se lo llevaría al fin del mundo, pero el mundo no terminaría hasta que él no se separase. Y él no se separaría: tendría que hacerlo ella cuando el rencor la atravesara como un rayo.

No tardó en hacerlo. Recordó la mentira de Blake, el engaño, la manipulación; cómo la arrancó de su hogar, de su vida; cómo impuso su destino al futuro que ella programó; cómo le robó la capacidad de odiarlo como merecía... y, sin embargo, lo que hizo que rompiera el beso no fue eso, sino la certeza de que no estaba obteniendo el beso que quería de Blake. Quería al hombre que no la perdonaba, al hombre al que deseaba disculpar... y ese no estaba ahí.

Denna se separó, aturdida, y retrocedió hasta dar contra la puerta. Blake podría haberla alcanzado si no la hubiera abierto a tiempo para ponerse a cubierto.

A cubierto... pero nunca a salvo.

8

Denna se las arregló para esquivar a Blake durante los días posteriores, en los que el universo conspiró a su favor para tenerlo ocupado. Las obras de Cranston Castle avanzaban vertiginosamente, a tal ritmo que parecía que quisieran darle la sorpresa de su completa restauración a Calder, cuyo regreso se creía previsto para comienzos del año. Hacía un frío insoportable, pero los voluntarios y los socios trabajaban de sol a sol sin apenas percatarse. Mientras, Denna se encerraba en la biblioteca a leer, fingía tocar el piano de una de las salitas anexas al principal y daba paseos para calmar los nervios. Desde el beso tenía al diablo metido en el cuerpo, y no fue hasta una tarde cuando se le ocurrió ensillar a su caballo preferido para liberar la tensión cabalgando.

Para ello pidió ayuda a Carmichael. A pesar del cansancio que le hundía los hombros y el mal humor que intentaba disimular en vano, se ofreció a preparar la montura y hacerle compañía mientras. Se le veía tan desmejorado que Denna no pudo reprimir la curiosidad y comentó:

—Parece que no duerme muy bien últimamente. ¿Es por el dolor de espalda?

—No. Cicatrizar nunca es un proceso agradable, ni tampoco tan rápido como desearía, pero no tiene que ver con eso.

—¿Entonces? —inquirió, preocupada. Mientras, acariciaba la hermosa crin blanca del semental. Recordaba lo costoso que había sido traer los caballos a la isla, igual que la mayoría de los productos exportados—. ¿Por qué no descansa?

Carmichael ajustó la muserola en el morro del animal, de espaldas a ella.

—He vuelto a tener sueños que no me dejan pegar ojo —resumió.

Su tono indicaba que no quería que le hicieran más preguntas, pero Denna no podía dejarlo estar. Estaba siendo egoísta y lo sabía: necesitaba que alguien le llenara la cabeza con problemas para poder huir de los suyos.

—¿Pesadillas?

—No. Solo sueños.

—¿Y qué hay de malo con los sueños, aparte de que algunos no se pueden hacer realidad?

Carmichael le tendió las riendas y fue a adaptar los latiguillos del sillín. Aún sin mirarla, pareció ahogar un suspiro.

—Lachlan dice que el corazón solo encuentra el modo de hablarnos a través de los sueños —

dijo, visiblemente disgustado con el concepto, pero no tan reacio a aceptar que fuese verdad. Recordar a Lachlan hizo que Denna se sintiera culpable.

—Suena a algo que Lach diría —convino, con una sonrisa apreciativa. Hasta no hacía demasiado tiempo había despreciado su lado fantasioso, pero era porque le recordaba a Blake, al verdadero obsesionado con la magia—. ¿Y qué pasa con eso?

Carmichael la miró de reojo.

—Que no me gusta lo que me tiene que decir.

—¿Cuándo nos gusta? —lo compadeció, con una sonrisa cómplice.

Él seguía con la boca fruncida.

No le sonaba haberlo visto sonreír jamás. A decir verdad, ninguno de los hombres de Cranston Castle era dado a la risa fácil, exceptuando a Lachlan. A Calder le ganaba la batalla la amargura, y las muecas de Haye no podían definirse como tal, pues parecían más bien otra forma de burla. Aun así, Carmichael era diferente. No escondía sus sonrisas porque quisiera hacerlo, sino porque no podía expresarse del todo. Algo se lo impedía.

Tal seriedad imponía.

—Creo... —Se notaba que le era difícil hablar de sí mismo. Dio una palmada en la grupa del caballo y se dio la vuelta, algo desequilibrado—. Siempre he creído que los sueños tienen un componente premonitorio.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que está soñando con algo que va a suceder?

—No. Solo creo que ciertos sueños no regresan para atormentarte en un momento arbitrario; si han vuelto a mí, justo ahora, es por alguna razón.

—Y eso es lo que le preocupa —dedujo—. ¿Puedo saber qué sucede? ¿Es terrible?

—No hay ninguna vida en juego, si eso la deja más tranquila. Ya está listo —anunció—. ¿Necesita mi ayuda para algo más?

—No, eso será todo. Muchas gracias, Carmichael.

Él asintió, taciturno como era, y abandonó el establo con ese caminar tranquilo tan suyo que parecía anunciar que nunca llegaba tarde a ningún sitio, porque a él siempre le sobraba tiempo para hacerlo todo. Denna se lo creía. Los días de Carmichael eran más largos que los de ningún otro mortal, y estaban tan ocupados que nadie dudaba que pudiera cumplimentar sus tareas y las del resto. A veces, entristecida por la melancolía que oscurecía al highlander, se preguntaba si ese fenómeno no le habría venido dado precisamente por su tristeza de espíritu. ¿Acaso los días no se hacían interminables cuando no existía motivación alguna? Carmichael era un hombre insatisfecho y la vida se ensañaba con su debilidad haciéndolo más consciente de ello al obligarlo a vivir el doble.

Denna fue a tomar impulso para montar al animal cuando unas manos la auparon. Miró por encima del hombro y se topó con los ojos brillantes de Blake.

—Si me permites...

Ella arrugó el ceño y enseguida se puso a la defensiva.

—No, no te lo permito. Sé montar a caballo y todo lo que hay que hacer para llegar a ello; es lo único que se me da bien, así que no preciso tu ayuda.

—Pero sí que precisabas la de Carmichael con todo ese lío de riendas —apuntó Blake, que por suerte la soltó antes de que Denna tuviera que defenderse con las manos—. Celebro que se te haya ocurrido este modo de entretenimiento. Debes haber pasado unos días mortalmente aburridos en estas semanas, en vista de que el ocio aquí es reducido.

—Me extraña que digas eso cuando tú siempre encontrabas la manera de divertirte.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo me divertía? ¿Viéndote cabalgar?

Denna se ruborizó al ver que pretendía coquetear con ella.

—Estoy acostumbrada a aburrirme por eso mismo que has mencionado: ocio reducido —refunfuñó—. Y salgo a cabalgar todos los días para ver el atardecer, solo que hoy me apetecía hacerlo antes de que se ponga a llover. ¿Satisfecho con mi respuesta?

—Satisfecho con todas tus respuestas desde que no eres muy dada a dármelas —cabeceó. Parecía de buen humor—. ¿Una mujer que cabalga tan a menudo no debería contar con un caballo para sí misma?

Denna estuvo a punto de decir la verdad.

Claro que tenía su propia montura. Una preciosa y lozana yegua llamada *Sabhsaí* que él le regaló el día que se casaron... y que se llevó consigo la noche que desapareció, cargando con una bala en el hombro y el corazón roto en la mano.

—Los hombres se convierten en dueños de un caballo porque no tienen la habilidad de domar a uno diferente en una sola tarde; porque les costaría años ganarse su confianza. Yo tengo la de todos los que hay en este establo —repuso—. No siento la necesidad de poseer uno para mí.

Blake se cruzó de brazos y apoyó el hombro en la entrada al establo. Iba en mangas de camisa y su piel mantenía la calidez del hogar; ella, en cambio, llevaba capas y capas y estaba helada.

—¿Eres buena amazona? —inquirió, interesado.

—Mi padre me enseñó a cabalgar antes que a caminar, o eso le gustaba decir. Yo, como no lo recordaba, dejé que se pavonease delante de sus amigos y mis pretendientes con la historia del bebé de caballería. —Encogió un hombro. Blake sonrió con todos los dientes y ella sintió que iba a desvanecerse.

—Habría dado cualquier cosa por ver eso —admitió—. Suena a que tu padre y tú manteníais una buena relación.

—No del todo. A fin de cuentas, era su bastarda y no le quedó otro remedio que aceptarme en la familia. Mi madre era la hija de un criollo y una indígena; la conoció en América durante uno de sus viajes. Aun así, teniendo en cuenta la historia, me trataba como a una hija.

—Lo que eras —puntualizó—. ¿Y tu madrastra? Imagino que estaría casado.

—Sí, se casó justo el día en que volvió de América conmigo en brazos. Nadie se creyó que fuera hija de lady Aila, una hermosa rubia de ojos azules, pero todo el mundo estaba dispuesto a dejarlo pasar por la posición de mi padre. Menos ella, por supuesto. No diré que hiciera de mi

vida un infierno, pero jamás me aceptó. Nada que me importase.

—No pareces la clase de persona a la que las cosas no le importan.

Denna medio sonrió. De una vez por todas, puso un pie en el estribo y se alzó con facilidad. Carmichael le había puesto una silla de montar de amazona, la apropiada teniendo en cuenta su posición.

Blake se acercó y le quitó las riendas de la mano un momento. Ambos se miraron; ella con miedo a que sacara a colación lo sucedido.

—Me gustaría poder contarte algo sobre mí —dijo en su lugar—. Pero no puedo.

Denna se relajó y a la vez se le tensó hasta el último músculo del cuerpo. Blake la miraba desde abajo mientras acariciaba distraídamente el pelaje del animal. Parecía esperar algo de su parte.

—Ya sé muchas cosas sobre ti.

—Pero ¿lo sabes todo?

—No. Nunca lo sabemos todo del otro. Intentar descubrirlo sería inútil.

—Y aun así me empecino en lo imposible —lamentó Blake, mirándola con fijeza—. ¿Qué es eso que se me escapa para entender por qué me evitas ahora? ¿Tan mal te besé? Tendrás que disculparme, pero la experiencia va ligada a la memoria y esa noche fue la segunda «primera vez» que abrazaba a una mujer.

Denna tragó saliva y le retiró la mirada.

Había tenido tiempo para pensar en ello. La conclusión no podría haber sido otra. Denna reconocía su parte de culpa: ya estaba pagando por esta prohibiéndose lo que tanto necesitaba, que no era otra cosa que él. Pero ni un beso, ni su falta de memoria, ni su repentina y sanadora dulzura harían que desaparecieran los años de tortura.

—No podrá suceder de nuevo —zanjó, con voz temblorosa—. Lo he pensado... he pensado en lo que me dijiste y soy incapaz de darte esa oportunidad, Blake. Puede que tú hayas olvidado lo que vivimos, pero yo no. No puedo actuar como si no hubiera sucedido nunca.

El cambio en su expresión fue mucho más que notable: fue terrorífico. Creyó que asomaba a sus ojos chispeantes el Blake de los sentimientos agresivos.

—¿A esa conclusión llegas, después de todo?

Denna frunció el ceño.

—¿Qué es «todo» para ti? ¿Un beso? Porque para mí es mucho más: para mí abarca más de cuatro años. En tu caso será difícil de entender porque te faltan detalles, pero créeme... Estarías de acuerdo conmigo en que, *después de todo*, no se puede hacer nada por nosotros.

—¿Que yo estaría de acuerdo? ¿Qué hace que estés tan segura?

—Blake... —Tragó saliva—. Antes de darte ese golpe me odiabas. Me odiabas mucho más de lo que yo te odiaba a ti. No me habrías puesto un dedo encima si no hubieras sufrido esa lesión. Ni siquiera me habrías mirado a los ojos.

—¿Y qué pretendes decirme con eso? ¿Que debes velar por los intereses de un hombre al que

no recuerdo mientras castigas al que soy ahora?

—Sí... pero a la vez es más complejo que eso. Puede que pienses que mi incapacidad para olvidar y dejarlo todo atrás es una cuestión de orgullo, pero el orgullo no me lo permito desde hace mucho tiempo. Tengo que proteger mi dignidad —especificó—. No puedo comportarme como si no nos hubiéramos humillado.

—Pero, en cambio, puedes comportarte como si no me hubieras humillado a mí —irrumpió alguien.

La voz de Lachlan la atizó como la fusta de castigo que llevaba en la mano, y que estuvo a punto de caérsele cuando tropezó con su mirada furiosa. Acababa de entrar en el establo y llevaba entre los brazos una caja.

—Lo has besado —resumió. Se tomó un momento para dejar el peso a sus pies y rodearlo para incluirse en la escena. Fue como si necesitara un instante de asimilación antes de soltar una carcajada de incredulidad—. ¿Por qué me sorprende?

—¿Has estado escuchando la conversación? —le reprochó Denna, tensa.

—No lo he hecho adrede; venía a dejar el heno para los caballos y me he topado con una escena desagradable. Veo que señalarás mil veces los errores o actitudes del resto mucho antes de admitir que la que se ha equivocado has sido tú. Aunque dudo que lo hayas sentido como un error —apostilló, venenoso—. ¿Era este tu objetivo desde el principio? ¿Usarme hasta que Blake te prestara atención?

Blake se interpuso entre los dos físicamente, tal y como llevaba interponiéndose entre ambos, de una manera u otra, desde que a Denna se le ocurrió acercarse a Lachlan. Su expresión herida, sus palabras certeras: Lachlan era un hombre traicionado con todo el derecho a reivindicarse, puesto que decía la verdad. Jamás se habría acercado a él si Blake no la hubiese defraudado; si no hubiera querido escarmentarlo.

—Será mejor que te largues —le espetó Blake.

—Oh, ¿ahora la reclamas? Me dejaste muy claro en su momento que me dabas tu bendición. ¿Cuáles fueron tus palabras exactas...? —Avanzó hacia él, amenazante, mientras fingía pensarlo. Se dio un toquecito en la barbilla, donde crecía una barba de varios días—. Oh, ya recuerdo: «Sois tal para cual. Estáis podridos por dentro».

Denna se tensó en respuesta. No solo porque los recuerdos de aquella noche aparecieron en tropel, sino por lo que significaba la verdad. No podían decírselo; no podían iluminar a Blake. Pero Lachlan parecía haberlo olvidado.

—Cállate.

—¿Que me calle? Estaría siendo el primero que se calla en este lugar. Tengo entendido que Carmichael y tú habéis estado dándole pequeñas pistas para animarlo a recordar. ¿En qué te beneficiaría eso, Denna? ¿Acaso te gusta más el Blake que te desprecia que el que parece capaz de amarte? —Ladeó la cabeza—. No me sorprendería en absoluto. Él mismo lo dijo, con más razón que un santo. Vivo o muerto, lo odiarás más de lo que podrías quererme a mí.

—Este no es el lugar ni el momento para discutir —balbuceó Denna.

—Es mucho mejor lugar y momento que la noche en que te tiraste a sus brazos, al menos. —Entrecerró los ojos—. Ya veo el respeto que merezco.

—No estamos comprometidos —masculló ella—. Lachlan, no quiero... no quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme. Pero rechacé tu oferta y no te debo nada.

—¿Y estás comprometida con él? Después de todo lo que decías de que harías cualquier cosa con tal de alejarte de Blake, después de tener una nueva oportunidad, ¿vas a elegirlo otra vez?

—¿Otra vez? —interrumpió Blake, confuso.

Denna le lanzó una mirada de advertencia a Lachlan, pero este no la captó o, si lo hizo, prefirió hacer caso omiso.

—¿Aún no te lo ha contado? —Pestañeó con aparente inocencia—. Estabais felizmente casados. ¿O no? —Se giró hacia Denna, irónico—. ¿No era felizmente?

Denna temió la reacción de Blake, que fue la de cualquiera que acabase de recibir una noticia inesperada. Conmocionado, parpadeó varias veces antes de girarse hacia ella en busca de una confirmación que no pudo darle. Se había quedado helada sobre el animal.

Ahí se iba la oportunidad que Calder le había otorgado: la de escapar sin tener que rendir cuentas a Blake o a su pasado, una que estuvo sopesando seriamente antes y después del beso.

Ahí se iba su última esperanza.

Temblando de rabia e impotencia, y también por la vergüenza de haber sido descubierta en su esfuerzo por ocultar la verdad a un hombre que sufría en la inopia, azuzó al caballo para que saliera del establo. Su montura reaccionó con la energía esperada, y estuvo a punto de llevarse a Lachlan por delante.

Mientras oía los gritos de alguien, que le llegaron distorsionados, se hizo una pregunta que le dejó el corazón en un puño.

«¿Cuándo dejarás de huir?».

9

Después del descubrimiento, Blake estaba demasiado confuso para plantarle cara a Lachlan, que de todos modos no se quedó mucho rato para hacerle compañía. El highlander ni se molestó en mirarlo o despedirse antes de dar la vuelta y desaparecer. Así dejó a Blake, sumido en un estado de conmoción del que no conseguía salir.

No se le había ocurrido pensar que el marido del que Denna había enviudado era él mismo. Pero lejos de castigarse por no haber sido lo bastante perspicaz, todos sus pensamientos arremetieron contra ella por mentirosa. O, por lo menos... por poco sincera.

Solo Dios sabría adónde demonios habría ido. Cuando abandonó el establo y barrió el paisaje con los párpados entornados no vio siquiera la mancha blanca del animal.

Su reacción la había delatado de sobra: no solo la mentira, sino cómo se sentía al respecto.

Lo cierto era que se había decidido a buscarla ese día para salir de dudas. Llevaba unas cuantas noches soñando con lo que parecían algunos recuerdos, pero le cuadraban tan poco que no estaba seguro de si las imágenes representaban un hecho pasado o un anhelo irrealizable.

—Si los sueños ya son confusos en general, me imagino el tormento que deben ser para ti —había apuntado Haye cuando se acercó a él para preguntarle.

No era santo de su devoción, ni siquiera un sujeto al que hubiera recurrido si no se tratara de una situación desesperada, pero Carmichael había estado especialmente ocupado esos días. Haye era el único que, entre sus desplazamientos por la isla para atender pacientes y sus paseos de inventario por la bodega, tenía un momento disponible para burlarse de él.

Por lo menos, gracias a haberlo pillado en medio de un recuento, había podido pedirle que le mostrara los libros de cuentas de la época en que Blake colaboraba con la asociación. Haye se mostró reticente al principio, pero cedió antes de que Blake empezara a pensar que olía a chamusquina; un pensamiento que le rondaba desde el comienzo de su investigación y que trataba de obviar en beneficio de quienes lo rodeaban. No quería evitar lanzar un juicio sobre ellos, no uno de esa magnitud, acusándolos de manipuladores y embusteros... pero sobre todo intentaba mantener un pensamiento positivo para protegerse.

Esa gente era lo único que tenía. No podía permitirse su vileza, a no ser que estuviera dispuesto a estar solo... y por el momento no lo estaba.

—¿Y esto? —Blake había apuntado una línea en la libreta de cuentas, curioso—. Parece que

me anoté un tanto en noviembre del año pasado. ¿De dónde saqué todo ese dinero para suplir lo que había gastado?

Haye apoyó las dos manos en la mesa para inclinarse sobre el libro. Agachó la cabeza y entrecerró los ojos sobre la ristra numérica.

—No me había fijado. De las cuentas se encarga tu hermano; es la primera vez que toco el libro, y solo porque sé más de números que el otro par de obtusos. Respondiendo a tu pregunta... no tengo la menor idea, pero ahora siento curiosidad.

—¿Tenía otra fuente de ingresos? ¿Algún otro negocio?

—No me consta. Te diría que le preguntes a alguien que fuera tu amigo, pero eras bastante reservado en cuanto a tus asuntos personales.

—Creía que habíamos quedado en que era un bastardo y por eso no puedo preguntarle a nadie.

—Tu «bastardía» sin duda dificultaba que hicieras buenas migas con gente nueva, pero a la que te quedaba de cuando no eras estúpido seguías pudiendo recurrir. No lo hacías porque eras reservado. Y porque estabas amargado —insistió, tratándolo como si fuera idiota.

—¿Como tú? —se burló. Haye ni siquiera se movió.

—Yo no estoy amargado. Estoy harto de esperar —reconoció. Su sinceridad le pilló por sorpresa.

—Esperar ¿el qué?

Como si no lo hubiera oído, murmuró:

—Esto es muy interesante. Es una buena suma.

Al inclinarse más sobre el libro, un colgante escapó del encierro de su pañuelo de cuello. Blake frunció el ceño al reconocer la cruz de Santa Brígida, el clásico talismán que acompañaba a los celtas en la celebración del Imbolc. Lo frunció más aún al ver que, con suficiente rapidez para que se percatara de que era personal, pero no tanta como para denotar nerviosismo, Haye volvía a esconderlo sin apartar la vista del cuaderno.

—Tal vez Calder sepa algo —zanjó antes de cerrarlo.

Volviendo al castillo después del encontronazo con Lachlan en el establo, Blake lamentaba que no dejaran de abrirse nuevas incógnitas. Por lo menos ya se había cerrado una, y la más importante de todas ellas: qué significaba Denna entre las turbulencias de su vida. Sus explicaciones habían sido más bien parcas y ambiguas, y los sueños de noches anteriores no le habían dado ninguna idea exacta. Más bien todo lo contrario.

La noche pasada soñó que bailaba con ella durante una fiesta; Denna parecía feliz y relajada entre sus brazos. Durante la duermevela del lunes, unos días antes, atinó a vislumbrar un pedacito de esos momentos de humillación que mencionaba: se vio a sí mismo sintiendo un odio sobrecogedor que nada, a excepción del amor, podría haber contenido para evitar que lo blandiera contra ella. Vio también la expresión furiosa de Denna y el fondo de tristeza en sus ojos cuando la insultaba.

¿Qué sentido tenía que rescatara las emociones del recuerdo? ¿Era eso habitual?

En un sueño la había tenido entre sus brazos, pero hasta que Denna no confirmó con su estampida que Dios los unió, había jurado que se trataba de una fantasía. Que aquello no sucedió jamás y solo se materializaba su deseo frustrado.

Pasó toda la tarde caminando de un lado a otro en el pasillo de la planta superior, sin saber muy bien qué era lo que esperaba o qué actitud iba a tomar al respecto. Una parte de sí rabiaba, decepcionada y a la vez indignada por el descaro con el que aquella mujer le había mentido. Pero no podía silenciar ni renegar de la otra, la que se regodeaba en la ilusión de que hubiera sido suya.

Navegó entre todas las emociones que había suscitado, las agradables y las tortuosas, hasta que las luces crepusculares se apagaron y se quedó sumido en el silencio y la penumbra. Blake terminó sentado a las puertas del dormitorio de Denna, con la vista clavada en la pared de enfrente y una rodilla recogida.

Y entonces ella apareció con una vela en la mano; una lo bastante hábil para iluminar la vergüenza que cruzaba su rostro. En la otra mitad, en la oscura, Blake soñó con ver la determinación a sincerarse.

Se miraron sin decir palabra hasta que Denna exhaló, resignada.

—Te lo diré todo —prometió.

—Solo porque no te queda otro remedio —puntualizó Blake con amargura. Se incorporó tan rápido como se lo permitieron las entumecidas piernas, y esperó solo a que Denna pusiera un pie en el dormitorio para entrar con toda su autoridad—. ¿Es esta tu venganza contra mí? ¿Mentirme? ¿Tenerme para siempre perdido en medio del mar, enclaustrado en una barca sin remos?

—Siempre estuviste de acuerdo conmigo en que fuéramos juntos a la deriva; no creas que he estado en tierra firme alguna vez, descansando entre las palmeras. También estoy perdida.

—Puede que estés perdida con los demás, pero no estás perdida contigo misma como yo lo estoy.

Vio que ella sonreía, entre cansada y crispada. Ladeó el cuello y se lo masajeó.

Tenía el vestido de algodón y lana manchado de barro por los bajos. Estaba totalmente despeinada por la cabalgada, olía a brezo, a tierra húmeda y a sudor, y lo estaba mirando con una franqueza capaz de desarmar a un hombre.

—Créeme, estoy tan perdida como tú. Pero tienes razón —aceptó—: no te he mentido porque no quisiera estar sola en mi confusión, sino por egoísmo. Calder me dio la oportunidad de empezar de nuevo y no podría hacerlo si recordabas quién era yo.

Blake arrugó el ceño.

—¿Empezar de nuevo?

—En otro lugar —asintió Denna, mirando por la ventana. El fulgor plateado de la luna llena arrancaba un destello casi mágico al cristal—. Con otra familia si así lo quisiera. Tú y yo estuvimos casados, es cierto, pero ya no lo estamos. Te encargaste de eliminar el vínculo

presentando la anulación.

—¿La anulación? ¿Basada en qué?

—No te di un hijo en cuatro años.

—¿Por qué?

—Porque nunca me pusiste la mano encima.

—Encuentro eso muy poco creíble, al menos si te refieres en el aspecto halagador de la expresión —ironizó.

Denna se dio la vuelta hacia él. Parecía que le costara incluso pestañear.

—No lo hiciste. Te lo pedí y tú estuviste de acuerdo en mantener las distancias.

—¿Por qué haría yo tal cosa?

Denna suspiró.

—Antes de ti, iba a casarme con Angus MacKenna, el hijo de un *laird* vecino. Los clanes escoceses se perdieron tras la revolución jacobita, pero mi padre y MacKenna seguían siendo hombres poderosos con un linaje fuerte y una línea de antepasados en común. Yo no me negué en ningún momento porque llevaba toda la vida enamorada de Angus —expresó con una voz ajena, distinta; parecía que contara la historia de un desconocido, o de alguien que había muerto hacía demasiado tiempo—. Crecimos juntos. Mi transición de niña a mujer corrió totalmente de su cuenta; nada más que el amor que reconocí entre nosotros al cumplir dieciséis años podría haberme abierto los ojos a otra vida. A una vida compartida.

»Estaba preparada. Ilusionada. Feliz. Pero tú apareciste y, a mis espaldas, conseguiste alejar a Angus de mí.

—¿Cómo?

—Le pagaste para que se marchara, Blake —explicó, sin fuerzas—, y si tenía la desfachatez de negarse, te encargarías de recordárselo de un modo muy desagradable.

»En el momento yo no lo supe: solo se me partió el alma con su repentino rechazo y la anulación de la boda, todo sin la menor explicación. Solo lloré hasta que otro hombre apareció en mi puerta y, como un ángel caído del cielo, se ofreció a reparar mi reputación ligeramente afectada y darme un futuro diferente.

Hizo una pausa y se sentó en el alféizar interior de la ventana. No quería mirarlo. Tenía los ojos clavados en el paisaje nocturno.

—Jamás habría sospechado que tú tuvieras algo que ver. Eras un auténtico galán. Apuesto, atento, divertido, respetuoso... Yo siempre fui sincera contigo. Siempre —recalcó—, hasta tal punto que, durante nuestra noche de bodas, te rogué que esperásemos a que mi corazón hubiera sanado para convertirnos en un... matrimonio oficial. Tú aceptaste, estabas dispuesto a esperar, y yo sentí que quizá habría esperanza: que un hombre que era capaz de renunciar a mí por un tiempo, de respetarme aunque eso significara hacer tal sacrificio, enseguida merecería convertirse en el objeto de mi amor.

Denna ladeó la cabeza hacia él con los ojos empañados.

—Y lo hiciste: te convertiste en el objeto de mi amor. Me enamoré de ti, Blake —musitó con voz quebrada—. Nunca he tenido la oportunidad de admitirlo y... Dios mío, sienta tan bien decirlo por fin. —Rio sin emoción y se limpió las lágrimas en cuanto notó que brotaban mejilla abajo—. Caí en tu hechizo como una estúpida, y cuando descubrí, gracias a una carta de Angus, hasta qué punto eras capaz de manipular y destruir mi vida para ponerme a tu disposición... entendí que nunca hubo respeto, ni atención, ni ninguna de esas virtudes que yo creí ver en ti. Solo eran una máscara detrás de la que se escondían el egoísmo y la arrogancia.

Blake no pudo empaparse de la declaración al entender que estaba manchada por el resentimiento... y especificada en pasado. Lo *había* amado, pero dejó de hacerlo porque descubrió que no lo merecía. Y él estaba de acuerdo en que nunca lo hizo. A ciegas, y sin ninguna otra opinión que contraponer al dolor de Denna, le costó reconocerse en la descripción de ese Blake que cada vez se le antojaba más nauseabundo.

—Es demasiado tarde para disculparme —dedujo, acongojado.

Ella le lanzó una mirada entre exasperada y jocosa.

—Nunca he esperado una disculpa por tu parte: has dejado muchas veces muy claro que jamás pedirías perdón por eso. Así que, por ese lado, es sorprendentemente pronto para que apeles a mi absolución. Gracias a Dios no es tarde para mí —continuó—. Tanto que te esforzaste por zanjar el matrimonio para al final disolverlo durante tu desaparición... Puede que esa fuera tu manera de pedirme perdón por todo lo que pasó, de plantearme otro destino mejor, lejos de ti. O quizá solo quisieras darme el golpe de gracia, despreciarme por última vez. Como ves, aún me molesto en intentar descifrar tus acciones.

—Si te sirve de consuelo, yo también trato de comprender lo que subyacía en cada una de ellas. Y creo... *Siento* que debo hablar en mi defensa. —Dio un paso hacia delante—. Lo que hice no tiene perdón, pero tal vez puedas verlo con simpatía si comprendes que no obré desde la maldad. Intuyo que me cegó el deslumbramiento y no vi nada más que mi obsesión por tenerte.

Denna ladeó la cabeza. La compasión suavizaba sus rasgos.

—Lo sé. Sé cuáles eran tus motivos. Y los entiendo. Pero nunca he podido conciliarme con ellos... y créeme que lo he intentado. Por eso he tomado la decisión de marcharme.

Blake frunció el ceño. El ambiente de secretos y confianza que había tejido entre los dos con la emocionalidad más hábil fue atravesado de golpe.

—¿Marcharte?

—No me escapé cuando tú desapareciste porque mi conciencia no lo habría soportado. Necesitaba saber que estabas vivo. Cuando volviste no me fui porque, de nuevo, no podría haberte abandonado sin ver que mejorabas. Pero ahora que es evidente que poco a poco recuperarás la conciencia de ti mismo, es mi deber irme.

»Quiero recordarte así, como eres ahora... como solías ser —confesó—. Me da esperanza y me rompe el corazón saber que todo el mundo estaba en lo cierto: que fui yo la que te volvió loco. Quizá, estando cada uno en un punto diferente, evitaremos que te conviertas de nuevo en...

—No —cortó él, repentinamente consternado. Denna abrió la boca para protestar, pero Blake dio un paso al frente y la cogió del brazo—. No te vas a ir ninguna parte. Ni ahora ni nunca.

Denna arrugó la frente.

—¿No has comprendido nada de lo que he dicho? Esta decisión que tomo será positiva para los dos, y además no eres nadie para impedírmelo. Ya no.

—Claro que lo soy. ¿Es que no te das cuenta? —Tiró de su muñeca para traerla hacia sí. Denna tropezó con su cuerpo y lo miró atentamente—. Eres lo único que ha sobrevivido a la pérdida de mi nombre y mi historia. Y eso significa que no importa ni quién fui yo ni qué demonios es lo que hice. Tú eras y eres lo más preciado y valioso para Blake Houston. Eres lo que me tiene cuerdo y me atrevería a decir que solo tú me mantenías con vida.

—¡Al coste de levantarte rechinando los dientes y meterte de nuevo en la cama con los puños apretados! —exclamó ella, ruborizada—. Blake, tú no...

—No vas a negarme lo único a lo que me puedo aferrar. Te he querido tanto que mi amor se ha hecho sólido y me permite sujetarme a él para no hundirme en la desasosegante maraña borrosa en la que vivo.

—No voy a negarte nada, pero tampoco pienso quedarme aquí, de nuevo, para servir a alguno de tus propósitos. Incluso ahora eres egoísta, poniendo tu futuro y el destino de tu memoria en mis manos, como si yo no tuviera derecho a tener mi propia vida y quisiera esa responsabilidad.

—¿Y no la quieres? —la retó—. Tu amor no pudo desaparecer tan rápido.

Aprovechó su instante de vacilación, elocuente por dos, para agregar vehementemente:

—Sirena... Yo no intento arrebatarte tu vida, igual que estoy seguro de que nunca tuve la intención de quitarme la mía y la independencia que la caracteriza al ponerme a tus pies. Solo quiero hacerte ver que estamos unidos de manera irremediable, y que esto no puede ser revocado. Que nuestra vida es una y es compartida, y un vínculo matrimonial es el último e innecesario eslabón de una cadena natural que se forjó en el mismo momento en que nos vimos.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, alarmada—. ¿Has recordado el día en que nos conocimos?

—No —acotó—. No recuerdo nada, Denna. Solo presiento que la única labor de mi vida ha sido quererte, y como me privaste de eso fui incapaz de manejar el resto de obligaciones.

—¡Yo no tengo la culpa de que no supieras gestionar tus sentimientos, Blake! ¡Estaba muy ocupada lidiando con los míos para tener que cuidar de los tuyos también!

—No quiero que los cuides —replicó, desesperado—. Quiero que los aceptes.

—¡No puedo! ¡Son corruptos! ¡No todo vale cuando quieres a alguien, Blake!

Denna intentó soltarse, pero luchó con tan poca fuerza que él no tuvo que hacer el menor esfuerzo para abrazarla por la cintura.

—No puedes evitar algo que nos posee de esta forma tan animal —susurró, muy cerca de sus labios—. No eres más fuerte que el destino, Denna. Ríndete de una vez por todas.

Su tono persuasivo logró lo que Blake nunca dudó que sería una victoria: tenía las reglas del azar de su parte y un pasado terrible que no había conseguido apagar del todo la llama de su

corazón, que aún a veces latía por él.

Denna se rindió. Toda ella dijo que sí al beso con el que selló la premonición. Sus garras se convirtieron en las manos temblorosas de una amante desesperada, la tensión de su cuerpo fue sustituida por el deseo de entrega, que se manifestó de inmediato en la forma en que se pegó a él, y su boca... Blake sabía que su boca era el único y verdadero destino. No solo por todo el placer que pudiera proporcionarle, sino por lo que significaba su aceptación. El pecho le ardió de emoción y hasta unas lágrimas inoportunas le quemaron en los párpados al comprender que ella *lo estaba admitiendo*. Admitía que la parte de él que había enquistada en su alma era la que dirigía sus pasos y dominaba hasta su raciocinio. Sabía que era el Blake que había sido el que se emocionaba, el que rugió con la garganta antes de lanzarse otra vez a sus dulces labios... igual que fue el Blake de antaño quien la mordió y desplegó todos sus trucos amatorios, pues estaba ante la única mujer que había deseado impresionar.

Era tan irresistible que el decoro no pudo impedir a tiempo que le bajara las mangas del vestido y liberase sus pechos, brillantes por el sudor. Blake recorrió con los dedos su torso, descubriendo, con el corazón brincando de ansiedad, que era igual de morena bajo la ropa. Tenía un tesoro mediterráneo entre los brazos y su sabor exótico en la boca, y quería más.

De un movimiento brusco, le dio la vuelta y la hizo pegar la espalda a su pecho. Denna jadeaba incontrolablemente mientras él acariciaba con dedos diestros los pezones endurecidos, la piel suave y erizada de los senos. Ella echaba las caderas hacia atrás y él la empujaba hacia delante con las suyas. Con los labios entreabiertos lamió y mordisqueó el lateral de su cuello; hundió los dientes, dispuesto a ser más egoísta y codicioso que nunca y que nadie dejando su marca.

—Blake... B-Blake... —balbuceó ella—. Eres tú...

Debía ser él, el verdadero Blake, porque se sentía libre. No exactamente dueño de sí mismo, sino liberado de una carga que lo hacía empequeñecer. Se hacía grande, enorme e invencible al cernirse sobre ella y manosearla por todas partes. Así era como quería tratarla, eso era lo que quería hacerle. La deseaba como a una reina inalcanzable y como a una golfa del tres al cuarto, porque la primera nunca podría ser tratada como la segunda, y la segunda jamás tendría el respeto de la primera.

De un tirón animal consiguió que saltaran todas las corchetas de su vestido. Sus piernas flaquearon y tuvo que sostenerla con más fuerza antes de darle de nuevo la vuelta y obligarla a concentrarse en él mientras rebuscaba, entre enaguas y pololos, la unió entre sus muslos. Denna lo miraba con los labios entreabiertos, demasiado extasiada para sentir asombro. Verla colorada y dispuesta a recibirlo hizo que un ramalazo de ternura estuviera cerca de tumbarlo, o incluso de ponerlo de rodillas para que lo castigara por comportarse como un animal.

Pero estaba poseído por una bestia y no la saciaría hasta que no la tocara. Ambos soltaron un suspiro; él, casi gruñido, y ella, entrecortado, cuando los dedos de Blake llegaron al suave sexo femenino.

—Maldita seas —masculló—. No vuelvas a esconder esto de mí. No me quites el placer de saber que soy capaz de provocarte así.

Denna volvió a ruborizarse, pero no escondió la mirada: aceptó cada palabra sucia que salió de sus labios, y gimoteó como él había imaginado sus gemidos al buscar entre caricias su punto débil. Cuando sus cejas se alzaron y su boca exhaló un suspiro quebrado, Blake se concentró en marcar un ritmo acelerado con sus caricias al pliegue superior. Denna no se sostenía sobre los pies, pero a él no le pesaba en absoluto a pesar de estar sudando.

—Ven aquí —ordenó—. Bésame ahora.

Ella obedeció y él asimiló su sumisión como un regalo inmerecido, pero que aun así pretendía tomar. Igual que tomó su boca con la ambición de hacerla polvo. Quería tener que barrerla lejos de allí.

Denna se aferró a él con brazos y uñas para reprimir la salvaje sacudida que dio su cuerpo. Tembló y soltó un gritito que sacó una sonrisa a Blake, quien no se detuvo en ningún momento, buscando elevar el nivel de su orgasmo hasta que se le cortara la respiración.

—Tú y yo nos pertenecemos —le susurró mientras ella se abandonaba a los últimos espasmos del clímax—, y no podemos hacer nada para evitarlo. Cuanto antes lo aceptes... más fácil será para ti.

10

Denna se levantó al día siguiente con la misma sensación con la que se había acostado. Las palabras de Blake retumbaban en su cabeza como una advertencia y una premonición: «Tú y yo nos pertenecemos y no podemos hacer nada para evitarlo».

El único motivo por el que no había podido responder, que a su vez era el mismo por el que no podría haberse separado de él, fue que por unos minutos estuvo ante el verdadero Blake. Debería haber imaginado que solo podría despertar al hombre seguro de sí mismo que había conocido anunciando que se iría de su lado. Ese había sido siempre su mayor miedo: que lo abandonase.

¿Lo haría? No la había disuadido del todo, pero abrió una grieta en su férrea determinación a desaparecer. Todos los seres humanos tenían un límite de tolerancia y Denna había rebasado con mucho su aguante. Ya no podía sufrir más. No se seguiría culpabilizando. Pero ¿significaba eso que tuviera que marcharse?

Se levantó de la cama y se vistió con ayuda de su silenciosa doncella. Esta, antes de marcharse con la misma diligencia con la que había aparecido, rehízo sus pasos para acercarle un ramo de flores.

—Esto estaba en la puerta del dormitorio, milady.

Denna examinó el conjunto de rosas de Escocia con el corazón ardiendo de pasión y también muerto de angustia. Blake nunca le regalaría rosas de Escocia: sus flores siempre habían sido las clavelinas de mar, mucho menos hermosas, pero con un significado especial.

Fue duro darse cuenta de que echaba de menos a un hombre que le había causado un daño irreparable: de que no quería a ese Blake de carácter dulce que la falta de memoria había moldeado, sino al Blake entero. Al dulce, sí, pero también al temperamental. Al vengativo. Al cruel.

¿Qué demonios podía explicar su predilección?

Denna dio las gracias a la doncella y le pidió que las pusiera en un jarrón con agua. Después salió del dormitorio con dos objetivos: dar las gracias a Blake y encontrar a Lachlan para zanjar la conversación pendiente. Posponerla le había costado la oportunidad de desaparecer del mapa sin dar explicaciones a Blake; solo Dios sabía hasta dónde sería capaz de llegar Lachlan si no le paraba los pies. Le dolía pensar en todo el daño causado y dudaba que una disculpa sirviera, pero no podía ofrecerle nada más. No podía entregar un amor que no sentía.

Cuando bajaba las escaleras, la sombra oscura de Haye se puso en su camino con la clara intención de entretenerla. Denna frunció el ceño, sospechando al ver que una rara expresión oscurecía su semblante.

—Tenemos visita —le anunció.

—¿Visita? ¿Y esperas que yo me encargue? Ya sabes el respeto que me tienen los locales.

—No es ningún pueblerino, y creo que te va a interesar. Está en la salita junto a la biblioteca.

—¿En esa sala fría, húmeda y casi inhabitable? ¿Por qué lo has llevado allí?

—Porque sería mejor que nadie supiera que está aquí.

En lugar de retirarse, Haye la siguió en silencio y con un brazo a la espalda, como el humilde criado que nunca sería. Extrañada por su disposición a acompañarla, Denna recorrió el pasillo recordando a su vez cuáles eran las normas de recibimiento en una casa de esa importancia. Tendría que ofrecerle algún refrigerio y empezar una ligera charla antes de preguntar directamente qué quería.

Denna empujó la pequeña puerta de la salita y se quedó inmóvil bajo el umbral al ver a un niño enjuto sentado sobre las rodillas de una mujer. Apenas prestó atención a la muchacha: solo tenía ojos para el jovencito, vestido como un pequeño príncipe.

Era una de las cosas más bonitas que había visto nunca. Tenía el cabello del color del champán y los ojos tan oscuros que apenas se distinguía la pupila del iris.

—Hola —balbuceó, acongojada. Le costó acercarse, y cuando lo hizo, quedó muy claro en sus gestos mecánicos lo doloroso que era para ella.

Denna mataría y se dejaría matar por ser madre. Lamentablemente, por lo único por lo que no pasaría a cambio de un niño, sería un nuevo matrimonio. Un nuevo marido. Justo lo que podría dárselo.

La mujer, entretenida jugando con los dedos del pequeño, levantó la mirada y se concentró en ella. Esbozó una sonrisa que enseguida se quebró, atravesada por una indisimulable inquietud.

—Buenos días —respondió, con una voz tan clara que consiguió que Denna le prestara atención—. Espero no haberla despertado antes de su horario habitual.

Denna la confortó con una sonrisa que pronto se torció a una mueca de maravillado asombro.

No se consideraba fea, la Reina poseía un encanto especial y Beth Houston era la indiscutible belleza de la isla. Pero la hermosura de la mujer que tenía delante era absolutamente cegadora, de un carácter celestial con la capacidad de intimidarla. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros, largo y de un rubio pálido que, a la escasa luz que entraba por la humilde ventana, parecía ceniciento. Tenía los ojos almendrados y ligeramente rasgados hacia arriba de un tono acaramelado precioso, y más que de carne parecía hecha de porcelana blanca. Estaba sucia y desarreglada, y aun así Denna presintió que debía hacerle una reverencia.

—Esta es la hora a la que suelo bajar a desayunar. Si quisiera podría acompañarme, señorita...

—Puede llamarme Lilly. Él es Johnson.

—Finlay Johnson —corrigió el pequeño—. Finlay viene de la palabra *Fionnlagh*, que en

gaélico significa «guerrero blanco».

Conmovida, Denna él ofreció una sonrisa y se sentó frente a ellos en un sillón orejero.

—Es un nombre muy bonito. Yo soy Denna.

—¿Denna? —repitió con su voz infantil.

—De la batalla de Culloden. ¿Has oído hablar de ella? —Él negó con la cabeza, pero en sus ojos destelló el interés—. Culloden es una de las muchas localidades de las Highlands. Tú tienes acento de las Highlands.

—Soy de Dundee, milady. —Se balanceó hacia delante y hacia atrás, como si no pudiera reprimir la curiosidad—. ¿Qué pasó allí?

—Los ingleses y los escoceses lucharon por la corona. Cada uno quería poner a un rey distinto a la cabeza de la monarquía escocesa.

—Ganaron los escoceses, ¿verdad?

Denna esbozó una sonrisa triste.

—Me temo que no, Johnson. Pero lucharon con orgullo y con honor.

—¿Por qué te pondrían el nombre de una derrota? —murmuró, dudoso.

Denna fue a responder algo ingenioso, pero captó por el rabillo del ojo que la expresión calma de Lilly había sido reemplazada por una mueca de incomodidad.

—¿Se encuentra bien?

Ella pestañeó rápido.

—Sí, es solo que... Usted... —Lanzó una mirada a Haye, que se mantenía al margen. Tragó saliva y volvió a concentrarse en Denna, visiblemente turbada—. He... he oído hablar mucho de usted.

—Me imagino. A la gente le encanta entretenerse inventando historias sobre mí, pero la mayoría son falsas —atajó Denna. Enseguida devolvió la vista al niño—. ¿Qué puedo hacer por ti, pequeño Johnson?

Él infló el pecho, como si fuera a dar una noticia impactante. Denna casi se rio.

—Estoy buscando a mi padre —anunció el muchacho.

—¿De verdad? ¿Y se supone que está aquí?

—Sí. Se llama Blake Houston.

La sonrisa se desvaneció, y como si las palabras del niño hubieran sido escupidas con desprecio, Denna se echó hacia atrás con una mueca de horror.

Buscó en el rostro de Johnson alguna característica de Blake, pero estaba tan confusa y conmocionada que la vista se le emborronó.

Lilly percibía su incomodidad y parecía ansiosa por dar explicaciones.

—Milady... siento la... —Tragó saliva. Cuando abría la boca para arrancar otra vez, la puerta se abrió y dos figuras masculinas aparecieron.

El primero en entrar fue Lachlan; el segundo, Blake.

—No han dicho que hay alguien que... —empezó Blake.

Sin pensarlo dos veces, y como si llevara años esperando ese momento, Lilly se puso en pie de golpe y echó a correr hacia él. Se fundió con un anonadado Blake en un abrazo tan apretado y emocional que Denna sintió que se le revolvía el estómago.

Cambió de postura en el asiento muy despacio, temiendo vomitar sobre la alfombra.

—Aquí estás, por fin —sollozó Lilly—. Llevo meses sin saber nada de ti. ¿No acordamos que ibas a venir a buscarme? He estado tan preocupada...

Blake pestañeó sin comprender. Probó con una sonrisa de circunstancia y la apartó cuidadosamente.

—Ya veo que nos conocemos —fue todo lo que contestó. Buscó ayuda en Denna, y al no encontrarla recurrió a Haye, que como si estuviese cansado de tender una mano amiga, suspiró dramáticamente y dio un paso hacia delante.

—Verá, lady Lillias —empezó, en lo que intentaba ser un tono paciente pero sonaba condescendiente—, no sé cuándo fue la última vez que vio a este sujeto, pero hace unos dos meses desde que se le olvidó su nombre y su pasado.

—¿Cómo?

—El señor Houston no tiene ni pajolera idea de quién diablos es usted, querida. Y nosotros tampoco lo sabemos con exactitud —agregó—, así que, ¿nos podría hacer el favor de presentarse?

Lillias no apartaba los ojos desorbitados de Blake. Denna, al margen de la escena y desbordada por los sentimientos, era incapaz de intervenir.

«Mi padre».

«Blake Houston».

¿Cuántos años podía tener ese niño? ¿Cuatro?

¿Había dormido con Lillias mientras estuvieron casados?

—¿Se puede saber qué hacéis todos aquí? —irrumpió Carmichael. Se abrió paso con el ceño fruncido—. Con todo el trabajo que hay pendiente deberíais estar...

Aun a través de la neblina de una mirada desorientada, Denna percibió cómo Carmichael perdía el habla y la postura del cuerpo al ver a Lillias. Y entonces cayó en algo que no se le había ocurrido: no sabía cuántas Lillias diferentes podría haber en Escocia, concretamente en las Tierras Altas, pero Carmichael había murmurado el nombre de una durante las alucinaciones por las quemaduras y tenía ante sus ojos a una mujer que había sido bautizada con ese mismo.

Una mujer a la que él miraba como si fuera un fantasma.

Lillias retrocedió y apartó la vista. Pareció esconderse detrás de Blake.

—¿Qué haces tú aquí? —murmuró Carmichael, petrificado.

—Por lo visto, venir a presentarnos al bastardo —comentó Haye desahogadamente—. Diría que ha salido a la madre, porque el padre no se le parece ni en el blanco de los ojos.

—¿Bastardo? —repitió Lachlan—. ¿Qué está pasando aquí?

Lillias tragó saliva y buscó los ojos de Blake.

—Blake... —La ternura con la que pronunció su nombre hizo que Denna se estremeciera de rabia—. ¿De verdad no te acuerdas de mí? Soy Lillias, tu prometida. Íbamos a casarnos en diciembre. ¿No lo recuerdas? ¿Has olvidado la promesa que me hiciste... a tu hijo y a mí?

Carmichael desenfocó la vista al intentar mirar más allá de Lillias. No vio al niño, y Denna lo agradeció porque no habría estado en condiciones de defenderlo del ataque de un adulto tan grande. Apostaba porque las palabras de Lillias rebotaban en sus oídos igual que en los suyos: «Tu prometida». «Tu hijo».

El rostro de Carmichael se contrajo en una mueca de rabia viva.

—Hijo de la gran puta —siseó—. Te voy a matar.

Todo sucedió muy deprisa. En un momento, Lillias estaba entre los brazos flojos de Blake, y al siguiente, Carmichael los separaba con un movimiento furioso y cogía a Blake del cuello de la chaqueta.

Denna observó, horrorizada, cómo incrustaba su puño, casi del tamaño de un cráneo, en la cara de Blake. Después lo estrelló contra la pared.

—¡Rowen! —gritó Lillias—. Rowen... ¡Basta!

Denna parpadeó sin entender a quién se refería. Le costó caer en la cuenta de que aquel era su nombre de pila: el nombre que nadie allí usaba. Carmichael tardó lo mismo que ella en reconocerlo, y cuando lo hizo, detuvo los golpes y retrocedió totalmente desequilibrado.

Masculló algo en gaélico, con la cabeza gacha y el rostro ardiendo, y salió de la salita con todo el cuerpo en tensión; igual que un toro a punto de embestir. Denna sintió deseos de hacer lo mismo, pero estaba pegada al asiento. Ni siquiera pudo moverse para socorrer a Blake, quien parecía más aturdido por la visita que por los golpes.

—¿Cómo has dicho? —vaciló, con la boca llena de sangre. Aceptó el pañuelo que Lillias le ofreció para escupir el líquido y una muela—. ¿Prometida?

Ella asintió con cara de culpabilidad.

—Hace unos meses anulaste tu matrimonio con Denna para poder desposarme a mí.

—¿Por qué? —inquirió sin comprender.

Lillias no vaciló al responder:

—Porque me amas.

Aquello fue el golpe definitivo, lo que la obligó a reaccionar. Denna no pudo soportarlo: sacó fuerzas de donde no las había y se levantó. Con las piernas temblorosas y el corazón cogido en un puño de hielo, se las arregló para abandonar la estancia.

Apenas había doblado la esquina del pasillo cuando una arcada la dobló por el estómago y escupió en el suelo. Ni siquiera había comido.

«Porque me amas».

Porque la amaba...

¿Desde cuándo? ¿Por qué? Y sobre todo... ¿Dónde quedaba ella?

11

Aunque una parte de sí lo instó a correr detrás de Denna, la situación lo intrigaba demasiado y el doloroso latir de la mejilla lo había inmovilizado. No entendía a qué se debía la desmesurada reacción de Carmichael, pero frente al problema que se le presentaba, el desequilibrio de un highlander le importaba un ardite. Incluso si el resultado era algún que otro diente roto.

—Prometida —repitió Blake, concentrado en el rostro de la muchacha. Solo apartó la mirada para dirigirse al inmóvil Lachlan y a la morbosa curiosidad de Haye—. ¿Sería mucho pedir que nos dejarais solos?

—Por supuesto que no. Me imagino que os habéis echado mucho de menos y tendréis que poneros al día —señaló Haye, quien no ocultaba lo mucho que se regodeaba en su asombro—. Vayamos a beber algo, Hawke; aquí no hay nada que ver.

—¿A dónde os lo lleváis? —interrumpió Lillias, viendo que Lachlan hacía una seña que el niño obedecía levantándose. El highlander le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No se preocupe, lo entretendremos un rato. Le daremos algo de comer.

Blake prefirió no dirigirse directamente a Lachlan y de nuevo focalizar toda la atención en la mujer que tenía delante.

No fue hasta que oyó el chasquido de la puerta, señal de que estaban a solas, que le indicó el sofá para que tomara asiento. La vacilación con la que ella lo observaba lo tenía intrigado.

Antes de sentarse, Lillias se dio la vuelta y lo encaró con la determinación de un guerrero.

—Espero que no te hayas inventado que has perdido la memoria para deshacerte de nosotros. Te comprometiste conmigo y vas a mantener esa promesa —le ordenó. A pesar del tono agresivo, Blake sintió una curiosa simpatía hacia ella. No supo cómo interpretarlo, pero temía lo que sus sensaciones pudieran revelar. ¿De qué manera podría convencer a Denna de que no la recordaba si su cuerpo reaccionaba como si lo hiciese?

—Esa exigencia no te hace sonar como una mujer enamorada.

—Además de una mujer enamorada, amor que tu frío recibimiento ha conseguido resentir, soy lady Lillias Maxwell. Romper tu compromiso con una dama de clase no beneficiará a nadie; a ti menos que a ninguno.

—¿Qué clase de amor sientes por mí, que no ha sobrevivido a la bienvenida de un pobre hombre confuso?

Lillias bajó los hombros y lo miró con franqueza.

—Te quiero —aclaró—, pero te conozco y siempre he temido que dieras un paso atrás. No eres famoso por tu constancia, sino por tu veleidad.

—Vaya. Entonces me conoces —apuntó Blake con las cejas arqueadas.

—Por supuesto que te conozco. ¿Qué haría aquí, si no? —jadeó, indignada—. ¿Es que dudas de mí?

—Actualmente todo cuanto hago es dudar de quienes me rodean. Presiento que estaría pecando de ingenuo si creyera a ciegas cada palabra que me dicen. Como ya te han adelantado y te explicaré con más detalle ahora mismo, me enfrento a un pequeño problema de memoria.

A la tercera señal que Blake volvió a hacer en dirección al sofá, Lillias se sentó, aunque muy despacio y a regañadientes. Entrelazó los dedos de sus delicadas manos sobre el regazo y lo miró con recelo. Recelo hacia él.

Como si solo observándola pudiera ubicarla en algún rincón de su memoria, la recorrió de un vistazo detallado. Llevaba un vestido muy pobre para tratarse de una dama, aunque tal vez eso lo explicara un largo viaje añadido; en su rostro apagado destacaban, sin embargo, las ojeras que acarreaba la preocupación, pero quizá pudiera atribuirlo a la falta de descanso durante el trayecto. Por otro lado, no parecía haber traído equipaje, lo que le olía a huida precipitada y no tanto a un viaje trazado con antelación.

Su belleza no parecía de ese mundo, lo que solo hacía más extraño que ni siquiera le sonara remotamente familiar. Era la clase de mujer de rasgos característicos y mirada limpia que cualquier hombre recordaría, incluso si solo se hubiera tropezado con ella de casualidad.

—Lamento mi falta de tacto, pero en este momento eres un problema —confesó. Ella se tensó —. No es en absoluto tu culpa; tampoco la mía. Hace un par de meses desde que un golpe absorbió todos mis recuerdos y aún estoy tratando de reconstruirlos: al hacerlo me voy dando cuenta de que no era ningún santo, y hay gente, mucha gente, ante la que he de redimirme e intentaré compensar por el daño causado. Tú... Admito que eres una gran piedra en mi camino hacia la reconciliación.

—¿Reconciliación? —repitió. En sus ojos del color del aceite relampagueó la ofensa y algo más—. ¿Con quién? ¿Denna?

—¿Sabías de ella?

—Por supuesto que sé de ella. Me hablaste de tu terrible esposa desde el primer momento —pronunció con vehemencia. En sus ojos brillaba una emoción extraña—. La odiabas por lo que te hizo y estabas ansioso por conseguir la nulidad y formar un matrimonio distinto conmigo.

Blake entrecerró los ojos. Por un lado le costaba creer que hubiera estado desesperado por una mujer que no fuese Denna; de lo contrario, su corazón habría brincado de alivio y tensado su cuerpo de agonía nada más verla. Y eso no había sucedido. Aun así, era innegable que en sus palabras hallaría la otra parte de verdad que se le escapaba.

—¿Odiarla? —repitió—. ¿Por qué lo hacía?

—Porque te humillaba —contestó. Aquella aseveración lo dejó perplejo—. A pesar del amor que le profesabas, ella decidió tomar un amante. Y no cualquier amante: uno que se encontraba en tu círculo. Alguien a quien considerabas amigo.

Inmediatamente pensó en Lachlan. Fue una reacción involuntaria, algo que escapaba a su raciocinio: la imagen de Denna siendo avasallada por Lachlan, que no dejaba de actuar como un hombre despechado.

El corazón se le detuvo de forma súbita. ¿Y si lo era?

De pronto no podía respirar.

—Yo salvé tu alma de los demonios que la tenían presa —expresó ella con suavidad—, yo limpié tus heridas. Desde el preciso momento en que nos conocimos, supimos que encontraríamos en el otro justo lo que necesitábamos y nos había sido arrebatado.

—¿Qué te había sido arrebatado a ti? —inquirió, atolondrado. La escena de Lachlan asediando a Denna, cogiéndola del brazo, mirándola con lujuria en el salón de baile, iba poco a poco incrustándose en su cabeza como un grave tumor. Y entre toda esa bruma, ese odio que iba cobrando forma física, vio los ojos tristes de Lillias.

—El amor. Lo mismo que a ti.

Blake pestañeó, tratando de deshacerse de ese reciente recuerdo.

—Lady Lillias Maxwell —repitió Blake. Paladeó el nombre y nada le vino a la cabeza—. ¿Te importaría recordarme cómo llegaste a mi vida?

—Tú llegaste a la mía —corrigió. Cerró los ojos y ordenó las ideas antes de comenzar—. Hace algunos años, tu labor comercial como uno de los representantes de Gillander’s Whisky te trajo a las Highlands; a Dundee, mi tierra natal. Mi tío quería abastecer las bodegas para futuras fiestas de compromiso, pues mis hermanas y yo sumamos un total de diez. Nos vimos por primera vez en el salón de Dundee Castle.

»No sufriste ningún flechazo por mí. Estabas demasiado herido por lo sucedido con tu esposa. Pero la atracción fue inmediata y llevabas demasiado tiempo echando de menos el calor de una mujer, así que esa noche, acuciado por la necesidad y borracho, en el apogeo de la fiesta... me llevaste a una habitación. Solo querías unos cuantos besos, pero perdiste completamente los estribos y...

Enmudecido, Blake lanzó una mirada vacía al espacio del sillón donde el crío había estado sentado.

—Me imagino —acotó quedamente—. He visto al niño.

—Se llama Johnson. Lo elegiste por tu abuelo, al que solían referirse como tal.

—Mi abuelo Johnson. —Hizo una pausa para pensar, pero la cabeza le daba vueltas—. Me creo que no surgiera nada entre nosotros a simple vista. Aun así me resulta difícil pensar que me atrevería a engañar a mi mujer. La amaba.

Lillias le sonrió como una madre comprensiva, con ese ligero toque condescendiente de aquellos que habían vivido experiencias muy superiores.

—Amar a alguien no significa respetarlo, por desgracia; tampoco estar a su lado o decirle la verdad. Y hay muchos modos de amar. Hay quienes tienen el poder de transformarse en alguien bueno y generoso al querer a sus allegados, pero la mayoría de nosotros amamos tal y como somos... y tú eras egoísta.

—Mi amor era egoísta —coincidió Blake—, y por eso justamente dudo que hubiera anulado el matrimonio para estar con otra mujer. La quería solo para mí.

—No anulaste el matrimonio porque me quisieras; nuestro amor llegó después y era respetuoso. Urgente y apasionado cuando debía serlo, pero también calmo y sincero.

—Entonces ¿por qué lo hice? —inquirió—. No me mientas, Lillias; ni se te ocurra hacerlo.

Ella dudó antes de confesar:

—Porque necesitabas un heredero para que la destilería, Cranston Castle y todas las tierras fueran oficialmente de tu propiedad. La única manera de legitimar a tu hijo, y asimismo evitar la furia de mi tío, era casándote conmigo.

Blake pestañeó.

—¿Mi propiedad? ¿Cómo...? Todo esto pertenece a Calder.

Lillias sonrió sin la menor emoción.

—¿A Calder? Según el testamento de tu padre, todo sería de la propiedad del primero de los dos hermanos que engendrara un heredero sano. Denna no te iba a dar un hijo y yo te lo di desde el principio: por eso estoy aquí. Porque me necesitas para heredar lo que es tuyo y por lo que tanto trabajaste, y porque nos quieres a Johnson y a mí. *Nos quieres* —insistió, con voz grave.

Blake había perdido la noción del espacio, del tiempo y de sí mismo: navegaba sumido en las dudas, en un punto oscuro entre los últimos cinco años y ese preciso instante. Todo lo que había dado por sentado sobre él —era un bastardo infeliz, pero jamás traicionaría el recuerdo de Denna — se hacía añicos ante sus ojos. Y no solo lo relacionado con la que fue su esposa, sino con Calder. Su hermano no había mencionado en ningún maldito momento ese testamento. Si no fuera precavido se levantaría e iría a buscar a alguno de los socios en busca de confirmación, pero por el tono en que Lillias había pronunciado su discurso, juraría que eso solo le daría problemas.

Tendría que fingir. Fingir que no lo sabía. Que no tenía la menor idea de que le estaban mintiendo.

—¿Por qué querría yo la destilería? ¿Por qué querría el castillo? —preguntó más para sí mismo—. Odio esos dos lugares; se me revuelve el estómago paseando por estos pasillos.

—Porque tu hermano te traicionó y te matarías mucho antes de entregarle algo que desea.

Blake levantó la vista de pronto.

—¿Traicionar?

—No sé qué te hizo con exactitud. Siempre has confiado en mí, pero aquello te hirió de tal manera que la mera mención a lo sucedido te hacía saltar como un animal acorralado. Además... era una herida reciente.

Pensativo y con un mal presentimiento, se miró las manos.

—¿Cuándo fue la última vez que fui a verte? ¿Qué te dije con exactitud?

—Un poco antes de verano. Me dijiste que, tanto si venías a visitarme antes como si no, tomara un barco y me presentara en Lochranza para oficiar nuestro matrimonio aquí, en tu hogar.

Blake torció la boca. Su hogar. Estaba seguro de que, en el caso de haber pronunciado esas palabras, lo habría hecho con la boca torcida de desdén. Debió pasar un buen rato sumido en sus pensamientos, porque ella acabó diciendo su nombre con voz temblorosa.

—Blake... —Por fin le prestó atención. Se fijó en que temblaba y en sus ojos nadaba el miedo —. ¿Qué va a pasar conmigo? ¿Y qué va a ser de Johnson? ¿Nos abandonarás?

—No —respondió por impulso. Fuera o no verdad lo que estaba diciendo, tenía a una mujer sucia y desamparada delante que necesitaba su ayuda; que tal vez anhelara de veras su amor correspondido—. No voy a mentirte, Lillias. No sé con exactitud qué es lo que voy a hacer contigo. Pero por el momento quiero que os quedéis aquí... los dos.

Aquello pareció calmarla, lo que calmó también a Blake.

—¿Cómo? ¿En calidad de qué? —preguntó, desesperada—. He hecho un viaje muy largo, me he expuesto a toda clase de peligros... por ti; porque tú me lo dijiste. Me prometiste que aquí estaría a salvo, que nada me faltaría, que harías que nos respetaran a Johnson y a mí aunque eso te costara el aprecio de los locales. Sabía que encontraría rechazo cuando vine, Blake —suspiró —, pero no *tu* rechazo.

—Insisto en que no te estoy rechazando. Solo pospongo esa boda. Te protegeré si es cierto que te hice esa promesa, pero aún he de poner algunos asuntos en regla.

—¿Hasta cuándo? ¿Crees que soy idiota? He visto cómo has mirado a Denna cuando salía por la puerta —apuntó, al borde de la exasperación—. La boda nunca se celebrará mientras ella esté en medio, o mientras tú no recuerdes todo el daño que te hizo. Y ojalá lo recuerdes, Blake, porque me estremezco de pensar que puedas terminar de nuevo a sus pies. Créeme, no hablo desde los celos, sino desde la preocupación más genuina.

Blake se pasó las manos por la cara, cansado.

Por un momento, uno agónico y excitante, la posibilidad de largarse y dejarlo todo atrás lo tentó. ¿Qué importaría estampar la imagen de la cobardía y unirla a su nombre en las mentes de todos los habitantes de Lochranza? Si ya había sido un borracho, un bastardo y alguien capaz de arruinar una empresa por gusto; si ya fue un cornudo, si ya maltrató a su esposa, ¿qué valdrían nuevos pecados? ¿Qué significaba darse por vencido en comparación con su maldad?

Blake creía saber qué era lo que estaba haciendo allí, pero la mirada juiciosa de Carmichael, la cómplice de Haye, como si se alegrara de que hubiera alguien allí cuyos defectos empequeñecían, hasta hacer invisibles, los suyos propios; la expectante y regocijadora de Lachlan, que no dudaba de que iba a volver a meter la pata —y para entonces, él estaría allí para recoger los pedazos rotos—...; todas esas miradas le decían que allí nunca encontraría redención, por mucho que Calder lo hubiera prometido; incluso aunque los ojos de Denna rebosaran amor

en cuanto olvidaba que debía andar con las armas alzadas.

La reacción de todos había sido elocuente. Le había dado a Lachlan ese pecado que esperaba fervientemente; a Haye, ese error que lo haría quedar como el segundo más despreciable y no como el indiscutible bastardo; y no sabía qué diablos tenía que ver Carmichael con Lillias, pero era obvio que su decepción había sobrepasado toda expectativa.

En cuanto a Denna...

La idea se esforzó por seducirlo, rondando su mente con toda una lista de interesantes alternativas. ¿Y si, simplemente, se largaba? ¿Y si se desentendía? ¿Y si tomaba la mano de esa mujer, abrazaba la paternidad de aquel niño en el que no se veía reflejado y desaparecía?

Pero tan pronto como apareció, el plan se hizo añicos, atravesado por algo mucho más poderoso que el deber para con sus allegados; por algo más profundo que el orgullo de un hombre.

Si bien la situación con Denna era muy delicada e iba a oscurecerse notablemente con la llegada de Lillias, Blake no podía darse por vencido porque era a ella a quien pertenecía. No tenía el menor género de dudas. Sentía que tenía el deber de luchar hasta el final: o el final de la relación mantenida... o el final de su condenada enemistad.

—¿Hasta cuándo? —insistió Lillias, ajena a sus planteamientos—. ¿Hasta cuándo estaré aquí?

Blake clavó en ella su mirada centrada.

—Hasta que vuelva a ser yo mismo. Entonces veremos qué es lo que sucede.

12

Denna espoleaba el caballo con la energía que lograba rascarle a la ira. No sabía si era posible sentir cómo se pudrían las entrañas, pero la devastación por la noticia había sido tal que se le habían detenido todos los signos vitales. Respiraba por costumbre. Pestañeaba por acto reflejo. Todo lo demás —mente, alma—, estaba vacío. La única idea que tonteaba con su abrumado consciente era la de azuzar su montura hasta que el animal decidiera deshacerse de ella o, en su defecto, la arrojara al suelo con catastróficas consecuencias.

Pero no hizo nada de eso. El semental la guio adonde ella eligió involuntariamente, y allá la condujo el instinto: a la entrada del tupido bosque que revestía las faldas de la montaña.

El traqueteo del viaje, los rebotes en el sillín... todo colaboraba a alejarla de los dos destructivos pensamientos que esperaban el momento propicio para desmontar su vida, tal y como la conocía.

Si Johnson era hijo de Blake, eso significaba que ni siquiera la había amado mal, de manera egoísta: quería decir que nunca lo hizo de ninguno de los modos. Y eso se traducía en que el único consuelo que había encontrado siempre —por lo menos la amó— ya no era una opción factible para vivir en paz.

La otra conclusión era incluso más dolorosa. Si Blake no la había querido ni siquiera entonces, la cruda verdad era que nadie la amó nunca. Ni su padre, ni Angus, ni por supuesto su madre, a la que no conoció: tal vez Lachlan, pero cuando ella lo correspondía en sentimientos estaba a su vez tan afectada y carcomida por el odio que no pudo apreciar la emoción en su esplendor.

Denna estaba maldita. No podía querer ni ser querida. Y sin embargo eso no era lo que más le importaba: podría haber vivido tranquila si solo Blake, con su amor manchado, la hubiera resguardado para siempre de la crueldad de otros. Denna estuvo y en el fondo seguía estando dispuesta a que el único dolor padecido fuera aquel con el que Blake la fustigaba por desesperación.

Pero un niño de cuatro años era más que un malentendido. Una futura esposa enamorada, por la que anuló su boda —y con ello, el vínculo que los unía por toda la eternidad— sin el menor remordimiento, era más que una discusión.

¿Cómo pudo pensar que Blake, al que solo la pasión lo mantenía alzado sobre sus dos piernas, mantendría voto de castidad durante años? ¿Cómo se le ocurrió que un hombre así se dejaría

vencer por una mujer?

Denna azotó al caballo con la fusta, llena de una rabia que solo era escudo de la pena. El sonido de los cascos del animal se perdió, amortiguado por la maleza: Denna solo oía sus jadeos entrecortados y el silbido del viento en los oídos, helados por la baja temperatura. Como si la montura supiera mejor que ella dónde quería ir a parar, se detuvo justo a la entrada de un claro, donde los árboles se abrazaban unos a otros, inclinados hacia dentro, creando un círculo casi perfecto. Solo un riachuelo y el apocado brillo del cielo nuboso destacaban en aquel vacío de vegetación natural. La acompañaban el rumor del agua, los últimos fulgores del atardecer... y un hombre de espalda encorvada con los pies metido en el fondo del río.

Se le encogió el corazón al ver a Carmichael allí, con los hombros rendidos al insoportable peso de la situación. De espaldas solo se intuían los finos rizos cobrizos y las dimensiones de los omóplatos.

Un ramalazo de compasión le permitió huir por un momento de la amargura. Se acercó, muy despacio y en silencio, con la sensación de estar viendo algo que nadie tenía derecho a contemplar; de estar interrumpiendo el luto de un alma inquebrantable. ¿Cuándo había visto a Carmichael así?

En el momento en que él levantó la mirada del agua y observó que las lágrimas se habían secado en sus mejillas, supo que nunca. Conociendo su dignidad como la conocía, le sorprendió que no escondiera su aflicción. Le sostenía la mirada, resignado.

—¿Era esto con lo que soñabas? —preguntó ella con suavidad, atreviéndose a tutearlo. Carmichael volvió a clavar los ojos en el fondo del río cristalino. El reflejo emborronaba sus dedos de los pies, escondidos también entre las piedrecillas.

—Solo soñaba con ella —dijo con voz queda. Denna aguardó en silencio, y entonces él, como sacudido por un espasmo, cerró de nuevo las manos en puños y se tensó entero—. De todas las condenadas mujeres que hay en Escocia... De todas ellas...

Se mandó callar a sí mismo con la misma espontaneidad con la que se había permitido hablar. Poco a poco se fue relajando hasta volver a ser un hombre demasiado dolido para esconderse detrás de la rabia.

—¿Por qué has venido aquí? —quiso saber Denna, irremediablemente contagiada de su tristeza. Se atrevió a intentar sonreír cuando él le dirigió una mirada explicativa—. Sí, huyendo de eso, te entiendo. Pero me refería a...

—¿A cómo lo descubrí? —concluyó. Su voz sonaba más áspera que nunca, como si hablar le costara hacer un viaje al infierno y regresar—. Blake me lo enseñó.

Denna se contuvo para no estallar en sollozos.

—A mí también —murmuró. Echó un vistazo alrededor—. Aquí fue la primera vez que me habló de las sirenas escocesas.

—Selkies —dijo Carmichael, con apenas un hilo de voz—. También lo eran para los celtas e islandeses.

Denna asintió en silencio y se concentró en el agua. Haciendo gala de un gran equilibrio, se arrodilló junto a Carmichael y copió su postura, sin importarle si se mojaba el bajo del vestido o volvía chancleteando con los zapatos.

Como traída por la brisa, la voz de Blake regresó de un recuerdo antiguo. Estaba delante de ella, al otro lado del riachuelo, y esa distancia hacía de perfecta alegoría para una separación entre ellos que era más que un mero simbolismo: era real.

—Dicen que los selkies, las sirenas, abandonan con frecuencia los mares para vivir romances con los imprudentes humanos.

—Siempre se habla de sirenas mujeres y nunca de sirenas hombres, como si solo las mujeres, en cualquiera de sus formas o subespecies, pudieran conducir a los humanos a la perdición. Me parece tan injusto...

Blake le había dirigido una sonrisa que expresaba claramente quién era para él la perdición, y cuántas veces se permitiría consumir por ella. Denna fingía no darse cuenta de cuáles eran sus anhelos; se entretenía recogiendo las pequeñas florecitas que crecían a la orilla, cuyo nombre y apellido en latín conocía precisamente gracias a él, mientras Blake la seguía, ensimismado, de pie al otro lado... Ajeno al frío, al calor, a la lluvia o al viento: solo armado con su camisa y su determinación a doblarle las rodillas.

—También existen selkies masculinos —repuso—, y, según cuenta la tradición, no tienen nada que envidiarle en belleza y talento a las femeninas. Ellos podían invocar a las tormentas y violentar a los humanos que se atrevieran a hacer el menor daño a los animales marinos.

—Entonces vamos a aceptar la teoría general como válida: las mujeres, tengan aletas o no, se entregan al amor, obligadas a compartir su belleza, y los hombres, con o sin branquias, se dejan arrastrar por su impulso vengativo, como los héroes malditos o perdonados que siempre han sido.

—Las sirenas no se entregan al amor por voluntad propia —explicó Blake, deteniéndose para mirarla de frente—. La leyenda dice que la única manera de que un hombre pueda desposar a una es robándole la piel de foca que la viste.

—Entonces no es que sean románticas, sino víctimas. Eso mejora mucho el mito.

Él sonrió con los ojos entornados.

—Pueden ser buenas esposas —continuó, sin prestarle atención—, pero siempre ansían regresar a su hogar y, en algunos casos, la melancolía las termina matando. No les interesan las posesiones terrenales.

Denna levantó la mirada para observarlo también. Como cada vez que lo hacía, halló en sus ojos una luz especial; esa que parecía decir que todo había valido la pena.

—¿Por eso me llamas «Sirena»? ¿Porque soy bella o porque estás convencido de que algún día te abandonaré? No creo que sea porque soy buena esposa o esté hecha para el amor —añadió por lo bajo.

—Estás hecha para el amor, pero no para cualquier amor —dijo, sorprendiéndola—. Quieres uno que te sacuda, que te estremezca entera; quieres un amor que te saque todos los gritos que

has reprimido, las lágrimas que no has derramado y el placer que no has experimentado.

—¿Y crees que eso puedes dármelo tú?

—Confío en dártelo antes de que decidas que quieres marcharte.

—Entonces sí crees que voy a abandonarte.

—Algún día —conspiró él, místico—. No soy tan seguro de mí mismo como para creer de verdad que no me harás pagar por mis atrocidades. Las criaturas salvajes como tú no quieren que actúen en su nombre; quieren actuar solas.

De repente, y de un solo salto, Blake salvó la distancia que los separaba y se tambaleó un segundo en la otra orilla, justo antes de encontrar el equilibrio aferrándose a ella.

—Pero iré a buscarte. Al fondo del mar. A los confines de la Tierra. No me importa. Si yo puedo vivir con tu melancolía, tú podrás vivir con mi deseo. —Y para darle un toque teatral a su declaración, se lanzó de espaldas a la boca más ancha del río con Denna atrapada entre los brazos. Terminaron empapados, y ella, demasiado embelesada con él como para molestarse.

Ahora, Denna se daba cuenta de a qué se refería: las piezas encajaban. Blake sabía que, algún día, no podría soportar todas las libertades tomadas, ni las humillaciones, ni los insultos. Lillias y Johnson eran aquello por lo que Denna regresaría al mar incluso a riesgo de ahogarse, pues la verdad era que, después de tantos años y daños, las que podrían haber sido sus branquias se habían adaptado a la vida en la superficie y ya no podría volver al agua. No podría regresar al antes; no podría reconvertirse en la joven Denna. Después de Blake, eso era imposible.

—Me ha echado a perder —confesó en voz alta. Carmichael no la miró, pero sintió que la entendía—. Por lo menos ahora sé qué es lo que no toleraré. Antes no tenía ni idea de cuánto más podría llegar a aguantar. Cada día parecía una nueva oportunidad de ponerme a prueba y salir ganando.

Ladeó la cabeza hacia el pensativo Carmichael. Se fijó en que en realidad no parecía meditar, como tampoco sufrir en silencio. Estaba tan concentrado que daba la impresión de estar enfocando toda su energía mental en borrarse de allí... o en borrar los recuerdos.

—La admiraré si es capaz de recordar dónde están sus límites cuando vuelva a mirarlo a la cara —expresó quedamente.

—¿Es que tú no podrás recordar los tuyos?

Carmichael se giró hacia ella como si le dolieran los huesos.

—Aunque piense lo contrario, usted y yo no tenemos nada en común. Lo único que la separa de lo que quiere es su incapacidad para perdonar. —Devolvió la vista al frente—. A mí me alejan muchas otras cosas. Todas insalvables.

En lugar de preguntar cuáles eran, y sospechando que no le daría una respuesta concreta, Denna permaneció en silencio hasta que el agua helada le entumeció los pies. Solo entonces, cuando al menos una parte de ella había quedado insensibilizada, dejó a Carmichael a solas consigo mismo.

Mientras cabalgaba de regreso a Cranston Castle, consiguió echar a un lado el dolor y pensar

con la cabeza más o menos fría. Carmichael se equivocaba: tal vez antes lo único que la hubiera distanciado de Blake fuera justamente su poca transigencia a la hora de permitirle equivocarse. Pero ya había algo más. Blake tenía una familia y Denna no formaba parte de esta. De hecho, había quedado más que claro que lo único que alejaba a Blake de su futura esposa y de su hijo era justamente ella. No necesitaba consultar con Beth ni tampoco horas de meditación para concluir cuál sería la decisión correcta.

Ya no era la esposa ultrajada, sino la tercera en discordia.

Iba tan sumida en sus pensamientos que apenas se percató de que alguien había empezado a seguirla. El caballo cabalgaba a tal velocidad, y por dentro gritaba tan alto, que el aullido de los dos que la escoltaban pasaba desapercibido. No fue hasta que uno de ellos estuvo a punto de rodearla que Denna ladeó la cabeza y reconoció el rostro cubierto de una presencia desagradable con la que se había topado no hacía demasiado tiempo.

El corazón se le encogió de horror al verse entre los dos jinetes cubiertos.

Denna recordó la voz rasposa del hombre que las había asaltado, a Beth y a ella, unos meses atrás.

«Esto no va contigo, sino con la esposa de Blake».

«Dile a Houston que me dé lo que me pertenece. Si no lo tengo de vuelta en los próximos tres meses, te mataré con mis propias manos sin el menor remordimiento. Sé que eres valiosa en Cranston Castle y eso bastará para que tus amigos espabilen».

Denna cogió una bocanada de aire e hizo uso de la fusta para perderlos de vista. El castillo no quedaba tan lejos; tal vez en cinco minutos estuviera fuera de peligro. Era una buena amazona, quizá mucho mejor de lo que ellos lo eran, y montaba a uno de los sementales más veloces del establo. Pero estaba asustada, le temblaban las manos y, de un quiebro, el animal podría lanzar su cuerpo tembloroso a los pies de los matones.

«Te mataré con mis propias manos», le habían dicho.

Blake los había mandado a darle un ultimátum a Calder: o le entregaba el castillo y la destilería o le haría daño a ella. Denna recordaba haberse quebrado delante de Beth allí mismo, nada más conocer el alcance de maldad a la que Blake podía llegar. Esa tarde se desgañitó llorando. Por supuesto que temió por su vida, pero lo que la rompió definitivamente fue saber que Blake era capaz de deshacerse de ella como si nada.

La mente no le había permitido pensar en ello en días posteriores. Como hacía selectivamente con todos los recuerdos traumáticos, su mecanismo de defensa había bloqueado esa experiencia para que pudiera seguir viviendo sin temer que la acechasen en cada esquina; para que no tuviese miedo de salir de su dormitorio. Pero en algunos arbitrarios momentos de días contados, y tan de repente que no entendía a qué se debía, la habían poseído la alarma y el pánico por la amenaza que seguía latente en su subconsciente y que su conciencia se negaba a filtrar para atormentarla del todo. Allí, con dos bestias pisándole los talones, muy cerca de rodearla y cerrarle el paso, estaba recordando cada detalle.

Cómo habían agarrado del cuello a Beth. Cómo la habían abofeteado a ella.

Denna se aferró a las riendas y las sacudió desesperadamente. La velocidad de la cabalgada arañaba sus lágrimas hacia los extremos del rostro. Más rápido, pensaba; esas eran las palabras que ocupaban su pensamiento. *Más rápido, más rápido*, ignorando los gritos de los perseguidores, cómo se iban acercando para luego quedar rezagados, como si les divirtiera ver cómo el pavor la tensaba y destensaba.

Cuando Denna divisó el castillo a lo lejos, rogó por lo bajo al semental que aguantara solo un poco más. Lo azotó con fuerza y este respondió con un relincho de queja, pero puso toda su energía en el último trecho.

Una vez que llegó al portón trasero de Cranston Castle y se atrevió a mirar por encima del hombro, observó, no tan aliviada como consciente de que aquello volvería a ocurrir, que habían desaparecido.

Y entonces, a punto de desplomarse, tuvo una revelación.

13

Denna temblaba tanto al subir las escaleras que necesitaba detenerse para respirar antes de saltar un peldaño. El castillo estaba sumido en el silencio y la penumbra: había caído la noche sin que se hubiera dado cuenta.

En cualquier otra situación habría agradecido la aparente calma, pero en ese momento temía que un chirrido, un grito o un susurro quebraran el silencio. En esa paz de mentira, cualquier amenaza sonaría doblemente peligrosa.

«Te mataré con mis propias manos».

El subconsciente la había abandonado. Ya no la quería proteger. Y en el desamparo absoluto no encontraba las fuerzas para refugiarse.

—Denna —dijo alguien a su espalda. Dio tal respingo que Blake, que ya se había encaminado hacia ella, se detuvo de forma abrupta—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde has estado?

Denna se dio la vuelta con el cuello tirante. Mirarlo a la cara supuso un hercúleo esfuerzo que solo pudo afrontar por unos escasos segundos.

Siempre le sorprendería hasta qué límites podía empujarla aquel hombre: cuando pensaba que no sería capaz de hacerle más daño... ahí estaba, demostrando que, con él, el sufrimiento era infinito. Y ahí estaba ella también, antes retándolo y luego rogándole que aplastara de una vez por todas ese amor que no quería morir ni bajo el peso de las decepciones.

—Quería hablar contigo —expresó él, con calma. Había tenido tiempo para pensar en cómo enfrentarla; era evidente—, pero antes... esta tarde te has ido corriendo.

—Y aun así la noticia me ha alcanzado —musitó. Al ver que Blake subía un par de peldaños, Denna retrocedió con una mano extendida—. Por favor, no te acerques. No puedo.

Blake arrugó el ceño.

—Entiendo que esta noticia te ha cazado con la guardia baja; créeme, a mí también. Pero esta es la última vez que te comportas como si fueras una santa y yo el mismísimo diablo encarnado —masculló entre dientes—. Llevas mintiéndome desde que abrí los ojos. ¿De verdad pensabas que podrías mantenerlo todo en secreto para siempre? Incluso si Lillias no me lo hubiera contado, habría terminado deduciendo qué papel juega Lachlan en todo esto.

»Me engañaste —le reprochó—, de cada una de las maneras en que se puede engañar a alguien.

Denna negó con la cabeza, incapaz de decir nada. Le habría gustado gritar que nunca dijo que ella fuera buena, pero que, a pesar de haber cometido errores, de haberlo vuelto loco de celos para protegerse de sus ataques, ella jamás había puesto su vida en peligro... y jamás había tenido un hijo con nadie.

No habló, y no solo porque la garganta no respondiera, sino porque aquello no era ninguna competición por ver quién había sufrido más o hería de peor manera al otro. Aquello era simplemente el infierno de una relación abocada al fracaso. Y por curioso que pudiera parecer, Denna no había querido aceptar que era del todo imposible hasta ese momento. Descubrir que guardó la esperanza durante años y pese a todo la devastó, y mientras Blake vomitaba sus recriminaciones, ella se cubría la cara para que no fuera cómplice de su dolor.

—Se ha hablado de que soy vengativo, egoísta e indecente, pero ¿qué hay de ti? ¿Vas a negar que te metiste en la cama de Lachlan solo para destruirme? Fuiste tú; fue tu gran traición la que me convirtió en ese despojo de hombre.

—Fue tu debilidad para aceptar que te habías equivocado, y el orgullo que te impidió disculparte... Cavaste tu propia tumba al irrumpir en mi vida, Blake, y de paso me enterraste contigo —balbuceó. Las lágrimas le quemaban en los párpados. Nunca había llorado ante él. Al menos, nunca por algo que el propio Blake había causado... pero ya no le importaba resentir su orgullo—. Te dije que yo también te hice daño; te lo admití aquella noche en mi habitación. Pero no te atrevas a comparar nada de lo que hiciéramos por venganza con haber tenido un hijo con otra. Concebiste a Johnson cuando tú y yo aún estábamos en paz.

—Eso no lo sabemos. No conocemos las circunstancias en las que se dio, ni... Maldita sea —masculló Blake. La fulminó con la mirada—. ¿Y si lo hubiera hecho? Tú misma reconociste que no me permitías acercarme, y he recordado todas las veces que te retirabas, que me alejabas, que me rechazabas. Si me emborraché y yací con otra mujer, ¿puedes culparme acaso?

Denna le apartó la mirada, tan furiosa como profundamente avergonzada. Si tuviera fuerzas le espetaría que esa no era excusa, pero no podía negar que ella también lo había pensado. Blake era un hombre de gran vitalidad, víctima de una pasión arrolladora. Su esposa nunca se la dio; lo mantuvo alejado meses y meses, casi un año entero. Ella misma, sintiéndose culpable por la distancia, le había propuesto alguna vez que se buscara una mujer. Una prostituta, una profesional de la que no pudiera enamorarse... pero siempre teniendo en mente que nunca se atrevería, más para regocijarse en cuánto se ofendía con la sugerencia, al punto de ponerse furioso, que porque lo viera capaz.

Lo era. Había sido capaz.

—No he hecho nada que tú no hicieras como para que te comportes de este modo —insistió Blake, subiendo los últimos escalones que los distanciaban—. Ambos hemos tenido aventuras en el pasado. Pero eso se acabó, y...

—¿Se acabó? —repitió, incrédula. Lo miró con una mezcla de rabia y pena—. ¡No se ha acabado, Blake! ¡Tienes una familia y eso es para siempre! ¡Tienes un hijo! —Se le quebró la

voz en cuanto cayó en la cuenta de lo que eso significaba—. Tienes... un hijo...

Rompió a llorar sin poder contenerse ni un solo segundo más. Se prometió que sería la primera y última vez que Blake entendía su desgarro y lo enfrentó con toda la entereza que fue capaz de aparentar, sin limpiarse las lágrimas de la cara.

—Podría habértelo perdonado todo —admitió, ahogada—. Podría haber perdonado que arrancaras a Angus de mi corazón casi a la fuerza, que trastocaras mi alma hasta dominarla por completo y luego me la partieras con tu manipulación; habría terminado pasando por alto tus crueles palabras, tus miradas despectivas, tu rencor... Porque en el fondo lo perdoné hace mucho tiempo, o de lo contrario no habría seguido queriéndote. Pero esto es sencillamente superior a mí, superior a ti, superior al destino y, por supuesto, superior a mi afecto.

Ya desarmado de toda pose defensiva, Blake la sostuvo entre sus brazos e intentó convencerla de recular con una mirada humilde.

—Denna, no...

—No puedes ni siquiera empezar a imaginar todo el daño que me has causado. Incluso antes de que todo se torciera, mis sentimientos por ti ya me hacían sentir acorralada; ya me ahogaban. Desde que te conocí he intentado protegerme de lo que eres, un tornado que arrasa con todo. Es verdad que para eso he mentido, pero no solo a ti: también a mí misma. Cada herida que te haya provocado, Blake, me ha hecho sangrar a mí. No soy inocente, no soy buena, y si lo he dejado pasar todo es porque yo también he sido cruel... pero la culpabilidad no es infinita y nunca cubrirá el hecho de que tuvieras otra familia.

—Tú tenías a otro hombre también. ¿No es eso una familia, aunque no haya críos por medio? ¿Es que acaso no lo amabas?

Denna lanzó una mirada desesperada al techo.

—Sí, me enamoré de Lachlan —confesó—. Él era todo lo que tú solías ser, justo cuando dejaste de serlo. Te alejaste, perdiste tu chispa, y pronto empezaste a menospreciarme, y Lachlan estaba allí para consolarme sin esperar nada a cambio. Claro que lo quise, Blake, y claro que me aferré a él cuando pensé que todo estaba perdido. Pero la maldición que me lanzaste la primera vez que coincidimos ha seguido dentro de mí, impidiendo que alguna vez llegara a esperar de él lo mismo que de ti. Incluso cuando esperaba sus besos, yo quería tus caricias; cuando me abrazaba quería olerte a ti; cuando hablaba de leyendas necesitaba o cubrirme los oídos o imaginar que eras quien me las contaba. Quería tus flores, tu magia... y quería tus hijos. Y ahora debo asumir que ese sueño ha quedado obsoleto. Es... demasiado tarde.

—Denna, espera.

Ella se deshizo de la mano suave con la que intentó detenerla y se dio la vuelta.

Una parte de sí quedó liberada de una pesada carga. Otra, manifestaba su intención de mortificarla por haberse desnudado delante de él. Pero sobre todas las cosas quedaba el alivio. Alivio porque, si esa era su despedida, no le había quedado nada por decir.

Cuando llegó al último peldaño, Denna miró hacia abajo. Blake la estudiaba entre esperanzado

y confundido, apretando con fuerza la barandilla de las escaleras.

—Tengo la esperanza de que recuperes la memoria —dijo con voz queda—; si lo haces, tal vez recuerdes que la amabas más a ella y que anulaste nuestro matrimonio por ese motivo. Entonces no me cabe la menor duda de que serás feliz.

—No es así como yo lo siento. Tú eres...

—Yo soy la mayor decepción de tu vida. No te he dado alegrías como para compensar cuánto has sufrido, y tú me has abrazado mucho menos de lo que me has hecho llorar. Tenemos que separarnos, Blake. Te lo dije la otra noche y no quisiste escucharme. No cometas el mismo error que tu antiguo yo y acepta que a veces vale más obedecer al sentido común que seguir un pálpito visceral.

—¿Separarnos? ¿Cómo?

Denna cuadró los hombros.

—Cuando Calder y Beth regresen, me marcharé. Les debo al menos una despedida.

—¿Y a dónde irás? —preguntó, ansioso—. No tienes por qué hacerlo.

—No lo sé. Lejos. Aún me queda el dinero de la dote, soy demasiado mayor para casarme y tengo una pésima reputación. Tendré una buena vida: solitaria, pero agradable.

—Tú no quieres estar sola —declaró Blake. Su mirada verde se intensificó—. Quieres estar a mi lado.

Denna relajó los hombros y le devolvió la mirada con ojos tristes.

—Ya tienes a una mujer a tu lado. Tu hijo está en el otro... y sabe Dios que yo no puedo quedarme detrás de vosotros.

»En el fondo solo querías quitarme del medio, Blake —musitó, sin aliento—. Por lo menos ahora entiendo por qué.

—¿Quitarte del medio? —repitió, conmocionado—. ¿Qué quieres decir con eso?

Denna abrió la boca para explicar la amenaza en el pueblo; la persecución hasta el castillo. Las lágrimas no se lo impidieron más de lo que lo hicieron la incredulidad y la sordidez. ¿Cómo no iban a atragantársele las palabras? Aún no podía creerse que el hombre que tenía delante hubiera sido capaz de tal cosa, tan acostumbrada como estaba a pensar que sus malas acciones solo eran una reacción natural y de defensa ante las suyas. No le quedó otro remedio que sacudir la cabeza y resignarse a que Blake no podría darle ninguna explicación lógica al hostigamiento de los matones, ni mucho menos consolarla.

Blake no quiso darse por vencido tan pronto e hizo ademán de volver a acercarse, pero Denna lo bloqueó extendiendo los brazos y lanzándole una mirada suplicante.

Nunca pensó que le tendría miedo. Lo había odiado y despreciado. Sin embargo, jamás la había aterrado, hasta el punto de paralizarla, lo que era capaz de hacer para vengarse.

Todo cuanto ella creía que Blake era resultó ser un mero espejismo de lo que la deslumbró cuando se encontraron en Coventry Castle.

—¿Por qué estás tan asustada? —musitó él, sin comprender. Aterrado solo de pensar en la

posibilidad, planteó—: Me miras como si... fuera a hacerte daño.

—Esa es la única buena noticia que puedo darme. —Esbozó una sonrisa desvalida que acabó quebrándose—. No creo que puedas hacerlo más, Blake.

14

Al trabajo le daba igual que tuviera un día malo: seguía exigiendo lo mismo. Eso era justamente lo que a Rowen le gustaba de pasar el día entre siegas y recuentos. Siempre podría refugiarse en la tierra, que no entendía de corazones rotos. Era en ella donde pretendía dejarse las manos y la espalda una vez más, pero depositando en esa ocasión el doble de esfuerzo; el triple de sudor. Iban a recoger la cebada cultivada durante el invierno, la que resistía hasta menos de quince grados. Después de haber tenido todo octubre, noviembre y diciembre para asentarse, tocaba armarse con la zoqueta y empuñar la hoz para recoger los éxitos del año muerto y prepararlo todo para la siembra de principios de febrero.

Amanecía en el primer día del año después de la vigésima noche de escaso descanso... y se cumplía la décima mañana consecutiva que Rowen se felicitaba, resignado, por haber conseguido dar esquinazo a la nueva inquilina de Cranston Castle. Por ese aspecto del trabajo también debía dar las gracias: porque lo mantenía tan ocupado como lejos del castillo, y porque llenaba su cabeza de las únicas preocupaciones que, con su privilegiada mente de hacendado, podía y sabía afrontar.

El único problema era él.

Blake.

Esa mañana había decidido acompañarlo para empaparse de conocimientos relativos a la rústica labranza. Rowen solo estaba lo bastante tranquilo para no cernirse de nuevo sobre el Houston mayor, pero no tanto como para no pensar constantemente en qué sería lo peor que podría pasar si lo mataba.

—La cebada se cultiva todo el año —contaba Rowen, tratando de concentrarse en su desapasionada explicación. Los dos bordeaban los cientos de acres de terreno a la espera de recolección. Rowen se movía por allí como el amo y señor que era, el único que conocía la tierra a fondo y sabía tratarla con el respeto que merecía como madre—, pero hay varios tipos. Esta que ves es la invernal. La reconocerás por las espigas planas con dos «carreras» (como se dice coloquialmente) o dos filas de granos, o por las cilíndricas con carreras de seis granos. Normalmente la sembramos a finales de septiembre y la recogemos en enero.

—¿Todo el año? ¿No se hacen rotaciones de cultivo?

—Teniendo en cuenta que solo producimos whisky y hay campo suficiente para sembrar

cebada y trigo, no hace falta rotar —respondió sin mirarlo—. Las cebadas de primavera son carne de cañón para las heladas y tienen un ciclo de crecimiento más corto que las invernales, por eso las sembraremos casi entrando a marzo. La variedad de cebada cultivada, aquí se llama *bere*; la introdujeron los vikingos hace alrededor de mil años y la desarrollamos, pese a la dificultad de su cultivo de bajo rendimiento, precisamente porque el whisky siempre da buena calidad. Últimamente las destilerías escocesas se están resignando a otras cebadas más manejables y ya apenas se cultiva en las costas del norte.

—¿Qué sentido tiene eso? —bufó—. ¿Por qué no vamos a lo sencillo? Aumentaría la productividad.

Rowen lo miró en silencio.

—Y reduciría la calidad. Ni el *single malt* favorito de Calder, el *beathadh*, tendría ese sabor único y diferente si no se hiciera a partir del *bere*.

—El *beathadh* es el...

—El más dorado que huele a malta, a hierba y a vainilla; en el paladar, al principio sabe a manzana y roble hasta que se deshace con toques picantes y dulces.

—Demasiado alcohol. —Se estremeció—. Prefiero el *straight bourbon*.

—El *dùdach*.

—¿Cuál te va a ti?

Rowen clavó la vista en la línea del horizonte. El viento doblaba las filas de espigas en la misma dirección, como coreografiadas.

—*Blended* whisky. Malta y grano. *Sìthiche*. ¿Tiene alguna pregunta más?

—Si todo lo que veo se dedica a la elaboración del whisky, ¿qué es lo que come la gente del pueblo?

—Pan de cebada la más pobre y pan de trigo los que se pueden permitir otros gastos. No nos sobran los árboles frutales, pero en Brodick hay unas cuantas hectáreas de tierra para el pasto de animales y abundan las granjas a lo largo y ancho de la isla. Hay carne, leche y otros alimentos de calidad; distinto es que los pobres se la puedan permitir. Ahora, si eso es todo, tengo que irme a trabajar. No pueden empezar sin mi supervisión.

Lo miró de reojo a tiempo para captar su gesto agradable, con el que pretendía pedir una disculpa.

—Por supuesto, por supuesto. Discúlpame, no debería haberte interrumpido durante tanto tiempo. Gracias por toda la información.

Rowen solo apretó la mandíbula y asintió.

Intentaba ser prudente y cortés; y, salvo por el momento en que el diablo lo poseyó, azuzándolo a estrellarlo contra la pared, lo estaba consiguiendo. Pero no dejaba de maldecirlo para sus adentros. Lamentaba haber confiado en Blake Houston cuando todo apuntaba a que no era ni había sido nunca un hombre fiable. ¿Por qué iba a convertirse en uno entonces?

Se dio la vuelta y se concentró en el caminillo de tierra que bordeaba el sembrado, ansioso por

perderlo de vista.

El sol de la mañana difuminaba las siluetas de los trabajadores de manera que era difícil averiguar de quiénes se trataban, pero el halo que bordeaba los cuerpos doblados los hacía parecer figurantes de una pintura bucólica. A los labriegos no les afectaba el frío; tenían la piel dura, la espalda resistente y nada más que la ambición de volver a casa una vez hubieran terminado la jornada, donde su familia los estaría esperando. Parecía que eso no guardaba la menor relación con la manera en que ejecutaban sus tareas, pero todo la tenía. Con un propósito, con una pequeña meta a corto plazo —la cena familiar de la noche—, todos trabajaban codo con codo, lo bastante motivados para sacar unos los mejores resultados de la pequeña y la gran Escocia.

El propósito de Rowen era diferente porque no afrontaba el trabajo como una obligación necesaria para ganarse el pan. En su caso, el ocio y las responsabilidades estaban invertidos. Ansiaba que el reloj diera las cinco para levantarse a hacer las comprobaciones en la destilería y ponerlo todo en marcha, y trataba de alargar el momento de meterse bajo las sábanas tanto como le era posible.

Necesitaba estar exhausto para pegar ojo.

Necesitaba llegar molido para poder decir que sobreviviría a la noche, a los sueños; al inmenso vacío de soledad del que solo era consciente cuando apagaba las luces. A veces había sentido que la luna le hacía compañía, pero en los últimos tiempos parecía que se estuviera riendo de él.

—Carmichael —lo llamó Blake, de repente.

Rowen se detuvo y compuso una mueca inexpresiva antes de girase hacia él.

Observó que Blake lo miraba con seriedad.

—He pensado en distintas maneras de abordar este asunto y ninguna me ha parecido digna, así que voy a soltarlo sin más —anunció—. Desconozco el motivo por el que arremetiste contra mí aquella mañana; no tienes por qué darme ninguna explicación. Solo quiero disculparme y recordarte que, estando en deuda como estoy contigo después de que me contaras la verdad sobre mí que necesitaba... aceptaré cualquier penitencia que me impongas si consideras que es necesaria para pagar por la ofensa.

Rowen no se movió ni tampoco pestañeó.

—Soy yo quien debe disculparse por su reacción —acotó, circunspecto.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

Encogió un hombro.

—No hablo mucho.

Blake parpadeó varias veces antes de dar un paso atrás y luego columpiarse hacia delante, como si no supiera si insistir o marcharse. Sabiendo que no se libraría de él hasta que le diera la respuesta larga, lo enfrentó con el corazón latiendo muy deprisa.

—Solo espero que demuestre que es un hombre decente cumpliendo con su deber.

—¿Y cuál sería?

Decirlo le salió por el alto precio de partirse el alma. Pero qué importaba; fragmentarla un poco más no supondría la menor diferencia.

—Casarse con ella. Es su prometida y él es su hijo.

Blake esbozó una sonrisa incrédula.

—Creía que me ibas a pedir algo relativo a la destilería.

Rowen avanzó hacia él. No necesitaba darle un peso intimidatorio a su forma de estar para que cualquiera retrocediera aterrado, pero Blake, incluso sin recordar cuán bravucón solía ser, no pareció afectado.

—La destilería corre a cuenta de los que nunca la desatendimos. Usted, hoy por hoy, no tiene otra obligación más que la que le digo. Y sepa que pasarla por alto no lo dejaría en muy buen lugar.

Ni siquiera le importaba ya lo que por tanto tiempo todos habían temido: que Blake, al casarse, tuviera su adorado heredero y pudiese, gracias a las voluntades del testamento, arrebatarle el castillo y la destilería a Calder, el único que sabía cómo manejarla. Las prioridades de Rowen siempre habían sido muy claras: aunque dedicara su vida el trabajo, los compromisos morales eran y serían preeminentes en cualquier caso, y por tanto deberían ser atendidos con la mayor responsabilidad. Sobre todo cuando, de no hacerlo, el resultado sería una mujer y un pequeño muchacho viéndoselas con el escarnio.

—¿Quieres que me case con ella? —inquirió Blake, sin ocultar su asombro—. Pensaba que tu reacción se debió a... Quizá estoy hablando sin saber, pero...

—Es su hijo —interrumpió, de mal humor—. Hágase cargo.

Rompió la conversación a esa altura, sin darle la posibilidad de replicar, y retomó el paseo antes de que se lo llevaran los demonios y decidieran sacudirlo.

Con fuego en el estómago, se dirigió a uno de los capataces y le hizo la señal para que fueran en busca de los carros y preparasen las corvellas. A pesar de que Rowen, indiscutible patrón de los cultivos, había oído hablar de unas máquinas segadoras revolucionarias que aceleraban el proceso de recolección del grano, en Lochranza aún se segaba siguiendo el método tradicional, aunque fuera este más trabajoso. El coste de adquirir la maquinaria era demasiado elevado y no se lo podían permitir después de la pérdida de los lotes durante el incendio, y en lo personal, prefería emplear su fuerza y entretenerse días enteros cortando y amontonando. Le gustaba hacerlo todo por sí mismo y quería agotarse, porque por paradójico que pudiera parecer, solo terminar al borde de la muerte por extenuación lo hacía sentir vivo.

Cuando se aproximaba al capataz para hacerse con los materiales y encabezar la siega, se percató de que un niño correteaba detrás de uno de los chuchos que merodeaban por la zona, muy cerca de las espigas de la cebada. Supo que iba a tropezarse justo antes de que perdiera de vista una de las piedrecillas del camino y se precipitara hacia delante.

Preocupado, Rowen apretó el paso para socorrerlo. Solo necesitó un brazo para levantar al niño. A pesar de tener dos manos de gigante curtidas por las faenas, lo alzó igual que si se tratara

de una preciosa y delicada piedra de cristal.

—¿Estás bien, *beag*[6]?

Johnson levantó la pequeña barbilla hacia él y lo miró como si fuera lo más impresionante que hubiera visto nunca. Rowen no pudo contener todas las emociones que lo agitaron al reconocer en su rostro algunos de los dulces rasgos de su madre. Tenían las mismas orejas, con un lóbulo tan diminuto que Lillias no podía llevar pendientes, la nariz chata, e incluso la misma peca verde en el iris del ojo izquierdo.

—Tú eres el hombre grande —dijo en su inocencia—. De cerca eres... incluso más grande.

Rowen habría sonreído si su cercanía no lo hubiera turbado.

—Todo es cuestión de perspectiva. Parece que no te has hecho daño —murmuró, tras revisar que los pantalones estaban sucios, pero no rotos. Le palmeó las rodillas para quitarle el polvo de encima—. ¿Qué haces pululando por aquí? Si lo que pretendías era cazar a Mèirleach, que sepas que no se acercará a ti a menos que le ofrezcas algo de comer.

El niño sonrió, divertido.

—¿Por qué se llama «ladronzuelo»?

—Lo rescatamos después de que se infiltrara en la cocina del carnicero y se las arreglara para comerse medio cochinillo. Glenn no es muy paciente y podría haberlo molido a palos allí mismo. —Levantó la vista y ubicó al perro saltando sobre el regazo de una de las labriegas—. El agradecimiento le duró poco y no se ha molestado en cambiar de actitud.

—Es un perro —dijo sabiamente—. Solo puede tener actitud de perro.

Rowen lo miró con afecto.

—Tienes razón. Deberías volver al castillo. Esto está lleno de peligros para un niño.

—*Noooo*... ¡Estoy aburrido! —rezongó. Se separó de él, como si quisiera evitar que lo arrastrara de vuelta, y miró alrededor con la curiosidad desbordando sus ojos oscuros—. Me ha dicho uno de esos señores que esas varillas tienen nombre de mujer. Arcadia, Astrid... —Arrugó el ceño—. Había otro, pero no me acuerdo.

—Malicorne —le dijo. Aún no se había levantado del suelo—. Es el nombre que se les da a algunas variedades de cebada invernal cultivada en Europa. Es más aburrido, incluso, que lo que puedas hacer en Cranston Castle, ¿no crees?

—¡No! Me gusta aprender cosas.

—Pero los señoritos de bien aprenden los nombres de los reyes ingleses, no los tipos de cebada.

—Yo no soy un señorito de bien —bufó.

—¿Y qué eres?

—Un guerrero.

Rowen entrecerró los ojos.

—Yo diría que más bien eres un señorito muy travieso.

—¿Y qué aprenden los señoritos traviesos?

—No lo sé; nunca he tratado con ninguno hasta ahora. Quizá las letras de las canciones de los bardos.

—¿Qué es un bardo? —preguntó, prestando mucha atención.

—Es un hombre que toca música muy especial. Normalmente compone letras de amor.

—¡Canciones de amor! —exclamó, entusiasmado—. A mamá le gustaría que le tocara esa música especial.

Rowen terminó de sacudirle el polvo de los pantalones.

—La favorita de tu madre siempre ha sido *I Once Loved a Lass* —murmuró—. ¿Nunca has escuchado esa mítica canción?

—No. ¿Cómo es?

Rowen no supo qué responder, abrumado por el brillo en los ojos del niño. Ante tanta expectación, hizo un profundo esfuerzo y cantó, por lo bajo y desganado, algunas de las estrofas. Johnson esbozó una sonrisa entusiasta que estuvo a punto de contagiarle; al batir las palmas, llamó la atención de parte de los trabajadores, que detuvieron su labor para observar la escena. La mayoría no ocultó su asombro al ver que Rowen, a pesar de proyectar su voz con timidez, hechizaba sin querer a todos los que se detenían a escuchar.

Incluida *ella*.

—Gracias a Dios; aquí estás... —suspiró Lillias, aliviada. Nadie la escuchó; ni mucho menos el hombre y el niño.

Oh, I loved a lass and I loved her so well
I hated all others who spoke of her ill
But now she's rewarded me well for my love
For she's gone and she's married another

When I saw my love to the church go
With bridesmen and bridesmaids she made a fine show
And I followed on with my heart full of woe
To see my love wed to another...[7]

Rowen tragó saliva al recordar cuál era el fondo de la canción.

—¿Por qué la jovencita se casa con otro? —murmuró Johnson, contrariado—. No lo entiendo.

—La canción no lo explica.

—A lo mejor la obligaron —pensó en voz alta.

—O tal vez prefiriese a su prometido.

—Johnson, ven aquí ahora mismo —interrumpió Lillias en tono autoritario.

El corazón se le paró de golpe. Como si lo hubiera atizado con un látigo, Rowen se levantó torpemente y enfrentó a la mujer que extendía una mano hacia el pequeño.

No lo había mirado a la cara desde que apareció, y decidió hacerle entrega de ese regalo y a la vez condenarlo en el mismo segundo: Lillias levantó la mirada hacia él y sus ojos se cruzaron

con la intimidad de los que guardan secretos del otro.

A pesar del dolor que colocó una piedra más sobre su pecho roto, una parte de sí liberó en un suspiro de alivio todo ese aliento que su belleza le había robado. El sol pálido de la mañana la respaldaba, enmarcando una figura frágil y femenina que él había memorizado en su juventud. Ni el contraluz podría quitarle protagonismo a la delicadeza de su rostro, a sus ojos felinos, a sus labios entreabiertos.

Rowen no pudo moverse. Al igual que cada vez que se la cruzaba en un pasillo, la combinación de deseo y congoja lo fulminaba.

—Pídele perdón al señor Carmichael por haberlo molestado mientras trabaja —le ordenó Lillias con suavidad.

—No me molestaba —repuso él en voz baja. Tragó saliva y se palmeó los muslos y las caderas nerviosamente, como si así pudiera disimular cómo se sentía—. Lo pasábamos bien, ¿verdad?

—¡Sí!

Rowen estiró la mano para rozar la cabeza del pequeño, pero en el último momento la retiró, superado por las emociones. Aguantando un suspiro, aseguró:

—Johnson es un buen muchacho.

La afirmación sorprendió a Lillias, cuya actitud defensiva ya había denotado en otras ocasiones que veía a Rowen capaz de arremeter contra un inocente. O quizá no: no parecía tensa porque temiera por su hijo, sino por otra razón. ¿Cuál, entonces? ¿Sentía simple compasión por él y no quería exponerlo al sufrimiento de tratar con ellos a diario? Eso sonaba mucho más a algo que ella sentiría... o a lo que creía que ella sentiría.

A fin de cuentas, ¿qué era lo que sabía, después de todo?

Nada.

Estaba frente a una desconocida que, por desgracia, le sonaba demasiado familiar.

—Me ha enseñado una canción, mamá —exclamó el muchacho, mirándola con una sonrisa de oreja a oreja—. Dice que es tu favorita.

Lillias le devolvió el gesto, carente de la ilusión que desbordaba el crío. Con la timidez que lo había cautivado casi veinte años atrás, ella levantó la mirada hacia él.

—Es bonito que se acuerde —susurró.

Rowen apretó la mandíbula, reprimiendo el grito que llevaba semanas arañándole en su pecho.

—Claro que me acuerdo.

Ella apartó la mirada y él se sintió como si le hubieran arrebatado el suelo sobre el que pisaba. Un impulso no menos poderoso que el que casi hizo que estrangulara a Blake estuvo cerca de convencerlo de cogerla de la mano, de mecerla entre sus brazos, de besar su coronilla... Su cabeza recordaba perfectamente cómo odiarla en la distancia, lo que le había permitido alimentar el rencor durante años, pero el corazón había neutralizado toda emoción negativa en el preciso momento en que oyó su voz.

—Gracias por cuidar de Johnson —le dijo, con su voz de ángel—. Es verdad que es un buen muchacho. Muy bueno.

Rowen movió la cabeza sin pestañear, sin apartar la vista de ella, sin coger aire. Entendió su reivindicación, lo que decía entre líneas: el niño no tenía culpa de nada. Una que, en su opinión, era totalmente innecesaria. Si ni la propia Lillias podía ganarse su odio, el burbujeante Johnson mucho menos.

Observó cómo se daban la vuelta y regresaban al castillo de la mano, charlando con la complicidad que solo una madre y un hijo podrían tener. Rowen quería cerrar los ojos y perder de vista la estampa, pero la plena conciencia de que aquello sería lo más cerca que estaría de la felicidad le impedía poner distancia. Al contrario, permaneció inmóvil en medio del campo, persiguiendo con una mirada anhelante al espejismo dolorosamente realista de lo que pudo haber sido suyo y, sin embargo, era de otro afortunado.

Ahí se iba todo cuanto siempre había querido.

15

Calder estudiaba el paisaje familiar a través de la ventanilla del carruaje. La voz de su esposa, cálida y dulce como la que se entonaba para dormir a un niño, lo mecía con un ritmo similar al del traqueteo del coche.

Ya habían concluido los meses de gracia; adiós a la distancia entre el peligro y él. Era el momento de zambullirse de cabeza en aquello de lo que, en un arrebato de cobardía, había decidido alejarse.

Una terrible decisión.

No le cabía la menor duda de que las semanas transcurridas en Lochranza no habían pasado en vano. Tal vez se debiera a su tendencia al pesimismo, pero la intuición le decía que hacía bien en aceptar el mal augurio que oscurecía la isla. Nada más desembarcar le sorprendió que lo hubiera recibido una niebla tan espesa que, ahora que se dirigían al castillo, parecían navegar entre la confusa nada del Estigia. Tal vez no lo estuvieran rodeando las sombras errantes de los difuntos del Hades, pero desde que aceptó impulsivamente marchar a Londres, no lo había picado la culpabilidad con su molesto aguijón.

Ningún muerto era tan escalofriante como los escenarios que habían atormentado su sueño: Blake recuperando la memoria y arremetiendo contra todos... o todos arremetiendo contra un Blake aún confuso.

Maldito fuera. Debería haberse quedado.

Iba tan sumido en sus pensamientos que no se percató de que Beth cortaba de repente el recital de *El sueño de una noche de verano*.

—No me estás escuchando —le recriminó sin el menor ánimo de pelear.

Cuando Calder apartó la vista de lo poco que podía atisbarse entre la niebla, se topó con la sonrisa comprensiva de Beth. Antes de pensar en cómo devolverla, lo hizo: la alegría de su mujer, la tristeza de su mujer, la pasión de su mujer; todo gesto que se dibujara en su bello rostro era respondido casi por acto reflejo. Era tan irresistible que su cuerpo reaccionaba a ella instintivamente.

—Te escuchaba. Hermia se preguntaba qué pasaría si no se casaba con Demetrio.

—Eso sucedió hace unas veinte páginas —apuntó—, y esas páginas terminé de leértelas en el barco. Quizá debería haber subido al carruaje de la Reina; ella me estaría prestando más

atención.

—Los dos sabemos que ha alquilado un carruaje aparte porque, además de necesitar vehículo propio para cargar su arsenal de nuevas adquisiciones, se entretendría mil veces antes oliendo tarros que atendiendo a Shakespeare.

—En resumen, he estado condenada desde el principio de este viaje por culpa de mis dos acompañantes.

—Claro que te acompaño, mi vida, pero ahora mismo solo en la frustración que sientes.

Beth suspiró.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Calder observó que cerraba el libro, no sin antes marcar la página por la que se había quedado, y lo reposaba en sus rodillas. Su mirada se tornó melancólica y anhelante al ver que el tomo quedaba atrapado en el pliegue de la falda, que formaba una especie de depresión entre sus piernas. Como le pasaba con el aire que la rozaba, las tazas en las que posaba sus labios o los zapatos que se ponía, sintió envidia del lugar privilegiado que ocupaba la obra de Shakespeare.

Después se concentró en ella y en su tierna disposición a escuchar cualquiera que fuese su preocupación.

—Hemos estado dos meses fuera. Creo que demuestra una gran prudencia por mi parte preguntarme qué clase de panorama me encontraré una vez ponga un pie en Cranston Castle. —Clavó la vista en los pies desnudos de la muchacha y sonrió al ver que los tenía apoyados en la estufilla. El contraste entre los modales de alta cuna que aireaba en público y la despreocupación con la que se ponía cómoda con él resultaba atronador. Y lo adoraba—. Por lo menos sé que, en el caso de que hayan matado a mi hermano durante mi ausencia (o, en su defecto, mi hermano haya matado a alguien), siempre podré recitar unos bonitos y recién aprendidos versos de Shakespeare en su funeral.

Beth se despatarró más en su asiento y cruzó los tobillos sobre la estufa, aguantando una risa irreverente.

—¿Le hace gracia mi desesperación, señora Houston?

—Me hace gracia su inocencia, señor Houston. —Enarcó una ceja oscura—. ¿Qué versos podría haber aprendido cuando cada vez que me hacía con un libro improvisaba una nueva manera de interrumpirme?

—En ese caso no tengo ni perdón ni consuelo. Ni siquiera podré recitar nada agradable en el funeral.

—¿Tan mal te lo he hecho pasar que antes de poner un pie en casa vas a lamentar haberme acompañado en este viaje?

Calder no necesitó disculparse en voz alta para hacerle saber que lo que en realidad lamentaba era ser un cascarrabias, y que por supuesto que había apreciado su magnífica compañía, como también la de sus hermanos. Solo por el descubrimiento que había sido ver a Beth entusiasmada al conocer a su familia, habría merecido la pena permanecer no ya mes y medio en Londres, sino

toda una eternidad.

Debía admitir que, al principio, tuvo miedo de que Cassidy Davenport, hermano por parte de padre de la muchacha, no resultara tan cortés como había parecido... o, peor aún: fuese solo bien educado y tan distante como para recibir a Beth con frialdad. Sus pronósticos se cumplieron, aunque no tuvo de lo que preocuparse. Si bien Cassidy no era muy cariñoso, su falta de afectuosidad pasaba desapercibida cuando, pese a su juventud, se comportaba como un padre cordial; y menos aún se echó de menos al ser presentada a los tres otros bastardos del padre de Beth, de los cuales uno no le había soltado las manos ni un maldito momento.

De no haber sido su carne y su sangre, y de no haber vislumbrado de inmediato en los ojos del tipejo el aprecio familiar, Calder habría tenido que mudarse a otra casa para pasar las vacaciones. Fox, nombre que recibía el jovenzuelo que había convertido a Beth en la niña de sus ojos, parecía haber caído rendido ante ella.

De los cuatro «hijos de la infamia», como se hacían llamar por la bastardía en común, Cassidy era, al final, el menos variopinto. Los otros tres se dedicaban a la estiba, la labranza y la marinería respectivamente, empleos muy honrados. Lo que marcaba la diferencia era que, en su tiempo libre, el más joven se encargaba de localizar a jovencitas que se habían dado a la fuga, el segundo más pequeño contaba historias en tabernas —con una marcada preferencia por narrar sus experiencias como ilegítimo, con un tonillo sarcástico de lo más hilarante—, y, en cuanto al aspirante a pirata...

Calder pensó, juzgando por su sempiterna sonrisa guasona, que con toda probabilidad visitaría burdeles cada noche festiva, pero para su inmensa sorpresa se dedicaba a leer y a formarse con manuales que los viajantes de las embarcaciones a las que se unía, gratamente sorprendidos por su vitalidad, le cedían en señal de agradecimiento. Aun así, no definiría a ninguno más que a Cassidy como «una buena influencia» —aquellos tipos le habían dado la bienvenida llamándola «bastarda», y cada uno de los cuatro había coqueteado a su manera con la Reina de las Hadas hasta el punto de hacerla sentir incómoda—, pero Beth había disfrutado tanto del encuentro que parecía otra mujer. Una que había encontrado no solo su sitio en el mundo —y este, por supuesto, era a su lado—, sino uno al que acudir si alguna vez se sentía sola o deseaba cambiar de aires. Ellos la recibirían de nuevo tan encantados como la primera vez.

En cuanto a él... Tampoco recordaba haber sido tan feliz en toda su vida, ni siquiera cuando era un joven y despreocupado casanova, trotando de aventura en aventura. Beth no era tan espontánea o impredecible como las andanzas que solía protagonizar antaño, pero en su ya familiar serenidad encontraba algo mil veces más valioso que ningún heroico periplo: la certeza de que, pasara lo que pasase, se convirtiera en quien se convirtiese, ella estaría ahí. Se había dado cuenta mucho antes de aquel viaje de que la manera en que lo quería era de las pocas a las que daba validez, y la única que lo hacía sentir vivo, decente y capaz.

—Me lo has hecho pasar tan mal que no nos quedará otro remedio que volver a largarnos pronto —fingió lamentar con seriedad. La miró fijamente—. Estoy dispuesto a darte miles de

millones de oportunidades hasta que demuestres que podrías divertirme.

—Me resultaría mucho más fácil encontrar el modo si me dieras alguna pista de lo que esperas de mí. ¿Qué es lo que entretiene a Calder Houston? —coqueteó—. ¿Qué podría hacer yo para que abandonara por un rato sus amargos pensamientos?

Calder repiqueteó los dedos contra la empuñadura del bastón antes de usarlo con propósitos indecentes. Con un manejo que demostraba la cantidad de ocasiones en la que lo había utilizado, y no solo para apoyar el peso, levantó muy lentamente el faldón de Beth con el extremo opuesto. Ella, en lugar de escandalizarse, se encargó de sostener las pesadas telas para que no volvieran a tocar el suelo.

Sus chispeantes ojos azules se encontraron con los de él.

—Parece que a Calder Houston le entretiene hacer maldades —comentó Beth, fingiendo que no se daba cuenta de cómo el bastón indagaba entre los pliegues de la enagua.

—Solo con alguien tan malo como él.

—Además de aburrida, soy mala. Qué triste que mi marido piense eso de mí —ironizó.

Cuando Calder se vio libre de la parafernalia de su vestido de lana, dio la vuelta al bastón con un grácil giro de muñeca y la obligó a separar las piernas dándole un toquecito en una rodilla con la empuñadura.

Ella obedeció, sin perderse ni uno solo de sus movimientos.

Calder empujó sutilmente el tallado del mango hacia el vértice entre sus muslos. Intuyendo dónde tocaba y sin apartar la vista de una Beth que empezaba a hacer ruiditos con la garganta, movió la mano como haría un mago con varita para acariciarla sin moverse. Ella emitió un gemido que se le clavó en la entrepierna antes de agarrarse a los volantes del vestido subido. Sus caderas no tardaron en acompañar el ritmo del bastón; en empujarlo con cada espasmo que sufría la pelvis.

Beth pegó la barbilla al pecho y lo miró con una mezcla de deseo y diversión.

—Cualquiera diría que el señor Houston se ha congraciado con su hasta hace poco odiado bastón —articuló entre jadeos.

—Tengo entendido que su esposa le recomendó hacer de sus defectos una fortaleza más. Ahora veo que de todo lo malo siempre puede salir algo maravilloso —apuntó en tono entre jocoso y bronco.

Beth soltó una risilla entrecortada. Agarró el extremo del bastón y lo trajo más hacia sí.

—Su esposa debe ser una mujer muy sabia.

—Sabia, con carácter y terriblemente apasionada. Todo lo que un hombre podría desear.

—¿De verdad? —Arqueó una ceja. Una gota de sudor se había quedado justo encima, privada de su recorrido natural. Calder también sudaba y el cuerpo entero le palpitaba, rogando su cercanía—. ¿Eso es todo lo que un hombre podría desear? Apuesto a que ahora mismo tiene otros caprichos. Unos más concretos.

Como si lo hubieran acordado previamente, Calder retiró el bastón y lo dejó caer al suelo. Ella

se incorporó, temblorosa y jadeante, y se arremangó el vestido para sentarse a horcajadas sobre su regazo.

Calder estiró el cuello, buscando unos labios que prendieron del todo la chispa inicial con un beso lento. Beth llevó la voz cantante enlazando la lengua con la de él, que, si bien al principio quiso dejarla hacer lo que quisiera, no tardó en imponerse empujándola por las nalgas y dándole un mordisco en el labio inferior. Con una mano segura, deshizo el peinado que mantenía la melena negra sobre la nuca.

—Eres insaciable —le susurró ella, con la boca pegada a su cuello.

—No soy insaciable —se quejó—; es tradición comer tres veces al día.

—¿Es tradición también estar permanentemente hambriento?

—¿Quién no se moriría de hambre cuando no hay manera de perder de vista el plato más suculento? —replicó, recorriendo su garganta con la lengua. Sus dedos no perdían tiempo; impaciente, rasgó la fina tela de la ropa interior hasta que dejó de palpar algodón y tocó gloria—. Eres deliciosa, *beathadh*.[8]

Ella enroscó los brazos en su cuello con una sonrisa ligera.

—Ese es el cumplido más raro que me han hecho.

—Entonces te he hecho pocos cumplidos. —La besó en los labios a modo de disculpa y enrolló su melena en el brazo, retirándole el pelo de la cara—. Le pondré remedio tan pronto como me inspire.

Sus ojos se encontraron un instante.

—¿Qué puedo hacer para inspirarte? —susurró seductoramente.

—Tómame.

Sonó a ruego y a orden a la vez, y ella, reina y también sumisa, obedeció y le concedió asimismo el mayor de los placeres deslizándose sobre su tensa erección. Llegó hasta el fondo con tal facilidad que una vez más confirmó que encajaban a la perfección; que no solo su mente y su corazón estaban hechos para él, sino también su cuerpo, tanto lo que alcanzaba a ver como lo que solo podía sentir.

La agarró de las nalgas hasta que rasgó la fina prenda de lencería con las uñas y ella emitió un quejido de protesta.

—Eres un salvaje —le reprochó.

Él sonrió con los dientes en la curva de su cuello un momento antes de dejarle dos marcas curvas en el lateral de la garganta. La muestra de autoridad y barbarie la espoleó a apretarlo entre sus muslos antes de cabalgarlo con la ferocidad de una amazona. Calder retiró una mano de sus caderas y la guio al escote del vestido, del que no le costó liberar el pecho elegido para torturarlo licenciosamente.

Podría tomarla diez veces al día y no se cansaría de ver la emoción que fluctuaba en su mirada amorosa cuando coincidía con la de él. Su afecto, la manera en que lo admiraba y amaba sin condiciones lo excitaba de un modo tan criminal que, cuando no se lo agradecía dándole placer,

estaba inventando formas de hacerla feliz dentro y fuera de la cama. Pero esa era su favorita; los ojos de Beth solo brillaban así cuando la poseía y la hechizaba con todos los halagos que era capaz de improvisar... y Calder era esclavo de ese resplandor azul, casi divino. Se sentía tocado por la diosa del amor cuando ella se entregaba sin inhibiciones.

—Dios santo —jadeó él. La tomó de la nuca y juntó su frente a la de ella después de besarla —. Te quiero tanto que a veces pienso que me voy a volver loco.

La sonrisa que Beth le regaló se tornó borrosa cuando el latigazo del orgasmo les llegó a la vez. La sincronización del momento les hizo mirarse con una incredulidad que no eclipsó ni la complicidad ni la pasión con la que ella le correspondía. Calder se abrazó a su cintura con fuerza y gimió en voz alta mientras se derramaba dentro de su cuerpo.

Beth se dejó caer sobre él, exhausta, respirando entrecortadamente.

—Dime que tú también me quieres —rogó.

Sintió que una risa genuina hacía vibrar sus hombros.

—*Tha gràdh agam ort*[9] —respondió con dulzura en el mismo tono.

—*Is tu aoibhneas mo chridhe*[10] —soltó, con el corazón henchido.

—¿Qué significa eso? Todavía estoy en la escuela, aprendiendo los verbos y las frases hechas; no me hagas saltar de golpe a la universidad —bromeó, sin retirarse. Él apoyó la barbilla sobre su coronilla oscura y cerró los ojos—. ¿Calder?

—¿Mm?

—No te atormentes cuando aún estoy entre tus brazos. Recuerda nuestro acuerdo —le señaló en voz baja—. Nada de preocupaciones hasta que lleguemos a casa.

—Nada me preocupa cuando estoy en casa, *beathadh*, y me he llevado a mi hogar conmigo. Ese es uno de los grandes problemas. Cuando estoy a solas contigo no me importa nada más, y quizá debería...

—¿Quizá deberías ser un infeliz por todos los infelices que habitan el mundo? No, espera, concretaré más: ¿haber intentado controlar la situación de tu hermano, la de Denna, la de Carmichael y hasta la de Haye? —inquirió. Calder suspiró cuando ella metió los dedos entre sus mechones cobrizos y le acarició la cabeza. Se rotó de manera sinuosa, despertando de nuevo el centro de su deseo.

Calder ladeó la sonrisa, ya con la boca seca ante lo que preveía como un segundo asalto.

—Manipuladora...

—¿Cómo? —preguntó con inocencia—. ¿Por qué?

—No puedes eliminar toda la miseria de mi vida solo moviendo las caderas.

—¿Quién ha dicho nada de «solo»? También lo intento con mis besos... y con mis lecturas... y con mis regaños... —Levantó la pelvis y volvió a ensartarse con un ronroneo de placer—. Con todo lo que tengo. Lo siento si es poco...

—No es poco. Es todo lo que necesito.

Ella lo montó muy despacio, tanto que, conforme lo iba engullendo, un escalofrío le iba

trepando por la espalda.

—Te lo pido por favor... —susurró—. Sea lo que sea que nos encontremos cuando lleguemos, no te martirices y recuerda que habría sucedido sin importar si hubieras estado o no. Aunque no te lo creas, no puedes salvar a todo el mundo.

—¿Y a ti? ¿Y a él? —preguntó, esperanzado y sin aliento. Apoyó la mano libre en el vientre de Beth—. Con salvaros a vosotros me basta.

—A nosotros sí. —Lo besó en la sien—. A nosotros, siempre.

***

Beth sabía que era imposible que se encontraran Cranston Castle en el mismo estado en que lo habían dejado. Para más inri, un crudo presentimiento la había acompañado durante todo el trayecto de vuelta; su cuerpo intentaba decirle que algo había sucedido. Si no se lo dijo a Calder fue porque no veía necesario atormentarlo antes de tiempo. Supo que esas sensaciones tenían su razón de ser en cuanto bajó del carruaje y, sin darle la bienvenida con palabras, pero sí con lágrimas en los ojos, Denna se arrojó a sus brazos y la estrechó desesperadamente.

Sorprendida por la espontánea muestra de afecto, a las que su amiga no era muy dada, Beth la apretó de vuelta e intercambió una mirada con Calder por encima de su hombro. El señor del castillo ya había perdido la expresión dulce y satisfecha; ahora arrugaba el ceño y echaba un vistazo alrededor, como si así pudiera evaluar unos daños que no eran visibles.

—No sabes cuánto me alegro de que estés aquí —balbuceó Denna.

—Yo también te he echado de menos.

—¿Dónde está la Reina?

Beth se fijó en la línea militar que formaban los socios a la entrada del castillo. Ante la mención de aquel nombre, había sentido por un efímero instante la mirada de Haye sobre ella, hambrienta por una explicación. Habló muy alto para que pudiera escucharlo al responder:

—Viene en otro carruaje. Necesitaba un coche solo para cargar las maletas a rebosar de los mejunjes, plantas y remedios que se ha traído de Inglaterra. Debe estar al caer.

—Esperemos que se caiga de verdad, y no en el sentido figurado —comentó Haye, un momento antes de avanzar y saludar a Calder—. Bonito bastón. ¿Es nuevo?

—Imbécil —masculló Calder.

Beth ignoró el recibimiento de los hombres y se separó de Denna para estudiarla en profundidad. Sabía que era raro que pasara buena noche: estaba acostumbrada a escucharla dando vueltas de un lado a otro en la habitación, esperando que el ejercicio ahuyentara el insomnio. No obstante, los cercos oscuros bajo sus ojos denotaban una falta de sueño total.

—¿Te encuentras bien? ¿Ha pasado algo? Veo que las obras avanzan a una velocidad vertiginosa...

Beth dejó de hablar en cuanto una pareja se unió a los recién llegados. Estaba compuesta por

una mujer cuyo rostro no le era familiar y un crío entre los tres y los cinco años; una criatura chispeante y llena de energía que enseguida avivó en ella el instinto maternal en ciernes. Esbozó una sonrisa encantada hasta que recordó algo que Calder le había comentado durante el trayecto de ida a Inglaterra.

«Blake se prometió con una mujer. Es cuestión de tiempo que aparezca».

Esa había sido una de las grandes preocupaciones que lo habían acompañado durante el viaje; que apareciese cuando él no estuviera presente.

—Tal vez deberías habérselo dicho a tu hermano —le había respondido Beth—. Así sabría cómo manejar la situación...

—Exacto: *sabría cómo manejar la situación*, cosa que no podemos permitirnos. Quedamos en que no le diríamos nada que le pusiera fácil dominar lo que no es ni suyo ni mío, Beth. No podía darle esas pistas. Si la mujer se presenta durante mi ausencia, ya llegaré en algún momento a poner orden en el caso de que sea necesario. De todos modos, ni siquiera estoy seguro de que Blake no hubiera lanzado un farol.

—¿Crees que se ha inventado lo de la muchacha?

—Es una posibilidad. Lo conozco tan bien como a la palma de mi mano y siempre ha sido muy dado a ese tipo de estratagemas. Cuando éramos unos críos y sabía que yo le estaba ocultando algo, improvisaba una mentira para asustarme; así se las arreglaba para que le dijese la verdad.

—Tu hermano era un auténtico matón.

—Cada uno tiene sus métodos. —Calder había encogido los hombros, como restándole importancia. Beth también se la quitó; a fin de cuentas, su tendencia a la manipulación no era ni mucho menos el peor de sus pecados, y en eso coincidía todo el mundo—. Y él, en aquel entonces, no lo hacía con malas intenciones. Solo quería salirse con la suya.

«No como ahora, que sí tiene las peores intenciones», había pensado Beth. Pero le costaba pensar lo peor del hombre que había conocido. Quizá se debía a la falta de memoria, a que en realidad no tenía un fondo perverso como todos juraban, o a que simplemente le era imposible no apreciarlo cuando su marido lo estimaba, pero a Beth no le había parecido ningún villano. Tenía buenas maneras, una sonrisa honesta y, desde luego, más sentido del humor que su esposo. Denna había dado por concluida la cuestión resumiendo que era una santa y tendía a pensar lo mejor de los demás, aun cuando no lo merecían. No era cierto: Beth era muy consciente de que Calder usaría bastón toda la vida a causa de una herida de bala que su hermano le alojó en la pierna no hacía demasiado tiempo, y ni siquiera el hecho de que este se hubiera sentido amenazado y hubiese recibido otra en consecuencia podía aplacarla. Odiaría a cualquiera que hubiera puesto o pusiese en peligro en el futuro a Calder. Y aun así podía aferrarse a la objetividad y a lo que había observado durante la convalecencia y lenta recuperación de Blake para aducir que era un hombre con un carácter repleto de complejos matices... un hombre al que le debían una oportunidad para explicarse.

Beth podía no saber quién era Blake con seguridad, pero conocía de sobra a su marido y estaba convencida de que no habría colocado a su hermano en el pedestal de un héroe griego si no contara con una serie de virtudes capaces de hacer sombra a sus defectos.

Lamentablemente, una futura prometida y un niño no eran un defecto: era algo mucho más complicado y, a juzgar por el semblante aprensivo de Denna al mirar a la pareja, dedujo que también muy problemático.

—Oh, Denna —murmuró. La mujer clavó en ella sus ojos ahogados en lágrimas por derramar. Un instante de complicidad se formó entre las dos; esa complicidad que Denna había querido evitar durante los primeros tiempos, en vano, pues en el fondo, Beth siempre había sentido que la comprendía—. Lo siento muchísimo.

Denna pestañeó rápido y levantó la barbilla al cielo para contener el llanto.

—Tengo que marcharme de aquí, Beth. No puedo soportarlo —reconoció con voz quebrada —. Mi equipaje ya está listo. Solo esperaba a que llegarais para poder despedirme de Calder y de ti.

Beth podría haberla acribillado con los cientos de preguntas que le habían surgido a lo largo del año sobre su complicada relación con Blake. Habría empezado con un sencillo: «¿Por qué no puedes soportarlo? ¿No se supone que lo odiabas?». Pero Denna se habría dado cuenta de que era una pregunta capciosa, de que Beth ya conocía la respuesta y solo buscaba una confirmación que realmente no necesitaba.

Le costó discernirlo entre tantas conversaciones en las que Denna arremetió contra Blake como si se tratara de la mayor desgracia de su vida, pero, eventualmente, Beth descubrió que bajo esas capas de odio de guerrero había una mujer que se desnudó una vez y aprovecharon su vulnerabilidad para herirla de muerte. Había una persona demasiado sensible a los recuerdos para no amar al hombre al que debía detestar.

Beth entrelazó los dedos con los de Denna y cubrió sus manos unidas con la palma de la otra.

—Es una decisión muy precipitada —repuso con suavidad—. ¿No crees que deberías pensarlo mejor? Este es tu hogar, Denna. Ni ella ni nadie tendrá nunca el poder de echarte.

—No puedo verlo —insistió, dolida—. No puedo, Beth. Y... lo siento, siento si ahora me contradigo, si parezco una auténtica desquiciada porque mi comportamiento y cómo me siento no casan con lo que yo solía...

—Cuando se trata de sentimientos no hay nada escrito. La contradicción es humana y tienes derecho a sentir más de una cosa por alguien que fue tu compañero —interrumpió, comprensiva —. ¿O acaso crees que yo solo siento amor por Calder?

La barbilla de Denna tembló.

—Te he mentido. No he hecho nada más que mentirte... a ti y a todos.

—Son tus sentimientos, algo que no nos concierne a ninguno —la apaciguó—. Nadie tiene por qué saber qué se cuece bajo tu coraza. No te atormentes, Denna; yo no podría guardarte rencor por ese motivo... aunque preferiría que, en lo sucesivo, me dijeras la verdad directamente. Te

sentará mejor ser honesta.

—Eres demasiado buena. —Sorbió por la nariz.

Beth sonrió y volvió a abrazarla.

—Por favor, si algo me estimas, dale otra vuelta a lo relativo a tu marcha.

—Beth... me tengo que ir. No solo para recuperar el corazón, sino para salvar mi vida. —Su voz tembló. Le costó continuar hablando—. Han vuelto a ir por mí. El otro día... me persiguieron hasta las puertas de Cranston Castle.

El corazón de Beth se aceleró, encogido por el pánico. Recordó aquel paseo por el pueblo que desembocó en una experiencia traumática.

—¿Lo sabe alguien? ¿Se lo has dicho a Lachlan, a Carmichael?

—No he vuelto a salir de mi dormitorio para evitarlo.

Beth tragó saliva y asintió.

—Lo resolveremos. Solo hay que pedir ayuda a la persona adecuada...

—Adecuada, ¿para qué? —intervino una vocecilla aguda.

La Reina acababa de bajar de su carruaje, desde cuya puerta ya se veía que había viajado con severas dificultades por culpa de la cantidad de cachivaches que la acompañaron. Pero no fue eso en lo que los demás se fijaron: todos allí se quedaron igual de sorprendidos cuando apareció con el cabello recogido en un moño elegante y vestida igual que una dama inglesa.

Algunos compartieron miradas entre confusas y divertidas en silencio, otros pestañearon como si no la reconocieran, y unos terceros se arriesgaron a dar su opinión.

—¿Quién es esa dama? —preguntó Haye, a punto de soltar una carcajada—. ¿Está soltera?

La Reina puso los ojos en blanco y pasó entre todos con su caminar precipitado. Apenas había dado dos pasos cuando empezó a sacarse las horquillas del moño a tirones. Beth imaginó que tendría toda la intención de pasar de largo, pero el orgullo la obligó a detenerse cuando Haye exageró una amplia reverencia con connotaciones irónicas.

—Milady...

Ella se giró hacia él con los ojos echando chispas. Beth contuvo un suspiro de cansancio.

«Adiós a la paz».

—Como haya muerto un solo hombre en mi ausencia lo pagará muy caro —amenazó a Haye. Este la miraba con la primera sonrisa de oreja a oreja que Beth había visto dibujada en sus labios. Fue asombroso incluso si esta estaba marcada por la burla.

—¿Qué hará conmigo? ¿Me obligará a bailar el vals toda la noche? —Agachó la mirada para echar un vistazo al borde de su vestido—. Con esos zapatitos me parece que acabarían doliéndole más los pies a usted que a mí.

Bonnibelle puso los brazos en jarras y lo fulminó con los párpados entornados.

—¿Se divierte?

—No se puede hacer una idea.

Ella puso los ojos en blanco y se dirigió a la entrada como si estuviera en su propia casa.

Apenas le dio la espalda, Haye clavó los ojos en el pomposo lazo de seda que envolvía su cintura y soltó una carcajada que le salió del estómago. Su risa cazó a todo el mundo totalmente desprevenido, hasta tal punto que se creó un momento de complicidad: Beth cruzó una mirada asombrada con los demás, incluso con la madre que había aparecido para dar problemas.

—¿Quién demonios le ha puesto eso? —preguntó al aire, ya que la Reina había desaparecido.

—Se lo regaló mi hermano Cassidy. Quedó prendado de ella y pensó que le quedaría de maravilla.

—¿Eso pensó? Ridículo —se mofó.

—A ella le gustó recibir un regalo —repuso Beth, recordando cómo le habían brillado los ojos cuando Cassidy le hizo entrega de la prenda. Había corrido a probársela para acudir a esa noche a la velada privada a la que los invitó—. Se lo puso apenas un segundo después. Haga el favor y no se burle de ella, señor Haye; es un obsequio que, me consta, conservará con mucho cariño.

—No me sorprendería. Ella misma ha de saber que no recibirá otro.

Dicha la crueldad del día, Haye se dio la vuelta y siguió las huellas que Bonnibelle había dejado en el barro.

Aquel breve instante de interrupción había servido para rebajar tensión al ambiente; cuando Beth volvió a mirar a Denna, bendijo a la Reina y a Haye por su enemistad y para sus adentros por haberlas alejado a ambas un rato de su tormento.

A continuación, buscó los ojos de Calder entre la recepción y observó que, después de darle la mano a Lachlan y hacer las preguntas de rigor, también medía con la mirada a la madre y al crío, que se habían mantenido al margen con la prudencia esperada. La muchacha era joven, aunque no una adolescente, y su parecido con el niño, una criaturilla risueña que no dejaba de brincar y preguntar por cada cosa que veía, era innegable.

—Veo que tenemos visita —pronunció el señor del castillo, con su voz grave—. Calder Houston, milady.

—Lillias —musitó ella, intimidada—. Es un honor conocerlo, señor.

Distanciada momentáneamente de la noticia que Denna le había dado, Beth se quedó mirando a su marido en la distancia. Como si sus pensamientos estuvieran conectados, dedujo lo que rondaba la cabeza de Calder al escrutar la pose sumisa de Lillias.

Mucho más relajada que cuando puso el segundo pie fuera del carruaje ahora que todo quedaba en sus manos, dejó ir un pequeño suspiro aliviado en cuanto dijo:

—Espero poder honrarla también con mi conversación en cuanto me ponga cómodo. Hay algunos asuntos que deberíamos discutir en privado.

16

Con el corazón en un puño, Blake acompañó a Calder a uno de los saloncitos de descanso. Era evidente que sabía algo sobre Lillias que a él se le escapaba, y aunque estaba crispado y harto de sobra para increparlo por reservarse información que le incumbía, la curiosidad y la expectación sobrepasaban con creces cualquier otro sentimiento.

Lo único que lo unía a Calder era saber que era su hermano; no recordaba haber vivido ninguna experiencia memorable con él. Sin embargo, había intuido en su expresión, como si de alguna manera no hubiera perdido su talento para leerlo, que iba a resolver lo que lo tenía en un sinvivir. Ante eso, la esperanza había llameado de nuevo dentro de sí.

Si por alguna razón supiera solucionarlo de manera que complaciese tanto a Denna como a él, justo antes de que se marchara hacia un destino incierto, le estaría eternamente agradecido. Más que eso, incluso. Le debería la vida, que era lo que sentía que perdería si Denna llegaba a embarcar.

—Quizá quiera ponerse cómoda —le ofreció Calder a Lillias, haciendo gala de unos impecables modales. Pero debajo de su fría amabilidad había una autoridad implacable; una que Lillias debió percibir, a juzgar por su creciente incomodidad.

—Preferiría quedarme de pie —repuso, con el equilibrio justo de seguridad e indefensión—. ¿Con quién ha dejado a Johnson?

—Caitriona se encargará de entretenerlo mientras tenemos nuestra pequeña charla. Puede estar tranquila. No tengo nada en contra de los niños. Todo lo contrario. De hecho, mi mujer está embarazada.

Blake observaba los movimientos de Calder no como un alumno ansioso, sino como un maestro orgulloso: tenía la sensación de que la calma impostada y el tono cercano solo los usaba para paralizar luego a la víctima con un mordisco improvisado. Su familiaridad hacia la forma de abordar el tema le insinuó que, quizá, había sido Blake quien le enseñó a amedrentar así a los demás.

Lo había conseguido. Lillias relajó los hombros y confió en su sonrisa de ilusión para felicitarlo.

—Un hijo es un regalo, señor Houston, y no se puede imaginar la dicha que traerá a su matrimonio.

—¿Usted sí puede imaginarla? —Sentado en su sillón orejero, Calder se impulsó hacia delante y entrelazó los dedos sobre las rodillas—. Por lo que tengo entendido, usted ha tenido a ese niño fuera del matrimonio.

Lillias disimuló su irritación.

—Pero ese problema será pronto solventado. Blake y yo estamos prometidos: espero que eso lo haya entendido igual de bien que lo demás.

Calder ahogó una sonrisa condescendiente y Blake arrugó el ceño ante el tono ligeramente beligerante de la muchacha.

—La felicito por eso. Y también la compadezco. Debe haber sido un duro golpe llegar a Lochranza para encontrarse a un futuro marido incapaz de recordarla.

—No es nada a lo que no podamos sobreponernos. Aunque Blake no se acuerde, hemos pasado por toda clase de vicisitudes para llegar donde estamos ahora.

—Me lo creo. De hecho, lo sé... Sé que le ha hecho usted pasar por mentiras, y eso solo hasta lo que me consta: no dudo que haya una lista de delitos mucho más amplia ni que con su talento para el engaño haya conseguido llegar hasta aquí.

Lillias se quedó petrificada donde estaba, de pie junto al gran ventanal que encabezaba la estancia.

—¿Qué es lo que está usted insinuando?

—Insinúo que su camino para presentarse en Cranston Castle ha debido estar repleto de obstáculos, y que los ha salvado todos de maravilla... salvo por el que yo mismo presento. Querida, si quiere pasar por la vicaría, le recomiendo que confiese sus pecados antes: Dios no perdona que juren fidelidad y franqueza al cónyuge si no es con la intención de cumplirlo.

—Tengo toda la intención de cumplirlo —balbuceó—. ¿Qué es lo que se ha creído?

—Bueno, es cierto: puede que el matrimonio la convierta en una mujer sincera, pero ¿no le gustaría expiar sus pecados previos ahora mismo para subir al altar totalmente limpia?

Lillias tragó saliva.

—No sé qué es lo que espera de mí, pero está empezando a hacerme sentir incómoda —masculló entre dientes. Rodeó el sillón que se interponía entre la huida y ella—. Será mejor que me vaya...

Lillias se sobresaltó cuando Calder usó el bastón para cerrarle el paso. Podría haberlo rodeado perfectamente, pero su mirada fiera y su tono implacable la clavaron donde estaba.

—Ese crío no es de Blake —declaró con seguridad.

Ella alzó la barbilla.

—Por supuesto que...

—Blake habló conmigo antes del accidente y la mencionó: a la prometida y al hijo de un matrimonio anterior al que pretendía legitimar como suyo para quedarse las propiedades. Un poco arriesgado por su parte, pero desde luego es un plan creíble y retorcido, muy propio de él. De usted, en cambio, no sabría decir qué es «propio», puesto que no la conozco... —Ladeó la

cabeza—. Pero me parece muy revelador que se haya presentado mintiendo. ¿Acaso dudaba de la palabra de mi hermano, hasta el punto de tener que mentir sobre la paternidad de la criatura para quedarse aquí?

Blake se dio cuenta de que la había cazado en medio del engaño cuando la vio retroceder, horrorizada al reconocer su pecado en la acusación de Calder. Este no se movía del asiento; lanzaba sus reproches con un tobillo apoyado sobre la rodilla. Con el bastón en la mano, impartía justicia como un joven juez.

—Blake nunca reconocería que me dejó embarazada, pero pretendía hacerse cargo incluso si lo hacía tratando a su propio hijo como el bastardo de otro...

—Oh, por favor —interrumpió Calder con un bramido—. Mi hermano jamás se habría acostado con una mujer que no fuera su esposa. Su cuento no se sostiene por ninguna maldita parte. Sea honesta y diga: ¿Qué es lo que le prometió Blake con exactitud?

Lillias se mordió el interior de la mejilla. Parecía contener mucho más que la verdad: parecía reprimir un monstruo.

—Creo que, de algún modo, se enteró de que Blake iba a traer a su prometida y se hizo pasar por ella. No es usted más que una impostora, ¿me equivoco? Mi hermano no es ningún imbécil: estoy seguro de que a su futura esposa le habría dado instrucciones estrictas de cómo y con qué historia presentarse en Cranston Castle; con una historia creíble y que no hace aguas, y no con mentiras.

—Y yo creo que usted no es nadie para dar lecciones de honestidad y engaño, siendo el primer enemigo de Blake Houston: el que le metió una bala en el hombro y cubrió la aventura de su mujer, y el que ahora pretende poner la diana en otra espalda para no estar en el punto de mira.

Blake dirigió una mirada ansiosa a Calder. Una parte de sí gritó de agonía al interpretar su postura tensa como una confirmación de lo que Lillias exponía. ¿Era eso cierto? ¿Su hermano le había disparado?

—Estoy más que dispuesto a pagar por mis errores, y los reconoceré todos llegado el momento. Y puedo jurar que, para ese momento, usted ya no estará aquí. —Se puso en pie—. Me habré encargado personalmente de que regrese a dondequiera que haya salido.

Lillias se estremeció ante el ultimátum. Muy lejos de romper a llorar, rogarle al señor del castillo o contar la verdad, los sorprendió con horror sacando un revólver escondido en uno de los bolsillos camuflados del vestido.

Apuntó directamente a Calder, que en cuanto se enfrentó al cañón perdió toda confianza y retrocedió.

Blake no lo pensó dos veces y se interpuso entre los dos.

Con aquel gesto involuntario trajo de vuelta un recuerdo que encadenó una serie reveladora. Todos ellos eran muy similares: él mismo corriendo a colocarse entre la mano dura de su padre y su temeroso hermano pequeño, que sollozaba de pánico. Junto al recuerdo, regresaron los pensamientos que tenía entonces y su sentir: cómo odiaba la idea de que un tipo tan grande como

Houston tuviera la poca hombría de descargar su furia sobre alguien tan minúsculo y enclenque como su hijo, nada más que un crío de cinco años, que llegaría a cumplir once antes de que empezara a castigar a Blake en su lugar.

Pestañeó, confuso, y se obligó a regresar a la actualidad para concentrarse en Lillias. Reconoció en la vacilación de su brazo alzado que no estaba acostumbrada a empuñar pistolas, pero la determinación que bailaba en sus ojos chispeantes era tan letal como podría serlo el buen manejo del arma.

—No nos vamos a ninguna parte —aclaró ella. La voz le temblaba, pero su expresión estaba tallada en piedra—. Vas a protegernos a Johnson y a mí, Blake, ya sea casándote conmigo o escondiéndome en el sótano, pero cumplirás tu condenada palabra. ¿Me has entendido bien?

Blake asintió muy despacio con una mano extendida.

—Baja el revólver, Lillias. Ya te dije que pasara lo que pasase ibas a ser bienvenida aquí. Esto que estás haciendo no habla muy bien en tu favor.

La barbilla de Lillias tembló, tanto que se aferró al mango con la otra mano. Seguía apuntándolo.

—No he venido a hacerte daño —sollozó—. Ni a ti ni a nadie. Solo quiero... Tú lo prometiste, Blake. No puedes romper tu juramento solo porque hayas decidido que vas a darle una segunda oportunidad a Denna. ¿Qué hay de mí? ¿Qué sería de nosotros entonces?

—Suelta la pistola y hablaremos. Se nota que no sabes usarla y deberíamos evitar heridos...

Lillias sacudió la cabeza.

—Dame tu palabra. Dime que te casarás conmigo, maldita sea. Di: Lillias Maxwell, voy a tomarte como esposa... y te entregaré el arma.

Blake fue a responder, pero la voz de Calder le llegó desde atrás en un murmullo pensativo.

—Lillias Maxwell —repitió. Blake se giró para mirar a su hermano: estaba sudando, presa del pánico, pero miraba ahora a la muchacha con reconocimiento—. Eres la mujer que abandonó a Carmichael. Recuerdo que eras... Él dijo que eras una dama de la cabeza a los pies. Si de veras eres tan importante, ¿de qué necesitas que te protejan?

Lágrimas rodaron por las mejillas de Lillias. Se aferró con ganas al mango, pero más para tener un punto de apoyo que porque quisiera amenazarlos. Blake comprendió lo que Calder estaba sugiriendo y la enfrentó con una nueva sensación.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó en voz baja. Como si fuera un animal peligroso, avanzó lentamente hacia ella, protegiendo a Calder y a él mismo con dos manos por delante—. ¿Alguien quiere hacerte daño?

—Dame tu palabra o te dispararé. No me importa —insistió—. No me importa nada.

—Eso no es cierto. Te importa Johnson, ¿no es verdad? ¿Es él quien está en peligro?

Lillias lloraba en silencio. Su pecho subía y bajaba como si estuviera corriendo: su mente, desde luego, debía estar trabajando a toda velocidad.

Blake aguardó un segundo. Al siguiente, golpeó el lateral de la pistola con el antebrazo; Lillias

la sostenía con demasiada fuerza para que esta cayera, pero consiguió desviar la trayectoria de un posible disparo. La agarró del brazo que sostenía el arma y se lo dobló a la espalda, pudiendo por fin arrebatarle el revólver. Lo arrojó al suelo y le dio un puntapié que lo envió a la otra esquina.

Ella emitió un gemido de dolor que se convirtió en un grito cuando Blake inmovilizó su otro brazo.

—No quiero hacerte esto —juró Blake—, pero no me has dejado otro maldito remedio. Dime qué escondes.

Calder emergió del trance en el que la visión de la pistola lo había hecho entrar. Aún aterrorizado, empujó el arma por el oscuro hueco de una cómoda; nada más perderla de vista, pudo respirar tranquilo y, desde allí, mirar a la muchacha.

—Si eres la Lillias de Carmichael no puedes ser una mala mujer —se las arregló para decir, con la voz atravesada por el pánico del momento—. Puedes hablar con nosotros. Olvidaremos este incidente.

Lillias se sacudía entre los brazos de Blake.

—Por supuesto que soy una mala mujer. Acaba de decir que sabe que lo abandoné: ¿es eso lo que hacen las muchachas de buen corazón...?

—Yo también abandoné a mi mujer en el altar y no me considero ningún miserable. No me parece ese el ejemplo perfecto a la hora de acusar a alguien de algo tan grave como la maldad —apuntó Calder. Renqueante y sobrecogido, se acercó a ella—. Lo que quiero decir es que, solo por ser quien eres, Lillias, no te haremos daño. Todo lo contrario. Te protegeremos si es lo que precisas, porque él no permitiría que te tratáramos de otro modo. Pero debes ser honesta.

Lillias dejó de luchar contra el firme agarre de Blake, que no aflojó ni siquiera cuando la sintió más débil.

—Johnson no es hijo de Blake —confesó al fin, entre lágrimas—. Mentí porque me asusté. Al llegar aquí... Blake parecía reconciliado con Denna, no me recordaba, ni a mí ni su promesa, y... y yo no podía volver a Dundee. Tuve que inventarme esa historia sobre nuestro amor y apelar a su sentido del deber con la paternidad del niño para que no me echara de aquí.

El corazón se le encogió. No consiguió enfurecerse por la mentira; se había acostumbrado a que le fueran ofrecidas dos versiones distintas.

Un nuevo y mal presentimiento empezaba a turbarlo.

—¿Por qué no puedes volver? —preguntó.

—Porque mi tío quiere deshacerse de nosotros —sollozó—. Johnson... Johnson es el heredero por derecho de Dundee Castle, de las tierras de cultivo, de todo lo que se vincula al título de lord... Y mi tío, que ahora solo se encarga de todo hasta que Johnson llegue a la mayoría de edad, hará cuanto sea necesario para quedarse donde estaba. Ha intentado hacerle daño en tantas ocasiones... y me ha hecho tanto daño a mí que... que decidí llevármelo conmigo.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué tu hijo, que llevará el apellido de su padre, iba a tener más derecho a las tierras que tu tío, un Maxwell de nacimiento?

—Porque no es mi hijo —musitó—, sino mi hermano pequeño. Es un Maxwell de la cabeza a los pies.

Atravesado por el asombro, Blake la soltó y retrocedió un paso. Un nuevo recuerdo hizo que se tambaleara y necesitase apoyo en la pared.

Lillias siendo acosada por un grupo de borrachos en una taberna cercana a Dundee; él, interviniendo, fingiendo ser el marido; secando sus lágrimas y apartando al niño, también nervioso y asustado, de la horrible escena. Vio el camastro lleno de chinches de la posada en la que ambos habían estado malviviendo; ella, durmiendo en el suelo, y Johnson, en el modesto jergón; los nombres falsos que habían decidido ponerse para pasar desapercibidos...

Blake pestañeó deprisa, como si así pudiera evitar que se desvanecieran las imágenes.

—Te propongo algo —le había dicho, meses atrás. Sus caminos estaban a punto de separarse —. Necesito una esposa y un heredero... y tú necesitas poner distancia entre el pasado y Johnson. Ven conmigo a Lochranza: te convertiré en la señora Houston y jamás te faltará nada.

—Pero estás casado.

Blake había torcido la boca en un gesto tan desdeñoso como profundamente dolido. Se agarró a las riendas y las apretó como si ellas tuvieran la culpa.

—No por mucho tiempo. ¿Confías en mí?

Confió en él porque no le quedaba otro remedio.

Entonces, Blake sabía muy bien que era la Lillias Maxwell en la que Carmichael aún pensaba, y ese había sido solo un fantástico añadido para hundir a otro de los muchos cuya venganza tenía pendiente. Gracias a Lillias y a su hermano podría quitar al traidor de Calder del medio, matar a Carmichael de celos y romper el vínculo que le unía a Denna. Así solo quedarían dos pendientes por desquitarse: Haye y Lachlan.

Blake pestañeó y siguió retrocediendo, sorprendido por la fuerza con la que volvían los recuerdos. La conversación de Calder y Lillias se fue convirtiendo en un murmullo lejano conforme la migraña cobraba protagonismo. Se agarró la cabeza para soportar la virulencia con la que sus errores, sus venganzas y sus miedos intentaban tumbarlo. Y, aun así, el dolor no era lo peor, sino los espacios de memoria vacíos, los que quedaban por rellenar... los más importantes.

—No es necesario que nadie se case con usted para resolver esto —decía Calder—. Se quedará aquí y no mencionaremos una sola palabra de lo hablado: cuantos menos lo sepan, menos peligro correremos y más difícil será que llegue a oídos de su tío.

—¿Y con qué excusa me quedaré si no es con la de casarme con Blake?

—Serás la dama de compañía de mi esposa.

Blake, aturdido y totalmente alejado de la charla, se arrastró hasta el primer sillón sobre el que se pudo sentar, vibrando con violencia. Cerró los ojos y resistió la oleada de imágenes inconexas que desfilaron una tras otra en su mente. La voz grave de Calder resonaba entre las paredes, pero no atinó a definir qué era lo que decía.

Trató de concentrarse en lo que los recuerdos pretendían transmitir, aun cuando parecía misión

imposible. Solo cuando hubieron transcurrido más de veinticinco minutos y Lillias hubo desaparecido, Blake pudo asomar la cabeza entre los reproches pasados que lo habían enterrado y abrir los ojos inyectados en sangre.

Calder fue lo primero que ubicó: sentado, inmóvil, sobre el sofá. Parecía pensativo.

Fue como si lo viese por primera vez después de una infancia llena de juegos. El tiempo transcurrido desde entonces le había sentado de maravilla. Ya no era un crío delgaducho de pelo color panocha y extremidades que prácticamente podían enrollarse: la edad le había pulido los rasgos inspirándose en lo masculino y lo austero.

A simple vista parecía un hombre serio y con facilidad para el tormento. Quizá un tipo interesante al que atraía la idea de robar una sonrisa. Pero Blake, como hermano, veía en él mucho más: veía que desde muy pequeño desarrolló una fobia hacia los hombres que lo superaban en talla, que le aterraban también las alturas, que adoraba el café y salir a cabalgar de madrugada; que se le formaban remolinos justo en la coronilla cuando se quedaba dormido en el sillón, con un libro entre las piernas, y que tenía muy mal perder cuando se enfrentaban al billar... quizá porque Blake tenía tendencia a pavonearse y Calder odiaba a los gallos de corral. Los odiaba en general, sí, pero a él no. A él lo adoraba. Lo admiraba. Blake había sido su ejemplo y su salvador, y a la vez, la persona a la que más compadecía por ser quien era.

Quizá por todo eso lo paralizó el descubrimiento de que había sido capaz de traicionarlo. De dispararle. De correr un velo entre la verdad y él.

Calder se dio cuenta de que lo estaba observando y esbozó una pequeña sonrisa.

—Parece que te has echado una buena siesta. No te culpo: yo también voy a necesitar reposo después del susto. Acabo de descubrir que me aterran las armas de fuego. He visto mi vida pasar por delante de mis puñeteras narices, o peor: otro largo tratamiento a cuenta de la Reina de las Hadas. Esa mujer puede ser francamente fastidiosa...

Blake le sostuvo la mirada con fijeza. Se puso de pie muy despacio, dueño de cada una de las partes de su cuerpo; seguro sobre sus dos piernas, consciente del auténtico y único poder de sus palabras. Palabras que se le daba bien usar como arma arrojadiza y que, después de meses de trabarse y quedarse en silencio, volvían a ponerse a su servicio.

Supo que Calder reconocía en su caminar al verdadero Blake en cuanto perdió la sonrisa.

—Debiste pensar que no perdías nada cuando le ordenaste a todo el mundo que me ocultara la verdad —expresó en tono inclemente.

Calder se levantó también y lo observó con mal disimulada preocupación.

—No podía... —Se calló cuando Blake levantó una mano y paró a un palmo de sus narices. Calder era solo ligeramente más alto, pero el ancho de los hombros de Blake lo hacía ver indefenso ante él.

—Supongo que no puedo culparte. Era tu manera de proteger a todo el mundo del terrible Blake.

—Era mi manera de protegerte de ti mismo —corrigió, ganando seguridad—. Tú nunca ibas a

darte una segunda oportunidad; nunca te habrías reconstruido. Habrías seguido cuesta abajo hasta romperte del todo, hasta mirarte en el espejo y no reconocerte. Cuando abriste los ojos eras el Blake de veinte años, solo que gloriosamente aturdido; perfecto para decirte que...

—Perfecto para enumerarme mis pecados, pero reservarte los de todos los demás. De eso ha ido siempre el asunto, ¿no? De encontrar a un villano que hiciera sombra a las villanías del resto. Una jugada maestra para que me fuera imposible comprenderme: ¿cómo iba a averiguar por qué me convertí en un desgraciado si nadie estaba dispuesto a confesar su traición?

Calder juntó los labios. Miró a su hermano directamente a los ojos.

—Lo siento de corazón. Pero fuiste y sigues siendo una amenaza, y lamentablemente no eres la única persona en el mundo a la que quiero y deseo proteger.

—¿Una amenaza? ¿Consideras peligroso que un hombre quiera casarse con una mujer para quedarse los bienes que habrían sido suyos si su padre no lo hubiera odiado? Sabes bien que Houston especificó esa maldita cláusula porque yo nunca tendría un hijo. Y yo estaba feliz de perder de vista toda su maldita mierda, porque es lo que es. —Lanzó una mirada asqueada alrededor—. Mierda maldita.

Blake clavó los ojos en Calder. Dio un paso hacia él sin perder ese aire de peligrosidad que lo hacía ver como un depredador.

—Pero decidisteis jugármela... y conmigo nadie juega si no es para perder.

—Blake —pronunció con suavidad—; ibas a hundir la empresa e hice lo que tuve que hacer para sacarla a flote.

—Sabes que la empresa me importa un bledo.

—¿Qué es entonces? ¿Cuál es mi traición? No sabía lo que estaba pasando entre Denna y Lachlan —dijo entonces—. No tenía ni la menor idea de que... No lo sabía, Blake; me enteré el mismo día que tú los viste. Y sabes que yo nunca te mentiría en algo así.

Blake tuvo que poner todos los músculos en tensión para soportar el latigazo de dolor que era ese nombre. *Denna*. Cinco letras con cinco habilidades diferentes para abrir sus heridas, siempre en carne viva.

—Aquella vez, cuando los encontraste juntos... Intenté evitar que lo mataras porque no conocía el motivo, y porque nunca permitiría que te buscaras la ruina de ese modo. Lachlan perdió mi respeto en el momento en que se enzarzó contigo la noche que perdiste la memoria. Pero, aun así, es un buen hombre.

Blake cerró los ojos.

—¿Qué es un buen hombre para ti, Calder? ¿Qué es lo que me diferencia de Lachlan? ¿Que él ha llevado a cabo grandes obras, que hay quienes pueden contar anécdotas sobre su buen carácter? Parece mentira que tenga que recordarte que me interponía entre nuestro padre y tú para que no te hiciera ni un puñetero rasguño y, aun así, cuando vine, me acusaste de haber amenazado la vida de tu esposa.

—¿Y no lo hiciste? ¿No debería verte capaz de tal cosa después de que casi me dejaras sin

pierna?

—Créeme que haber estado a punto de dejarte baldado estuvo cerca de matarme de remordimientos durante los meses que pasé fuera. Y por supuesto que no lo hice. ¿Qué diablos iba yo a saber que te habías casado? Me importa un bledo tu mujer; me importa un bledo todo esto. Si me presenté aquí esa noche solo fue para informarte de mis planes y para pactar contigo una tregua. Uno de los dos tenía que quedarse con todo. No podemos compartirlo.

—¿Y lo sigues queriendo para ti? —preguntó por mera amabilidad. Sabía tan bien como el mismo Blake cuál era la respuesta.

Igual que el pasado con todos sus detalles lo había cegado de golpe, poco a poco se fueron incrustando los días de desesperación y las noches en vela de los últimos meses. Su lado agresivo se fusionó con el confuso; el violento y arrogante, con el dulce y humilde. Las dos visiones que había tenido de sí mismo, antes y después del golpe, no intentaron derrocarse: no tuvo que elegir una para seguir adelante, sino que se adaptaron para ampliar una perspectiva que siempre se había enfocado en una sola cosa. En una sola persona. Él mismo.

—No quiero volver a ver este lugar en mi condenada vida. —Cerró los puños, lleno de rabia —. Pero tengo que quedarme por Lillias.

—¿Por Lillias? —preguntó, cuando en realidad cuestionaba que no lo hiciera por otra mujer.

Blake apartó la vista hacia la ventana.

Un rostro moreno y unos ojos castaños mirándolo con aprensión, con una sonrisa borracha y sumida en el deseo de un abrazo pasional apareció ante sus ojos: justo cuando menos lo necesitaba.

Ella era siempre la barrera cuando quería tomar la decisión de alejarse, que era a su vez el único modo de salvarse.

Se dio la vuelta con la intención de desaparecer, pero Calder lo retuvo.

—Blake... Tenemos muchos asuntos que zanjar.

—Pero ella se va justo ahora, ¿no es cierto? Y también es algo que debo dar por zanjado de una vez por todas —repuso.

Calder no encontró el modo de rebatirlo.

Se miraron un instante, conscientes de la complicidad de la infancia, de la compenetración durante la adolescencia; del sufrimiento por el que se hicieron pasar al comenzar la vida adulta... y no fue hasta que Blake asumió que todo lo que tenía en la cabeza era su vida entera que se dio cuenta de que Calder y él no eran enemigos puesto que deseaban la misma cosa.

Como si le hubiera leído la mente, dijo:

—Los dos queremos vivir en paz, Blake. Lo tenemos todo en común.

—Entonces dime qué es lo que ha provocado todo esto.

—Un malentendido... y que mientras que yo siempre he pensado que la única manera de vivir en paz es enterrando las armas, tú crees que el modo de lograrla es aniquilando a todo el mundo hasta quedarte solo. Pero así no estarás en paz; así estarás... solo. Y maldito.

—Yo no me he condenado por gusto: vosotros me maldijisteis. No soy quien soy por tu culpa, Calder, pero si me he comportado como un hijo de perra, ten presente que es porque solo cumplo con el rol que me habéis dado. Así que tal vez no sea malo, sino simplemente un cabrón muy obediente con un deseo enfermizo de rebelarse.

Calder inspiró hondo.

—Si tantas ganas tienes de rebelarte para ser bueno, este es tu momento. Coge la oportunidad que tienes.

Blake estiró el cuello.

—Creo que seré generoso por primera vez en mi vida cediendo esa oportunidad mía a quien la necesita más que yo.

17

Denna cerró el baúl con cuidado de que los volantes del vestido no asomaran por la ranura. Casi inmediatamente, y al asumir que era el último que le quedaba por empacar, un ramalazo de melancolía le anegó los ojos de lágrimas. Hizo de tripas corazón para no derramar ni una y, en su lugar, se dirigió a la ventana que daba al amplio jardín.

No iba a ver acabada la restauración de Cranston Castle. Ni el nacimiento del primer hijo de Calder y Beth. Tampoco se quedaría para presenciar las lentas mejoras de Blake. Pero lo que ganaba podía compensarlo, porque tampoco estaría allí el día de su boda con Lillias, ni tropezaría cada día con el hijo que tuvo estando casado con ella... y, por supuesto, su vida dejaría de correr serio peligro.

En su desesperación, Denna se habría preguntado qué habría sido lo peor que podría haber ocurrido si los matones la hubiesen alcanzado. Quizá habrían acabado con ella. Y si eso hubiera sucedido, a esas alturas, ¿qué importancia tendría? Denna siempre había sido demasiado orgullosa para no darle alguna utilidad a su vida, aunque la dedicara exclusivamente a mimar su aspecto de forma obsesiva. Allí, sin embargo, no encontraba ni un solo motivo por el que mereciera la pena ponerse a resguardo.

Denna observó en silencio el ir y venir de los voluntarios. Desde su dormitorio parecían pequeñas hormiguitas trabajadoras. Tenía una vista magnífica: era la mejor habitación de todo el castillo.

A pesar de lo mucho que Blake odiaba lo relacionado con su padre, la había alojado allí, con la condición de verla de vez en cuando y pasar la noche a su lado. Denna recordaba con especial afecto esos momentos compartidos, esas charlas en la oscuridad. Le gustaba imaginar que Blake, aprovechando las sombras, dirigía una mano a su cadera y empezaba a tocarla. Llevaba años sabiendo que su condena era contradecirse continuamente, pero se daba especial cuenta cuando, pese a haberle prohibido que le pusiera un dedo encima, soñaba despierta y dormida con que él ignoraba su petición y la convencía de olvidarlo todo con sus besos.

Se acordó de una de las últimas noches antes de que todo se destapara, cuando la complicidad ya brillaba en sus miradas al sonreírse en silencio. Ella se había metido bajo las sábanas con la sensación de que esa noche disfrutaría de su presencia: él apareció como si hubiese intuido su secreto deseo y se tendió sobre las mantas, completamente vestido, después de un día

desaparecido en la destilería.

—Tienes suerte de que sepa reconocer tus pisadas —le había dicho Denna en voz baja—, o de lo contrario me habría asustado al intuir el peso en el otro lado de la cama.

—¿Con quién podrías confundirme? ¿Acaso esperas a alguien más? —se mofó. Denna puso los ojos en blanco.

—No, pero puede que alguien más tenga interés en pasar la noche conmigo y para ello decida hacerse pasar por ti.

—Suena a algo que haría un Eros desesperado.

Denna ladeó el cuerpo hacia donde intuía que estaba él y colocó las manos entrelazadas bajo su mejilla.

—¿Eros?

—¿No conoces el mito de Eros y Psique? —inquirió. La piel se le puso de gallina al oír su voz varonil tan cerca. La sintió como si de un aliento en el cuello se tratase; a veces, sus anhelos se materializaban en caricias imaginadas que en realidad nunca sucedían.

Aquella costumbre platónica le trenzaba el cuerpo de pasión cada noche, y aquella no sería una excepción.

—No sabía que el dios del amor estuviera enamorado.

—Si no hubiera estado enamorado no habría tenido ningún derecho a que lo llamaran dios del amor, ¿no crees? Uno no puede especializarse en algo que no conoce o no ha vivido. Y por supuesto tendría que conocer también el desamor.

—¿Conoció el desamor con Psique?

—Se sintió traicionado por ella, sí. La historia comenzó cuando Afrodita, insegura y celosa como siempre, le pidió a Eros que hiciera que Psique, cuya belleza la hacía sentir amenazada, se enamorase de un hombre cruel. Eros pretendía obedecer, pero al verla se prendó de ella y en su lugar la raptó estando dormida.

—¿Por qué los griegos ven tan romántico el secuestro?

—No solo los griegos; mis antepasados highlanders debieron llevar a cabo alguno que otro para saciar su sed de amor —repuso con un tonillo divertido—. Gracias al cielo que hoy día se han descubierto y patentado otras maneras de persuadir a las mujeres para perder su tiempo con los hombres.

—¿Cuál has patentado tú? —flirteó ella.

Él, ya acostumbrado a sus inocentes provocaciones, suspiró.

—No soy muy distinto a Eros: me cuelo en tu habitación cada noche, pero en lugar de dejarme arrastrar por la lujuria, pretendo maravillarte con mis conocimientos sobre mitología clásica.

—Estoy debidamente impresionada. Pero, por favor, no me digas que Eros abusaba de Psique. Explicaría el origen de la palabra psicosis: seguro que después de eso, Psique se volvió loca.

—Lamento tener que acabar con tus esperanzas de descubrir una historia de horror y desagrado; solo puedo ofrecerte una más o menos romántica.

Denna sonrió de oreja a oreja.

—Continúa.

—Eros iba a verla cada noche aprovechando la oscuridad para seducirla. Lo único que ella debía cumplir, para que la vida de esposa satisfecha no tocara a su fin, era... no encender la luz, básicamente. Eros no quería que lo descubriera.

—No me imagino a Eros como un tipo feo o inseguro.

—Yo tampoco soy un tipo feo o inseguro, y aquí estoy.

—Puedes encender la luz si así lo deseas. Yo no te voy a imponer la visión nocturna a cambio de compañía.

Blake rio y el corazón de ella empezó a latir más fuerte.

—Me gusta más así. Tengo el día para verte y la noche para imaginarte. Siempre que vengo, me invento una descripción sobre lo que llevarás puesto, cómo te habrás recogido el pelo... si estarás sonriendo, de lado hacia mí, o mirando hacia el techo.

Denna se humedeció los labios.

—¿Cómo me imaginas ahora?

—Nunca te he visto en camisón, así que me temo que mi mente tiende a verte con uno de los más indecentes que he quitado a una mujer.

Denna arrugó el ceño. Odiaba cuando a veces mencionaba sus aventuras pasajeras; aunque hubieran tenido lugar antes de la boda, no podía evitar envidiarlas por tener algo que a ella le faltaba.

—Creo que te ha molestado mi comentario —manifestó, con una nota de diversión—. Me gustan tus celos.

—¿Mis celos imaginarios? Porque eso te lo estás imaginando igual que mi vestuario.

—He visto tus celos bajo la luz del sol; no necesito recurrir a mi imaginación para saber cómo son.

Denna se ruborizó.

—Me estabas hablando del camisón —musitó, queriendo cambiar de tema.

—Es semitransparente. Los tirantes son tan finos que podrían romperse con solo mirarlos. Cubre hasta por debajo de las rodillas... apenas tiene volantes. Podría rasgarlo con un dedo. —Denna iba haciendo anotaciones mentalmente cuando él se calló. Sonó más cerca al agregar—: Solo por si acaso... Yo también tengo celos de todo lo que te toca.

Denna ahogó un suspiro al oír su voz rasposa casi contra la nariz. Estaba tan cerca que podría besarla si se moviese un milímetro, pero ambos permanecían quietos, tensos por las ganas que, acumuladas, los habían petrificado.

—Llevo uno de algodón —logró articular—. Cerrado hasta el cuello con botones y con volantes en las mangas.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó con voz ronca. Ella asintió, y él, como si de veras hubiera desarrollado la visión de los búhos, estiró un brazo bajo las sábanas y rozó con los dedos la parte

de los volantes que quedaba más cerca de sus muslos. Aun con la tela en medio, Denna sintió el eco de su tacto en todo el cuerpo—. Suave.

Guiada por un impulso, Denna ahuecó su mejilla con la palma. La barba de tres días que casi siempre lucía la arañó.

—Rasposo —musitó.

Lo sintió sonreír bajo la mano, y pronto notó la masculina de él subiendo por la curva de su cintura hasta llegar al contorno de uno de sus pechos. Lo recorrió con el pulgar, erizándole los pezones.

—Voluptuoso —dijo con voz grave. Ella cerró los ojos y acarició su rostro: las pobladas cejas, la frente lisa, la nariz irregular. Se detuvo en la protuberancia del cuello.

—Masculino.

Él enredó dos dedos en su melena suelta.

—Seda pura.

Denna empujó la barbilla hacia delante para rozar las puntas de sus narices. Deslizó los dedos hasta el pecho de Blake. Llevaba camisa y chaleco.

—Esto sí que es seda pura. ¿O te harías un chaleco con mi pelo?

—Me haría un amuleto con un mechón de tu pelo —corrigió. Ella tembló de excitación y rozó la línea de su mentón con el índice.

—Puntiagudo.

Él reconoció las pestañas femeninas con lo que parecía la yema del meñique.

—Infinitas.

El anular de Denna desembocó en la comisura de su boca. Con el corazón latiendo furiosamente, estiró la mano y apoyó las puntas de los dedos en sus labios entreabiertos. No encontró un adjetivo que los definiese.

—¿No vas a decir qué te parecen? —susurró él, con una voz sacada del más profundo de sus sueños. Ella no supo qué decir, pero se quedó donde estaba—. Quizá pueda darte una idea...

La abrazó por la cintura y la trajo hacia sí.

—Tuyos —pronunció con voz ronca.

La misma y devastadora sensación que había estado mil veces a punto de consumirla volvió a abrumarla: Denna se prometió a sí misma que sobreviviría si no lo besaba. Pero no guardaba la esperanza habitual. Esa vez su corazón dio tales brincos que estuvo segura de que moriría.

—Te reconocería incluso si vinieras a visitarme sin pronunciar tu nombre —confesó ella, temblorosa—. Eres el único hombre al que espero... al que esperaré siempre.

Blake emitió algo parecido a un ronroneo. Entrelazó sus dedos con los de ella. Su mano firme y callosa la protegió de un vibrar virginal.

—Eres la criatura más peligrosa que Dios ha podido crear: diciéndome eso haces que todo lo que he hecho merezca la pena —dijo con vehemencia. La pasión daba color a sus palabras, tanto que Denna juró que las veía brotando de sus labios—. Te quiero tanto que a veces se me nubla el

juicio y no pienso con claridad.

Ella se secó las lágrimas que no pudo contener al rememorar aquella noche. Sacudió la cabeza y apartó la mirada de la cama, en la que en muchas otras ocasiones él le había jurado que la amaba. Había pasado años repitiendo para sí esas palabras con la exacta entonación en que fueron pronunciadas, dándose cuenta del remordimiento que entrañaban; incluso del matiz premonitorio, como si él hubiera sabido desde el principio que no podría perdonar lo que le hizo.

Denna ya no recordaba a Angus. Ni su rostro. Ni sus ojos. Ni sus manos. Ni siquiera entendía por qué lo amó. Blake había engullido cada detalle de su vida anterior, incluso de la que ahora vivía, abocándola a reemplazar la realidad por sus fantasías.

El crujido del suelo la avisó de que era hora de partir, o eso pensó. Al alzar la vista, se topó con la mirada fija de Blake.

Todo su cuerpo se puso alerta. Su mera presencia la amenazaba porque significaba que sus emociones se dispararían en cualquier momento. Quiso abrir la boca para preguntarle qué hacía allí, pero vio algo en el fondo de sus ojos que le echó un nudo al estómago.

Blake se acercó muy despacio. Su caminar felino le recordó peligrosamente al del verdadero Blake, igual que su hermosa expresión casi animal.

—¿Has venido a despedirme? —preguntó ella con voz estrangulada, intentando sonar seca.

Él se detuvo justo delante, alto, poderoso y amenazante como un desastre natural.

Estiró la mano hacia su regazo y dejó en él algo que Denna no había visto. Con extrañeza, tomó entre los dedos el tallo de una flor.

El corazón se le paró al reconocer la clavelina de mar.

Alzó la barbilla de golpe y se topó con los verdaderos ojos de Blake; en los que ardían la ira y la pasión como dos caras de una misma moneda.

—¿Blake? —murmuró, como si acabara de reconocerlo.

***

Cuando Denna despertó del trance, Blake ya se había dado la vuelta con la clara intención de marcharse. Lo único que se le ocurrió para evitarlo, más a raíz de una reacción involuntaria que porque quisiera detenerlo conscientemente, fue levantarse y cogerlo de la mano.

Una corriente eléctrica le recorrió desde los dedos hasta el hombro. Como si se la hubiera transmitido de algún modo, esa energía acabó concentrada en los ojos con los que Blake la fulminó mirándola por encima del hombro.

—Lo recuerdas todo —articuló ella.

—Por desgracia para ti.

Blake se giró para encararla. Denna, sobrecogida por la luz que hacía brillar su mirada furiosa, fue retrocediendo conforme él avanzaba. Volvía a verse acorralada, pero esta vez por el hombre que antes no se acercaba; por el hombre que mantenía las distancias y se las apañaba para

transformar su evidente deseo en puro desprecio. No tenía el menor sentido, pero sentía que había llegado el momento que llevaba años aguardando.

—Blake... —Usó las manos para detenerlo, aun cuando una parte de ella no quería ni siquiera alejarse: deseaba fervientemente que la aplastara con su pecho.

—Eres una mentirosa compulsiva —siseó—. Eres la más pérfida y cruel de las mujeres que he tenido la desgracia de conocer. Incluso desmemoriado y loco por ti me desprecias como si no valiera nada... como si lo único que te hubiera causado en cinco años hubiese sido dolor.

—¿Acaso no me lo has causado?

—Gran parte de ese dolor te lo causaste tú sola con tu deseo de guardarme rencor, y no dudes de que el daño que has sufrido me ha rebotado a mí.

Denna cogió aire y lo retuvo en los pulmones.

Su emoción era indescriptible: Blake estaba allí, de cuerpo presente, entero y perfecto. Odioso y terriblemente deseable, enfermo de pasión por ella y a la vez quebrado de dolor, como siempre había sido; como siempre se había sentido para acompañarla en sus sentimientos a la deriva. Irracionalmente quiso acariciar sus pómulos altos, el abanico de pestañas rubias; hundir los dedos en su flequillo, que pronto caería chamuscado por la fogosa intensidad con la que la miraba.

—Me llamabas a mí manipulador y embustero... —Estiró los labios en una sonrisa asqueada —. De qué maldita manera te has retratado aprovechando que no estaba para hacer lo mismo que se supone que yo hice.

—Mis errores no sustituyen los tuyos, y tu sufrimiento no compensa el mío.

Blake apoyó las manos encima de su cabeza, proyectando una sombra sobre ella. Fue como si el sol se apagara de golpe.

Denna echó el cuello hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Tan fría y orgullosa como siempre. No admitirías de ninguna manera que tú también eres capaz de romper y pisotear un corazón. Eres una bruja sin alma y tenías que oírlo de mis labios para que te acompañe allá donde vayas.

Denna apenas podía respirar. Tenía a Blake prácticamente encima. Respiraba su olor acre y no había nada más en su campo de visión que su rostro congestionado; que sus ojos ahogados en anhelos imposibles.

—Entonces has venido a decirme adiós a tu manera.

—No, no he venido a despedirte: he venido a condenarte —anunció—. Para que pases el resto de tu vida pensando en lo que yo te diga; para que te dirijas a donde te dirijas, y a cada paso que des, solo puedas llorar porque te estás alejando de mí.

—¿Y qué podrías decirme para hacer realidad tu maldición? Ya me has dicho que me odias en cientos de ocasiones y no me ha importado.

Denna estuvo a punto de deshacerse cuando vio su respuesta reflejada en el semblante antes que la contestación.

—Te diría que te amo como nadie va a amarte jamás. E incluso si no me quieres de la misma manera, te aseguro que vas a sufrir toda la vida porque el espacio que yo he llenado y que quedará vacío en ti no lo va a compensar nada: ninguna ambición, ningún deseo temporal, ningún truco de magia... ni ninguna otra persona.

Denna lo miraba estupefacta y con el alma hecha añicos.

—¿Por qué crees que eso me haría daño?

—Porque por fin he entendido que nada te ofende más que mis sentimientos. Así que maldita seas.

Fue a preguntarle con qué magia o poder se creía que podría condenarla, pero no tenía aire en los pulmones y en realidad conocía la respuesta. No sabía cuál, ni se le ocurrían maneras de demostrarlo, pero Blake tenía magia: era la que había usado para hechizarla una tarde y tenerla años después desafiándolo con una mirada que en realidad rogaba un abrazo.

Blake no se movía de donde estaba. Todo su cuerpo temblaba violentamente y su piel despedía un brillo parecido al del sudor. Respiraba de manera profusa, y aunque parecía que intentaba retirarse, no podía. Denna desencajó la mandíbula, sin poder contenerse un minuto más, y una lágrima corrió por su mejilla. El ceño de Blake se relajó ligeramente solo un segundo antes de que sus bocas se encontraran en un beso salvaje.

Denna lo abrazó hasta cruzar los codos completamente detrás de su cuello; él podría haberla plegado al enroscarse a su cintura como si quisiera darle dos vueltas con sus manos. Sus labios buscaban el perfecto encaje; se encontraban casi con violencia y no llegaban a separarse cuando él la empujaba con una lengua que deseaba explorar cada rincón de su boca. Denna reconoció su sabor y se entregó por completo al saqueo, igualmente desesperada.

Blake le sacó el moño tirando de un solo par de horquillas y hundió la mano en su melena. Le tiró del cuero cabelludo para echarle la cabeza hacia atrás, exponiendo así su cuello al recorrido de besos y lamidas que desembocó en su escote.

Denna respiraba tan fuerte que lo único que podía oír era a sí misma hiperventilando.

—Blake, por favor —sollozó. Tiró de los mechones de su flequillo para apartarlo de sus pechos—. Necesito que me beses... Te lo ruego...

Sus ojos se encontraron un momento antes de que Blake volviera a tomar sus labios. No fue ni delicado ni gentil; era un beso que la castigaba por sus errores, turbadoramente sensual a la vez. Sus dos manos fueron a los pechos, que sacó del corpiño para aplastar con las palmas. Denna lo agarró de las muñecas y gimoteó de dolor y placer.

Cuando no decía su nombre, lo pensaba. *Blake*. *Blake*. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas que no sabía lo que significaban. Dolor por las mordidas, por cómo apretaba sus senos desnudos y sensibles, como si quisiera dejar sus huellas; placer, un placer indescriptible, de la mano de sus caricias criminales, de su masculina boca haciendo virguerías sobre la suya, a lo largo de su cuello...

Blake se inclinó y hundió los dientes en la carne tierna de su pecho. Denna lanzó un grito que

terminó como un suspiro.

—Tenías que hacerme el amor antes de que me fuera, ¿verdad? —balbuceó ella—. Es lo único que siempre has querido de mí.

Blake la embistió con las caderas y clavó los dientes más hondo. Levantó la cabeza y la miró con dos ojos que resplandecían como los de una bestia en la oscuridad.

—No sé cómo te atreves a decir la mitad de las cosas que dices. Sabes que eso es mentira igual que sabes tu nombre.

Denna cerró los ojos.

—Miente y di que no es esto lo que más ansiabas.

—Por supuesto que es lo que más he ansiado, pero porque siempre he sabido que el día que me dejaras ponerte una mano encima significaría que has aceptado lo que hay entre nosotros —dijo él—. Significaría que me amas... y que me perdonas.

—Yo no estoy aceptando nada.

—Entonces no te haré el amor, pero por Dios que voy a follarte —rugió. El corazón de Denna dio un brinco ante su cruda vulgaridad.

—¿Para castigarme?

—Para convencerte. Lo intentaré todo con tal de que te quedes a pudrirte conmigo.

—Eres un depravado...

Blake volvió a empujarla contra la pared y atrapó su labio inferior con los dientes. Denna sintió que se derretía bajo su peso cuando unos golpes a la puerta los sacaron de golpe de la fantasía. Así fue como ella volvió de pronto en sus cabales y recordó lo que había sucedido; todo lo que se le había olvidado por la conmoción del reencuentro. Con Blake sucedió algo similar: el placer que destellaba en sus ojos se convirtió en una sombra de rencor que lo obligó a retirarse de inmediato.

Mientras Denna se vestía, no tan avergonzada como herida por el fin del que podría ser su último encuentro, alguien empujó la puerta.

Carmichael apareció con gesto turbado y el cuerpo rígido por la ansiedad.

—¿Qué diablos pasa? —espetó Blake.

El highlander no se amedrentó por el tono.

—Un campesino jura que ha visto cómo unos hombres se llevaban a Lillias. Se la han llevado —repitió, como si lo necesitara para entenderlo. Desvió la vista hacia Denna con los ojos casi fuera de órbita—. ¿Qué demonios estabas haciendo tú cuando eso sucedía? ¡Tenías que protegerla!

Los gritos de Carmichael fueron una brutal sacudida; no solo por la gravedad del sonido, sino porque jamás lo había visto alzar la voz. Temió por Blake cuando se acercó, tan desequilibrado y furioso como un toro, pero olvidaba que él podía manejar a los tipos como Carmichael como si fueran muñecos.

—Es tu responsabilidad —insistía Carmichael, enloquecido—, y ha desaparecido. Ha desa...

—Cálmate de una vez. —Lo empujó por el pecho—. Reúne a toda la gentuza; va siendo hora de poner unas cuantas cosas en regla.

—¿Qué cosas? ¿Es que no me has oído?

Blake se giró a taladrar a Carmichael con la mirada.

—Sé dónde está, pero antes vamos a hablar.

18

Blake aún estaba trastornado por el encuentro con Denna cuando se personó en el salón, donde, tal y como había ordenado, se habían reunido aquellos a los que la información podía interesar. Calder tamborileaba los dedos sobre el bastón que tenía atrapado en el hueco entre las piernas cruzadas sobre su sillón Luis XV preferido; Haye, que parecía haber asumido que sus rarezas eran contagiosas, era una mancha oscura muy al margen de la escena; Lachlan Hawke se cruzó de brazos nada más verlo entrar, apoyado en uno de los marcos de la ventana principal.

Se las ingenió para contener un suspiro de alivio al ver que ella no estaba allí.

Lo que acababa de suceder demostraba que no estaba en absoluto en sus cabales, y que el autocontrol que había logrado definir en los últimos años se había ido oficialmente al garete. Volvía a ser la incontrolable bestia del primer día, y ni siquiera: cuando conoció a Denna supo mantener las manos quietas y largarse, sabiendo que se presentaría otro momento ideal para volver a ponerse en su camino y no debía ser impaciente.

Quizá tendría que haber programado la reunión para más tarde. Bastaría una mirada al desgraciado de Lachlan Hawke para transformar toda esa tensión sexual en una ira fácil de descargar en la forma de un puño. Llevaba queriendo matarlo desde mucho antes de que Denna se enrolara en una aventura con él: concretamente, desde que lo cazó mirando a su mujer con ojos lujuriosos. Calder podía jurar que no tenía la menor idea de que su esposa y su socio andaban besuqueándose en rincones oscuros del castillo, pero siendo el único al que confesó que no le gustaba la manera en que Hawke la seguía con la mirada, más le valdría no fingir que su antagonismo lo pilló por sorpresa.

—Son imaginaciones tuyas —le prometió Calder en su día—. Hawke es uno de los hombres más leales que conozco. Sabiendo que es tu esposa no se atrevería a hacer nada.

Por supuesto que no se atrevería. Blake confiaba en su fuerza bruta y también en su capacidad para arruinar la vida de quienes intentaban amargar la suya. Si daba un paso en falso, allí estaría él para asegurarse de que no daba otro. No obstante, no había contado con que Denna caería tan alegremente en sus redes, a pesar de que nunca depositó en ella la confianza necesaria para sacar adelante un matrimonio. Blake había pasado el primer año devanándose los sesos, tratando de encontrar la manera de comprometer el corazón de Denna de manera que nunca tuviera que preocuparse de los afectuosos halagos de Hawke.

Pero no lo consiguió a tiempo. Y ahora debía convivir con ese miserable, que se atrevía a mirarlo directamente a la cara como si no tuviera nada que esconder.

—Lillias ha desaparecido —anunció Hawke.

—¿Y el crío? —preguntó Haye de inmediato.

—Está con Caitriona. No se ha enterado de nada, gracias al cielo. Cuando la han agarrado iba sola, o eso han contado. Ha venido un campesino casi ahogado a comunicarnos que ha visto cómo un par de tipos se ofrecían a escoltarla de vuelta al castillo y se la llevaban a rastras.

—Qué fácil les resulta a algunos pasarles el muerto a los demás. ¿No podría haberla rescatado él? —casi bostezó Haye.

—Ese campesino aúna los dos peores defectos —convino Calder, negando con la cabeza—. Es un cobarde y un soplón. No habla muy bien de él que se haya dedicado a divulgarlo por todo el pueblo.

—Ni de nosotros que estemos aquí —apuntó Hawke—. No entiendo por qué nos entretenemos en el despacho en lugar de ponernos a buscarla por todo el pueblo.

—Porque no tenéis ni idea de por dónde empezar —interrumpió Blake.

—¿Y tú sí lo sabes?

Blake apoyó las palmas en la mesa de escritorio que lo separaba de su público y se inclinó hacia delante. A pesar de que los separaban metros de distancia, Lachlan cambió de postura, incómodo, al recibir toda la atención de Blake.

—Yo lo sé todo.

Dudoso y desconfiado, Lachlan dirigió una mirada a Calder, que no se movía del sillón ni tampoco apartaba la vista de su hermano, como si hubiera que vigilarlo para que no cometiera una locura.

No podría culparlo de tener una actitud defensiva, ni tampoco de pensar lo peor de él: Blake se conocía muy bien y en ese exacto momento le quedaba poco para erupcionar. El rencor que llevaba años cocinándose ya había llegado a su punto de cocción. Solo tenía que presentársele la oportunidad perfecta para vomitar su rabia sobre alguien.

Preferentemente sobre Hawke.

Pero eso tenía que esperar. Si algo le habían enseñado esos meses en la inopia era a mantener la calma y a ser más paciente. Le maravillaba cómo un Blake sin memoria y dispuesto a aceptar cualquier historia que le vendieran había logrado domar a la bestia sedienta de sangre que convivía con él. Todo lo que había socavado en aquel tiempo y las consecuencias positivas que eso trajo se las debía exclusivamente a sí mismo.

—¿Has vuelto en ti? —preguntó Haye—. Maravilloso. Tengo unas cuantas preguntas. Por empezar por una... —Ladeó la cabeza—. ¿Por qué mandaste a unos matones a matar a tu esposa? Sabemos que no te llevas muy bien con ella, pero que seas capaz de amenazarla hace que los demás perdamos la esperanza de sobrevivir a tu rabia.

Antes de arder de rabia porque hubiera siquiera un ser humano capaz de insinuar tal

aberración, Blake maldijo para sus adentros, captando al vuelo lo que había empezado a sospechar en cuanto Carmichael le comunicó la desaparición de Lillias. Al principio pensó que la habrían confundido con Denna por su relación actual con él, pero eso no tenía el menor sentido.

Entonces se temió lo peor.

Se la habían llevado porque el cepo que puso, confiando en que nada sucedería al final, había funcionado.

—No voy a empezar por ahí, pero todo está relacionado.

Miró por el rabillo del ojo el sillón del escritorio. Le pareció ver al fantasma de su padre allí acomodado, frunciéndole el ceño a las cuentas.

Desistió de tomar asiento y rodeó la mesa con un nudo en el estómago.

—Hace un año hice una inyección económica a la empresa para compensar todos mis gastos —empezó—. Haye, tú y yo lo vimos hace no mucho en una parte de la libreta de cuentas de Calder. Estábamos en la destilería y te sorprendió que Calder no hubiera comentado nada al respecto.

—No me acuerdo de eso.

—Fue cuando me enseñaste tu cruz de Santa Brígida, la que llevas al cuello. No por voluntad propia, naturalmente —acotó, regocijándose al intuir que aquella información no debía ser revelada—. Te faltó tiempo para volver a esconderla.

—¿Por qué llevarías tú una cruz de Santa Brígida? —preguntó Lachlan.

Haye ocultó con la desesperante profesionalidad de siempre sus emociones, pero Blake habría apostado su alma a que estaba recordando a cada uno de sus ancestros, y no en buenos términos.

—Porque me gusta burlarme de los sentimientos religiosos. Ya recuerdo —añadió con sequedad, mirando a Blake todo lo que Haye se permitía mirar a alguien: de reojo—. Era una buena cantidad de dinero. Continué investigando al respecto y descubrí que estaba marcada como una venta a Escocia que efectuaste tú mismo.

—Fue una venta, pero no a Escocia. Se la vendí a los contrabandistas de Brodick.

—Justo lo que necesitábamos —aplaudió Hawke con ironía.

Observó que Calder cerraba los ojos un instante y se frotaba la sien.

—Maldito seas, Blake —masculló—. ¿Tratos con contrabandistas? ¿Has perdido la puñetera cabeza?

—Necesitabas dinero y lo conseguí.

—Y eso lo compensa todo, por lo que veo —apuntó, sarcástico.

—Discutiremos mis métodos cuando nos sobre tiempo, ¿de acuerdo? —No esperó a que asintiera—. En principio no hubo problemas. Pero imaginaba que pronto llegarían; me atreví a jugar con una panda de tipos peligrosos. Para no perder lotes enteros, les vendí botellas que no contenían whisky puro, sino un bajo porcentaje mezclado con agua de la bahía.

—¿En serio? ¿Esa broma les gastaste a los contrabandistas? —intervino Haye con una mueca —. ¿Qué tienes, tres años? Aparte de una fascinante sinvergonzonería y muy poco aprecio por tu

vida, quiero decir.

—Imagino que ahora quieren su dinero —resumió Calder, serio.

—Yo creo que más bien quieren darle una paliza —repuso Lachlan—, y como no han podido porque ha estado desaparecido, la han tomado con los demás.

—Con lo que consideraba más valioso —corrigió Beth, llamando la atención de todos. Empujó la puerta, cuyo pomo ya tenía en la mano, y entró haciendo oídos sordos a las quejas de Lachlan y Haye, que insistieron en vano en que aquella no era una conversación en la que debiera intervenir.

—Cerrad el pico —bramó Calder. En tono más agradable, le hizo un gesto a Beth—. Continúa, por favor.

Beth no miraba a su marido, sino al tenso Blake.

La había visto una sola vez: la noche en que perdió la memoria, tan solo unos minutos antes del fatídico golpe. No estaba ni estuvo entonces en condiciones de opinar sobre su belleza, pues Blake había perdido el gusto por las mujeres hacía tiempo, pero pensó que era tal y como su hermano soñaba a la esposa ideal. Hermosa, segura de sí misma y con una claridad en el rostro gracias a la que era fácil deducir que tenía un corazón puro.

—Los hombres que nos agarraron a Denna y a mí no hace demasiado tiempo le dedicaron la amenaza a ella por ser «la esposa de Blake». Ahora que recuerdo, su mensaje fue bastante ambiguo y podría haberse interpretado de muchas maneras diferentes. «Dile a Houston que me dé lo que me pertenece». En el momento pensamos que se refería a ti —le dijo a su marido. Luego volvió a Blake—; que tú los habías mandado para asustar a Denna y recordarle a Calder que tenía que entregarte la destilería y lo demás.

—Y os lo creísteis porque hay muy poca diferencia entre cabrearte por la infidelidad de tu mujer e intentar matarla —ironizó en dirección a su hermano—. Esto es tan puñeteramente halagador que no sé ni por dónde empezar a darte las gracias.

—Sería mejor que concluyeras la historia y fuéramos en busca de Lillias antes de comenzar con los reproches —propuso Calder—. Carmichael ya le ha dado tres vueltas al castillo y es verdad que nunca viene mal hacer un poco de ejercicio...

—Dijo el cojo —apostilló Haye.

—... pero creo que a la quinta vendrá a arrancarnos la cabeza —concluyó, lanzando a la vez una mirada perdonavidas al químico.

Blake decidió dirigirse a Beth, la única persona en toda la habitación que no le despertaba una automática antipatía.

—Estaban buscándome a mí. Yo era el Houston al que querían hacerle daño. Habrían ido a pedirme el dinero directamente porque no son gente peligrosa; prefieren evitar escenas de crímenes en la medida de lo posible...

—Pero desapareciste en las montañas tras el disparo y no estabas en condiciones de entregarlo —dedujo Beth.

—Desaparecí en las montañas y tardé en volver porque no tenía el dinero —reconoció—, pero ahora me sobra.

—¿Te sobra? ¿De qué? —inquirió Haye—. ¿Dónde lo guardas?

—En la cabaña de la Reina. Fue la que me atendió durante todo este tiempo y la que me permitió refugiar el dinero que gané cuando recorrí las Highlands; fue allí donde encontré a Lillias y le propuse matrimonio.

—¿Con qué propósito? —interrumpió una voz femenina.

Blake se erizó como un gato.

Con los puños cerrados, se fue girando lentamente hacia Denna. Aguardaba de pie bajo el umbral de la puerta, y lo enfrentaba como si estuviera preparada para escuchar la peor de todas las respuestas. ¿Qué otra cosa cabía esperar de él, si no?

—Con el de salvarte —resumió sin entonación—. Sabía que mi ausencia enfurecería a los contrabandistas e irían a por la persona que saben que es la más querida para mí. Imaginé que no me libraría del peligro a tiempo, pues necesitaba unos cuantos meses para reunir el equivalente a lo que me pagaron. Por eso anulé nuestro matrimonio y me busqué otra esposa; para que dieran por hecho que te repudio y usarte como cepo no serviría de nada.

Supo que la había sorprendido con su respuesta. Y no solo a ella, sino a cada uno de los allí presentes menos a Haye, que no se permitiría expresar ninguna emoción que desfigurase su desdeñoso semblante, y a Lachlan. Más que asombrarlo, la verdad lo enfureció. Fue latente gracias al músculo que palpitó en su mandíbula.

—Yo me reservaría la información relativa a qué hace Lillias aquí delante de Carmichael —expresó Calder con una suavidad impropia de él—. No queremos que después de todo tu pescuezo acabe rebanado.

—¿Cómo se te ocurrió poner la vida de otra mujer en peligro? —jadeó Beth—. Esa muchacha es inocente.

—No la puse en peligro; se suponía que Lillias no llegaría a Lochranza hasta que yo no hubiera resuelto el problema de los contrabandistas. Solo sabrían que mi matrimonio ya no lo era y que iba a tomar a otra mujer, pero no tendrían ni idea de quién era, ni tampoco dónde encontrarla. Y lo habría resuelto de sobra si no me hubieran golpeado la maldita cabeza: vine aquí para anunciar que me iba a casar con ella, y que le daría mi apellido a su hijo para heredar Cranston Castle, no en busca de guerra.

—¿No es tu hijo? —balbuceó con voz estrangulada. Blake miró a Denna a los ojos.

—Por supuesto que no lo es.

Calder se mesaba la barbilla ansiosamente. Interrumpió el momento de reproches silenciosos levantándose con gesto serio.

—¿Sabes dónde se reúnen esos tipos? Y ¿estás seguro de que tienen a Lillias con ellos?

—No contemplo otra posibilidad. Esos son los únicos que andan pisándome los talones.

—Supongo que fueron esos también los que prendieron fuego al almacén de la destilería —

agregó Calder, mirando a su hermano con ojo crítico, dispuesto a leer en su expresión si decía o no la verdad—. ¿O tú tuviste algo que ver?

Blake esbozó una sonrisa incrédula.

—Si tuviera la menor intención de verla arder, ¿no crees que la habría quemado hace mucho tiempo, cuando aún pertenecía a nuestro padre y no nos disparábamos para ver quién se hacía con ella? Creo que me ofende mucho más que se me haya tomado por idiota a que se me vea como la maldad encarnada. Por lo menos, al diablo nadie le puede negar que tenga dos dedos de frente.

Aunque el suspiro de Calder parecía de resignación, en realidad era de alivio; no le costaba discernir matices como ese en alguien a quien conocía bien.

Por primera vez desde que había recuperado sus recuerdos, Blake se alegró genuinamente de volver a ser él mismo, porque sabía que, si algo no había perdido en el transcurso del tiempo, era la confianza de su hermano.

—Ve con Carmichael, por si acaso necesitaras refuerzos. ¿Estás seguro de que no corres peligro?

—¿Por qué? —lo retó—. Si lo corro, ¿crees que podrías convencer al enclenque de Haye de acompañarme durante el rescate?

—No es el momento para alardear —intervino el susodicho en tono desapasionado—, pero podría dejarte inconsciente usando tres dedos.

—Me gustaría ver eso, pero mejor dejamos las demostraciones para luego.

19

La tranquilidad con la que Blake estaba afrontando la situación no colaboraba en absoluto a apaciguar su ansiedad. Rowen no recordaba haber experimentado tal angustia desde que, sabiendo que su padre moriría por el peso del carro que le había pasado por encima, tuvo que permanecer a su lado, agarrándolo de la mano, mientras duró su agonía. Era un dolor especial que solo se apoderaba de él cuando se trataba de sus seres queridos, y Rowen no tenía muchos: podía apreciar a las señoras del castillo y a sus socios, pero amor le quedaba exclusivamente para solo uno que estuviera vivo. Viva, más bien.

Porque estaba viva. Blake se lo había asegurado.

Después de que le explicara con calma quién y por qué se había llevado a Lillias, pudo respirar de nuevo. Y apenas le había dado tiempo a coger aire otra vez cuando asimiló la otra interpretación de la noticia: la que le haría arremeter contra él.

—La usaste como cepo. Tú la has puesto en peligro —bramó. No pudo arrojarse sobre Blake: para ello habría tenido que desmontar del caballo y ya llevaban demasiado retraso. Hasta llegar a las montañas, donde los contrabandistas tenían su enclave para pasar desapercibidos, les quedaba un buen rato de galope que no desperdiciaría para estrangularlo... cosa que podría hacer después —. Eres el maldito mal hecho hombre.

—Y tú eres la vergüenza de los de tu especie. Mírate, yendo a buscar a una mujer que te abandonó.

Aquella verdad le supo amarga en la lengua y como un veneno en el corazón.

Parte de la crueldad de Blake nacía de la misma fuente que la de Haye, y quizá por eso habían sido más o menos amigos en el pasado: al tratar de ser honestos, no medían sus palabras y acaban hiriendo con el lado afilado de la verdad a la víctima. En el caso de su romance abortado, cada uno de los lados de la verdad dolían, la empuñara por donde la empuñase.

Naturalmente, Rowen no había vivido cada día de su vida esperando que, por arte de magia o por obra de alguna clase de iluminación divina, Lillias volviera a sus brazos con una disculpa y una excusa creíble. Él perdió la esperanza en el mismo momento en que se vio solo en la iglesia y, al ir a pedir una explicación, se topó con una puerta cerrada y un dormitorio vacío. Pero tampoco era tan estúpido como para creer que un posible regreso no le importaría, ni tan ingenuo como para confiar en que algún día abandonaría sus pensamientos.

—Entiendo que no tengas ni la menor idea de a qué nos referimos los demás cuando hablamos de amor desinteresado. Tú no has querido a alguien por el mero hecho de existir jamás —le replicó Rowen, con la vista clavada al frente. A pesar del feroz trote del animal, su voz se alzaba por el ruido.

—Ah, ¿no?

—No. Solo sabes querer a la gente como a las cosas: para ti.

—Por supuesto que quiero a la gente para mí. No puedo pensar en un amor más falso que en el de un hombre que puede vivir sin la mujer a la que adora.

—Yo habría preferido morir a separarme de ella, pero sobreviví porque me quedaban los recuerdos. No finjas que no me entiendes en ese sentido. —Ladeó la cabeza hacia él y observó que Blake tenía la mandíbula apretada, y sus ojos inyectados en sangre apuntaban en la dirección hacia la que se dirigía el animal.

Ese era el único motivo por el que Rowen no podía odiar ni maldecir del todo a Blake Houston: aunque fuera a desposarse con la que de algún modo siempre sería su mujer, aunque hubiera concebido con ella el hijo que debió ser suyo, ese hombre entendía perfectamente lo que era amar a alguien a pesar de todo. No dudaba que él se hubiera ahogado en la desesperación si hubiese sabido que era Denna la que estaba en manos de unos matones. Conociendo su temperamento, no habría cabalgado con el cinto desnudo, sino con las riendas en una mano y un revólver en la otra.

El amor de Rowen era diferente: no menos apasionado, pero sí silencioso y secreto, porque no había tenido la oportunidad de expresarlo ni de desahogarse. Él estaba solo en esa isla, y Lillias había vivido al otro lado del mar durante los últimos años. Para bien o para mal, la distancia le permitió actuar como si no hubiera perdido nada. Blake, en cambio, habiendo convivido con la fuente de sus males y a la vez razón de su existencia, había terminado perdiendo la cabeza. Su amor era un rapto de locura.

Y por eso no podía juzgarlo del todo.

Desmontaron más allá de la cabaña de Bonnibelle, de la que habían sacado el dinero debido apenas unos minutos antes. La tranquilidad de Blake se había esfumado, e imaginaba por qué: por la mención indirecta a Denna.

A Rowen le habría gustado acercarse a él en alguna ocasión, al verlo carcomido por la angustia, para decirle que guardar rencor era una maldición añadida a la ya dolorosa de saber que la mujer amada era imposible. Rowen también sufría más allá de toda razón, pero el dolor de Blake, por haberse regocijado en él y haber sufrido las consecuencias día tras día, era tan insoportable que le impedía vivir. Incluso respiraba de un modo diferente cuando Denna entraba en el salón, como si de pronto le hubieran rajado los pulmones.

—Es aquí —señaló.

Todos sus pensamientos se disolvieron en cuanto ubicó la puerta de acceso en medio de la oscuridad. Invadido por su propio sentir, Rowen dio una patada que la sacó del quicio y la

desplomó en el suelo.

Ambos pasaron por encima y se detuvieron antes de que el cañón de una pistola les rozara el pecho.

Otros dos contrabandistas le cerraban el paso, armados con sus revólveres. En los ojos de uno de ellos brilló el reconocimiento en cuanto ubicó a Blake; bastó con saber que se trataba de él para bajar las armas, aunque no para soltarlas.

Uno de ellos se quitó el pañuelo que le cubría la boca y esbozó una sonrisa.

—Hasta que por fin nos vemos las caras, compañero. Veo que estábamos amenazando a la joven equivocada; ha sido ponerle un dedo encima a esta y tenerte en la puerta casi al instante. —Asintió, en apariencia orgulloso de su hazaña—. Es muy bonita, bastante más que la otra.

—Si le habéis tocado un pelo me tragaré hasta la última de estas monedas delante de vosotros —amenazó Blake.

—Eso significa que tendremos que abrirte en canal. No te pongas estúpido, Houston; sabías a lo que te estabas exponiendo cuando nos hiciste quedar en ridículo. Y ¿qué te crees? ¿Qué una humillación como esa no se paga con intereses?

Rowen examinaba la habitación en busca de una mancha de pelo rubio ceniza. Estaba solo iluminada por un par de candelabros y la luz de estos no llegaba muy lejos. Casi todo estaba sumido en la penumbra, y nada le aseguraba que no fueran a emerger de las sombras otro par de matones. Maldecía a Calder por haber prohibido las armas en el castillo, y a sí mismo por no haber tomado la precaución de llevar una consigo.

—¿Qué demonios significa eso, miserable? Te pagaré el doble si gustas, pero entrégame a la mujer y no perdamos más el tiempo.

—Eso del doble suena bien... —tonteó. Ladeó la cabeza y examinó en la distancia, con ojos codiciosos, la bolsa que llevaba en la mano—. ¿Lo tienes ahí?

—Dime dónde está ella o no vas a ver ni una moneda.

El matón puso los ojos en blanco. La oscuridad impedía que Rowen pudiera ver con claridad sus rasgos, que tenía interés en memorizar por si tuviera que cobrarse su venganza. Solo atinó a reconocer unos ojos claros, tan claros que ni la ausencia de luz podía apagarlos, y un destello de oro en su sonrisa ambiciosa.

—Puedes encontrar a tu mujercita al fondo. —Extendió el brazo—. El dinero.

Blake no se lo había soltado aún cuando Rowen se abrió paso entre los dos enclenques y, con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, ubicó a Lillias tendida sobre un jergón. El corazón se le aceleró dramáticamente al intuir, y después comprobar, que estaba inconsciente.

Agarró uno de los candelabros y se puso de rodillas junto a ella. Con el pulso latiendo en los oídos, intentó despertarla. Fue en vano. Tiró de su delicado brazo para levantarla y su cabeza, sin voluntad alguna, se ladeó en el sentido de la gravedad con la pesadez de la de un cadáver.

—Lillias —susurró. Al ver que no respondía, la elevó por las axilas y la acercó a su pecho—. Estoy aquí.

El corazón se le quebró de pensar que pudiera abrir los ojos y mirarlo decepcionada; ahora sabía que Blake no la amaba, que le hizo un hijo y pretendía casarse con ella para que pagara por sus pecados. Pero era obvio que ella lo quería a él. La conocía y estaba seguro de que nunca se habría entregado a alguien que no amaba, tan bien como sabía que preferiría que fuese Blake en persona su rescatador.

Pero por encima de aquello, intuía que no iba a abrirlos.

—*Dùisg, mas e do thoil e... Dùisg.*[11]

Presa del pánico, la zarandeó; al principio con suavidad y enseguida con más fuerza, intentando, sin resultado, que alguna parte de su cuerpo respondiera. Estaba fría, pálida; tenía los labios secos, el pelo pegado a la cara... y un moratón en la mejilla. Su cabeza se movía de un lado a otro y el latir de su corazón era tan débil que apenas podía escucharlo.

—Lillias, *mo ghaol, innis dhomh gu bheil thu beò.*[12]

El único gesto que ella hizo para demostrar que aún no había cruzado el umbral fue despegar los labios. Rowen cerró los ojos un segundo y apoyó la frente en la de ella, no tan complacido como para contener las lágrimas.

La abrazó con fuerza.

—*Dè a rinn iad ort...* —balbuceó, meciéndola—. *Dè a rinn iad ort...*[13]

—¿Qué le pasa? —interrumpió Blake, de pie junto a ellos. Observó la escena con el ceño fruncido y el horror reflejado en los ojos. Hizo algo que a Rowen no se le había ocurrido: se aseguró, con una mirada ansiosa, de que llevaba la ropa puesta y no había rastro de sangre.

—No lo sé... —tartamudeó. Sacando fuerzas sin sentirlas, gritó—: ¿Qué le habéis hecho? Lillias, *tha mi a 'guidhe ort, fosgail do shùilean.*[14]

—Basta ya. Vamos a llevárnosla —decidió Blake—. La Reina la revisará.

—Se está muriendo —sollozó. Le sujetó la cabeza con las dos manos. El aire apenas salía de sus labios entreabiertos.

—Por supuesto que no. Levántate, Carmichael —ordenó. Al ver que no obedecía, demasiado conmocionado para reaccionar, lo sacudió por los hombros—. ¡Levántate, maldita sea! ¡Sea lo que sea que le pase, Bonnibelle lo resolverá! ¡Muévete de una vez!

Rowen se activó con los gritos, iniciando una cadena de movimientos mecánicos. El alma le había abandonado el cuerpo y se movía impulsado por la energía que vibraba en los aullidos de Blake. Le pareció, por el rabillo del ojo, que se dirigía a los contrabandistas y hacía algo... ¿Qué hacía? ¿Se enzarzaba con ellos? Lo veía todo borroso y lo único que sentía vivo era la figura femenina que cargaba en brazos. Aún latía, aún estaba caliente.

¿Por cuánto tiempo? ¿La podía salvar?

No recordaría nada de lo que vio, tocó o sintió mientras la subía al caballo con dificultades; sus cinco sentidos se habían pegado a Lillias, desesperados por captar el más sutil de los cambios en sus constantes vitales.

La cabeza se le llenó de pensamientos estúpidos. ¿Siempre había sido tan pequeña? Tenía el

pelo tan largo... ¿Se acordaría del placer que lo embargaba acariciándolo cuando aún eran adolescentes; cuando aún no podía siquiera imaginar el alcance al que llegarían sus sentimientos de muchacho?

Blake se unió a él con los nudillos abiertos y la sangre corriéndole por la sien. Rowen no se dio cuenta de eso. Sus ojos solo intuían en la oscuridad a la figura inerte de la mujer, ese recipiente en el que él había depositado su vida entera.

—Vamos. Me quedo aquí. —Al ver que Rowen no se movía, insistió—. Me quedo aquí, Carmichael; muévete, por lo que más quieras, y encuentra a la maldita Reina. Estoy seguro de que la han envenenado y tiene cientos de pociones para contrarrestar eso. ¡Encuéntrala!

Rowen reaccionó de nuevo atizado por el látigo de sus palabras. Montó a la yegua y la azuzó para rehacer el camino. Estaba tan confuso que no tenía la menor idea de a dónde se dirigía, pero la bendita intuición del animal los llevó de regreso al castillo.

Durante el camino, Rowen se ató las riendas a las muñecas y abrazó a Lillias. Acunó su cabeza como a la de un recién nacido, con cuidado de que no se moviera. «Si no, luego te dolerá», pensó.

Y no quería que le doliera nada. Nada.

—Lillias... Por favor. —Desgarrado y con lágrimas atrancadas en la garganta, susurró—: *Is tu solas m ’anama. Na cuir dheth.*[15]

La yegua se plantó jadeando en las puertas del castillo. Y fue ahí cuando el alma de Rowen se volvió a fusionar con el cuerpo y pudo ser dueño de sus acciones: gritó al primer criado que vio pasando por allí para que lo ayudara a desmontar a la muchacha y ordenó que fuera en busca de la Reina. Rowen la cargó en brazos tan rápido como se lo permitieron las piernas. Rogaba para sus adentros que no le fallaran.

Sin pensar en lo que hacía, se dirigió a su habitación y la tendió con cuidado reverencial sobre el lecho. El criado demostró haber sido sorprendentemente eficiente: la Reina apareció con gesto solemne, armada con la única calma que podría haberlo tranquilizado. Pero esa esperanza no tardó en disolverse. En cuanto examinó el rostro de Lillias, masculló una maldición en gaélico y se arremangó las faldas para subirse a la cama.

—Hay que hacerla vomitar —decretó—. Es probable que ya tenga el veneno en la sangre, pero por si acaso tenemos que vaciarle el estómago.

Sin la menor escrupulosidad, le separó los labios y hundió dos dedos en su garganta. Rowen ayudó a la Reina a incorporar a Lillias cuando una arcada la dobló por el estómago; la muchacha la animó a escupirlo todo en el cuenco del aseo personal.

Aún entre algún punto de la conciencia y la inconsciencia, Lillias prorrumpió en toses y gemidos.

—Llama a Haye —le dijo—. Él sabrá reconocer los ingredientes que describiré.

—Ya estoy aquí. Era imposible que no me llamase la atención el escándalo que tenéis montado... —La voz del inglés se apagó en cuanto se asomó sobre la coronilla rubia de

Bonnibelle y observó el estado de Lillias, que se doblaba de nuevo para escupir en el cuenco, como si le sobrara saliva—. Vaya, menos mal que los contrabandistas no iban a tomar represalias. Quién sabe qué habríamos hecho si de veras fuesen vengativos; tal vez preparar un funeral.

Bonnibelle lo miró por encima del hombro.

—La han envenenado. ¿Sabe con qué?

—¿No lo sabe usted? —replicó, aparentando asombro.

—He pensado en belladona como somnífero y mercurio.

Haye desplazó sus ojos negros lenta y calculadoramente por el rostro lívido de la muchacha. Le tomó el pulso cogiéndola de la muñeca y torció el gesto.

—Hay sangre en el vómito y presenta decoloración y escamación cutánea en las mejillas.

Bonnibelle cogió la mano inerte de Lillias bajo la mirada espantada de Rowen.

—También en los dedos —apuntó.

—Si fuera belladona tendría taquicardia y rubefacción cutánea. Yo diría que es mercurio. Inorgánico —especificó—. No le han dado la suficiente dosis para matarla, o de lo contrario llevaría un rato ya muerta, pero sí sobrada para hacerle pasar un mal rato. O eso, o sus defensas estaban preparadas para neutralizar parte del veneno, cosa que francamente dudo.

—¿No morirá? —preguntó Rowen, desesperado.

Haye torció la boca.

—No lo creo, pero nunca se sabe. Es una mujer muy pequeña. Para que se haga una idea, si se hubiera tratado de nuestra Reina, los elfos de Elphame ya habrían tocado la corneta para declarar luto nacional.

—Y estoy segura de que eso le habría encantado —acotó Bonnibelle, en absoluto afectada por la comparación—. Voy a preparar triaca.

Haye pestañeó dos veces.

—¿Perdón?

—Los tengo aquí todos; los conseguí en Inglaterra. Opio, eléboro, jengibre, iris de Florencia, valeriana, acorus aromático, ruibarbo, potentilla, raíz de aristolochia, raíz de asarum, de genciana, madera de aloe, canela de Ceilán...

—Mejorana, rosa roja, azafrán, mirra y olíbano entre otras —terminó Haye, burlón—. La triaca no sirve para nada. El doctor Heberden la excluyó de la farmacopea inglesa el siglo pasado, ¿o eso no lo ha leído?

—No me interesa lo que haga el gremio médico inglés. ¿Y qué otra cosa se le ocurre? —De un salto ágil que la hizo volar un segundo, se apartó de la cama—. Yo no le echo azafrán: tengo mi propia fórmula e incluye sulfato de hierro y betún de Judea.

—Sulfato de hierro. ¿Pretende impresionar a este químico? —ironizó—. ¿Tiene todos los ingredientes ya desecados y triturados? Porque si no, para cuando acabe, muy probablemente estará muerta.

—Me queda algo del último concentrado que hice. Solo necesito que me la disuelva en trementina, vino y miel.

—A ver si lo he entendido bien... ¿Le va a aplicar un electuario a la pobre mujer?

—La otra posibilidad es contrarrestarlo con algas de chlorella y aceite de pescado.

Haye cabeceó, pensativo. Clavó en la muchacha su mirada oscura.

—Voto por eso.

—Sea lo que sea que vaya a darle, déselo ya —murmuró Rowen. Retiró el pelo húmedo de Lillias de su frente—. Parece que mejora, pero...

Bonnibelle asintió y se dirigió a Haye.

—Vaya y disuelva la triaca. Yo buscaré las algas y el aceite. Tengo la sensación de que habremos de intentarlo todo.

—Ya tardaba en dejarse llevar por su pálpito sobrenatural. ¿Cuándo me ha ascendido a ayudante?

—Cuando demostró no ser del todo inútil encargándose de mis pacientes; después de eso, he decidido tenerlo algo más en cuenta. —Entornó los ojos—. Tráigala. Está en mi habitación, etiquetada como tal.

Haye levantó las cejas.

—Así que va a invitarme a su dormitorio. Parece que no me encuentra tan repugnante.

La Reina lo fulminó con la mirada. Un gracioso rubor que reveló la facción más tímida de su personalidad inundó sus mejillas.

—Muévase. No hay tiempo que perder.

—Está usted muy segura de que voy a obedecer.

—Ve o te juro que te mataré —interrumpió Rowen.

Haye le sostuvo la mirada con una expresión difícil de descifrar. Apenas un segundo después, había desaparecido en el pasillo.

Bonnibelle y Rowen se quedaron uno a cada lado de la enferma, que respiraba con dificultad. Cuando despegó los ojos del rostro pálido de Lillias, se topó con los de la Reina, que llevaba un rato observándolo.

—Sobrevivirá —le prometió—, pero no estoy segura de que pueda recuperarse.

El corazón de Rowen latió deprisa.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No sé cuánto tiempo ha pasado desde que ingirió el mercurio, pero ya debe haber llegado a su torrente sanguíneo... y eso significa que podrá afectar a los riñones y al cerebro. Si es una cantidad grande... puede que enferme para toda la vida y no llegue a los cuarenta años.

Rowen negó con la cabeza.

—Eso no es posible. Y ni mucho menos con usted cerca, ¿verdad? Usted sabría cómo curarla.

Bonnibelle le sostuvo la mirada con determinación.

—No dude ni por un segundo que intentaría ayudarla. Es para lo que estoy aquí. Pero he

lidiado con suficientes pacientes envenenados para saber que es complicado tratar los síntomas posteriores.

Rowen apretó la mandíbula y volvió a mirar a Lillias, demasiado superado por las emociones para responder. Se fijó en la extrema palidez de la muchacha, en el temblor de sus párpados y la piel escamada del rostro. Presentaba el enfermizo aspecto de un paciente al borde de la muerte, pero Rowen creyó a ciegas en el diagnóstico de la Reina y aplacó su corazón acelerado asegurando que viviría. Pero ¿querría ella vivir si no era al límite de sus posibilidades?

Se inclinó y besó su frente. Lillias se estremeció inconscientemente y luego todo su cuerpo se relajó, como si de algún modo su caricia hubiera trascendido.

—*Tha gaol agam ort. An cluinn thu mi? Bidh gaol agam ort gu bràth.*[16]

20

Nada más desmontó del caballo, Blake se tuvo que apoyar en el muro de piedra del castillo para tolerar una arcada que le vació el estómago. Con la visión borrosa y la garganta ardiendo, se tocó la cara. El reconocible calor líquido de la sangre le empapó los dedos.

Esos miserables le habían partido la nariz. Sabía lo que significaba ese mareo: estaba perdiendo demasiada sangre por culpa de las heridas... y eso no era todo. La estampa de Lillias tendida en el jergón como un cuerpo sin vida había sido su bandera a la hora de arremeter contra los salvajes, y la imagen que lo había perseguido en el trayecto de vuelta para atormentarlo con una culpabilidad que, hasta entonces, nunca había experimentado en ese esplendor.

Le habría gustado ser lo bastante valiente para entrar y preguntar por ella: si seguía respirando o el veneno, arma que los agresores habían confesado usar, se la había llevado al otro mundo. Blake cerró los puños ensangrentados sobre la superficie irregular de la pared y tensó todo el cuerpo para resistir una oleada de ira. A diferencia de lo que nadie pudiera pensar, iba dirigida contra él igual que todas las anteriores.

No había hombre o mujer caminando sobre la faz de la Tierra que mereciera la mitad del odio que se reservaba a sí mismo. Esa noche no hallaría perdón alguno por lo que había provocado. Ni en los ojos del resto, ni mucho menos en los suyos propios.

Tambaleándose al borde del desmayo, dio una vuelta a los alrededores, lo suficientemente distanciado de la construcción para poder contemplarla como lo que era: un esplendoroso castillo en medio de la nada, levantado solo para remarcar más aún la diferencia entre los ricos y los pobres de la zona comarcal.

Las palabras de su padre decidieron visitarlo entonces para confirmar lo que él siempre había pensado.

«Eres un despojo humano».

«No deberías haber nacido».

Oh, desde luego que no. Blake se prometió en su día que dedicaría su vida a defender a los débiles, a hacer el bien, solo para llevarle la contraria a su padre. Para demostrarle que no era tan cruel como él juraba que sería. Y empezó de forma satisfactoria: complacía a los demás y también a sí mismo cuando protegía a Calder de la maldad de una familia desestructurada, cuando se daba un paseo por el pueblo para tender una mano amiga a quien lo necesitara. La

generosidad había llenado siempre su corazón. Pero era hijo de su padre; un padre que, al criarlo en el sadismo, terminó por transmitirle cada uno de sus valores secundarios. Y estos habían terminado manifestándose, comenzando por el egoísmo: un pecado que se materializó cuando, por capricho, arrebató la vida a una mujer para unirla a la suya. Denna... Con ello había matado sus sentimientos y su impulso vital.

¿Habría acabado con los de Lillias de un modo literal después de haberla abocado al peligro?

Una nueva arcada intentó doblarlo por la mitad, pero se resistió abrazándose el estómago. Sorbió por la nariz. Casi notaba cómo se le iban formando las costras de sangre en el interior del tabique. Su instinto de supervivencia le decía que buscara un médico. La memoria, esa que le habría convenido no recuperar, lo instaba a esperar que la muerte fuera a buscarlo.

«Esto es lo que mereces», decía Houston.

Blake lo había odiado por cada golpe, pero sabía que tenía razón. Lo merecía. Lo mereció también entonces, porque *era culpable*. Acumulaba errores y desgracias desde los seis años, y ya en aquella época, cuando aún era demasiado joven para entender lo que la vida le depararía, supo con toda certeza que por mucho que lo intentara jamás los enmendaría.

«Tu vida está arruinada. Nada de lo que yo haga podrá arruinarla más».

—Dios santo, Blake —masculló una voz que conocía muy bien. Apenas se dio cuenta de que sus rodillas habían cedido al peso de la responsabilidad y estaba tirado sobre el barro.

Se miró las palmas. Le costaba doblar los dedos; la sangre se iba secando y era tan espesa como la pintura.

«Tus manos están manchadas de sangre».

—¿Qué ha pasado? Gracias al cielo que estás aquí —suspiró Calder, más cerca. Blake no levantó la cabeza. Se quedó mirando las obradoras del mal, ese par de garras con las que había arrastrado a una mujer más a su infierno personal.

«Tus manos están manchadas de sangre», recordó otra vez. Ese eco lo perseguía en sus peores pesadillas y recobraba fuerza en los que eran los momentos más felices de su vida, impidiéndole deshacerse de la culpabilidad.

Una mano familiar se apoyó en su hombro e intentó tirar de él.

—Blake... Levántate, vamos. Sabes que no puedo contigo.

No se movió. Solo estiró el cuello como si le doliera y trató de enfocar la vista. En cuanto su hermano vio el estado en que se encontraba, masculló una palabrota y, con todo el dolor de su cicatriz reciente, se las arregló para sentarse a su lado. Entonces Blake intuyó que su preocupación no venía de la sangre, sino de los demonios que se lo iban a llevar.

—¿Está muerta? —jadeó, con el corazón latiendo muy deprisa—. ¿La he matado?

—Por supuesto que no. Está viva: débil, pero viva... y se recuperará perfectamente —expresó Calder con suavidad. La luz de la lamparilla que había llevado consigo le sirvió para inspeccionar a su hermano con interés médico, como si así pudiera evaluar del todo el daño—. Y no la habrías matado tú de ningún modo. No la usaste de cepo, Blake, simplemente... las cosas se

te han ido un poco de las manos. Nos pasa a todos, todos los días. Vamos, levanta. La Reina debería verte esas heridas. O Haye.

Blake desconectó de la conversación. Su mirada desenfocada se perdió en algún remoto punto de la oscuridad; podría estar mirando el suelo, o la valla que cercaba el castillo, o un conjunto de leña por tallar para la reforma, pero él solo veía a la agonizante Lillias... y, luego, el rostro de Denna superpuesto al de ella.

Recordó lo que Beth había dicho esa misma tarde.

Las agarraron en el pueblo. Las amenazaron. Amenazaron *su vida.*

—Blake, escúchame —empezó Calder de nuevo—. No es tu culpa; tenías un plan y se torció, y...

—¿Y si la hubieran envenenado a ella?

Calder se calló. Solo se oyó el silencio, que por ser invierno ni siquiera era suavemente amortiguado por los grillos.

—No tiene sentido preguntarse por algo que no ha pasado y ya no va a suceder. Te has hecho cargo de la situación y lo has solventado. No hay nadie herido: solo tú. Lillias está descansando y Denna se encuentra de maravilla.

Blake se agarró la cabeza con las manos. La irregularidad de su respiración alertó a Calder, que le pidió que se calmara una vez más.

—Blake, hermano. —Le pasó el brazo por los hombros—. Todo el mundo está bien.

«Tus manos están manchadas de sangre».

Se le ocurrían cientos de maneras diferentes para desmontar ese argumento. Nadie estaba bien, empezando por él. ¿Por qué esa obcecación en salirse con la suya, en quedarse en un lugar que solo le envenenaba la sangre y donde no era querido? Quizá porque sabía que en ninguna otra parte encontraría amor o aceptación mientras se llevara a sí mismo. Cada poro de su piel rezumaba rechazo hacia él: era un misterio cómo su falso orgullo lograba camuflar la verdad, que no era otra que su inutilidad.

«Solo sabes querer a la gente como a las cosas: para ti».

Blake descolgó la cabeza hacia atrás y clavó la vista en las estrellas. ¿Cuántas veces no habría mirado al cielo en la otra punta de Escocia, no hacía demasiado tiempo, dudando si Denna estaría haciendo lo mismo; si estaría preguntándose dónde se encontraba y con quién? ¿Cuántas veces había mirado al cielo años y años antes de cruzarse con Denna, rogando por encontrarse con alguien como ella... alguien que despertara en él un sentimiento puro que lo impulsara a ser mejor?

Había depositado demasiada confianza en lo que el amor de Denna podría obrar, sin pensar en que tal vez el amor *hacia* Denna destruía cualquiera de sus amagos de hacer el bien. Él no podía quererla de la manera en que ella deseaba, del modo en que Rowen consideraba correcto, igual que no pudo ganarse el perdón de su padre o el afecto de sus socios. Y ya no solo su amor era una afección que mataba al que tocaba: el propio Blake era una enfermedad por la que todo el

mundo estaba pagando. Por la que Denna podría haber pagado con su propia vida.

Calder lo intentó de nuevo.

—Blake, vamos; vámonos a casa.

—No quieres que vaya. Nadie quiere meter al enemigo en su salón.

—¿El enemigo? —repitió. Sacudió la cabeza—. Lachlan te tiene como su enemigo porque los dos queréis lo mismo y no podéis compartirlo, y Denna puede haberlo pensado en algún momento porque os declarasteis la guerra hace tiempo, pero nadie más cree que toda tu personalidad se reduzca a tus errores. Te hemos temido y respetado porque sabíamos que nuestros malos actos tendrían consecuencias, y un así... yo nunca he perdido de vista quién eres. Nunca he terminado de creerme que fueras capaz de delitos como esos. Apenas me ha costado oír una palabra tuya para confiar a ciegas en ti.

Blake se estremeció.

—Eres pésimo para los negocios y te falta mucho que aprender como marido —dijo Calder—, pero ser un mal hombre es mucho más que ser un hombre que hace las cosas mal.

—Y tú eres mi hermano. ¿Qué otra cosa podrías pensar de mí?

—Exacto: soy tu hermano. La persona que mejor te conoce. Creo que mi opinión es, por mucho, la más importante de todas las que pueda darte la gente.

Blake ladeó la cabeza hacia él. Apenas se distinguían sus rasgos en la oscuridad.

—Si fuera ella la que estuviese en cama tendría que haberme matado.

Calder aceptó aquello con un asentimiento. Con dificultad, y no sin la inestimable ayuda del bastón, consiguió levantarse con mayor o menor agilidad. Le tendió una mano a Blake, al que la cabeza le seguía dando vueltas.

—Entiendo con eso que si estás vivo es por ella —dedujo—. Siendo así, ¿no crees que es el momento de demostrarlo haciendo de tu vida algo más agradable?

Blake no aceptó la mano tendida, pero se decidió a poner los pies sobre la tierra y cortar de raíz con la inmerecida compasión.

Inhaló, ya de pie, y se concentró para no perder el equilibrio.

—Llévame a ver a Lillias —pidió.

Calder asintió en silencio y le hizo un gesto para que lo siguiera hasta la puerta trasera del servicio, por donde los sirvientes entraban y salían para hacer los recados. Blake rogó por no cruzarse con alguien que pudiera preocuparse por su estado, e intentó tranquilizar su pulso acelerado.

«Está viva».

«Está bien».

Pero ¿y si no lo hubiera estado?

Si Blake había desarrollado una fuerza arrolladora, si todo el mundo lo tenía por el hombre más testarudo de Escocia entera era porque se las había ingeniado para sobrevivir a los condicionales y convencerse de que, cualquiera que fuese el problema, él siempre tendría parte

de razón, por mínima que fuese. Eso le había permitido no solo mantener sus convicciones intactas y evitarse inventar una defensa enclenque durante las discusiones, en las que podía proclamar su verdad con toda seguridad, sino sobrevivir a la adversidad. Pero ya todo eso se había resquebrajado.

Aún era sensible a las cuestiones de vida o muerte.

Cuando llegó a la habitación, le sorprendió que la hubieran alojado en el dormitorio de Carmichael. Este estaba sentado en el suelo junto a la puerta, con las rodillas recogidas y los codos apoyados en estas. El sonido de los pasos de los hermanos y el rítmico eco del bastón lo sacaron de su ensimismamiento.

Al ver que se levantaba para enfrentarlo, se preparó para recibir un nuevo puñetazo o un rapapolvo. Pero debería haber imaginado que, pese a su impulso del día del recibimiento de Lillias y a su temible tamaño, Carmichael estaba muy por encima de los impulsos animales.

Lo vio respirar hondo.

—La Reina y Haye han estado peleándose un buen rato porque ese tipejo le había añadido un par de ingredientes a la... triaca, creo que se llama. Pensé que me iba a volver loco, pero al final lo usaron como antídoto y parece que ha funcionado. Ha recuperado algo de color y está dormida. Y los otros dos siguen dentro.

Blake ocultó su alivio por respeto a la desesperación que seguía ensombreciendo el semblante de Carmichael. Este vaciló antes de añadir:

—Deberían echarle un vistazo a eso. —Señaló su cara.

—Sobreviviré. —Tragó saliva. Invadido por la culpabilidad, dio un paso hacia delante—. Carmichael, yo... Sé que ella...

Él negó con la cabeza.

—No voy a pelear con usted. Pero sí quiero que sepa que guardo la esperanza de que al menos esto haya servido para que concluya la guerra que ha empezado con todo el mundo... en especial con la señora Houston. Nadie intervino cuando empezaron los problemas con ella puesto que no era el asunto de los demás, pero sabía que sería cuestión de tiempo que acabaran involucrando a otra persona. Ahora que alguien inocente ha pagado por su hostilidad hacia la señora Houston, espero que recapacite y... tome medidas.

Blake se quedó en silencio, sabiendo que, aunque lo meditara largo y tendido, no encontraría la manera de rebatirlo. No era ningún estúpido: incluso si no hubiera tenido idea de que la intención de casarse con otra mujer fue el modo que se le ocurrió de quitar a Denna del punto de mira, como también de alejarse de ella de una vez por todas, cualquiera intuiría que el daño a Lillias solo había sido un desencadenante de sus enfrentamientos con la que solía ser su mujer.

Y sabía Dios que Lillias no era la única víctima de su relación. Aparte de los dos involucrados, Calder había recibido un balazo en la pierna porque Blake perdió la cabeza al verla en brazos de Lachlan, e incluso las gentes del pueblo habían enfrentado dificultades económicas cuando, por su pésima gestión de la destilería —empeorada después de que se diera a la bebida para soportar

su miseria—, algunos tuvieron que pasar meses comiendo pan duro.

Lillias era la única que había estado cerca de la muerte, y Carmichael tenía razón.

¿Hasta cuándo iba a seguir eso así? Por Dios juraba que no esperaría a que alguien muriese de verdad. O bien dejaba a Denna marchar de una vez por todas y se reconstruía a sí mismo, o dejaba atrás años de rencor acumulado en beneficio de un futuro próspero.

La puerta del dormitorio se abrió y la Reina asomó su carita redonda.

—Por San Ninian —exclamó en inglés, con ese acento de las islas tan marcado que lo hacía casi indescifrable. Entornó los ojos sobre su rostro magullado—. Aquí no me aburro nunca.

De pronto, apabullado por todos los recuerdos que tenía con ella, Blake esbozó una sonrisa. No había tenido la oportunidad aún de hablar con la muchacha desde que recuperó la memoria.

—No es tan malo como parece. Algún beneficio tenía que tener el ser un caradura.

La Reina enarcó una ceja un segundo antes de echarle un vistazo de arriba abajo, sospechando, quizá, porque aquello había sonado demasiado al Blake que ella conocía. Enseguida dio por hecho que la magia había surtido efecto: abrió los ojos como platos y dio un salto entusiasta. Perdiendo del todo las formas, se lanzó a abrazarlo.

Blake emitió un gemido de queja cuando su cuerpo le aplastó el dolorido vientre. Ella, en lugar de retirarse, permaneció pegada a él un segundo con gesto pensativo.

—Mm... Parece que tienes una costilla rota —aventuró.

—¿Cómo puede saber eso abrazando a alguien? —cuestionó Haye, con el pomo de la puerta en la mano. No se movió del interior de la habitación.

—Parece mentira que todavía no sepas que esta mujer tiene sus propios métodos, y la mente humana promedio no alcanza a descifrarlos por muchos estudios que emprenda —apostilló Blake con una ligera, aunque amarga, sonrisa en los labios.

—Por supuesto que unos estudios no alcanzan para descifrar nada relativo a esta mujer; no considero campos formativos ni la santería ni la nigromancia.

La Reina soltó a Blake y retó a Haye con una mirada por encima del hombro.

—¿Y qué los considera?

—¿Síntomas de demencia? —probó—. Aunque eso significara que medio pueblo está enfermo de locura, la locura sigue siendo una de esas cosas que no todo el mundo comprende, y eso explicaría por qué nadie la entiende a usted.

—Nadie la entiende porque es una mujer —intervino Calder.

—Yo a las mujeres las entiendo muy bien —repuso Haye—. Las brujas, en cambio...

—Y si las entiende tan bien, ¿por qué no está casado? —se regocijó Bonnibelle.

—Estoy casado con la química, a la que entiendo aún mejor y con la que puedo armar una orgía de elementos sin que me condenen por polígamo. —Ladeó la cabeza—. ¿Por qué no está casada usted?

Bonnibelle levantó la barbilla con insolencia.

—Porque estoy esperando a alguien.

—¿Al caballero inglés que le regaló ese vestido tan pomposo que llevaba el otro día? Lamento ser yo quien le diga que, seguramente, se lo dio por la broma de ver a un ridículo duendecillo disfrazado de dama.

Aquel ni siquiera había sido el comentario más desagradable que Haye había hecho; sin embargo, remitía directamente al aspecto físico de la muchacha, algo que demostró ser su punto débil cuando se encogió al escucharlo. Bonnibelle apretó los labios, nadie supo si para reprimir un puchero o para no escupir una maldición. El hecho de que no se quedara para rebatirlo o replicar alguna ofensa peor fue muy significativo: la Reina volvió a entrar en la habitación y cerró la puerta tras de sí, dándole a Haye casi en las narices.

—Tú que tan bien entiendes a las mujeres, dime —dijo Blake pasados unos segundos—, ¿era esa la reacción que esperabas de su parte al hacer un comentario tan despreciable?

—Solía admitir mi ineptitud con las del género femenino, pero confieso que a la persona a la que menos comprendo es a ti —suspiró Calder—. ¿Cuál era la necesidad de decir tal cosa? Esa mujer nos ha salvado la vida a tres de los que vivimos en este castillo.

Haye medio sonrió con la vista clavada en la pared de enfrente.

—Curioso que tenga que explicar mi afición por irritar a la Reina de las Chaladas a dos hombres que no hace mucho se entretenían haciendo sufrir a sus esposas. —Suspiró con alta ironía—. Está claro que uno no encuentra comprensión ni entre los de su especie.

Dicho aquello, desapareció pasillo abajo, con la tranquilidad de haber dejado a dos hombres con cara de estúpidos pensando en lo que acababa de decir: una verdad como un puño.

21

«Sabía que mi ausencia enfurecería a los contrabandistas e irían a por la persona que saben que es la más querida para mí».

Denna se abrazó los hombros para protegerse de un escalofrío.

«La persona más querida para mí».

La voz grave de Blake pronunciando aquello no la había soltado en las últimas horas. El reloj iba a dar la medianoche, y tras un día lleno de altibajos, lo que necesitaba era un rato de descanso; un instante de paz. Después de asegurarse de que Lillias dormía en la habitación de Carmichael, arropada por la preocupación de este y bajo los cuidados de la Reina, había intentado cerrar los ojos, pero no le había sido posible. Sabía que era porque necesitaba ver a Blake y confirmar que estaba bien. Sin embargo, no se atrevía a ir hasta su dormitorio y tocar a la puerta. Ni siquiera se atrevía a pensar en él, y menos aún en cómo la había besado esa misma tarde.

Incapaz de dormir, había deambulado por el castillo con la ropa de cama hasta uno de los salones recreativos. Daba una vuelta alrededor de la mesa de billar que presidía la estancia.

Al padre de los hermanos le gustaba retar a todo el mundo, pero, por supuesto, eso excluía deliberadamente a las mujeres: hacerse con un taco y echar una partida estaba prohibido para ella. En la opinión de su suegro, Denna solo era un bonito y exótico florero cuya única utilidad era alegrar la vista de los visitantes. Era una suerte que hubiera desposado al hijo que más odiaba, o de lo contrario, en lugar de alegrarse de que no fuera a darle un heredero nunca y celebrar como el que más el odio que le prodigaba, habría arremetido contra ella por no servir ni siquiera para la cama.

Como tantas otras cosas que se le daban rematadamente mal, tras su muerte, Denna había insistido en aprender a jugar sin el menor éxito. Esa noche iba a ser más difícil que nunca, puesto que tenía las manos tontas y no le iban a servir ni para sostener el taco sin temblar.

—Tienes que usar la bola blanca para darle a las demás; el juego no es válido, ni tampoco tan divertido, si golpeas las de color directamente —irrumpió Blake. Denna dio un respingo y se giró de inmediato hacia él—. Y has cogido el taco al revés. El extremo más estrecho siempre apunta hacia delante.

Denna se contuvo para no esbozar una mueca horrorizada al ver su rostro magullado. Tenía un

moratón en el tabique nasal, otro en el mentón, y su manera de andar se veía afectada por lo que parecía una lesión abdominal.

Aunque quiso preguntarle qué le había pasado, prefirió tragarse la preocupación y comentar:

—No estaba jugando. Solo quería ver limpia la mesa. Me pone nerviosa ver las bolas por ahí... desordenadas —balbuceó, desviando la mirada al tablero de terciopelo aguamarina.

Al perderlo de vista, su voz sonó con mayor contundencia al proponer:

—¿Quieres que te enseñe a jugar?

Ni siquiera un rayo la habría paralizado así. Su corazón ignoró un par de latidos, igualmente presa del asombro, y se giró para intentar descubrir en su rostro el ánimo de broma. Pero no solo parecía serio, sino que regresaba del arcón donde se guardaban los tacos con uno atrapado entre los dedos.

Sin haberse colocado en posición de golpear siquiera, ya se intuía que sabía lo que hacía.

—Debo advertirte de que es imposible que me derrotes —acotó, serio—, pero no quiero perder la costumbre de ofrecerte la oportunidad de intentarlo.

Igual que le había ofrecido, durante los últimos años, distintas e infinitas opciones con las que intentar destruirlo... sin ningún éxito, aunque con interesantes victorias particulares.

Ridículamente emocionada por la proposición, Denna tragó saliva y asintió.

—Solo hay que tener puntería —empezó él. Le dio un toquecito a su taco con el propio para que se colocara—. Enséñame tu postura.

No era ninguna orden sexual, pero Denna se ruborizó antes de obedecer, seducida por el casi ronroneo con el que la había pronunciado.

—No cojas el taco como si fuera una escopeta.

—¿Cómo es eso posible si nunca he cogido ninguna?

—Quizá lo hiciste en otra vida, porque es exactamente así como se carga un arma —señaló.

Denna puso los ojos en blanco.

—Ya empiezas de nuevo con tus vidas alternativas, tus reencarnaciones...

Blake se arriesgó a esbozar media sonrisa. Era la primera vez que le veía una expresión más o menos agradable, sin contar todas las que le habían parecido sacadas de un sueño durante su periodo amnésico.

—Deberías alegrarte de haber sido otra mujer de armas tomar en tu pasado inconsciente... esta vez literalmente. Otros solo arrastramos pena y melancolía de nuestra otra vida.

Denna lo miró con una mezcla de recelo e interés.

—¿Qué fuiste tú en el pasado?

—No sé lo que fui; solo sé que siempre he sentido en esta que algo me faltaba. Algo importante —recalcó con suavidad. Tenía los ojos clavados en la pared—. Las brujas siempre dicen que lo que nos arrebatan en nuestra vida, entre otras injusticias que pudieran ocurrirnos, son heridas en el alma que reaparecen cuando esta se instala en el siguiente cuerpo.

—Suena muy romántico decir que viniste herido de tu pasada existencia.

—Herido no. Más bien con la misión de reencontrarme con lo que perdí.

—¿Y a qué esperas para salir a buscarlo?

La escueta sonrisa de Blake adquirió un tinte nostálgico que le aceleró a Denna el pulso. A veces odiaba lo fácil que le resultaba averiguar qué era lo que pasaba por su cabeza, cuándo y de qué manera se refería a ella cuando ni siquiera la mencionaba. Aquella vez no fue la excepción. Aunque ni la miró ni dijo nada, supo que lo había encontrado ya y estaba delante de sus narices. Lo que no atinó a deducir era si había merecido la pena, y seguía siendo demasiado cobarde para preguntar algo cuya respuesta podría hacerle daño.

—El taco debe sostenerse así —retomó. Se inclinó sobre ella para bajarle un poco más la espalda y suavizar la tensión de los hombros—. Con delicadeza y, a la vez, con suficiente fuerza para que no se mueva sobre la mano al golpear. Pero no demasiada o agarrotarás el tiro. El extremo puede estar sobre la intersección del dedo pulgar y la palma, entre el pulgar y el primer nudillo, o de este otro modo, como yo suelo colocarlo; justo entre estos dedos, formando un anillo...

Denna se estremeció cuando él la cogió de la mano y le separó el índice y el corazón. Como si él lo hubiera sentido, vaciló un momento antes de, impulsivamente, echar más el peso sobre su espalda.

Ella notó su cuerpo como una especie de agradable armadura.

—La cabeza y el puente en el mismo plano vertical —susurró. Le dio un toque en la barbilla para que alzara la cabeza y se concentrara en la trayectoria del taco; vio borroso, tan nerviosa como estaba—. Uno de los trucos es despegar el pie de atrás.

—¿Hay varios trucos?

—Siempre hay trucos. Para todo —susurró en su oído—. Pero no puedo contártelos todos. Sería contraproducente.

Ella tragó saliva.

—Tú nunca cuentas ninguno de tus trucos. Sueles preferir que los descubramos por nuestra cuenta —masculló por lo bajo, casi sin pensarlo.

Él oyó con claridad el tono en que lo había pronunciado, como un reproche involuntario, y, por supuesto, hizo algo al respecto. Con una sola mano, le dio la vuelta a su cuerpo. Un segundo estaba memorizando la postura para golpear y, al siguiente, enfrentaba a Blake con el coxis pegado a la mesa.

Observó su mirada vidriosa y se arrepintió de inmediato de haberse dejado llevar por la costumbre de ponerse a la defensiva. Blake entrecerró los ojos y escrutó su rostro, deteniéndose un delirante momento en sus labios.

—Veo que no me has entendido —expresó muy despacio.

—He hecho justo lo que me has dicho. Incluso me has colocado en la posición que querías.

—No me refería el billar. Me refiero *a mí*. —Hizo una pausa—. Nunca me has entendido.

Denna cogió aire.

—Y tú a mí nunca me has respetado.

Para que no abandonara el salón, estuvo a punto de agarrarlo del chaleco, pero un gesto como ese habría sido escandalosamente revelador. Dejó que Blake retrocediese, sin dejar de mirarla, pensativo.

—Juguemos —propuso, de repente. Le sorprendió que no hubiera caído en la tentación de empezar una discusión y, al contrario, estuviera haciendo gala de un autocontrol que ella no podía copiar—. Ya tienes la postura, que es la clave.

»Cada vez que cueles una bola en la tronera, podrás lanzarme el reproche que más te arda. Y yo, cada vez que meta otra, te haré una pregunta que espero que me respondas. —Agachó la cabeza para mirarla a través de las pestañas—. ¿Hay trato?

«Quiere hablar», le dijo la vocecilla de la conciencia, entre alarmada y emocionada.

Denna acarició el borde del taco fingiendo meditarlo.

—A lo mejor yo también quiero hacer preguntas.

—Hay muy pocas cosas de mí que no sepas.

—Hay muchos menos reproches que no te haya lanzado ya.

—Muy bien —cedió, inmóvil y a una distancia exagerada de ella—. Usa tu turno para lo que te plazca. Yo haré lo mismo.

—¿Quién empieza?

Blake le hizo un gesto para invitarla a ejecutar el primer tiro.

Al borde de la histeria, pero determinada a demostrar que no solo se las arreglaría para hacerlo bien, sino que estaba igual de interesada en mantener esa conversación ordenada, imitó la postura que le había enseñado y se preparó.

—La roja en esa tronera —dijo Blake—. Es la que tienes más fácil.

Denna aceptó su sugerencia y probó diferentes trayectorias mentalmente antes de medir su fuerza en tres amagos de tiro. En el número cuatro, lanzó la bola blanca con tanta fuerza que no solo coló la roja, sino que la impulsora del movimiento salió disparada y rebotó contra la pared contraria. No era tan ingenua como para pensar que le había salido bien porque tenía madera de jugadora, sino porque había puesto su vida en ello.

Se incorporó y enfrentó a Blake, que la observaba apoyado al otro lado de la mesa. Su ceja alzada emuló un «¿Y bien?».

Denna inspiró hondo.

—¿Dónde estuviste esos seis meses? —soltó de sopetón.

—En Escocia, ganando el dinero que debía —contestó sin moverse—. Soy bueno jugando a las cartas, a los dados y también al billar, como comprobarás ahora, y las apuestas ganadas se pagan a un elevado precio.

Sintió que se quitaba un peso de encima, aunque no por mucho tiempo; Denna nunca había frecuentado esos ambientes, pero sabía que en cualquier centro de pecado podría encontrar mujeres ligeras de ropa, preparadas para tentar a los hombres. No obstante, temía revelar sus

sentimientos con la arriesgada pregunta que de verdad tenía en la punta de la lengua.

¿Tomó amante alguna vez? ¿Tomó a Lillias, incluso si Johnson no era su hijo?

«Por supuesto que no lo es», había dicho, ofendido por la mera insinuación. No existían palabras que pudieran expresar el alivio que le había liberado al oír aquello: la facilidad con la que lo creyó, desesperada como estaba por huir de la pesadilla en la que la engañaba.

—Parece que quieres preguntarme algo más —apuntó Blake, estudiándola en la distancia.

—Puedo esperar.

—Una gran virtud. Yo no —declaró. A continuación, se inclinó sobre el tablero y, sin necesidad de jugar con las direcciones, mandó una bola amarilla al fondo de la tronera de la esquina. Al incorporarse, tomó aire y apoyó el taco en el suelo. La miró directamente—. ¿Qué sentiste cuando supiste que había anulado nuestro matrimonio?

Denna se vio acorralada.

—Es una pregunta muy personal —balbuceó.

Él rodeó la mesa, en absoluto sorprendido porque fuera reacia a contestar.

—Entre tú y yo todo es personal. Responde.

Ella tragó saliva.

«Un trato es un trato».

—Alivio —admitió. Cerró los ojos—, y dolor.

Sentía la mirada de Blake clavada en ella incluso sin verlo. Caminó hacia donde se había detenido la bola blanca, sin atreverse a mirarlo, y ejecutó un tiro tembloroso que, más por suerte que por maña, acabó encajando la respectiva bola azul en la tronera.

Notó el latido de su corazón obstruyéndole los oídos, incluso la garganta, al preguntar:

—¿Qué relación tienes con la Reina de las Hadas?

—Su madre curaba las heridas que me dejaban las palizas de mi padre. También era curandera y tuve la suerte de que me encontrara sollozando cerca del río después de una agradable lección de modales —respondió en tono desapasionado. Denna compuso una mueca de horror—. En ese entonces, Bonnie ya estaba interesada en la sanación: aprendió a coser y a vendar, por poner dos ejemplos, usando mi cuerpo. Nos conocemos desde que ella era una cría de ocho años.

—¿Es tu doctora o tu amiga?

—Ha salvado mi vida muchas veces y me ha rescatado de un pozo de soledad otras tantas; no solo con su cercanía, sino contándome las leyendas e historias que yo te he contado a ti y me han acompañado cuando no creía en nada... así que diría que ambas. Y esas son dos preguntas —añadió—, así que haré yo las mismas cuando me toque.

Denna asintió, incapaz de negarle nada después de haber disuelto una de las dudas que más la atormentaban. Observó por el rabillo del ojo, avergonzada de su curiosidad, que él no encontraba la menor dificultad en colar la siguiente bola. Para ello dio un paseo felino y pensativo alrededor de la mesa y se crujió el cuello antes de ejecutar el tiro.

Denna aguardó su pregunta con el corazón encogido.

Él la taladró con su firme mirada, que abrigaba muy pocas esperanzas de obtener la respuesta que necesitaba.

—Durante mi ausencia —vaciló—, ¿continuaste tu aventura con Hawke?

—No.

—¿Te has acostado con él alguna vez?

Acongojada, en parte, por la inseguridad con la que planteó su duda, se esforzó por sonar honesta al negar con la cabeza. Le costó que no le temblara la voz, emocionada por poder decirle por fin que jamás había sucedido nada entre ellos.

—No. Nunca.

Los ojos de Blake relampaguearon. Caminó hacia ella muy despacio.

—¿Lo has besado alguna vez?

Denna tragó saliva.

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Eso son cuatro preguntas. Creía que teníamos un trato y seguíamos un orden.

Blake apretó la mandíbula y se resignó. Como si no quisiera que viera cómo se frustraba, cuando estaba más que acostumbrada a verlo al borde de su control, se dio la vuelta.

Ella, temiendo haber quebrado la magia del momento y asustada por si su honestidad le dolía, contestó con un hilo de voz:

—Solo en cuatro ocasiones.

Observó ansiosamente la línea tensa de sus hombros.

—Son más de las que te he besado yo —pronunció guturalmente, de espaldas.

—No es cierto. Durante la amnesia lo has hecho dos veces. Sin ella, otras dos.

—No cuento esas dos de los últimos meses. Te estaba besando un hombre sin historia y que no sabía por qué te quería. Es como si te hubiera besado otro, alguien para quien solo eras una cara bonita.

—¿Y no es mejor que me bese un hombre que admira mi belleza a uno que me odia? —preguntó de sopetón. Se arrepintió enseguida, aun cuando la mirada que él le echó por encima del hombro estuvo cerca de fundir sus reticencias—. ¿Sabes ahora por qué me quieres como para poder decírmelo?

—A un hombre no puedes preguntarle por el origen del universo. Es algo que escapa a su razón. A la de todos.

—Si no sabes por qué me quieres, tal vez signifique que no tienes razones y que deberías dejar de hacerlo.

—O tal vez signifique que las razones residen en ti misma, en cada cosa que haces y que no haces, en cada palabra que dices y te reservas... Tal vez signifique que todo me abruma si me detengo a buscarle una explicación.

Denna apeló a su fuerza de voluntad para no romper a llorar. Nunca se lo perdonaría si

destruía la extraña complicidad que reinaba entre los dos.

—Se me ha olvidado a quién le tocaba —murmuró ella.

—A ti.

Sin las mismas fuerzas que al comienzo de la partida, ubicó la bola blanca y decidió lanzarla contra otra de las rojas. Esta golpeó la esquina de la tronera, pero la suerte se puso de su parte haciendo que entrase de rebote en otra de ellas.

—¿Por qué no me pediste matrimonio allí, aquel día? —tartamudeó, insegura. Lo miró turbada —. ¿Por qué no viniste al día siguiente y me convenciste de abandonar a Angus y permitirte cortejarme? ¿Por qué no hiciste las cosas bien?

—Porque no podía arriesgarme a que no me dieras una oportunidad.

Denna jadeó.

—Debes estar muy orgulloso de hacer que cosas tan terribles como esa suenen románticas.

—No intento sonar romántico; intento sonar como lo siento. Y la mayoría de las veces, lo que siento no es romántico, sino más bien asqueroso. Soy consciente.

»Sé que no lo comprendes —continuó. Dejó el taco sobre el borde de la mesa y se dirigió a ella con el ceño fruncido—, y ya no voy a pedirte que lo hagas, pero no puedo arrepentirme de eso. No puedo. Puedo arrepentirme de que Angus nos llevara a donde nos llevó...

—Angus no nos llevó a ninguna parte. Fuiste tú.

—Y tú —replicó—, pero no quiero hablar de culpas. Quiero hablar de causas. Nunca voy a disculparme por arrancarte de sus brazos: cuando tienes en mente que prenderías fuego a una ciudad por alguien, algo tan pequeño como alejarte de un hombre que no te quiere se ve como una minucia, apenas una travesura. Yo no lo amenacé de muerte, Sirena. —Ella hiperventiló al oír esa palabra en sus labios—. Solo le di una alternativa... y la aceptó. Prefería el dinero a ti, y lo siento si eso te duele. Eso es lo único que siento.

—¿Y no pensaste que me dolería? ¿No pudiste prever que me estabas rompiendo el corazón, y que si no me lo rompías por Angus, lo harías por tu traición?

—Creía que acabarías queriéndome como yo lo hacía y eso conseguiría que dejaras atrás el rencor. Pero tu voluntad es más firme incluso que la mía.

—¿Por qué dices eso?

—Mi obstinación a quedarme contigo nunca ha superado tu determinación a alejarme. Y pensé que pese a todo podría retenerte a mi lado, pero ahora entiendo que no tengo que dejarte ganar porque *ya has ganado*. Puedes ir a donde quieras —dijo con suavidad, aun cuando en el fondo de su voz latía el fuerte deseo de retenerla.

—¿Cómo? —tartamudeó sin aliento—. ¿Por qué? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Blake la miró como si le doliera, logrando a la vez mantenerse firme sobre sus dos piernas; tan inquebrantable como siempre.

—Tú. El otro día, en las escaleras... te escuché y te entendí. Comprendí lo que te había hecho y ahora sé que si fuera tú no podría perdonarme. Si alguien me hubiera separado de ti, si es que

Angus significaba para ti lo que tú eres para mí... lo habría odiado con todo el fuego de mi alma hasta que se apagara bajo tierra.

Denna pestañeó para contener las lágrimas.

—Yo no te odio de esa manera.

—Pero no me quieres, ¿verdad?

—¿Cómo puedes preguntarme tal cosa? —balbuceó, atravesada por el dolor.

—¿Cómo pudiste tú preguntarme si tuve un hijo con otra? —rebatió. Dio un paso hacia delante—. ¿Cómo pudiste pensar que pondría tu vida en peligro? Si algo tendrías que saber de mí es que, precisamente por mi amor egoísta, jamás traicionaría mis sentimientos de ese modo haciendo alguna de esas dos maldades. ¿Cómo es posible que después de todo me veas capaz de eso?

Denna se ruborizó de vergüenza.

—Nunca lo habría creído si no lo hubiera visto. Tuve al niño delante de mis ojos y esos tipos que me agarraron dijeron tu apellido. Todo encajaba. Pero en el fondo, yo... —Cerró los ojos. Sacudió la cabeza y se dio la vuelta. Con un hilo de voz, agregó—: Te toca a ti.

Por un momento solo escuchó el silencio. Después, los pasos de Blake, el impacto del taco sobre la bola y la atizada encajándose en el agujero. Volvió el silencio y Denna alzó la cabeza para toparse con los ojos de Blake sobre ella.

—¿Podrás perdonarme algún día? —preguntó quedamente.

—Esa no es la pregunta correcta.

—¿Y cuál lo es? ¿Si podrás quererme algún día? No soy estúpido. Sé que cuando una mujer perdona, y más una como tú, es porque el amor ha superado con creces el rencor. Una cosa llegará con la otra si logras dejarlo atrás.

Denna se humedeció los labios y lo miró con los ojos inundados.

—Yo te quería —confesó con la voz agrietada.

Él no se movió.

—Eso no es una pregunta.

—Pero es un reproche y esos también eran válidos.

—El pretérito es una maldición para mí, pero nunca un reproche. ¿Estás segura de que quieres usar tu tiro para eso?

Denna aprovechó que él rodeaba la mesa para apoyarse en el borde y encontrar su respiración. Cuando estuvo más calmada, solo lo suficiente para hablar, Blake aguardaba en silencio pero con impaciencia a casi un palmo de su cara.

Una lágrima corrió por su mejilla.

—¿Podrías perdonarme tú a mí? —susurró.

Su mirada verde se intensificó al secarla.

—Solo si te arrepientes —respondió en el mismo tono.

—No vas a hacerme creer que eso es suficiente.

—Denna... —Apoyó la frente en la suya un segundo antes de inclinarse sobre ella. Su boca entreabierta rodó por la garganta femenina y luego volvió para acariciarle el lóbulo de la oreja, dejándole la piel de gallina—. No ha pasado un solo día sin que yo no pensara que me lo merecía y que era mi obligación dejarte ser feliz con Hawke.

Denna se aferró a sus brazos.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque sabía que no lo eras. Me estabas queriendo a mí a través de él; lo sé porque lo elegiste por todas esas cosas que tenemos en común. Denna —repitió, esta vez como un lamento. Acarició el borde de su mandíbula con los nudillos—. No puedo seguir así. Ya no solo me destruyo a mí mismo: estamos haciendo daño a los demás... y no quiero pasar ni un solo día más fingiendo que puedo vivir sabiendo que me odias. Porque sabes que es eso lo que me mata, ¿verdad?

Denna cerró los ojos y se abandonó al tierno roce de sus dedos. Con inseguridad al principio, rodeó su cuerpo con los brazos. En cuanto lo sintió tan familiar como si la última vez que lo tocó hubiera sido una hora antes, el corazón la impulsó a abrazarlo con la fuerza que le quedaba. Blake también la envolvió por la cintura y escondió la cara en su hombro.

«Te quiero», pensó. «Te quise y te querré siempre». Lo pensó tan alto que le extrañó que no lo escuchara.

La nariz de Blake le hacía cosquillas en la curvatura del cuello. Ella cerró los ojos y se entregó por completo a la sensación de paz que la embargó al ser consciente de quién la sostenía. Le parecía que era la primera vez que abrazaba a alguien; la primera vez que se sentía cuidada y protegida. Podría haber sentido que no era Blake, pues él en raras ocasiones la había tocado con suavidad. Sus besos eran urgentes, y sus roces extremadamente apasionados; tanto que no podía soportarlos. Ese había sido uno de los motivos por los que los besos de Lachlan le supieron a poco. No tenían ese punto de rabiosa necesidad que ella anhelaba en el fondo. Ya no había fondo: los sentimientos habían aflorado por completo y le hacían cosquillas en la piel, como si de pequeños pinchazos se tratase. Blake no necesitaba ser un salvaje para transmitirle la intensidad de su afecto.

No se separó de ella ni tampoco la soltó, pero sus labios empezaron a repartir besos por la piel del cuello que quedaba al descubierto. Denna ladeó la cabeza en el sentido contrario en un gesto que le otorgaba todo el permiso. Blake gruñó de placer, y en una maniobra de despiste, subió hasta sus labios para luego sorprenderla soltándola para acariciarle el torso. Sus manos delinearon el contorno de los pechos, más sensibles y asequibles al llevar la bata y el camisón. Al plantar las palmas en sus caderas, la miró. No le dijo nada; muy despacio, se arrodilló a sus pies, sin despegar las manos de la estrecha cintura.

Cuando fue a tragar saliva, Denna se dio cuenta de que se le había secado la boca. No pudo pronunciar su nombre ni preguntarle qué se proponía, ni tampoco lo necesitó cuando observó, entre avergonzada y curiosa, que enrollaba los dedos en el dobladillo del camisón. Denna ahogó

un gemido cuando le besó la rodilla desnuda. Sus labios eran como una caricia de seda en una zona que nunca creyó capaz de despertar semejante sensación. Agachó la cabeza para atender a cómo Blake, con los párpados cerrados y una ternura conmovedora, recorría la longitud de sus piernas con pequeños y cortos besos. Los tobillos le flaquearon en cuanto llegó a medio muslo, y aunque un impulso estuvo a punto de hacer que le pidiese que se detuviera, se reprimió: reprimió su timidez para dejarle espacio a su bendita lujuria.

Denna hundió los dedos entre los mechones de su pelo. A la luz de las velas era mucho más rubio que castaño; más pajizo que dorado, y pensó que Blake demostraba tener tantas facetas y maneras de operar como perspectivas existían en el mundo. La luz exponía los vicios y virtudes de Blake del mismo modo que la realidad: por la mañana era muy fácil verlo como un hombre cruel, pero por la noche, lo único despiadado era su manera de dar amor.

Denna jadeó cuando Blake le subió la falda hasta la altura de la cintura, dejando la longitud de sus piernas a la vista. Se ruborizó viendo cómo él enterraba la nariz entre sus muslos, ahí donde crecía el vello oscuro. Esa zona prohibida palpitaba como si tuviera vida propia, rogando algo que Denna no sabía cómo expresar con palabras. Dio un respingo y tiró sin querer del pelo de Blake con el primer roce en la hendidura; el sofoco estuvo a punto de desmayarla cuando la íntima fricción se transformó en una caricia húmeda y pervertida. Denna gimoteó palabras ininteligibles que él ignoró para abrir la boca sobre su sexo y profanarlo con un beso. Sintió la lengua mojada indagando entre capas que ni ella misma había tocado, cuyo tacto desconocía, y se le puso el vello de la nuca de punta cuando un gemido quebró la garganta de él.

Quería preguntarle qué estaba haciendo, si acaso aquello estaba permitido, pero pronto el placer le nubló la vista. Sus dedos expertos se unieron para desgastar con una perversa fricción ese punto exacto de su anatomía que generaba espasmos en todo su cuerpo. Denna bamboleó las caderas involuntariamente y descolgó la cabeza hacia atrás. Notaba cómo el calor se concentraba ahí donde Blake demostraba su habilidad. Pronto se encontró a sí misma hiperventilando, aferrada a su cuero cabelludo y con los glúteos agarrotados para resistir los calambres de placer. Incluso si aquello hubiera sido un síntoma de infarto, Denna no se habría preocupado. Un grito incontenible de liberación escapó de su garganta al tiempo que casi se le ponían los ojos en blanco. Perdió la sujeción del cuerpo, como si sus músculos, después de la contracción más bestial, hubieran olvidado su función...

—Ven a mis brazos —oyó que decía Blake—. Déjate caer si no te sostienes, Sirena.

No tuvo que decirlo de nuevo. Denna cedió al temblor que amenazó sus piernas y se escurrió lentamente para acabar de rodillas frente a Blake. Sus ojos se cruzaron un momento que ella entendió como uno de esos trascendentales en los que el curso de los tiempos, o por lo menos de una vida, podía dar un giro drástico.

—¿Qué me has hecho? —balbuceó, dejándose arropar por sus fuertes brazos. Blake la estrechó contra sí, y entonces ella pudo dejarse ir; recoger las piernas, que apenas le funcionaban, y concentrarse en el latir de su estómago—. Algo así... debería estar prohibido.

—Incluso si lo fuera, a mí las prohibiciones nunca antes me han frenado.

—Ya debería haber sabido que estás por encima del bien y del mal; por encima de las leyes de la naturaleza y de los hombres.

—No... Lo que siento por ti está por encima de todo eso.

Denna lo miró a los ojos con una mezcla de ilusión y pánico porque aquello fuera un sueño; porque a la mañana siguiente todo se disolviera como si nunca hubiera sucedido. Él debió comprender lo que la atormentaba, porque sus ojos se oscurecieron.

—No debería ser tan fácil, ¿verdad? —murmuró—. Quiero decir... No ha sido fácil para mí formular esas preguntas, pero después de todo no debería ser tan sencillo como besarte y admitir que lamento haberte hecho daño. Conozco el rencor y sé que arrancarlo de un corazón cuesta mucho y se tarda años... si alguna vez se consigue.

Denna se mordió el labio inferior. Una parte de sí sentía que tenía razón, y aun así, la decepcionó de tal modo que sacara aquello a colación, que quebrara la paz de su momento, que se retiró dolida y se puso en pie.

—¿Qué más quieres, entonces? —le preguntó con voz queda—. ¿Qué es lo que necesita el rencor para abandonarte?

—Una garantía —respondió. Ni siquiera sentado en el suelo perdían fuerza sus palabras—. Eso que siempre he necesitado que me digas, pero nunca has pronunciado.

Denna se quedó sin habla. Un «te quiero». La más sencilla de todas las cosas y, a la vez, una de las más complicadas por todo lo que conllevaría: dejar atrás la traición, aceptar su lado oscuro igual que sus virtudes y perdonar las humillaciones e insultos. Denna lo amaba y los dos lo sabían tan bien como que el sol salía por el este y se ponía por el oeste. Pero decirlo significaba un compromiso. Significaba acabar con los gritos y los reproches. Significaba empezar de nuevo, y no estaba segura de estar preparada para soltar el lastre del odio. Y él, quizá tampoco.

—Sabes que quererte nunca ha significado nada parecido a que pueda llegar a perdonarte.

—Que me quieras siempre lo ha significado todo para mí. Preocúpate solo de eso y yo me encargaré de compensar con creces cada error que he cometido.

—¿Me estás ofreciendo una especie de trato?

Él se puso en pie y se sacudió los pantalones. Tenía ese brillo especial en la mirada que la cautivó y la asustó a partes iguales el día en que lo conoció: ese brillo que clamaba, no con tanto orgullo como resignación ante la fuerza de su voluntad, que haría cualquier cosa con tal de obtener lo que quería.

—¿Qué es lo que quieres, Denna? De mí. De nosotros. Ibas a marcharte hoy, pero hace un rato me abrazabas.

Denna se mordió la lengua.

—Aún no lo sé.

Él se acercó lentamente y ahuecó su mejilla con la palma de la mano.

—¿Y quieres que te ayude a descubrirlo? —preguntó en tono persuasivo.

Denna exhaló, rendida, y asintió con la cabeza.
Él sonrió escuetamente.
—Algo se me ocurrirá.

22

Lillias abrió los ojos muy despacio, segura de que hacerlo deprisa desencadenaría un dolor impotente entre sus sienes. Recordaba que la habían golpeado tan fuerte que pensó que le habían roto el cráneo y no volvería a despertar. Pero estaba viva: si dolía era porque su corazón seguía latiendo. ¿A qué precio?, se preguntaba.

Le ardía la garganta, seguramente como consecuencia de lo que le habían obligado a tragar con una amenaza de muerte, y se sentía como si tuviera llamas en el estómago. La boca seca le sabía a sangre, a vómito y a... una mezcla indefinible, quizá la que le había hecho tragar una muchacha rubia en sus sueños. ¿O no habían sido sueños?

En su fantasía, era la diosa Freyja, dándole de beber de la copa de los einherjars para convertirla en una guerrera de Odín. Era lo bastante bonita para resplandecer como un ser sobrenatural, igual que el rostro del hombre de negro que la acompañaba. ¿Quién sería él en su historia alternativa? ¿Loki? Lillias siempre había imaginado al diablo o al Mal como algo desagradable y podrido, pero aquel tipo parecía más bien un caballero maldito, bello como una noche de luna llena.

¿Eran reales?

«*Is tu solas m ’anama. Na cuir dheth*», recordó de repente. Su corazón dejó de latir y por fin atisbó, a través de la rendija que pudo separar los párpados, un borrón rojizo cerca de su regazo. Lillias desafió a la muerte solo para bendecirse una última vez, asegurándose de que era él quien la había acompañado en su viaje de ida y regreso.

Estaba demasiado débil para frotarse los ojos; tuvo que esforzarse para ver, a través de un velo borroso, que Rowen dormía con los brazos cruzados y la cabeza apoyada sobre ellos justo en el borde de la cama. De *su* cama, supo enseguida; reconocería su olor en cualquier parte, una dulce combinación de tierra mojada y salitre, y era el que empapaba las sábanas.

A pesar de darle vueltas la cabeza, Lillias se las arregló para ladearse hacia él. Casi suelta una maldición; el vértigo fue tal que por un momento su cuerpo la convenció de que estaba a punto de caer por un precipicio. Pero sobrevivió haciéndose un ovillo, quedando así a, apenas, unos centímetros del rostro relajado de Rowen.

Lillias pestañeó varias veces antes de comprender que de veras era él.

Lo había detenido cuando quiso matar a Blake, se lo había cruzado en algunos pasillos de

casualidad —teniendo ambos la prudencia de evitarse; con una historia como la suya, la distante cortesía sería un golpe fatal en comparación con la simple ignorancia— y pudo dirigirse a él en los campos de cebada... pero no había podido creerse que sus caminos se habían vuelto a cruzar hasta ese momento, teniéndolo lo bastante cerca para besar su nariz de una inclinación.

El corazón se le estremeció de pura emoción. La ternura se hizo tan grande dentro de ella que quiso gritar para desahogarla, pero en su lugar la desbordó: la desbordó y rompió a llorar en silencio. Cerró los ojos de nuevo y se concentró en oír su tranquila respiración.

Siempre había dormido como un niño. Sus facciones se relajaban y volvía a ser ese adolescente de mirada curiosa y sonrisa tímida en el que ella solía pensar antes de rendirse al sueño.

Con el aliento contenido, alargó los dedos y retiró los mechones ondulados que le cubrían la mitad de la cara. Resiguió el contorno afilado del pómulo, sonriendo al descubrir las pecas que salpicaban su piel nívea, sensible al más mínimo rayo de sol. Rozó su nariz con el pulgar, la media luna perfecta de sus pestañas rojas y sus labios entreabiertos.

Sus labios... Los que habían pronunciado las que eran sus palabras favoritas.

«Bidh gaol agam ort gu bràth».

—*Mise cuideachd, mo chridhe*[17] —deletreó, sin atreverse a decirlo en voz alta.

La puerta se abrió de golpe y Lillias se quedó inmóvil, como si así pudiera evitar que la vieran haciendo algo indecoroso. Se topó de frente con la misma muchacha rubia con la que había soñado, que reconoció entonces como la sanadora que había viajado con Calder Houston y su esposa a Inglaterra. Esta también permaneció quieta bajo la puerta, con los ojos clavados en los dedos con los que Lillias acariciaba el pelo de Rowen.

—Haré como que no he visto nada —dijo ella en voz baja.

Lillias apartó la mano y se relajó.

—Se lo agradezco —respondió en el mismo tono.

Dicho aquello, el duendecillo casi sacado de ficción cerró la puerta tras de sí y se aproximó por el otro lado, procurando no emitir el menor sonido para no despertar al highlander.

—¿Cómo se encuentra?

—Parece que bien —contestó, revisando a Rowen—. No recuerdo que le hicieran...

—Me refiero a usted, no a él.

—Oh. Algo mejor, aunque me duele el estómago... y la garganta. —Se la señaló.

—Es por el veneno. Me extraña que haya sobrevivido.

A pesar de la gravedad de la situación, a Lillias le hizo gracia que estuvieran hablando en susurros y con total naturalidad.

Sonrió de oreja a oreja y volvió a tenderse completamente. Se sobresaltó en cuanto se percató de que algo le faltaba.

—¿Dónde está Johnson? —preguntó de inmediato—. ¿Sabe lo que me ha pasado? Está aquí, ¿verdad?

—Sí, todo el mundo está bien menos usted. Le convendría preocuparse algo más por su estado. Ha estado al borde de la muerte.

«No es como si fuera la primera vez», pensó.

—Eso lo dudo. Soy casi inmune a los venenos —le explicó Lillias, más relajada—, pero me dieron dosis suficiente para matar a alguien, por eso mi organismo no pudo neutralizarlo del todo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Ha oído hablar del mitridatismo?

—Por supuesto. Viene del famoso rey de Ponto, Mitrídates VI. Es la práctica que consiste en ingerir venenos en pequeñas dosis hasta desarrollar completa invulnerabilidad... —Arrugó el ceño y ladeó la cabeza, intrigada—. ¿Por qué se aficionaría al mitridatismo una dama de un clan fuerte de las Highlands? ¿Tan rápido se aburrió de los bordados?

Lillias medio sonrió; parecía haber olvidado de golpe aquello a lo que se enfrentaba, que no era poca cosa. Haber sobrevivido, unido a la presencia de Rowen, la tenía eufórica.

Pronto recordó lo que la había llevado a arriesgar su vida con aquella práctica y la sonrisa se marchitó en sus labios.

No supo qué decir. ¿Acaso podía confiar en ella?

¿Podía confiar en alguien?

—Teme que la envenenen —dedujo la joven. Lillias le dirigió una mirada hostil con la que pretendía dejar claro que no pensaba dar más información. Para su sorpresa, ella levantó la mano y dijo—: No me interesan sus motivos; suyos son. Pero si está acostumbrada a ingerir venenos, es bueno saberlo. Incluso la felicito por su anticipación. Se ha librado de un posible daño crónico, aunque quién sabe... Tendría que seguir observándola un tiempo para asegurarme de que no le ha pasado nada.

Lillias se humedeció los labios resecos. La miró sin darse cuenta de que lo hacía suplicante.

—Y... ¿Tiene que ser ahora?

Captando al vuelo por qué lo preguntaba con ese tono, la joven desvió la mirada hacia Rowen, que seguía profundamente dormido.

—Debería despertarlo ya —repuso—. Esa postura le acabará provocando un terrible dolor de cuello. Lo he sufrido y es muy desagradable.

Lillias se mordió el interior de la mejilla.

—Déjeme solo un rato más, por favor. En diez minutos podrá volver a entrar.

El duendecillo no las tenía todas consigo. Cada expresión suya era tremendamente adorable por culpa de su tamaño: incluida la indecisa que esgrimía entonces.

—De acuerdo —cedió al fin—. Estaré de vuelta en diez minutos y lo despertaré. Pero diez y no más. Este hombre sufrió unas heridas muy profundas hace bastante poco; no es bueno para él estar así.

—A nadie le sienta mal dormir, y las heridas no le molestan para trabajar —lo defendió—.

Solo será un momento; no lo matará, lo prometo.

Ella suspiró.

—Diez minutos —insistió otra vez.

Lillias sonrió, aliviada y agradecida.

—Diez serán.

Esperó a que la muchacha desapareciera tal y como había aparecido, con ese caminar de saltimbanqui y a la vez magnánimo que empezó a intrigarla.

¿Quién sería?

Decidió dejar la investigación para cuando pudiera permitirse usar la cabeza para pensar, y volvió a hacerse un ovillo hacia Rowen. Incluso a pesar de no poder verla, Lillias se avergonzó de su patético aspecto; de su piel grasienta y su olor a enferma.

Él, en cambio, estaba perfecto. Siempre estaba perfecto.

Cruzó los brazos muy cerca de los de Rowen y no se movió durante los primeros minutos, embelesada mirándolo. Después volvió a estirar la mano, con cuidado de no rozarlo tanto como para despertarlo, y posó las yemas de los dedos en sus mejillas. Le pareció que pasaba un solo segundo, pero el reloj no mentía y, cuando la puerta volvió a abrirse, habían pasado exactamente diez minutos.

Quizá uno más: el último de gracia.

Recuperó la postura con dolor y cerró los ojos. La joven se percató de ese detalle y arrugó el ceño.

—¿Va a hacerse la dormida?

—No sabría qué decirle —murmuró Lillias.

—Un «gracias por velarme» o incluso «por rescatarme» estaría bien —refunfuñó, negando con la cabeza. La ayudó a acomodarse y le subió las mantas hasta el cuello—. Es muy buena persona, ¿sabe? La mejor que hay por aquí, teniendo en cuenta a quiénes se encuentra por la zona.

—Lo sé —suspiró ella—. Por eso, cuanto más lejos esté de mí... mucho mejor.

23

Beth pestañeó dos veces, conmocionada, y dejó la taza sobre el platillo. Era medianoche y no demasiado correcto, según el protocolo, servir el té después de las cinco, pero esa era la costumbre que ayudaba a la señora del castillo a dormir. Lamentablemente, y después de que Denna finalizara su relato, ni veinte teteras bastarían para convencerla de pegar ojo. A juzgar por el brillo interesado de su mirada, Denna juraría que pasaría la noche en vela dándole vueltas a lo que acababa de contar.

—Menuda historia —fue todo toda su apreciación.

Denna escrutó su tranquilo semblante, segura de que encontraría al menos un amago de censura. Pero o bien Beth disimulaba de maravilla su verdadera opinión sobre las cosas, o no tenía absolutamente nada que objetar.

—¿Eso es cuanto vas a decir?

—Lo has dicho todo tú —repuso con suavidad—. En tus palabras: «Blake me traicionó, pero a pesar de eso, y por algún extraño motivo, nunca he podido dejar de quererlo». Lo único que puedo aportar es ese «misterioso» motivo al que te refieres.

—¿Cuál crees que es?

—Denna, lo único que te ha impedido perdonarlo durante todo este tiempo es tu estricto concepto de lo que está bien y lo que está mal. No quiero decir que tu concepción sea errónea —interrumpió alzando la mano, antes de que Denna protestase—, solo que es injusta con tus sentimientos.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que nuestro sentido de la justicia tiene que ir a juego con nuestras preferencias sentimentales? Porque, si eso fuera así, el mundo habría tocado a su fin hace mucho tiempo. Piensa en cuántas maldades se perdonarían solo para evitar el dolor de aceptar que alguien te ha decepcionado.

Beth rozó el borde del platillo con los dedos, pensativa.

—En mi humilde opinión, que es lo único que puedo ofrecerte... creo que la jugada de Blake salió tal y como él quería. Para cuando descubriste el pastel, ya estabas enamorada y Angus te daba totalmente igual. Así que, ¿por qué castigarlo para siempre por algo que en realidad ya no te importaba?

»Entiendo tu enfado inicial, incluso que sintieras que tu amor se desvanecía y otro diferente

tocaba a tu puerta... —Denna tragó saliva, sabiendo que se refería a Lachlan; un cabo suelto aún por resolver—, pero no se puede guardar rencor para siempre, Denna, y menos cuando una parte de ti no quiere hacerlo.

Denna suspiró. Le había contado la historia, desde el día en que se conocieron hasta la partida de billar, con la esperanza de que la ayudara a comprender mejor sus sentimientos y a tomar una decisión. La despreocupada actitud de Beth hablaba por sí sola: no sentía que tuviera que ayudar a elegir entre el perdón y el adiós puesto que Denna ya lo había hecho sin darse cuenta.

—Pero, como él ha dicho, no puede ser tan fácil —murmuró—. ¿Cómo resolvemos cinco años de guerra en un solo beso?

—Podéis resolverlos con otros cinco años de besos. ¿Por qué no? —propuso Beth, encogiéndose de hombros. Una sonrisa coqueta bailaba en sus labios—. Recuerdo que, no hace mucho, cuando hablábamos de que debía seducir a Calder, me animaste a usar una prenda ligera de cama para impresionarlo. A lo mejor ha llegado el momento de que tú la estrenes. El propio Blake te dijo que sabría que lo has perdonado cuando te entregaras, ¿no es cierto? ¿Qué mejor acto simbólico que ese?

Denna ocultó un rubor inesperado dándole un sorbo a su propia taza. La suya no contenía té: a partir de las cinco tenía permitido echarle un chorrito de coñac o echar mano directamente a la bodega del castillo. Vista la senda que pretendía tomar la conversación, no le vendría nada mal estar borracha.

—Es indecente —susurró—. ¿Has oído hablar de los *negligés*...? Confieso que una vez me lo probé y era como si... como si no llevara nada.

—¿De verdad? —Beth se inclinó hacia delante, interesada—. ¿Podrías ponértelo para mí?

—¡Beth!

—Siento curiosidad —se defendió—. A lo mejor yo también sorprendo a mi marido.

—Ese es uno de los problemas principales. Blake ya no es mi marido. No le debo mi cuerpo.

Beth se quedó en silencio. Era algo que no solo ella no había contemplado, sino que la propia Denna había evitado mencionar aun cuando no abandonaba su pensamiento. Ya no era esposa, se repetía a menudo. Le extrañaba cómo algo que había deseado intensamente durante tanto tiempo podía generarle una pena tan honda como aquella, capaz de hacerla desear que regresaran los años en los que aún podía poner arreglo a la situación.

—Entonces no lo hagas por deber —repuso Beth—. Hazlo por placer.

Denna se mordió el labio.

—No soy yo la que se deja llevar por el misticismo —suspiró—, pero no dejo de pensar en que la vida me ha dado otra oportunidad para hacer algo diferente. Que, si vuelvo a ser una mujer soltera, es porque así debe ser. Porque ese es mi destino.

Beth negó con la cabeza.

—Yo solía pensar que mi destino era no ser amada. Es más: cuando vine aquí y conocí a Calder, confirmé lo que me temía. Había abandonado el techo de un hombre que me odiaba para

vivir con otro con la misma actitud. Y me rebelé contra eso, porque no era lo que yo quería. Me rebelé contra lo que en principio parecía un futuro aciago, y después de perseguirlo e insistir en que podíamos ser felices, ahora tengo la vida que quería.

—Oh, vamos, ¿cómo puedes siquiera comparar tales situaciones? —bufó—. Calder se enamoró de ti nada más verte; todo el que estuvo allí puede corroborarlo. Y si se negaba a reconocerte como esposa era justo porque deseaba protegerte. Tu destino nunca ha sido estar sola ni ser despreciada.

—Que se hubiera enamorado de mí no quiere decir que estuviera dispuesto a hacer algo al respecto; no, por lo menos, si yo no llamaba su atención por todos los medios. Tú deberías saber a qué me refiero. A veces, el amor no es suficiente.

Denna la miró, turbada.

—¿Y qué lo haría suficiente?

—*Nosotros* lo hacemos suficiente. —Al ver que no la convencía, Beth explicó—: El amor es una fuerza poderosa e incontrolable que, si descuidas, arrampla con todo. Es una semilla que puede abortarse desde un comienzo, que puede pudrirse a medio plazo, o de la que puede brotar una relación. Controlar por quién lo sentimos, como digo, queda muy lejos de nuestro rango de acción: ante eso siempre hay que resignarse. Pero todo lo que flota a su alrededor, lo que se puede hacer con él, está en nuestras manos. ¿Qué quieres hacer tú con el tuyo, Denna? ¿Quieres seguir maltratándolo con la esperanza de matarlo, cuando ya has visto que es más fuerte que tú?

Denna apretó los labios. No pudo ocultar la ráfaga de furia que la sobrevino.

—Detesto oír eso. Odio cuando Blake lo dice con total aceptación. «Esto es lo que tienes y no puedes hacer nada para remediarlo». «Esto tiene más poder que tú» —replicó, agarrándose la falda con los nudillos blancos.

—¿Por qué? ¿Porque no te gusta saber que hay cosas que escapan a tu control? Lo sé; no creas que no me he dado cuenta. Te he visto intentar bordar hasta pincharte los dedos porque no puedes simplemente aceptar que es algo que no se te da bien, y eso no es nada comparado con tu obsesión con negar, una y otra vez, que amas a un hombre... y solo porque no te gusta cómo te hace sentir.

»Hay cosas que superan nuestra voluntad, Denna. Muchas. Cientos. Miles. Yo diría que todo. Estamos vivos porque la tierra quiere sostenernos, porque el aire lo llena todo, porque el fuego prefiere no consumirnos, porque aún nos queda agua... Estamos vivos y sentimos lo que sentimos por factores superiores por mucho a nuestra voluntad. Y no pasa nada —expresó con suavidad. Le puso una mano en el antebrazo—. De hecho, creo que es justo eso lo que hace tan especial nuestra existencia: que solo podemos controlarla hasta cierto punto.

Denna se miró los nudillos, blancos por la fuerza que contenía al aguantar la tela.

—Insisto en que no puedes controlar cómo lo quieres. Es una enfermedad en tu sangre que preveo que permanecerá ahí para siempre. Pero puedes decidir qué hacer con ello. Y te repito... ¿Para qué vas a usar tu amor? ¿Para hacerte feliz, o profundamente desdichada? Él está ahí,

esperando, y parece que por fin está dispuesto a aceptar cualquiera de las dos opciones. No puedes decir que alguna sea imposible.

Denna cerró los ojos y se enzarzó en una discusión interna.

¿Qué era lo que la frenaba? ¿El orgullo? No; hacía mucho tiempo desde que se dio por vencido, sabiendo que una mujer que no estaba orgullosa de lo que hacía ni de lo que decía no podía permitírselo. ¿La dignidad? Denna no era digna a ojos de nadie. No tenía que esforzarse por mantener una fachada que no había calado a nadie. ¿El rencor? Le era imposible odiarlo, después de todo. Con el paso del tiempo, su furia se había atenuado; solo cobraba vida en los momentos en los que él hacía sus acusaciones, e incluso entonces, Denna se inclinaba más por entenderlo que por amontonar los reproches junto a las razones para detestarlo. A fin de cuentas, ella también había mentido, engañado, jugado y manipulado.

¿Entonces?

Denna inspiró profundamente.

—Soy una cobarde —confesó al fin, sin mirar a su amiga—, y me aterra lo que siento por él. A veces, cuando está cerca de mí... tengo la impresión de que el corazón se me partirá en dos. No creo que un cuerpo pueda resistir algo así.

Beth esbozó una sonrisa comprensiva y se impulsó hasta el borde de la silla para envolver a Denna en un abrazo cálido.

—El miedo nunca se va, pero te acostumbras. Y no eres una cobarde, simplemente no te gustan tanto las emociones fuertes; confieso que a mí me encanta sentirme así. Depende de cada uno.

—Él es tan... —Se mordió el labio. Hundió la nariz, avergonzada, en el hombro de Beth—, *apasionado*. No sé si puedo vivir con su pasión y la mía. La mía ya me abruma a veces...

—La pasión no es como las matemáticas; no se suma cuando dos personas se unen, sino que se resta. Estás asfixiada porque te has privado de una necesidad durante muchos años. En cuanto liberes eso, encontrarás la paz.

Denna suspiró y asintió con la cabeza, aun cuando Beth no podía verla. Se separó y la miró con un agradecimiento silencioso bailando en la mirada emocionada. Sentía que quería llorar, pero no de pena ni de frustración, sino de... alivio.

***

Ya preparada para tratar de dormir, seguía dándole vueltas a la conversación mantenida con Beth. Envidiaba la madurez con la que afrontaba asuntos de temer como lo era entregarse a un hombre; tenía celos de la inmensa sabiduría que había adquirido en tan solo unos meses de matrimonio, y, sobre todo, de su seguridad.

Denna era un manojo de nervios. Tenía tanto miedo de decepcionarlo en tantos sentidos que una parte de ella no dejaba de susurrarle tentadoramente que se conformara odiándolo para no

tener que lidiar con el pánico.

Era atroz. Sudaba, el corazón le martilleaba en el pecho y no encontraba la postura perfecta bajo las sábanas. Blake podría dejar de quererla en algún momento; no podía ignorar el hecho de que la admiraba, en parte, porque aún no sabía lo que era estar con ella. Denna era virgen. No sabía nada sobre el placer más que el que él le había proporcionado. Se sentía ridícula en comparación con los grandes apetitos de un hombre como Blake, al que nadie imaginaría esperando años para yacer con una mujer si no supiera que sería apoteósico.

¿Y si no estaba a la altura de las expectativas? O, ¿y si llegara a estarlo y con el tiempo perdiera su interés? ¿Qué le aseguraba que no dejaría de amarla, o que, en el caso de que apareciera alguien con la intención de sobornarlo para entregarla a otro, no accedería? Denna bien podía no recordar el rostro de Angus, pero la facilidad con la que renunció a ella era una espina en su corazón. Blake no se parecía en absoluto a su primer prometido. No obstante, nada la protegía de que acabaran abandonándola del mismo modo.

«Él no te quiere como lo hacía Angus. Blake desapareció meses, y durante su ausencia pudiste sentir su mirada y sus caricias como si aún estuviera a tu lado».

Denna cambió de postura en la cama y clavó la vista en el techo. Recordó cuánto se ofendía Blake cuando le insinuaba que podía buscar a otras mujeres; cómo le había reprochado esa misma tarde, herido en el alma, que hubiera desconfiado de sus sentimientos hasta el punto de creer que tendría un hijo con otra.

Denna se estremeció bajo las mantas y se abrazó el pecho. Incluso en los peores tiempos, se le llenaba de calidez al pensar en cuánto la amaba. Ella creía en él porque creía en lo que había visto y más aún en lo que sentía. Y lo sentía tan vivo incluso cuando le faltaba que era como si la estuviera acariciando.

Dio un respingo cuando notó unos dedos en las mejillas. Denna hizo el amago de incorporarse, preguntándose si había sido su imaginación, pero una mano amable le hizo saber que no: que no estaba sola en el oscuro dormitorio.

Alguien había entrado sigilosamente, cerrado la puerta después, y ya estaba a un lado de la cama.

Denna fue a gritar, pero la forma en que el colchón se hundió bajo el peso del hombre le fue tan familiar que todo lo que salió de sus labios fue un gemido acongojado. Con las manos apretadas sobre el esternón, aguzó el oído, captando cada quejido de la cama, cada respiración del visitante... La luz lunar que entraba por la ventana era insuficiente para reconocerlo, pero sí le permitía captar los contornos de su silueta. Aun así, cerró los ojos y se imaginó qué movimientos estaría haciendo hasta que supo con certeza que había acorralado sus caderas clavando una rodilla a cada lado.

Sintió sus dedos enredados en el pelo suelto y el cálido aliento pronto voló hasta su rostro.

Se había inclinado sobre ella.

—Blake —murmuró Denna, con voz temblorosa.

Él se quedó inmóvil un momento.

—Entonces sí que me reconocerías incluso si no dijera mi nombre... y sí que soy el único hombre al que esperabas. —Oyó que decía, en un tono que no lograba contener su emoción—. *El que esperaré siempre*.

Denna reconoció sus propias palabras en las de Blake: las que dijo de sopetón la noche en que le habló del dios del amor. Estiró las manos con timidez, ilusionada por qué sería lo que encontraría primero. Sus dedos tropezaron con las mejillas rasposas de él, que le cubrió el dorso con la palma antes de llevárselo a los labios.

—¿Eres un Eros desesperado?

—Y me perderás si intentas ver mi rostro —aclaró.

—¿Por qué?

—Porque tengo la misma cara que el gemelo malo.

Denna se ubicó en la conversación de la primera noche en el dormitorio con el Blake sin memoria. «Ya que somos tan diferentes, ¿no crees que podrías tratarme de manera distinta? ¿Tan raro sería que me vieras con buenos ojos por lo que ahora represento». «Tenéis la misma cara», había retrucado ella.

Sonriendo llorosa, Denna le acarició el cuello.

—Al gemelo malo también lo quiero —admitió.

En lugar de contestar, Blake se inclinó sobre ella y la besó con los labios entreabiertos. Al principio cohibida por la timidez, se dejó llevar por un beso del que era víctima; en cuanto él susurró su nombre, algo se prendió en su estómago y lo trajo hacia sí en un abrazo ansioso. Fue un contacto lento y dulce, el de un amante paciente y persuasivo que no necesitaba más experiencia para saber cuáles eran sus puntos débiles. Tocó todos y cada uno de ellos mordisqueando su labio inferior y descendiendo muy lentamente por su cuello, sus clavículas, sus hombros y el borde superior de los pechos a punto de ser descubiertos. Denna, sin poder deshacerse de la sospecha de que estaba soñando, entró en un estado de irrealidad que la ayudó a acabar con la inseguridad. Lo animó a deshacerse de las mantas que la protegían del frío de febrero y la apartaban de la hoguera que era él; sacó los brazos de las mangas y elevó las caderas cuando quiso quitarle el camisón por la cabeza.

Si bien no podía verla, Denna sintió que descubriría con mayor detalle cómo era al recorrer su cuerpo con los labios. La oscuridad hacía que tuviera la impresión de que estaba en todas partes. Su boca la mordía un momento en el hombro y luego aparecía hundiendo la lengua en el ombligo, haciéndole cosquillas en la ingle con la punta de la nariz o apretando entre los dedos un muslo torneado. Cada caricia, en apariencia inocente, era una clara y apremiante incitación a pedir más, pero no podría dar mejores indicaciones que las direcciones que él tomaba con total libertad para que el eco de los besos nunca dejara de latir en su piel.

Denna se estiró, removió y estremeció sabiendo que tenía el espacio restringido y que estaba gloriosamente atrapada entre las piernas de Blake.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —tartamudeó, con los dedos hundidos en su sedoso cabello. Lo notó algo húmedo, como si hubiera estado paseando bajo la llovizna—. ¿No quieres... verme?

—No necesito verte para no confundirte con otra. Eres la única mujer que ha estado y está en mis pensamientos. Y tengo miedo de asustarte —murmuró.

—¿Asustarme?

Dio un respingo cuando notó su mano entre los muslos. Ella estaba helada por la temperatura exterior y los dedos masculinos reafirmaban su propiedad ajena emitiendo una calidez sofocante. No tardó en transmitírsela al resto de su sangre, que sintió bullendo en cuanto los lanzó a explorar en su intimidad.

—Si te veo la cara perderé el control. Pero háblame —rogó—. Quiero oír cómo te excitan mis caricias y saber cómo te sienta el placer.

—Bien —balbuceó. Rotó las caderas involuntariamente—. Ah... b-bien.

—Lo sé. —Lo oyó muy cerca de su oído—. Siempre he sabido que naciste para él.

Temiendo que interpretara las sacudidas de su cuerpo como un rechazo, Denna cerró los brazos en torno a su cuello y le hundió las uñas en la espalda. Estaba completamente vestido y, de algún modo, aquello la excitaba: igual que preguntarse dónde estarían sus labios, pues su voz sonaba a veces cerca; otras, ni siquiera le llegaba el céfiro de su respiración... otras, un beso que era como un disparo le ponía el vello de punta en quién sabía qué lugar. Denna tenía la piel hipersensible, pero había dejado de notar los brazos o las piernas, y ni mucho menos sabía dónde se localizaban. El placer de sus dedos penetrándola suavemente, negociando con unos músculos orgullosos que se resistían a ceder a la invasión, había convertido su cuerpo en una masa susceptible en la que las caricias rebotaban por todos sus lados. Denna se arqueaba entre jadeos, buscando a veces que se hundiera más hondo, que la conociera él mucho antes, y a ratos rogando que se alejara para sobrevivir a la intensa parálisis que resultaba de tensar todos los músculos.

—Blake... —sollozó.

—Si quieres que me detenga...

—No.

—Ya sabes lo que quiero. Y sabes lo que significaría para mí.

—Sí. —Carraspeó. Le costaba concentrarse; el calor le había subido a la cabeza y le ardía la piel—. Significaría que te perdono.

—Y todo lo que eso conlleva. —Los dedos rotaron dentro de su sexo, y Denna casi se volcó en esa dirección—. Sería tuyo para siempre.

—Quiero que lo seas.

—¿Quieres que sea tuyo?

Ella juró en voz alta, justo cuando un nuevo espasmo de placer percutió sobre su vientre. Se aferró más a él y protestó cuando sintió el vacío donde antes había estado llena. En la oscuridad, oyó un chasquido, el frufrú de una tela, y después el quejido de la cama cuando Blake volvió a inclinarse sobre ella. Sus labios tocaron los femeninos a la vez que la húmeda suavidad de su

erección la acariciaba entre los pliegues hinchados.

—Dime que me quieres, Denna —suplicó contra el filo de su boca—. Ahora.

—No te quiero solo ahora —respondió ella, temblando. Hablaban en voz baja, como si supieran que lo que sucedía era pecado; o como si no quisieran que nadie descubriera, ni siquiera las paredes que los protegían de la indiscreción, que se adoraban a pesar de todo—, te he querido siempre. Desde que te vi.

Él no dejaba de acariciarla, recuperando un ardor que solo iba en aumento. Denna empujó las caderas hacia su miembro, sabiendo por instinto que aquello era lo que necesitaba.

—¿Y por qué te reprimiste?

—Porque no soportaba la idea de entregarme a ti después de haberlo hecho con alguien que me había decepcionado —dijo de carrerilla, entre dientes—. Te quiero tanto como te temo... y eso... eso es mucho miedo, Blake.

—Prefiero quedarme con que también es mucho amor —habló con suavidad—. Te juro que esta es la última vez que te hago daño.

Denna quiso responder que no le temía al dolor; ese había aprendido a tolerarlo. Lo que se le escurría entre los dedos era cómo afrontaría un amor que era como un volcán en constante erupción; uno desastroso y violento que la consumía lentamente. No pudo porque él le hizo daño por última vez al penetrarla. Aun haciéndolo despacio, fue inevitable que notara un pinchazo de dolor intenso, aunque pronto fuera sustituido por el fuego placentero de la repentina invasión. Denna gimoteó y se abrazó más a él, y él dejó caer la cabeza sobre su pecho, tan tenso que podía sentirlo vibrando bajo sus manos.

—Eres mía y solo mía —respiró al fin. Y no sonó como una proclama, orgulloso porque al fin fuera de su propiedad, sino a un paso más allá del alivio; sobrecogido por la emoción de saber que, pese a todo, ella había sido fiel—. Nadie más...

—Nadie más —balbuceó Denna—. Jamás se lo habría permitido a otro.

Blake dejó caer la frente sobre la de ella y la besó en los párpados cerrados, la punta de la nariz y la barbilla. Denna hiperventiló cuando se separó lo suficiente para volver a ensartarse lentamente. El calor recogido entre los muslos era tal que sentía que acabaría transformándose en dolor, pero cada embestida la hacía bailar en el límite del placer. Denna estiró el cuello y buscó también su rostro para llenarlo de besos, en un vano intento por devolverle todo lo que se había quitado tanto a sí misma como a él.

Ahí fue cuando se percató de que sus mejillas estaban salteadas por las lágrimas.

El corazón se le paró.

—Blake —jadeó—. ¿Qué pasa?

—No sabes... —Blake escondió la cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro—. No sabes cuántas veces te he imaginado con otro hombre. Muchas más de las que te he podido imaginar conmigo. Y tú...

—No ha habido nadie más —le prometió. Tomó su rostro entre las manos—. Créeme.

—No sabes... —masculló entre dientes—, cuánto me has hecho sufrir.

Denna casi vio la vida pasar por delante de sus ojos al oír el tono decepcionado con el que lo pronunció. Estuvo segura de que se retiraría, de pronto sacudido por los demonios que aún flotaban entre ellos, pero en lugar de alejarse, la embistió con más fuerza. Denna gimoteó; el dolor de ese impulso se expandió por todas sus terminaciones y le hizo un nudo en la garganta. Apenas se había recuperado de cuando él la penetró de nuevo.

No tardó en darse cuenta de que esa supuesta molestia no era física, pues su cuerpo se había separado de su corazón para disfrutar morbosamente de la rabia de Blake; era ella la que sufría por no poder ver su expresión, por no saber cómo apaciguarlo. Volvía a odiarla —o quizá nunca había dejado de hacerlo—, y Denna se sorprendió a sí misma al borde del llanto porque ese desprecio se sentía mucho más vivo cuando estaba entre sus brazos. Y, aun así, no le pidió que parara ni él se frenó: como si fuera más importante el orgasmo que el asco que su distancia manifestaba hacia ella, la llenó con salvajes acometidas que Denna se vio disfrutar como si fuera una persona al margen de la situación. Intentó abrazarlo, carcomida por los remordimientos y la angustia, pero Blake se quitó sus manos de encima. Aquel gesto le anegó los ojos de lágrimas de impotencia hacia sí misma. Y pese a todo, a pesar de sentirse grotesca y humillada en su propia cama, el embate de sus caderas logró elevarla en un orgasmo que por un instante de gracia nubló sus pensamientos.

Denna se arqueó y se estiró por encima de las posibilidades de su cuerpo para resistir el feroz clímax al que la catapultó.

Aún estaba intentando recuperarse de los temblores posteriores cuando Blake se retiró; no solo de su interior, sino también de la cama.

Temblorosa, insegura y profundamente dolida, Denna se ladeó en su dirección con un montón de palabras en la boca. Ninguna era un reproche. La luna entrecortaba la línea rígida de sus hombros, todo su cuerpo hinchado y vibrante por la ira que aún no había gestionado. Ante eso solo pudo compadecerlo y odiarse por lo que le había hecho.

—Blake —lo llamó, con voz rota—. Quédate conmigo.

Él no contestó. Dejó de sentir el peso en la cama y oyó sus pasos en dirección a la puerta. Aterrada por si no volviera a verlo después de aquello, llevándose consigo sus palabras hermosas, intentó ponerse en pie e ir hacia él. Le fallaron las piernas en cuanto se levantó y tuvo que arriesgarlo todo a un ruego murmurado.

—Blake, por favor... No te vayas.

Pero la puerta se cerró. Y no de un golpe airado, sino muy lentamente, como si no quisiera que quedase prueba alguna de que había estado allí. Como si no tuviera fuerzas ni para dejar manifiesta su decepción. Porque allí su pena era silenciosa, y con el silencio no se podía negociar.

En el silencio solo se podía gritar.

24

De no haber sido por una ráfaga de aire que se le coló entre los huesos, Denna se habría quedado allí para siempre: inmóvil y aturdida en el borde de la cama, con las sábanas enredadas hasta en los tobillos y la vista fija en la puerta cerrada.

Se había ido. Y aunque hubiera querido achacar su repentino cambio de opinión a otra manera de hacerle daño, Denna sabía que Blake había sido la única víctima: en ese caso, de sus propias emociones. Ni siquiera tuvo que esforzarse en encontrar una mala palabra para romperle el corazón esa vez. Los mismos recuerdos, algo que al parecer no podía pasar por alto, lo habían alejado de ella.

Denna era incapaz de ver la situación con optimismo. Si algo sacó en claro, y con todo el dolor que eso conllevaba, fue que estaba muy lejos de conseguir que Blake la perdonara.

¿Cómo había podido ser tan ingenua pensando lo contrario?

Se vistió de nuevo casi a manotazos, furiosa consigo misma. Aún notaba el calor de su cuerpo pegado a la piel. El sudor, la marca de sus besos: todo aquello era señal sobrada de que lo que había tenido lugar no era fruto de un sueño. ¿Le habría gustado que lo hubiera sido? ¿O importaba acaso? A fin de cuentas, tarde o temprano se habría dado de bruces con la realidad a la que nunca quiso hacer frente: Blake no era el único con un talento especial para herir. Denna sabía ser cruel y se lo demostró durante años dándole donde más podría haberle dolido, y no en su hombría... sino generando en él una inseguridad que hasta ese momento no había aflorado.

Ya vestida, se obligó a recomponerse y abandonó el dormitorio. Tenía que hablar con él y se imaginaba a dónde podría haber ido. Solía pensar que la biblioteca y una botella de whisky eran remedios imbatibles para despistar a los demonios que se lo querían llevar. Y, sin embargo, no fue a Blake a quien encontró en la sala: mucho antes le llamó la atención que una de las salitas de recreo tuviera la puerta entreabierta. Creyendo que se habría afincado allí, Denna la empujó con una disculpa en los labios.

Se quedó inmóvil al ver que Lachlan levantaba la cabeza. Hasta el momento había tenido la barbilla pegada al pecho, y sus ojos apuntaban al calor de la chimenea. Denna no habría sabido decir qué parecía más voluble y peligroso, si su mirada vidriosa o el fuego que azuzaba arrojando leños con desgana.

Denna se sintió mucho peor que observada: Lachlan la evaluó para enseguida censurarla.

—Mírate —balbuceó, arrastrando las sílabas. Torció la boca en una mueca de profundo desprecio—. Pareces una fulana. Aunque no es como si fuera la primera vez que andas paseándote por ahí en camisón, ansiosa porque alguien te vea.

Denna se quedó petrificada. Eran palabras que podrían haber salido de la boca de Blake, y sin embargo las escupió con desdén el hombre que siempre la había protegido de esa clase de acusaciones. Observó que se levantaba, tambaleante, sin apartar de ella sus ojos inyectados en sangre.

Impulsada por el instinto, Denna retrocedió.

Él frunció el ceño. Podía ver cómo la rabia se cocía bajo su moderada expresión.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te doy miedo? —Dejó la botella sobre la repisa de la chimenea. El fuego iluminaba la mitad de su cuerpo: un perfil terrorífico en el que, por un momento de alucinación, Denna vio retratado al diablo.

—No me hables así.

—¿Es que te crees que no sé lo que has hecho?

Denna tragó saliva.

—No sé qué es lo que crees, pero seguro que algo se ha visto afectado por el alcohol. Estás muy borracho, Lach. Deberías irte a la cama.

—«Lach» —repitió con una sonrisa bobalicona—. Lach está muy borracho... y desde luego que debería irse a la cama... Supongo que no vas a acompañarme; no soy el tipo que andas buscando. ¿O sí? —Ladeó la cabeza y recorrió su altura con una mirada lujuriosa. Los vellos se le pusieron como escarpias.

Una corazonada le gritó que se marchara de allí, pero no podía moverse.

—No podía dormir y había decidido ir a por un libro.

Él se aproximó fingiendo despreocupación.

—¿Quién puede dormir después de una noche de amor?

—Te estás equivocando, Lachlan...

Levantó la barbilla de golpe y la fulminó con la mirada. En tan solo unos pasos lo tuvo a un palmo de la nariz, con el rostro completamente desfigurado por la rabia.

—Deja de tratarme como si fuera estúpido y no tuviera ni idea de lo que haces. Hueles a sexo, y peor... hueles a él.

—Y tú apestas a whisky —le reprochó. Apartó la mirada—. Es tarde para beber.

Lachlan se relajó, pero Denna no depositó toda su confianza en el repentino aire melancólico que lo rodeó. Sabía muy bien cómo de volubles eran los borrachos.

—Es tarde para muchas cosas —suspiró—. Pero nunca, jamás, será demasiado tarde para Blake y para ti, ¿no es verdad?

—Eso no... —Se obligó a sellar los labios, sabiendo que lo que tenía que decir empeoraría la situación. Lachlan la miró a los ojos.

—«Eso no es de tu incumbencia». Es lo que ibas a decir, ¿no? —Asintió con la cabeza, como

dándose la razón a sí mismo. Avanzó hasta que Denna se clavó el pomo de la puerta en la espalda, y entonces, Lachlan la cerró y bloqueó apoyando una mano sobre su cabeza—. Yo me decía mucho eso al principio. «No te metas, Lachlan. Es un matrimonio. Ella no tiene nada para ti. Él podría matarte solo chasqueando los dedos. Si se llevan mal es su problema. No es de tu incumbencia». —Sonrió con nostalgia y se encogió de hombros—. Pero supongo que no me pude resistir. Eres superior a la voluntad de un hombre.

Denna observó por el rabillo del ojo que atrapaba la tela de la bata y la frotaba entre los dedos. Se la llevó a la nariz e inhaló con los ojos cerrados.

Cuando los abrió, estaban llenos de lágrimas.

—Esto te sienta muy bien. Todo te sienta de maravilla. Eres muy consciente de tu belleza, ¿verdad, Denna? Sabes lo que puedes hacer con ella y no dudas en usarla cuando te conviene. De hecho, no dudas en usar nada de lo que es tuyo cuando te conviene: yo incluido.

—No quiero que pienses eso —murmuró Denna, mucho más dolida que asustada—. Nunca he jugado contigo. Jamás hice nada que no quisiera, ni por ningún otro motivo que no fuese mi deseo personal.

—Tu deseo personal *de destruir a Blake* —terminó—, y si por el camino me destruías a mí, ¿qué importaba? —Echó la cabeza hacia atrás un momento. Denna lo habría visto capaz de quedarse dormido si no fuera por la tensión que recogía su cuerpo—. ¿Sabes...? Llevo un tiempo sospechando que Blake tenía razón.

—¿En qué?

—Cuando te decía que eras una cualquiera. Me he sentido muy estúpido pensando que te defendía al hacerlo mientras demostrabas merecerte cada palabra burlándote de mí. Pero no todo es tu culpa —agregó enseguida, como si no quisiera ofenderla. Levantó las dos manos, dándole espacio para respirar y tranquilizarse—. Yo también me engañaba mucho a mí mismo. Me repetía que me querías.

—Y lo hacía —murmuró Denna—. Es solo que... se acabó.

—El amor verdadero nunca se acaba. Lo que me diste fue el resto residual de tu pasión por Blake, la que no pudiste satisfacer porque demostró ser indigno. Pero claro que es digno de ti. Los dos sois la peor calaña que existe. Debería haberme mantenido alejado, lo suficiente para perderme cómo disfrutabais destruyéndoos mutuamente. Créeme... —Torció los labios—. No era en absoluto agradable de ver.

Una lágrima se le escapó al escucharlo. Era imposible no detectar el asco con el que hablaba. No solo no la quería, ni tampoco la odiaba, lo que habría sido un consuelo: sentía pura repugnancia hacia ella.

—Si hubiera podido elegir a quién querer y de qué manera, créeme que te habría elegido a ti —le prometió.

Los desenfocados ojos de Lachlan se clavaron en ella un instante.

—Pero no podías, y lo sabías desde el principio. Así que... ¿Por qué lo hiciste, pese a todo?

Quiero que me lo digas —le exigió. La cogió del hombro del camisón y tiró de la tela para traerla hacia sí—. Explícame por qué has jugado conmigo de esta manera.

El corazón de Denna empezó a latir deprisa. La violencia hacía reverberar la voz de Lachlan de un modo diferente, casi gutural.

Viendo que no respondía, la sacudió con violencia.

—¡Responde! ¡Dime por qué tuviste que hacerme esto!

Denna se convenció de que estaba siendo irracional, no agresivo; de que no le haría daño, sino que solo esperaba una explicación... pero el miedo empezaba a nublarle la vista y no encontraba las palabras exactas.

—Tú me buscabas —le recordó—. ¿O eran imaginaciones mías? Me buscabas por todas malditas partes... *estando casada*. Sabías que yo mataría por ti y me engatusaste para que fuera el mercenario de Blake.

—Eso no es cierto. Solo quería tu consuelo...

Lachlan soltó una carcajada entrecortada.

—¿Vas a tener la caradura de mirarme a los ojos y decir alegremente que buscabas una sólida amistad? ¿Era una sólida amistad lo que querías cuando te lanzabas a por mis labios? Yo no hice ni un movimiento hacia ti ni una sola vez, más que la noche que Blake regresó, porque sabía que tenía que respetarte. ¡Respetarte!

—Y me sentí respetada en todo momento —juró.

—Ah, pero tú no querías respeto. A ti te excita que te traten mal, ¿no es cierto? —La tomó de la mandíbula con la suficiente firmeza para que ella gimoteara en protesta—. Lo he visto muchas veces, solo que prefería hacerme el ciego. Veía cómo se te aceleraba la respiración cuando Blake te insultaba... Debería haber tomado nota. Te habría gustado más que te humillase, ¿verdad?

—Claro que no —sollozó Denna. Lo apartó de un manotazo y, sin darse la vuelta, buscó a tientas el pomo de la puerta—. Lo estás sacando de quicio, Blake; es mucho más complicado que eso.

Se calló en cuanto se escuchó llamándolo de otro modo. Esperaba que no se hubiera dado cuenta, pero lo vio quedándose muy quieto, con la mirada perdida en la pared.

—Creo que sabes tan bien como yo que no soy Blake —expresó con inusitada calma—. De lo contrario me habrías permitido mancillarte, y me estarías mirando con los ojos brillantes cuando te digo que no vales todo lo que me has costado.

Denna se estremeció de pena. No era capaz de odiarlo cuanto debería por la crueldad que recogían sus insultos. No tan en el fondo, lo compadecía y lloraba por eso a lo que ella había dado lugar. Sabía cómo se sentía; sabía que lo había llevado al borde de la locura y que bastaría un pequeño empujón para que perdiera la cabeza del todo. Ella había estado allí. Y precisamente por saber cómo se sentía esa desesperación, debería haberlo protegido, pero se ensañó con él. Le había chupado la sangre y no era tan orgullosa ni tan cínica como para defender que no merecía un castigo.

—Sé que ahora estás dolido —empezó ella—. Me gustaría que habláramos sobre esto en otro momento, cuando haya amanecido y...

—Cuando haya amanecido ya estaremos muy lejos.

Denna pestañeó.

—¿Estaremos?

La mano de Lachlan se cerró en su muñeca con férrea seguridad. Ella miró hacia abajo, absolutamente horrorizada, y enseguida intentó sacudírsela. Pero estaba débil y era diminuta en comparación con él.

—Lachlan, suéltame ahora mismo —ordenó, pero su voz salió cascada—. Lachlan... Tú no eres así. No eres un matón. No vas a usar la fuerza para llevarme a donde quieras que vaya.

Se aferró a la esperanza cuando un destello de emoción cruzó sus ojos castaños, pero tan pronto como apareció, sintiéndose momentáneamente apelado, se esfumó. Y entonces solo la agarró con más fuerza y la sacó a rastras al oscuro pasillo. Tomó el camino que desembocaba en el patio trasero.

Denna no supo qué hacer. Al intentar sacudírselo de encima, solo consiguió que la cogiera de ambas manos y tirase con más fuerza. ¿Y si chillaba? No le importaba que la vieran desamparada; le preocupaba que a él pudieran condenarlo por lo que hacía.

—Lachlan... —balbuceó. Pestañeó para ver más allá de las lágrimas—. Lachlan, te juro que si no me dejas ir me pondré a gritar... y no quiero hacerlo. Nadie tiene por qué enterarse de que esto está pasando: suéltame y haremos como si nada hubiera sucedido.

Lachlan la miró.

—No me importa que se enteren. Lo harían tarde o temprano.

—¿Qué es lo que quieres hacer conmigo? —jadeó—. ¿Vas a hacerme daño?

Lachlan frenó de golpe y giró con el ceño fruncido, visiblemente confuso.

—¿Hacerte daño? Quiero *alejarte del daño*. De él —recalcó. Retomó la marcha, empujándola para que caminase—. Tú no eres esa buscona cruel en la que te conviertes cuando Blake aparece. Eres mucho más, eres...

—¿Cómo? —Denna tragó saliva y tropezó por culpa de uno de los empujones. Ella aprovechó el momento para desasirse de él y caminar hacia atrás, poniendo una distancia que él enseguida intentó salvar yendo a por ella—. Lachlan, no sigas engañándote. Ya me has visto. Ya has visto lo que soy: una mujer con miles de defectos que te ha hecho daño. No lo negaré... lo he hecho.

—Por su culpa —aclaró—. Todo esto ha sido cosa suya. Ese bastardo te ha arruinado la vida por completo y no voy a permitir que...

—Me arruinarías la vida definitivamente si me llevaras contigo —le soltó. Solo así consiguió que Lachlan se quedara donde estaba, de repente descolocado—. Sabe Dios que eres importante para mí, y que podrías intentar ofenderme de cien maneras diferentes, que yo siempre te recordaré de manera afectuosa... pero no estoy enamorada de ti.

—Tampoco estás enamorada de él. Es una enfermedad, Denna, ¿no lo ves?

—Puede que Blake sea una enfermedad, pero yo decido si quiero curarme. Y no quiero hacerlo —declaró en voz alta—. Por favor, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Sabes que eres más fuerte que yo y que podrías llevarme al fin del mundo si quisieras: yo no tendría ni una oportunidad de negarme. Pero no eres la clase de hombre que abusa de su poder. Y si lo fueras... Entonces habría querido a alguien que no existe.

Lachlan cogió aire y lo retuvo en los pulmones. Tenía la boca torcida y parecía a punto de llorar.

—¿Por qué no puedes...? —Estuvo a punto de tropezar al dar un paso hacia ella. Sabiendo que se tenía en pie a duras penas, permaneció donde estaba—. ¿Qué puedo hacer para que me quieras de nuevo?

Denna pestañeó para contener las lágrimas, que de todos modos corrieron por sus mejillas. En un impulso avanzó hacia él y acunó su rostro entre las manos.

—Te querré siempre, pero no de la manera en que tú quieres. Mi corazón es suyo. Siempre lo ha sido, ¿entiendes? Incluso si intentara entregarte lo que me queda de vida, solo podría ofrecerte el único fragmento de mí misma que me negué a darle para no sentir que me moría cuando desapareció. Y tú mereces algo mejor que eso.

—Quiero merecerte a ti.

Denna negó con la cabeza dulcemente. Apestaba a whisky: debía haber bebido más de lo que un hombre tomaba si quería recordar lo que había hecho al día siguiente. No pudo soportar la idea de haberle provocado algo así.

—Ojalá hubiera sido totalmente honesta contigo desde el principio. Si hubiese tenido valor, te habría dicho que ese mal del que intentas protegerme está dentro de mí y no puedes ni debes matarlo, porque es parte de mi alma. —Esbozó una sonrisa llorosa—. Lachlan...

Él sacudió la cabeza. Había clavado la vista en el suelo.

—Lachlan, escúchame. Estás enamorado de lo que crees que soy, no de mí. En realidad te asquea de lo que soy capaz; mira cómo estás, mira todo lo que has dicho. No soportas la idea de en lo que puedo convertirme. Fíjate... intentas alejarme de mis defectos, como si yo fuera perfecta.

—No quiero que seas perfecta...

—No tienes que quererlo, porque ya me ves como si lo fuera. Estás acusando a Blake incluso de las cosas que he hecho yo porque así las deseaba. Lachlan... —Intentó llamar su atención de nuevo, pero la vergüenza lo obligaba a mantener la mirada gacha—. Yo no soy la mujer de tu vida.

Lachlan giró la cara para que no lo viera superado por las emociones, pero ella sabía que no podría resistirse a llorar, lo que la mayoría de los highlanders como él consideraban una humillación. Denna casi suspiró de alivio cuando volvió a mirarla a los ojos y se encontró con la mirada del hombre que conocía, aunque ya quebrado por el dolor.

—Lo siento —sollozó—. Lo que iba a hacer...

—No quiero saberlo, y no importa porque ya no lo vas a hacer. Confío en ti.

—Perdóname —balbuceaba, fuera de sí. Se secó las lágrimas, tan aturdido como al principio, y retrocedió unos cuantos pasos.

Denna pudo respirar de nuevo cuando él estuvo lo bastante lejos para no ser una amenaza; apenas se dio cuenta del miedo que había pasado, pero su corazón latía erráticamente, se le había secado la garganta y poco podía moverse. No supo de qué manera expresar que ella también quería que la disculpara. Algo en la mirada que le dirigió la calló y le dejó un sabor amargo en la boca: era una combinación de pena y horror.

Lachlan apretó los puños y se dio la vuelta, rendido. Ella lo llamó con un nudo de congoja instalado en el pecho, pero él la ignoró, y una parte de sí, al ver que desaparecía, se alegró profundamente.

25

El amanecer descubrió a Blake caminando por el sendero que regresaba del bosque. Había pasado toda la madrugada de paseo por las inmediaciones de la propiedad, rogando porque el aire gélido le refrescara las ideas y calmara un tanto su rabia interna. Pero esa rabia hacía horas que era historia: se había apagado paulatinamente sin necesidad de que hiciera un esfuerzo de voluntad, quizá harta ya de mantener el cuerpo en calor a costa de su paz mental.

El paisaje que lo rodeaba no era muy alentador, pero no necesitaba inspiración. Allá donde mirase, solo veía sus errores.

Nunca había tenido que preocuparse por perdonar. Llevaba toda la vida persiguiendo al resto para tratar de ganarse su respeto; haciendo lo imposible, hasta al punto de dejarse machacar, para que el ofendido se desquitase y por fin pudiera disculparlo. Él era siempre el que debía arrodillarse. Y no dudaba que tuviera cientos de razones para arrepentirse, pero en ese momento no era la angustia de no saber por dónde empezar a rogar por la absolución lo que le carcomía, sino la impresión de que él también estaba herido.

Era una sensación desconcertante.

Cuando estaba llegando al castillo, se detuvo y lo admiró de lejos.

En lugar de ser transigente con sus sentimientos, se castigó con que lo había arruinado todo. Con que había estropeado la primera noche con Denna, igual que destruyó su matrimonio y su única infancia. Rompía todo lo que tocaba. Era tal y como su padre juró que sería, y ya no le importaba porque estuviera dándole la razón involuntariamente, sino porque estar vivo empezaba a perder sentido.

En el otro extremo del sendero que lo conduciría de regreso, reconoció las dos figuras unidas por el brazo de su hermano y su esposa. Era demasiado temprano para los vagos como él, pero la hora perfecta para un hombre trabajador y honrado como Calder. Recordaba cuántas veces le había dicho, cuando eran aún unos críos, durante la adolescencia y también en puntuales momentos de la edad adulta, que lo admiraba: Calder lo admiraba *a él*. Se le dibujaba una sonrisa de incredulidad cada vez que lo decía.

Estaba cegado por el amor. Y Cal, a diferencia de sí mismo, sí que sabía amar. No estaba seguro solo porque lo hubiera visto en él o en la forma en que trataba a los demás, sino en la expresión serena de su mujer. Le fascinaba que fuera capaz de hacer feliz a alguien. Él no tenía

la menor idea de por dónde empezar.

No quiso interrumpir la tranquila charla que mantenían: se dio la vuelta antes de que se cruzaran o siquiera pudiesen descubrirlo. Sin embargo, tuvo mala suerte y Beth lo localizó después de un barrido curioso al paisaje.

—Blake —lo llamó, con una sonrisa calma—. ¿No es un poco pronto para que andes por aquí? Deberías estar descansando después de todo lo que pasó ayer.

Blake suspiró para sus adentros y se dirigió a ellos. Le devolvió el gesto por cortesía, demasiado cansado en todos los aspectos para hacerlo genuinamente. Hizo la genuflexión que le debía, tratando de ignorar la mirada insondable con la que su hermano examinó su pose rendida.

—¿Vienes del claro? —preguntó Calder.

—No. Puedo enseñaros el camino por si lo has olvidado; a Beth le gustará.

—¿Qué claro? —preguntó con curiosidad.

—Quizá en otro momento —decidió su hermano, sin apartar la vista de él—. Beth, me gustaría hablar con Blake un rato. ¿Crees que podrías volver o terminar el paseo con alguna de las doncellas?

Beth intercambió con su marido una mirada de complicidad. Ella ni siquiera protestó, y Blake dedujo que no se debía a una costumbre sumisa: simplemente supo que lo necesitaba y lo respetó sin hacer ninguna pregunta. Calder se lo agradeció con un beso en la frente y ella regresó por donde había venido.

—Es muy bonita —dijo Blake, observando su paseo tranquilo. Calder la miró por encima del hombro, como si le hiciera falta echarle un vistazo para confirmarlo.

—Por difícil que parezca, no es su mejor cualidad. —Le pasó un brazo por los hombros y le palmeó la espalda—. ¿Vamos? Como en los viejos tiempos.

Blake esbozó una sonrisa marchita. Recordaba muy bien la cantidad de veces que se habían escapado al claro del bosque para idear sus travesuras, echar unas canitas al aire con las mujeres que más le gustaban o contarse confidencias. Eran actividades que podían desempeñar en cualquier saloncito del castillo, pero Blake sentía que solo el refugio de la naturaleza sabría guardarle los secretos. La belleza del paisaje y el murmullo del riachuelo lo inspiraban, y si había una sola persona en el mundo con quien quiso compartirlo desde el primer momento, esa era Calder. Después, con el tiempo, confiaría en la Reina de las Hadas, en Denna e incluso en Carmichael para pasar allí las horas muertas, que, en realidad, entretejidas con la ayuda de un ser amado, estaban más vivas que nunca.

Calder y él llegaron allí sin decir ni una palabra más. Blake se sentó junto al arroyo, helado por las bajas temperaturas de febrero. Calder ocupó un lugar a su lado.

—Aquí perdí la virginidad —confesó Calder con una sonrisa melancólica. Se abrazó las rodillas—. ¿Te acuerdas de Gilly? Estaba seguro de que iba a casarme con ella.

—Era rubia. A los Houston no nos gustan las rubias.

—A mí dejó de gustarme porque se casó con otro, pero supongo que tienes razón. —Rio—.

¿Descubriste tú solo este sitio, o alguien te lo enseñó?

El semblante relajado de Blake fue repentinamente atravesado por la inquietud.

—Me lo enseñó mamá.

Hizo una pausa. Una parte de él se alegró porque Calder no hiciera más preguntas; de hecho, a él no lo embargaba esa inseguridad que a él lo devoraba cuando pensaba en su madre. Cuando murió, Calder apenas tenía once años y no la había conocido en su sano juicio. Aun así, se animó a coger aire y preguntar:

—¿Te acuerdas de ella?

—¿De nuestra madre? —Pareció sorprendido porque se lo cuestionara. Calder encogió un hombro—. No mucho. Sé que era pelirroja, como yo, y que tenía tus ojos.

—¿No tienes ni un solo recuerdo bonito de ella? —Le tembló la voz.

—Me acuerdo de quedarme dormido sobre su falda. No era una madre al uso, por lo que sé. Le gustaba hacerse cargo de sus propios hijos. Pero la verdad es que, de crío, le tenía un miedo terrible —confesó, con una sonrisa apenada—. Es poco halagador y muy lamentable decir eso de una madre, pero de lo que mejor me acuerdo es de cuando perdía la cabeza y se ponía a gritar, atacaba a Houston y arañaba las paredes.

Blake se encogió algo más y Calder se dio cuenta.

«Tus manos están manchadas de sangre».

—Dios santo —murmuró—. No seguirás pensando en eso, ¿verdad? No me digas que todavía te culpas.

Blake lo miró directamente a los ojos. No le temía a la censura de su hermano; de hecho, muchas veces la había deseado. Si alguien tenía derecho a castigarlo, ese era Calder, que había padecido de una manera u otra cada uno de sus errores.

—Cuando recuperé la memoria y recordé que casi lo perdí todo de ese golpe en la cabeza, pensé en ella... en que ese ha sido mi castigo por volverla loca —confesó.

«Tus manos están manchadas de sangre», se repetía, una y otra vez. Era el eco de todos sus pensamientos.

—Blake, mamá se tropezó bailando contigo y quiso Dios o quiso la mala suerte que despertara siendo otra persona. Eras un puñetero crío; no podrías haberla socorrido de ningún modo. —Dejó que corriera el silencio, y en ese espacio de tiempo escrutó el perfil frustrado de su hermano—. Pero supongo que no es a ti a quien debo convencer de eso, y ya es tarde para metérselo a Houston en la cabeza.

—Si pudiera meterle algo en la cabeza a ese hijo de perra, a estas alturas, sería un balazo —masculló entre dientes—. Pero en cierto modo tenía razón.

—No tenía razón. De hecho, la perdió toda cuando aquello pasó. Estaba enamorado y perdió lo único que quería, y como era un cobarde y no estaba menos loco que nosotros dos juntos, decidió pagarlo con quien estaba más cerca. ¿Me habrías culpado si se hubiera resbalado bailando conmigo?

—Por supuesto que no. Apenas tenías cinco años —recordó con un murmullo—. No sabes lo que lamento que no la conocieras tan bien como yo. Todo lo bueno que tengo me lo transmitió ella.

—Me alegro de que no dudes que tienes cosas buenas —dijo en voz baja.

Blake ladeó la cabeza hacia Calder y se vio a sí mismo en la forma de sus ojos, en la irregularidad de su nariz recta, en su mentón fuerte. Se intentó convencer de que, si de alguna manera le había arruinado la vida, no se lo tenía en cuenta, y su hermano no era la clase de persona misericordiosa que disculpaba los pecados ajenos.

—Quizá te alegre saber —habló Calder muy despacio—, que Lachlan nos ha dejado esta mañana.

Blake frunció el ceño de golpe.

—¿Cómo? ¿Ha muerto?

—Dios santo, no, claro que no. —Suspiró—. Se ha marchado.

—¿A dónde?

—No lo sé. Ha venido a verme y me ha comunicado que se larga. Me he quedado tan sorprendido que no he conseguido preguntarle por qué, y ha aprovechado mi estupefacción para desaparecer. Pensaba que se refería a unas vacaciones, pero la criada me ha informado de que ha tomado cada uno de sus bártulos. Supongo que eso deja el puesto de comerciante libre —agregó, mirándolo de reojo—. El que siempre ha sido tuyo.

Blake soltó una carcajada sarcástica.

—Has perdido totalmente la cabeza si piensas que estoy interesado en volver a entrar al negocio. No quiero vínculo de ningún tipo con la condenada destilería. Por lo que a mí respecta... —Inhaló—. Es todo tuyo.

—Toda tuya, querrás decir.

—No, quiero decir que *todo* es *tuyo*. La destilería, el campo, el castillo... Siempre has sabido cuidar las cosas mucho mejor que yo —reconoció al fin—. Y, desde luego, vas a tener el deseado heredero.

Calder sonrió.

—La Reina dice que nacerá en primavera —anunció con ilusión. Esta, pronto se resquebrajó para abrir paso a la preocupación—. Esto no quiere decir que te marchas, ¿verdad?

Blake se frotó las sienes con los dedos antes de volver a concentrarse en la expresión de estos. Entendía ahora por qué Beth le había apretado el brazo antes de irse, y por qué era ella quien tiraba de él sendero arriba: comprendió de dónde salía el tinte oscuro en su mirada seria.

—Lo de Hawke te ha afectado y te afectaría más si me marchara yo después —dedujo. Vio que Calder retiraba la mirada y cambiaba de postura, incómodo—. Puedes hablar conmigo. Que yo desee que arda en el infierno no significa que quiera que tú sufras mientras lo hace.

—No me lo esperaba. No sé a qué ha venido, ni si... —Calder dejó ir el aire en un suspiro—. A quién quiero engañar. Era cuestión de tiempo que se buscara la vida en otra parte. Aquí, con

Denna y contigo, solo iban a comérselo la rabia y la pena. Y Lachlan no es la clase de hombre que se deja devorar por la angustia; cuando toca fondo, no sigue escarbando. Toma impulso hasta que asoma la cabeza.

—No como yo. Eso es lo que insinúas.

Calder lo miró.

—Hay que ser muy valiente para llegar a donde tú has llegado. Has estado en los lugares más oscuros en los que un ser humano puede caer.

—Y he sobrevivido —cabeceó Blake—, pero al alto precio de estar atrapado en un cuerpo y una mente que son demasiado conscientes de su experiencia y, por consiguiente, de sus limitaciones.

—¿Qué quieres decir con eso?

Blake pensó en cómo se había dado la noche: en la decisión con la que entró en el dormitorio que debió haber compartido con Denna desde el principio, en la emoción que lo embargó al saberse bienvenido entre sus brazos; en la pasión desmedida que lo guio a la hora de darle placer... y en cómo el corazón se le había roto de repente, sin que pudiera evitarlo.

—¿No puedes perdonarla? —probó Calder. Blake se giró hacia él, sorprendido porque no hubiera salido de inmediato en defensa de Denna; su asombro divirtió al hermano menor—. No creas que los hombres de esa casa no pensamos en lo duro que sería ver a nuestra mujer en brazos de otro. No hace mucho estuve meditando sobre ello, sobre cómo me sentarían los celos, y no querrás saber cuál fue el resultado.

—En realidad sí que siento curiosidad.

—Estuve persiguiendo a Beth por todo el castillo durante tres días completos hasta que ella, tan prudente y sabia como siempre, me obligó a sentarme y me echó un sermón sobre lo importante que es la confianza.

—Confianza... Yo no desconfío de ella. Ni tampoco le guardo rencor. Solo me he dado cuenta de algo que no quería afrontar —masculló. Alargó la mano hacia el riachuelo y tocó la superficie congelada. La capa de hielo era tan fina que se deshizo entre sus dedos—. No me habría destrozado tanto que se entregara a él como el hecho de que lo haya amado. Hubo un momento en el que lo hizo, ¿entiendes? Se enamoró de ese cerdo. E incluso si durante ese tiempo no hubiera dejado de quererme a mí... Maldita sea.

Quería ser el único y no sabía si se lo merecía. Tampoco estaba seguro de que Lachlan la mereciera, y después de la precipitada noticia de su marcha, solo podía pensar en cómo se lo tomaría Denna: en si saldría corriendo en su busca para detenerlo, en si todavía había una llama en su corazón con su nombre debajo, en si le rompería el corazón... en si se arrepentiría de no haberlo elegido.

—¿Ella lo sabe ya? —le preguntó—. ¿Sabe que Lachlan se ha marchado?

—Sí. Se lo he dicho y no parecía sorprendida.

El corazón se le aceleró solo al imaginársela.

—¿Y? ¿Nada más?

—¿Quieres saber si estaba triste? Por supuesto que lo estaba. Sé que no nos acompañas en el sentimiento, pero Lachlan es muy apreciado aquí. Incluso Haye ha dicho algo como: «Menuda irresponsabilidad la suya, dejarnos con todo el trabajo por hacer».

—Que, en su idioma, es algo así como lo mucho que le decepciona que no se despidiera.

—Aunque, sin duda, la más afectada ha sido la Reina. Parece que tenía fijación por él.

—Lo sé —asintió Blake—. Lleva enamorada de ese tipo desde que era una adolescente.

Calder levantó las cejas.

—¿De veras?

—Ajá. Durante una de las fiestas de la cosecha, Hawke se peleó con alguien para defender el honor de la Reina. Alguien se había reído porque supuestamente era desagradable a la vista, cosa que no entiendo de dónde demonios se sacó —bufó—. El caso es que acabó herido porque el hombre en cuestión tenía los puños como dos cabezas, y le tocó a ella atenderlo. Bonnie es muy reservada para esas cosas: si sé todo esto es porque lo vi, y porque luego le pregunté en tono guasón qué hicieron en la cabaña y no pudo contener el secreto ni un minuto más. Parece que Hawke, que estaba muy borracho y dolorido, la convenció de que iba a morirse porque había perdido mucha sangre y solo un beso de la Reina de las Hadas lo haría revivir... Una tremenda chorrada, pero ahora ya sabes por qué la llaman así.

—¿Cómo? —Rio Calder—. ¿Lachlan le dio el título de reina a Bonnibelle?

—Y su primer y único beso, por lo que sé. Cuando me lo contó, me enfadé tanto que estuve un mes sin ir a verla. Cuando tenía dieciséis años estaba obsesionado con ella.

—¿En serio? ¿Por qué yo no sabía eso?

—Porque tenías once años y ni una remota idea de lo que era el amor.

—Tampoco me la presentaste. No supe de ella hasta que vino a sacarme la bala de la pierna.

—Creo que deberías dar gracias por ello, o tu corazón habría acabado en un serio aprieto. Como dice la leyenda... todo el mundo se enamora de la Reina al menos una vez.

—¿Todo el mundo? Vaya... No sé cómo reaccionará Beth cuando lo haga yo.

Blake lo miró de reojo con un rastro de diversión.

—Adviértela, porque nadie se salva. Esa criaturilla tiene algo especial.

—Será porque no creo en la magia y me acuerdo muy bien de cómo se burlaba de mis llantos mientras intentaba curarme el muslo, pero estoy convencido de que sobreviviré a ella. A fin de cuentas, a los Houston no nos gustan las rubias, ¿no?

—A mí dejó de gustarme porque se enamoró de otro, pero supongo que no —parafraseó, burlón—. Puede que ahí empezara mi odio por Lachlan. Pero por respeto a todos vosotros, procuraré no canturrear demasiado alto cuánto me alegro de haberlo perdido de vista.

—Es muy amable por tu parte. —Cabeceó, sonriente.

Empuñó el bastón y lo usó para levantarse.

Blake supo que la pausa había tocado a su fin y era el momento de regresar con una decisión

tomada. Calder y él se sostuvieron la mirada con el brillo de la complicidad estampado en los ojos.

Sin pedir permiso, el menor dio un paso hacia delante y abrazó a su hermano.

Blake no respiró ni se movió más que para rodearlo también, preocupado por si aquello disparaba sus emociones más de lo que podía tolerar. Y en ese momento era más bien poco lo que podía tolerar.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Calder. No hacía falta que dijera nada más, pero añadió —: Y me gustaría que tú también te alegraras.

Blake sonrió sin enseñar los dientes. Se armó de optimismo y respondió:

—Me alegraré algún día, y puede que ese día quede muy cerca. Pero, si no... Nadie podrá decir que no lo haya intentado.

26

Denna observaba los últimos detalles de las obras desde la ventana del salón principal. Había algo hipnotizador en la sinergia con la que los voluntarios trabajaban. No conocía a ninguno personalmente, pues a pesar de haber suavizado la forma en que se dirigían a ella, seguían recelando; sin embargo, los había visto interactuar con Beth y, por anécdotas que la señora del castillo contaba, sabía que no podían ser más distintos en carácter los unos de los otros. Sin embargo, a pesar de sus diferencias, se las ingeniaban para llevar a cabo labores complejas, y al final del día se reunían en torno al fuego para cenar lo que las esposas habían cocinado durante toda la tarde.

A Denna le habría gustado unirse y pasar desapercibida mientras atendía a la clase de conversaciones que se mantenían con la gente del pueblo. No obstante, sabía que, en el remoto caso de que le permitieran participar, no la tratarían como a una más. Era una lástima: desde que Blake abandonara su lecho y Lachlan se marchara sin despedirse hacía ya una semana, y a pesar de que Beth la entretenía por las tardes con su estupenda compañía, se sentía tan sola que, por momentos, creía ser la única persona en el mundo.

Naturalmente, la señora del castillo, Beth, estaba invitada a festejar, y a pesar de poseer una belleza intimidante, con un par de cervezas calentando el estómago cualquiera confiaba en su cercanía y amabilidad para solicitarle un baile.

No todo en la historia de estar obligada a permanecer al margen era malo: Denna sonreía como una estúpida al ver que Calder, que solía fruncir el ceño cada vez que le recordaban sus limitaciones físicas, observaba con gesto cálido las vueltas que Beth daba en brazos de los demás: aquellas en las que él no podía participar. No solo entonces se daba cuenta de lo que el amor podía obrar en alguien. También lo notaba en sí misma cuando desviaba la vista a Blake, que participaba en las farras, y se emocionaba casi hasta las lágrimas al verlo reír con los chistes que se contaban. Pero, a la vez, no podía evitar sentirse desplazada e incluso celosa.

¿Cuáles serían los comentarios que tanto le divertirían? ¿Serían de mal gusto, humor sencillo, o solo estaba tan borracho a esas alturas de la noche que se carcajeaba con cualquier excusa? De todas las mujeres que allí se reunían, ¿cuál le parecería la más hermosa? ¿Echaría de menos su presencia como ella a veces fantaseaba con que la acompañaba en sus noches solitarias?

En esa última semana no habían coincidido. Blake se había refugiado por completo en la

restauración. Por lo que le contaban, no desayunaba en el castillo, sino que aceptaba cualquier sobra de la mesa del servicio y la mordisqueaba para engañar al hambre mientras trabajaba; las comidas y las cenas las hacía con los voluntarios, que alababan su carácter y buscaban continuamente su opinión. Denna había deambulado un par de veces por el ala donde se encontraba su dormitorio con la esperanza de cruzarse, pero sin el menor éxito, y no porque no durmiera allí. Le constaba que llegaba demasiado cansado para buscarse una amante, y si bien había dudado en el pasado de su capacidad para contenerse, estaba convencida de que no quería a nadie más que a ella... pese a la decepción que debió llevarse aquella noche.

«¿Por qué no me hablas?», le preguntó al cristal. Al otro lado y a unos cuantos metros de distancia, Blake le daba un empujón amistoso a un local. No hacía calor, pero él llevaba solo la camisa y estaba sudando. «¿Así es como pretendes olvidarme?».

—A lo mejor deberías tomar tú la iniciativa —le dijo Beth.

Denna miró por encima del hombro y entrecerró los ojos sobre la muchacha. Estaba sentada en el sillón junto al fuego, con uno de esos vestidos caros que había traído de Inglaterra y un libro en la mano. Pasó la página con tal aire despreocupado que Denna pensó que el comentario había sido fruto de su imaginación.

—¿Qué has dicho? —preguntó, confusa.

Beth levantó los ojos azules de las letras y los clavó en ella.

—Digo que, tal vez, admirarlo en la distancia y suspirar como una protagonista de tragedia shakesperiana no es la mejor manera de resolver lo que hay entre vosotros. ¿No te parece que estás volviendo al principio, a cuando teníais ese romance platónico en el que los dos os tendíais sobre el costado en la oscuridad para arroparos con dulces palabras?

Denna se ruborizó.

—No debería haberte contado eso.

—Pero lo hiciste, y me pareció asquerosamente romántico —confesó, con una sonrisa tierna —. Eso con Calder no se puede hacer. Se queda dormido a los dos minutos.

Denna se lo imaginó y no pudo reprimir una carcajada a tiempo. Le sonó rara: quizá porque llevaba más de un mes sin reírse de veras. La única persona que lograba hacerle cosquillas en estómago de la risa era Lachlan, y desde que su relación se rompió eso se había acabado.

Pensar en él le hacía daño.

Decidió cambiar de tema.

—¿Qué estás leyendo?

Beth lo cerró y le mostró la encuadernación. Parecía un tomo antiguo.

—Un libro que compila todos los mitos griegos. No he leído ni la mitad; cuando intuyo que uno me pondrá de mal humor, paso al siguiente. Y he tenido que renunciar a varios, porque los raptos están a la orden del día.

Denna bufó.

—Incluso cuando no quieres, me recuerdas mi miseria.

—¿A ti tampoco te gustan los mitos griegos?

—No es eso. No conozco muchos. Ninguno, de hecho, salvo el de Eros y Psique. Eso es lo que me has recordado. Blake me lo contó hace tiempo, y la noche que entró en mi dormitorio... —Torció la boca y devolvió la vista al paisaje. Blake se había sentado en el borde de la valla que cercaba la propiedad para descansar; una mujer madura se le acercó y le ofreció algo de comer. Él lo agradeció con un sonoro beso en la frente. Denna tragó saliva—. Está claro que me contó un mito trágico con la idea de transmitirme que él y yo terminaríamos del mismo modo.

Beth arqueó una ceja.

—¿Qué tiene de trágico el mito de Eros y Psique?

—Psique lo traiciona. Eros la visita por la noche con la condición de que no desvele su rostro, y ella lo acaba haciendo por curiosidad, así que su romance llegó a su fin. Lo mío imagino que tiene más delito: mi condición era no tener amantes —comentó con sarcasmo.

Beth parecía divertirse con la situación.

—Eso es como un tercio del mito, Denna. La historia de Eros y Psique debe ser de las pocas que tienen un final de cuento de hadas. Creo que hasta tienen mellizos... —Abrió el libro y buscó durante un buen rato hasta que dio con lo que quería. Señaló un capítulo con el dedo—. Vaya, pues no. Solo concibieron a una niña. Pero nada más y nada menos que la personificación del placer sensual y el deleite: Hedoné. De ahí vendrá el hedonismo, imagino. ¿No es fascinante descubrir el origen de las palabras? Si hubiera sido un hombre, habría estudiado griego. Y latín.

Denna atendió a su excitación con incredulidad.

—No entiendo cómo encuentras esas materias tan divertidas.

—Yo encuentro divertido todo lo que tengo prohibido. —Encogió un hombro. La señaló con el dedo—. Atenta, porque voy a arreglar el final de tu historia.

Denna ladeó la cabeza, preparada para prestar atención.

—Como Psique se siente culpable por haberle fallado a Eros, le ruega a Afrodita, su madre, que la ayude a recuperar su afecto. Si has leído un poco de mitología, sabrás que, a la diosa del amor, por paradójico que suene, le importan un ardite los enamorados si alguno de los dos es más atractivo que ella... o bien si prefiere disponer de una de las partes de la pareja para su deleite personal.

—Algo he oído sobre la volubilidad y egoísmo de las deidades.

—Bien. Pues, siendo Psique más hermosa que ella, y después de haberle roto el corazón a su adorado hijo, no iba a facilitarle el camino de regreso al corazón de Eros. Se las arregló para imponerle cuatro tareas imposibles para una criatura mortal.

—No pudo cumplirlas y murió —dedujo Denna.

—Estuvo a punto, en realidad. Como una de sus obligaciones era bajar al Inframundo y robar de la caja de Perséfone un poco de la belleza de la que Afrodita le hizo entrega, a la joven no se le ocurrió ninguna idea mejor que intentar arrojarse por un balcón.

—Tiene sentido, ¿no? Si tiene que ir al Inframundo, morirse es la manera más rápida.

—Bueno, pues gracias a Dios (o a los dioses, en este caso) que una voz misteriosa le susurró al oído una ruta secreta en el último momento, o su alma habría estado vagando por el río Estigia hasta el final de los tiempos.

—¿Una voz misteriosa? ¿Psique oía voces? Al final no andaba equivocada y sí que «psicosis» tiene su origen en ese nombre —comentó por lo bajini. Beth se rio.

—Fuera lo que fuese, consiguió llegar al Hades y robar la caja.

—Bien por ella. Espero que aprovechara que había belleza dentro para quedarse con un poco.

—Eso fue justo lo que hizo. El problema es que no había belleza; Afrodita le tendió una trampa. Lo que contenía era una parte del «sueño estigio» que sume al que lo inhala en una especie de inconsciencia.

—¡Entonces sí que tiene un final terrible! —rezongó—. ¿Por qué me obligas a escuchar si...?

—No tiene ningún final terrible. Te he avisado de que tienen una hija. Déjame terminar la historia —le reprochó—. Como iba diciendo, Psique inhala el sueño estigio. Pero Eros la había estado siguiendo durante toda su travesía, ya sea porque la vida en el Olimpo es aburrida o porque quería protegerla, y con sus poderes de dios le retiró el sueño de los ojos y se casó con ella.

Denna frunció el ceño.

—¿«Le retiró el sueño de los ojos y se casó con ella»? ¿Eso es todo?

—¿Cómo que «eso es todo»? —jadeó Beth, ofendida—. Esa muchacha mortal no cometió ningún pecado: en mi opinión, querer ver el rostro de tu amante no es ninguna afrenta personal, sino más bien un derecho propio, sobre todo si se cuela en tu alcoba sin las pertinentes presentaciones y pretende aprovecharse de tu cuerpo... y, aun así, a pesar de que Eros se enfada por una estupidez, ella está a punto de suicidarse, engaña a Cerbero y a Caronte, conmueve a la mismísima Perséfone y desafía a Afrodita. ¿Acaso te parece insuficiente?

Denna estuvo a punto de romper a reír.

—Dicho así, cualquier recompensa parece poca.

—La recompensaron con la inmortalidad y una vida eterna junto a su amado. Me parece más que justo. —Beth cerró el libro—. ¿Has entendido la moraleja?

—¿Psique debería haber defendido que su deseo de conocer la identidad de su amante era legítimo?

—Desde luego, pero me refería a que Psique también aportó su granito de arena para que la relación no se fuera al infierno, querida. ¿No te inspira eso? Esperar es una pérdida de tiempo, y ya has malgastado cinco años; si quieres ser como Psique de verdad, honra su nombre llevando la historia hasta el final.

Denna se mordió el labio y volvió a fijarse en Blake. El rato de descanso había tocado a su fin, pero Andrew Haye lo estaba interrumpiendo. Parecían enfrascados en una divertida conversación.

—Creo que debo interpretar el hecho de que aquella noche se marchara sin decir nada como

que no está preparado para esto. Como que no quiere verme —murmuró Denna.

—Y por eso tú estás actuando como si no quisieras verlo. Muy inteligente.

—Creo que se lo debo a Lachlan.

—¿El qué?

Denna le dirigió una mirada atormentada.

—Se ha marchado por mí. No sé si porque no quiere volver a verme, porque no soporta en lo que se ha convertido o porque no le gustaría interponerse entre Blake y yo: sea cual sea el motivo, creo que debo respetarlo por todo lo que no lo he hecho durante estos años esperando un tiempo antes de... arrojarme a los brazos de Blake.

Beth suspiró profundamente. Dejó el libro a un lado y se levantó.

—Es un bonito detalle por tu parte. Uno que dudo que vaya a apreciar estando en las Highlands —apuntó. También ella se asomó a la ventana—. Creo que una semana es más que suficiente, sobre todo si a esta le sumas los últimos cinco años. ¿Van a pelearse?

Denna frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Quién?

—Blake y Drew. —Los señaló con el dedo—. Mira, se está quitando la chaqueta. Creo que es la primera vez que lo veo en mangas de camisa.

Denna fue a responder, pero Beth se retiró de la ventana.

—¿A dónde vas? —preguntó, aunque ya lo sabía—. ¡Beth! ¡Espérame!

***

La mayoría de los voluntarios habían dejado lo que estaban haciendo para atender a la pelea que estaba por comenzar. Aunque al principio la embargó la preocupación, esta se transformó en curiosidad e incluso irritación al ver que los hombres sonreían divertidos y pretendían rodear a la pareja para jalear a su favorito. Cuando Denna supo qué pretendían gracias a las averiguaciones que hizo Beth, bufó y estuvo a punto de hacer un comentario malintencionado.

—Parece que el inglés mencionó no hace demasiado que podría derrotar al señor Houston usando solo tres dedos, y hasta ahora no se les había presentado la oportunidad de demostrarlo —explicó uno de los pueblerinos. Beth estaba tan entusiasmada como con todo lo que era ilegal; Denna, en cambio, tenía sus dudas, pero con Blake tan cerca, sudoroso y solo con la camisa puesta, no estaba en posición de pensar con claridad.

Ese era el Blake de verdad, pensaba al asomarse furtivamente sobre los hombros de los arremolinados para que no la viese: un hombre que era todo visceralidad e impulsos, acostumbrado a arrojarse a la aventura y a preguntar después cuáles eran las consecuencias. Su espontaneidad era un peligro, y como todos los peligros, entrañaba el encanto de lo desconocido. El deseo que Denna sentía por él era justamente así; curioso. Colmado de morbo.

El estómago se le redujo al tamaño de una bellota al verlo sonreír con mala idea mientras se

colocaba en posición de ataque. Tenía el flequillo húmedo y caía sobre su mirada del color de la menta.

—Me consta que en Liverpool uno aprende a pelear. Conozco a un par de boxeadores de la zona del puerto —dijo Blake—. Pero tengo alrededor un par de decenas de ejemplos que demuestran que aquí, en Escocia, las cosas se hacen de otra manera.

—Se nota: por lo que he visto, en Escocia os encanta fardar en lugar de actuar. No tengo que recordarle a nadie quién venció en Culloden y cómo acabó el afamado William Wallace, ¿verdad? —Haye ladeó la cabeza y ni se inmutó cuando un grupo lo abucheó. No eran heridas que siguieran abiertas, pero los isleños, pese a vivir apartados del reino (o quizá justamente por eso) mantenían intacto su orgullo nacionalista y no toleraban insinuaciones de ese tipo.

Denna se giró hacia el inglés y pestañeó, sorprendida. Nunca habría imaginado que el alto y esbelto Haye tendría unos cuantos músculos bajo la chaqueta. Procuraba pasar desapercibido con prendas oscuras que estrechaban su figura ya de por sí delgada, y desde luego no le habían hecho justicia. No era nada en comparación con el robusto Blake, pero tenía el cuerpo de un luchador de esgrima: ágil y flexible.

No era la única que lo pensó. Un par de muchachas, costureras que habían salido del castillo para continuar su labor cerca del espectáculo, lo comentaron por lo bajo con cierta admiración.

—Más o menos como vas a acabar tú.

—¿A qué esperas? —Haye le hizo un gesto para que se acercase—. Adelante.

Blake esbozó una sonrisa de gallito que le bloqueó el pecho de emoción. No era su belleza lo que siempre la dejaba sin aliento, sino su carisma; le gustaba cuando se comportaba como le dictaba el corazón y se dejaba arrastrar por sus bajos instintos. Aquel era uno de ellos.

Lo vio avanzar hacia Haye y arrojar un puño tenso que el químico esquivó con agilidad. El público lanzó una exclamación de sorpresa que se convirtió en un grito ahogado cuando Blake volvió al ataque sin resultado. Siguieron una serie de golpes al aire que ni siquiera eran amenazados con ser devueltos.

—¿Así es como pretendes demostrar tu maña? ¿Esperando a que me canse? —se burló Blake —. Si eso es así, dímelo y me retiraré. No eres ni de lejos al que más me muero por dar una paliza, ni tú tampoco eres el que desea acabar conmigo.

—No todo en la vida se hace por venganza, Blake; podemos pelearnos solo por diversión. Aprovecha que soy el único que no te pegaría por despecho.

—Ni tampoco para entretenerse o complacer al resto, por lo que veo. —Blake señaló a la muchedumbre aglomerada alrededor—. Estamos aburriendo a...

Denna dio un respingo cuando Haye, de un movimiento tan veloz que nadie vio exactamente qué era lo que hacía, le dobló el brazo a Blake a la espalda.

—Y ahora podría rompértelo. Con los tres dedos con los que te tengo agarrado el codo. Seguro que sabes cómo —le dijo—. Ese es un punto para Liverpool... a no ser que consideres que ha valido por dos.

—No hay honor en pillar a un hombre desprevenido.

—No hay honor, es cierto. Hay pura estrategia. Siempre me han dado pena los pseudoejércitos escoceses: juntan a un grupo de matones con el cerebro de un mosquito y esperan que inventen grandes maniobras para destruir al enemigo. Los ingleses somos previsores.

Blake se dio la vuelta de repente y cogió a Haye del cuello. Podría haberlo despegado del suelo alzando el brazo, pero solo lo levantó lo suficiente de manera que únicamente sus dedos tocaban la tierra. Todo el mundo aplaudió como si se tratara de una obra teatral mientras Denna observaba con los ojos muy abiertos.

—¿Esto lo tenías previsto? —Se crujió el cuello ladeando la cabeza, y luego sonrió. Lo bajó de nuevo al suelo—. Vamos, enséñame un poco de esa estrategia *sassenach* de la que hablas.

Haye demostró que sabía pelear con tres dedos llevando a cabo todos sus ataques con una mano a la espalda y solo el índice, el corazón y el anular desplegados. Le dio un golpe serio en la mitad de la garganta que lo hizo toser, y de vuelta, Haye recibió un puñetazo en el hombro que lo tuvo mascullando imprecaciones un largo minuto. No era una pelea a matar, sino en la que vencería quien se rindiera antes: respetaban el tiempo de recuperación del otro antes de arremeter de nuevo. Haye le explicó que podría cegarlo de un ojo y Blake le recomendó que no le diera la espalda o podría agarrarlo por la nuca, una zona especialmente sensible.

Denna estaba horrorizada. Disfrutaba viendo que se divertía con Haye, pero no podía olvidar dónde había conocido por primera vez la violencia. Blake había sido víctima de sesiones mucho más crudas que aquella, y no porque quisiera dar un espectáculo a los trabajadores, sino en contra de su voluntad. Si sabía pelear, cómo defenderse y explicar cuánto dolería una herida si no se trataba era porque había vivido demasiadas experiencias relativas a eso. Nadie allí lo sabía, por eso aplaudían, vitoreaban y silbaban. Pero ella tenía el estómago revuelto y no podía intervenir.

La última vez que miró antes de decidir darse la vuelta, vio que Haye lo agarraba por la camisa para traerlo hacia sí y un botón se saltaba de la costura. Después, alguien interrumpió por ella.

—¿Qué es toda esta tontería? —bramó la Reina, abriéndose paso—. Cómo se nota que no van a atender ustedes sus propias heridas; de lo contrario se lo pensarían dos veces antes de reivindicar su fuerza y su maña como los simios.

Haye esquivó una patada de Blake y se agachó para evitar que le incrustara los nudillos en la cara. Con el movimiento y la ayuda de la brisa, el flequillo negro flotó sobre su frente lisa y le abrió la camisa por el esternón. Denna nunca había visto el rostro de Haye en su esplendor; no miraba a nadie a la cara, como si estuviera avergonzado, y el cabello le cubría casi los ojos. Le sorprendió descubrir que sus cejas le daban una expresión más melancólica que burlona.

—Solo nos estamos divirtiendo, Bonnie —se defendió Blake—. Es la mejor manera de liberar tensiones.

—Qué ridiculez.

Haye se dio la vuelta con gesto irónico para hacer algún comentario. Fuera lo que fuese que

iba a decir, se quedó a medio camino.

La Reina acababa de volver de recoger frambuesas, una de las muchas tareas que había emprendido para no darse cuenta de la ausencia de Lachlan: llevaba el cesto pegado al costado y no había podido resistirse a probar algunas, puesto que tenía la boca manchada de rojo. Las mejillas se le pusieron del mismo color cuando Haye se acercó y, después de pasarle el dedo por los labios, se lamió la yema con la punta de la lengua.

—Entonces sí que es frambuesa. Pensaba que venía de hacer alguna clase de sacrificio humano en un altar con la correspondiente ingesta de sangre. No sería la primera vez que leo sobre algo así en las leyendas de Elfame...

Blake aprovechó el momento para cogerlo de la pechera de la camisa y darle la vuelta. Ante todos, ejecutó el golpe maestro que lo envió al suelo con una hemorragia nasal: un sencillo y certero puñetazo en el tabique.

No parecía orgulloso, pero sí se divirtió al verlo tendido sobre los codos, mirándose la sangre como si fuera la primera vez que la veía.

Denna casi sintió compasión por lo desorientado que lo había dejado el golpe.

—Eres un salvaje —le reprochó la Reina—. Deberías haber aprendido muy pronto que los hombres como tú deben meterse con otros de su tamaño.

—No hay hombres de mi tamaño. Solo Carmichael es más grande que yo, y en ese caso yo estaría en desventaja, por lo que tampoco lo verías apropiado. De todos modos, el ego de Haye siempre lo ha hecho parecer más alto.

La Reina bufó, nada a favor de la idea, y se agachó para revisarle la herida a Haye. Ni este, ni Denna, ni ninguno de los allí presentes se perdieron cómo la deidad de Elfame sacaba un pañuelo de tela del escote y secaba la sangre de su rostro.

Haye entrecerró los ojos con una ligerísima sonrisa socarrona.

—Creo que ese es el hechizo más interesante que le he visto llevar a cabo —comentó, arrastrando las palabras.

La Reina le dio un latigazo en la mejilla con el pañuelo.

—Cállese y no sea impertinente.

Aunque la escena se preveía interesante, la gente comenzó a dispersarse. Beth se quedó charlando con las costureras y los demás volvieron al trabajo; solo un par entretuvieron a Blake, que aprovechaba el momento para ponerse el chaleco de nuevo e intentar, sin mucho éxito, cerrarse la camisa rota.

En un impulso, Denna se acercó a las costureras y les pidió aguja e hilo. Después se aproximó a Blake, no muy decidida pero tan ilusionada que no cabía en sí misma. No hizo falta que interrumpiera la conversación: Blake la localizó cuando aún faltaban unos pasos para entrar en su campo de visión.

Le dio esperanza que la leve sonrisa no se marchitase, y que en sus ojos relampagueara el deseo en estado puro.

—Gracias, campeón —susurró—. Le has dado a Haye la paliza que todos hemos fantaseado con propinarle alguna vez.

Él la miraba casi sin pestañear.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió.

—Ese en concreto no recuerdo haberlo manifestado.

—No necesito que me lo digas para saberlo.

Con esa sencilla oración, Denna comprendió lo que necesitaba para quedarse tranquila: no había tenido que decirle con palabras que la marcha de Lachlan la había descolocado para que él entendiese que debían mantenerse alejados durante un breve lapso.

Denna se acercó más. Los muchachos que charlaban con él se retiraron sin que les diera la orden, y de pronto todo pareció desaparecer alrededor.

Blake la enfrentó, sudoroso y más hinchado por el ejercicio.

—Parece que la camisa no te cierra. Vas a pasar frío... Deja que te la cosa.

—Buena suerte encontrando el botón.

—Tengo uno de repuesto —declaró ella.

Con dedos temblorosos, rescató aquel que le robó a su chaleco hacía años. A partir de entonces, no se había separado de él ni un solo minuto. Pensó que Blake, al recordar sus días perdido en la amnesia, asociaría enseguida el botón a aquel primer beso desesperado, pero por el asombro que cruzó su rostro dedujo que no lo había pensado hasta entonces.

Blake clavó en ella sus ojos verdes.

—Lo conseguiste aquel día —murmuró, mientras ella enhebraba el hilo de puro milagro y tomaba la tela para medir dónde colocar el botón—. Debiste llevártelo al agarrarme con tanta fuerza.

—Necesitaba algo que me recordara que no fue un sueño —confesó mientras intentaba coserlo. Le era imposible sabiendo que la miraba, y *cómo* la miraba.

Solo la distrajo una tierna carcajada.

—No tienes ni idea de cómo hacer eso.

—No... —balbuceó. Elevó la mirada hacia él—. No tengo ni idea de cómo se hace nada, y menos lo que tiene que ver contigo. Pero me gusta la idea de intentarlo... por ti.

Blake la tomó de la barbilla y la acercó a sus labios. Su aliento errático por la pelea le puso la piel de gallina.

—Tú conmigo nunca intentas nada: siempre lo consigues.

Denna jadeó antes de que él estampara los labios contra los suyos. Todo el mundo allí presente podía verlos y, sin embargo, sería algo que no tendría en cuenta hasta un buen rato después, cuando su boca no la tuviera atrapada en un contacto febril y calenturiento capaz de hacer vibrar cada una de sus fibras sensibles.

Blake la cogió de la nuca y ahondó más en su cavidad hasta que Denna sintió que se le doblaban las rodillas. Fantaseó con que la tomaba entre sus brazos y se la llevaba al dormitorio,

pero sabía de antemano que aquello no sucedería. Que Blake había descubierto algún beneficio en ser tratar de ser un caballero e iba a serlo allí, entonces, soltándola y dándole las gracias por coser el botón.

Le faltó una de sus apasionadas declaraciones de amor cuando se separó. Pero la vio reflejada en sus ojos brillantes, en el detalle conmovido de su sonrisa.

—Me alegro de que no hayas regresado al mar —susurró en su oído.

Ella se estremeció, recordando la historia de los selkies. La asoció a no haberse marchado con Lachlan... a haber permanecido en Lochranza. Pero no era lo mismo no irse que quedarse, y Denna sabía que para aclarar su postura definitivamente tendría que hacerse notar.

Y, por fortuna, tenía una idea de cómo.

27

Blake tocó a la puerta del dormitorio con los nudillos. Antes de eso había tenido que escabullirse sigilosamente y cerciorarse de que Carmichael no deambulaba por los alrededores para evitar un enfrentamiento violento. El highlander tenía sus recursos para mostrarse amenazador sin perder las maneras, y si bien Blake siempre estaba de ánimo para una pelea, era lo bastante inteligente para saber a quiénes le convenía evitar provocar.

En ese momento no había mayor provocación que la de hacerle una visita a Lillias mientras terminaba de recuperarse. Había intentado asomarse en unas cuantas ocasiones antes de aquella, pero de algún modo, Carmichael aparecía para fulminarlo con la mirada y exigirle que procurase respetar la distancia. Sabía que era porque lo consideraba un peligro para ella, y, ciertamente, no era una idea muy descabellada. De hecho, tenía tanta razón que el propio Blake se había estado tragando su culpabilidad y su sentido de la honradez, esos que lo impulsaban a ir a ver a Lillias, al mantenerse al margen pro de su bienestar.

Pero eso se había terminado.

—Adelante —La voz de Lillias sonó amortiguada desde el interior.

Blake se asomó a tiempo para ver cómo Lillias se incorporaba con ayuda de Johnson.

La obstinación a permanecer a su lado no solo hablaba de una lealtad inconmensurable a la que era su hermana, sino de la concienciación de cuáles eran los deberes del guerrero: defender siempre aquello que tenía valor. Nadie dudaba allí que Lillias Maxwell fuera valiosa, y no solo porque su tío, Graham Maxwell, hubiera emprendido una búsqueda encarnizada para encontrarlos, a ella y al muchacho: también por su encanto personal y por la fuerza demostrada. Blake admiraba a la mujer que allí lo miraba con la combinación perfecta de afecto y aprensión, porque se había sobrepuesto a adversidades a las que él jamás habría sobrevivido.

Se sintió ruin y miserable por haber querido usarlas a su favor para vengarse de terceros.

—Bonnie me ha contado que debían tenerte bajo supervisión estos días por si tu cuerpo daba señales de daño interno —fue lo primero que dijo. Cerró la puerta tras él y avanzó como si no quisiera hacer ruido, una actitud muy diferente a la habitual de pisar fuerte.

Lillias lo observaba con miedo a que empezaran los reproches, y era indudable que Blake los tenía: había tratado de manipularlo mientras intentaba apartar las brumas de la amnesia. Sin embargo, entendía sus motivos y no estaba en posición de recriminarle nada después de lo que

casi había ocasionado.

—Lo siento —musitó Lillias. Más que oírla, Blake descifró el movimiento de sus labios. Johnson estaba sentado al otro lado de la cama y observaba la escena con mucha atención; razón de sobra para ser escueto.

Sabía que el niño lo tenía por un héroe, y a los héroes siempre se les trataba con respeto reverencial. Lo había visto saltar, gritar y reír a carcajadas con casi todos los habitantes del castillo, pero con él intentaba mostrarse más maduro. Aunque era consciente de que no era su padre y solo mentía porque Lillias le daba instrucciones, Johnson admiraba a Blake por lo que había hecho por ellos.

Blake nunca negaría haberlos sacado de la cochambre en la que vivían porque les preocupara su futuro, pero también existían razones egoístas y era por estas que le costaba digerir el brillo con el que Johnson lo miraba. Uno del que no era en absoluto merecedor.

Sacudió la cabeza y se acomodó justo en el otro extremo de la cama, no sin antes guiñarle un ojo al pequeño, que se ruborizó enseguida.

—No tienes por lo que disculparte.

—Te engañé igual que los demás —susurró, mirándolo con esos insólitos ojos color aceite que le llamaron la atención nada más cruzársela.

Se habían escrito canciones sobre la belleza de Lillias Maxwell lo bastante precisas para que la reconociera a simple vista, lo que ocasionó un problema al principio. La muchacha pensó que era un mandado de su tío para devolverla a Dundee y arremetió contra él con toda su fuerza. El malentendido le había dejado una cicatriz en el pecho.

—Y yo te puse en peligro.

Lillias negó con la cabeza, pero sabía que con ese gesto no bastaría para aplacarlo y se giró hacia Johnson.

—¿Por qué no vas a jugar con Caitriona un rato, cielo? Blake y yo vamos a hablar de un asunto aburridísimo.

El muchacho, que en realidad tenía un serio problema acatando la autoridad, se puso en pie de un salto y obedeció de inmediato. Rodeó la cama con la espalda muy recta y un forzado gesto solemne, y no se fue hasta que la reverencia que hizo hacia Blake le fue respondida con una sonrisa y un asentimiento.

—Solo es tan obediente cuando se trata de ti. Ha asimilado demasiado rápido que serías su padre —murmuró ella en cuanto se cerró la puerta.

Blake le sostuvo la mirada con una mueca arrepentida.

—No sabes cuánto lamento no...

Lillias esbozó una sonrisa desvalida.

—No pensarás que me creí tu promesa en algún momento, ¿verdad? —Levantó una ceja, dándose un aire sarcástico—. Blake, si llegué tan asustada a uno de los pocos lugares del mundo en los que estaría segura fue porque en el fondo de mi corazón sabía que aprovecharías cualquier

oportunidad de volver a los brazos de Denna. Y lo entiendo.

—¿Porque tú harías lo mismo?

El gesto de Lillias se endureció, captando al vuelo a quién y a qué se refería.

—No tiene nada que ver. Rowen y yo terminamos hace muchísimos años.

—Eres la única que lo llama Rowen —apostilló con suavidad. Ella apartó la mirada.

—Es la costumbre.

—Sé que no quieres ponerlo en peligro. Y respeto tu decisión. Pero... confío en que eres consciente de lo que eso conlleva. No solo te romperías el corazón a ti; también a él. Y hablo con conocimiento de causa cuando digo que romperle el corazón a un hombre dos veces es suficiente para que comience a odiarte... incluso si nos referimos a uno tan bueno como Carmichael.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

—No deberías correr tú todos los riegos.

—Es a lo que estoy abocada. No dudo que mi tío tenga a gente buscándonos también por la isla —musitó—. Quizá ni siquiera puedo confiar en el hombre al que crees que debo aferrarme. Y eso te convierte a ti en la única persona con la que puedo hablar.

Blake asintió, aceptando su parte de responsabilidad.

—No sabes lo mucho que lamento que en cierto modo dependas de mí.

—¿Por qué? ¿Por lo que ha pasado? No tienes la culpa de que todo saliera mal. Teníamos un plan, yo conocía cada detalle, y acepté sabiendo a lo que me exponía. Si he de morir a manos de alguien, prefiero que sea por unos contrabandistas que por los secuaces de Graham.

Blake estudió la gravedad de su semblante. Si no se le puso la piel de gallina fue porque estaba muy familiarizado con sus sentimientos: él, siendo un crío, también había acordado consigo mismo que nunca permitiría que su padre lo venciera. Sabía lo que era aceptar que su alma estaba en peligro, pero protegerla aun así de un enemigo particular. No obstante, era extraño oír esas palabras en labios de una mujer. Lamentaba profundamente que, antes de que sus caminos se cruzaran, Lillias ya hubiera vivido demasiados horrores para contarlos todos. Para ser, incluso, la mujer que Carmichael había querido, de la que Blake apostaba que no quedaba nada.

—No morirás a manos de nadie si yo puedo evitarlo.

—Eso es un consuelo —sonrió. La sinceridad en su tono lo hizo sentir mejor—. Sé que no puedes evitarlo todo, pero Dios tendría que guardar a los enemigos que me persigan de tu sólida voluntad.

—Sería más fácil para mí si tuviera ayuda. Sé que no eres partidaria de contárselo todo con detalle a quienes viven aquí...

—¿Lo eres tú? ¿Confías en ellos?

Blake se quedó en silencio. Entendía lo que Lillias pretendía al hacer esa pregunta: obligarle a admitir que quería que ella les confesara sus secretos cuando el propio Blake no se atrevería.

—Yo parto de una experiencia diferente.

—Pero si estuvieras en mi lugar no lo harías. La verdad es, Blake, que nunca sabes lo que van

a hacer con la información que les das. Ahora puede que me protejan, pero quizá, si cambiaran las tornas y se diera una situación en la que tuvieran que elegir por supervivencia, no dudarían en traicionarme. Y no estoy dispuesta a permitir que me entreguen. Ni a mí, ni mucho menos a Johnson.

—Protegeré al crío con mi vida si hace falta.

Lillias suavizó la expresión, y eso transmitió a Blake la idea de que no lo dudaba. Se alegraba de que alguien como ella, alguien que había sufrido toda clase de penurias y traiciones, depositara en él semejante confianza. Le daba esperanza y el impulso que necesitaba para convertirse en esa persona a la que recurrir no solo para ella, sino para los demás. Pero ¿acaso había un solo hombre honrado en Lochranza capaz de negarles ayuda a una mujer sola y a un muchacho de apenas cinco años?

Blake apreciaba a Lillias y adoraba al niño. Johnson era travieso y estaba lleno de vida: él solía ser así cuando tenía su edad. Se acordaba de su madre contando entre risas lo revoltoso que era su pequeño, cómo se las ingeniaba para hacer una trastada tras otra y volver loco al servicio de Cranston Castle. Mientras pudiera evitarlo, protegería la alegría burbujeante y la candidez de Johnson.

Nadie, ni siquiera la mayor de las desgracias, le arrebataría la infancia.

—Incluso si no nos casamos, puedo ser un padre para él —propuso en voz baja.

—No dudo que la paternidad te sentaría bien, pero no es mi hermano al que quieres como hijo. Quieres uno que tenga tu sangre y la de Denna.

Blake no pudo negarlo.

Desde que era muy joven había deseado formar una familia, y aunque durante un tiempo estuvo seguro de que le bastaría y sobraría con Denna, su alma estaba llena de anhelos como el de conocerla en su faceta maternal. Todos sus deseos brotaban de ella, una fuente inagotable de sueños: los niños siempre le habían gustado y se le daban de maravilla y, sin embargo, se le partiría el corazón criando a uno que no fuera de su mujer.

«Ya no es tu mujer», se obligó a recordar.

—Es improbable que eso suceda —apuntó—. Y, de todos modos, Johnson no sería un reemplazo ni un consuelo. Ese muchacho necesita una figura masculina a la que recurrir y pedir consejo cuando se le empiecen a plantear problemas que solo un hombre podría resolver.

—No creo que haya una sola cosa con la que yo no pueda ayudar a Johnson. Aun así... No voy a negar que esa admiración que siente por ti sea beneficiosa para transmitirle unos cuantos valores.

—No soy el más indicado para transmitir valores a nadie —ironizó, lanzando una mirada triste al techo—, pero no me gustaría que sintiera que no tiene padre. De crío lo notas de un modo muy doloroso, pero ese vacío pasa factura incluso cuando eres un hombre hecho y derecho.

Lillias le apretó la mano cariñosamente y sonrió.

—Le diré que podrá recurrir a ti cuando tenga problemas. Pero no podría sentirse solo en este

sitio: todo el mundo lo mima más de lo que debería.

—En ese caso sería conveniente que dejaran de hacerlo —repuso, también con una sonrisa—. No queremos que se convierta en un niñato malcriado.

—Ya ha perdido a su madre. Después de algo así, es improbable que se convierta en lo que comentas.

El rostro de Blake se ensombreció.

—En ese caso tendremos que evitar que se transforme en un monstruo. —Se levantó y se retiró una pelusa invisible de los pantalones—. Te dejaré descansar. Si me necesitas...

—Gritaré tu nombre —prometió.

Blake asintió y sonrió. Evitó ponerle palabras a lo que estaba pensando, pero no dejaba de darle vueltas a lo gratificante que era saber que alguien lo buscaría cuando necesitara ayuda. Quizá, con el tiempo, dejara de presentar el problema para ser el que lo resolvía. Pero Dios sabía que, para ese entonces, aún debería pasar por numerosas pruebas de fuego.

Salió del dormitorio y, cuando fue a cerrar la puerta, se dio cuenta de que Johnson estaba allí, apoyado en la pared junto a él.

Los dos se miraron un momento.

—¿No se va a casar con Lilly? —preguntó en voz baja.

Blake negó con la cabeza dulcemente. Le revolvió el pelo oscuro.

—No, pero la defenderé con mi vida. A los dos.

Los ojos de Johnson brillaron.

—No esperaba menos de usted, señor.

—Pero no esperes mucho más. Ni de mí, ni de nadie —le aconsejó—. Así es más fácil salir decepcionado, y hay desengaños de los que el corazón no se recupera nunca.

Johnson asintió, emocionado, y volvió a hacerle una reverencia. Antes de que estuviera a punto de caerse de cabeza por la dramática genuflexión, Blake lo cogió por los hombros.

—No soy un señor. Soy tu amigo. ¿De acuerdo?

Él lo miró a los ojos y asintió rápidamente.

—De acuerdo.

—Y los amigos no se hacen reverencias.

—¿Qué hacen?

—Se abrazan.

Johnson vaciló un segundo, pero en cuanto Blake hizo el amago de arrodillarse para ponerse a su altura, el crío le echó los brazos al cuello. Lo apretó con tanta energía que Blake emitió una risita estrangulada. Envolvió su pequeño cuerpecito y cerró los ojos.

Era muy consciente de a quién y por qué estaba abrazando: a un niño agradecido, obligado a madurar antes de lo previsto para sobrevivir y ayudar a su hermana a mentir. Pero en cierto modo sintió que estaba haciendo las paces con el muchacho que fue él. Tenía el pelo lleno de ramitas de haber estado revolcándose en los alrededores, las manchas verdes de la hierba se le habían

pegado a la ropa y olía a miel y azúcar, seguramente por las galletas que habría horneado la cocinera para él.

Solo era un niño, pensaba, y no lo bastante mayor para considerarse un hombre en ciernes. Era un niño, y si sus enemigos lo alcanzaban, sufriría o, Dios no lo quisiera, moriría *siendo un niño*. ¿Por qué él no se había permitido serlo? ¿Por qué había puesto sobre sus hombros juveniles una responsabilidad de adulto? Si hubieran agarrado a Lillias, o Lillias hubiese caído durante la huida, ¿qué culpa habría tenido Johnson? Ninguna.

¿Por qué, entonces, Blake sí la tuvo de todas las desgracias de su infancia?

—Tengo miedo —murmuró Johnson. Blake pensó que lo había soñado de tan bajo que lo pronunció, pero sintió que la criatura se estremecía bajo sus brazos y se obligó a sostenerlo firmemente—. ¿Y si le pasa... algo?

Había pasado por alto que el niño sabía demasiado. Podía protegerlo del peligro, pero no del pánico que empañaba las circunstancias.

—No pasa nada. Tener miedo es humano —lo consoló. Apoyó la barbilla sobre su pequeño hombro unos segundos antes de romper el momento y mirarlo a los ojos. En los de Johnson bailaban las lágrimas—. Lo estás haciendo muy bien, muchacho. Estás protegiendo a tu hermana. Eso es lo que un guerrero debe hacer: cuidar de su sangre.

—Pero es mi culpa —tartamudeó, pestañeando rápido. Una lágrima cruzó su mejilla infantil. Se le partió el alma al oír de labios de alguien tan pequeño, con una voz tan endeble e infantil, la frase más dura que podía pronunciarse.

«Tus manos están manchadas de sangre», recordó.

—Los niños no tenéis la culpa de nada, ¿me oyes? Mírame. —Lo obligó a levantar la barbilla —. De *nada*, ¿entiendes?

Él dudó antes de asentir sin tenerlas todas consigo. Blake le dedicó una sonrisa trémula y le secó las lágrimas con los pulgares.

—Ahora entra ahí y hazle compañía a Lillias. Recuerda que eres lo más valioso que tiene y está muy agradecida contigo.

Volvió a mover la cabeza afirmativamente y sorbió por la nariz. Blake le dio una palmadita en la espalda y le abrió la puerta. Observó cómo echaba a correr al interior y se encaramaba a la cama. Lillias, que hasta el momento había estado absorta mirando al techo, lo recibió con una sonrisa de oreja a oreja y con los brazos abiertos. El pecho se le llenó de una calidez inesperada al asistir a la escena.

Se obligó a moverse de allí antes de que el highlander lo descubriera y guio sus pasos hasta el dormitorio, pensando irremediablemente en qué poco se habrían torcido las cosas al final si hubiera tenido a alguien en el pasado; si un hombre al que admirase le hubiera prometido que estaría a salvo y que no era su culpa.

Sin embargo, ya lo tenía. Ese apoyo incondicional era Calder. Pero en aquel entonces, cuando lo necesitaba, era demasiado pequeño para darse cuenta de lo que estaba sucediendo... y tal vez,

en consecuencia, ya era demasiado tarde para él.

Empujó la puerta de su habitación, preparado para enfrentarse una vez más a los malos recuerdos. Era difícil no pensar en su madre en cada rincón del castillo, donde los brotes de locura que la poseían a raíz de la caída habían dejado marca. Sin embargo, no se reencontró con su miseria nada más cruzar la estancia, sino un regalo envuelto en seda transparente.

Blake se quedó inmóvil al reconocer la melena oscura de Denna, que se dio la vuelta para mirarlo con las mejillas coloradas. Abrió la boca para preguntarle qué hacía allí, si era real o fruto de su imaginación, pero no consiguió decir palabra.

Ella tomó la iniciativa.

—Creo que ya iba siendo hora de que hiciera algo por ti.

28

Blake no se atrevió a moverse, temeroso por si la imagen se desvaneciese y acabara despertando a solas bajo las mantas. Únicamente un sueño podría explicar que tuviera a Denna ante sí, vestida con uno de los finísimos y provocativos *negligés* con los que la había imaginado demasiadas veces para contarlas. La diferencia era que en sus fantasías era intangible y poco realista, y él tenía seguridad de sobra para dar un paso y devorarla. Allí, Denna era de carne y hueso y a él le temblaban las manos de pensar en estirar el brazo y tocarla.

La vio acercarse. No era una de esas mujeres sensuales que se regodeaban en su belleza; era una muchacha valiente que aun así temía cometer un error. Blake adoraba su esencia ambivalente, cómo podía ser una diosa incomparable en encanto y una jovencita virginal... y le fascinó que esas dos caras se tomaran de la mano para ofrecerle, con descaro y a la vez nerviosismo, un cuerpo hecho para el amor.

A través de la fina seda blanca se veían con claridad los contornos del cuerpo femenino. Las caderas redondeadas, los pezones oscuros, el triángulo de vello negro. Apenas se había detenido frente a él cuando empezaba a notar la sangre hirviendo.

—¿Te has puesto esto para mí? —preguntó con voz ronca. Acarició la tela entre los dedos. Podría romperla con solo mirarla, pero prefería concentrarse en ella: en sus grandes ojos pardos y sus labios carnosos. Tenía una cara por la que podría llorar.

Denna respiraba profusamente.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me hagas el amor —murmuró, mirándolo a la cara. Un monstruo hambriento rugió dentro de Blake al asimilar la honestidad con la que hablaba—. Quiero ser feliz contigo, Blake... Quiero ser tu mujer.

Él apretó la mandíbula para reprimir un grito de liberación.

Había pasado tantos años rogando un milagro al cielo para oír esa declaración de sus labios que casi lo fulminó la emoción al comprender que salía de un lugar más hondo: que las palabras las había formulado su boca, pero no nacieron de su mente sino de su corazón. El de Blake latía como si quisiera que ella lo escuchara.

—¿Por qué? —se obligó a preguntar, con voz trémula—. Tienes la oportunidad de marcharte.

Incluso tuviste la opción de irte con él. ¿Por qué yo?

Denna le acarició la mejilla con los dedos. En sus ojos vibró la emoción más intensa.

—Porque te amo. Y no lo hago porque el destino pueda conmigo, porque tú seas más fuerte que yo o me haya resignado a alguna fuerza sobrenatural. Lo hago porque quiero.

Blake se rindió al contacto con un gemido quebrado. Le cogió la mano y besó la palma, sin saber ya cómo ni de qué condenada manera demostrarle a esa mujer que había nacido para adorarla.

Ella cerró los ojos.

—Sé que yo también te he hecho daño y que te costará confiar en mí cuando te traicioné con otro hombre; porque lo elegí antes de siquiera ponderar perdonarte —continuó, balbuceando—. Pero debo pedirte que me creas cuando digo que soy tuya. Y si me hubiera ido con él no solo te habría robado a ti; también me habría arrebatado a mí la última esperanza de ser yo misma. Eres el único hombre en el mundo que sabe quién soy.

Blake la miró, abrumado por sus sentimientos.

—Eres el motor de mi vida.

—¿No vas a rechazarme? —jadeó, sorprendida.

—Por Cristo, ¿cómo podría yo hacer eso? Sabes que te adoro con cada fibra de mi alma. Si no hubieras venido a buscarme, te habría vuelto a perseguir yo. Estar contigo está en mi sangre.

Blake acarició la melena que caía sobre sus hombros y enredó un mechón en el dedo. Se inclinó sobre Denna con la cabeza ladeada y empujó su lengua con la propia en un beso húmedo y sensual que terminó de encender la llama que habría de prender su cuerpo entero. Ella apoyó y cerró las manos sobre su camisa. Para cuando contoneó las caderas contra las suyas, estaba tan excitado que le dolía. Siseó por lo bajo al seguir la línea descendente de su elegante espalda y sentir bajo la palma la curva del trasero.

Denna también deslizó los dedos por su pecho hasta frenar donde ardía su erección.

—¿Qué puedo hacer para complacerte? —susurró sobre sus labios. Blake gruñó al notar que frotaba el bulto con la palma y Denna misma temblaba de excitación.

La miró al borde del colapso.

—Ponte de rodillas... —Tragó saliva—. Chúpamela.

Denna se humedeció los labios y besó los de él antes de agacharse. Blake pensó en pedirle que se levantara al verla a sus pies; debía ser una humillación para ella después de todo lo que le había hecho, pero su lado morboso estaba desquiciado porque lo tomara. Venció el deseo y observó, con la espalda trenzada de anticipación, cómo ella se deshacía del nudo del pantalón y tomaba el miembro con dedos inseguros. Blake se olvidó de cómo respirar cuando lo miró desde abajo y la lengua asomó entre sus labios para dar una larga lamida de reconocimiento.

—Dios... —Cerró los puños.

—Estás muy caliente —susurró ella. Depositó un beso en la punta y luego enroscó la lengua alrededor.

Él siseó una imprecación.

Sus acercamientos a lo amatorio eran tímidos e imprecisos, pero sentía que estaba cerca de explotar con cada uno de ellos. Hasta que Denna, harta ya de explorar con tentadoras caricias, se lo metió en la boca resolutivamente.

Blake jadeó al mirar hacia abajo y ver cómo su erección desaparecía en el fondo de la garganta y volvía a asomar con la piel brillante por la saliva. Su cuerpo reaccionó palpitando con cada sonido que hacía su boca al soltarla; con el de sus cuerdas vocales al vibrar en un ronroneo. No quería llegar al orgasmo, pretendía obligarse a durar hasta estar dentro de ella, pero la compresión de sus músculos internos, su decisión a hacerlo memorable, lo puso en un severo aprieto. Blake quería distanciarse del momento para tolerar sus caricias, y a la vez no podía resistiese a observar cómo lo hacía. Le parecía mentira que Denna estuviera de rodillas ante él, engulléndolo con los ojos cerrados y al borde de la arcada para complacerlo.

La cogió del pelo y empujó las caderas para clavarse más hondo. Su garganta resistió el embate y la mantuvo allí unos segundos hasta que se separó para respirar y mirarlo con los ojos llenos de lágrimas y determinación. Volvió a tragárselo casi hasta la empuñadura y repitió el movimiento hasta que a Blake se le nubló la vista y tuvo que rogarle que parase.

—¿No lo estoy haciendo bien?

—Ya lo has hecho demasiado. Las mujeres amadas nunca deberían arrodillarse. Es algo que solo hacen las... otras.

—Puedo ser una mujer amada y una odiada a la vez; no me hacía ilusión serlo, pero ahora me gusta la idea de pretenderlo... —Acarició la erección con la mano desde el prepucio hasta la base. Con la otra acarició los testículos—. Y me gusta cómo sabe... cómo tiemblas.

Como si quisiera demostrarlo, Denna volvió a metérsela en la boca, esta vez con los ojos clavados en él. Blake hundió las uñas en su cuero cabelludo y la presionó por la nuca para que continuara. Justo cuando propinaba un último lametón a la cabeza húmeda y Blake vio que se llenaba la lengua de su esencia, el cuerpo se negó a aguantar un segundo más y estalló. Se agarró el miembro con una mano tensa y se vació en su boca, que ella abrió más por instinto. El fuego casi lo consumió tras aquel gesto sumiso, pero en cuanto volvió en sí mismo y observó que el líquido chorreaba por su barbilla, se apresuró a ponerse a su altura y pedir disculpas.

—¿Por qué?

Blake se quitó el chaleco y usó la camisa para limpiar su rostro enrojecido. La miró a los ojos, aún temblando de excitación.

—A las mujeres amadas nunca se les hace sucio —explicó en voz baja—, pero he querido bañarte con mi semilla desde que te conocí. He tenido las fantasías más asquerosas contigo, Sirena.

—¿Qué tipo de fantasías?

Blake la miró con una mezcla de arrepentimiento y seguridad, espoleado por su sincero interés. Tenía los ojos empañados e inyectados en sangre por él, y pensó, maldiciéndose, que así

le gustaba más que nunca.

—Quiero hacerte el amor como a las mujeres de baja categoría. Como si fueras una fulana que no vale nada. Clavarme en ti hasta que no puedas respirar. Hasta que llores —susurró persuasivamente—. Quiero hacerte disfrutar tanto que sea pecado.

—No se parecería en nada a lo que pasó la otra vez —musitó ella, atendiendo con los ojos muy abiertos.

—No, Sirena. —Acarició su rostro con los dedos.

—Hazlo. Quizá pueda soportarlo. Yo también... —Tragó saliva—. Yo también he pensado en maltratarte usando mi cuerpo.

—Me siento maltratado y bendecido por tu cuerpo cada vez que te veo. Y ahora... —Desabrochó los únicos dos botones del *negligé*—, lo veo mejor que nunca. Esta prenda la hizo el demonio.

—En realidad, la hizo mi madrastra. La única vez que hablé con ella como si nos importáramos fue la mañana que me marché. Me dijo que intuía que eras un hombre apasionado, y que esto... te gustaría.

—Puedes estar segura —siseó—. Levántate y camina hacia mí.

—¿Cómo?

Blake apoyó las palmas a la espalda, sentado en la alfombra, y se acomodó para mirarla.

—Ponte de pie y deja que te admire. —Ladeó la cabeza—. ¿Acaso tienes miedo de que vea algo que no pueda gustarme?

—Nunca me has visto desnuda. Podría... —Miró a otro lado, avergonzada—. Podría decepcionarte.

—Nada de lo que hagas, digas o seas podrá disgustarme jamás, ¿me oyes? Estoy perdido por ti. No me hagas sufrir más y permíteme mirarte.

Ella se pasó la lengua por los labios y se incorporó. Que el camisón estuviera manchado en el escote solo lo prendió más cuando Denna dio una lenta vuelta sobre sí misma y se alejó para regresar más despacio, con pies seguros y la mirada fija en él. Estaba absorta en su propia seducción y eso volvió a excitarlo. Blake se acarició distraídamente la erección sin perder de vista lo que transparentaba la prenda. La respiración de Denna se entrecortó al ver lo que hacía.

—Levántatelo muy despacio... pero sin quitártelo —ordenó—. Ese es mi trabajo.

Denna asintió, ensimismada. Disfrutó de la mirada escandalizada que le dirigió, emoción solo neutralizada por el entusiasmo que demostró al tirar del borde del camisón y subirlo lentamente por encima de sus pantorrillas, sus rodillas, sus muslos torneados... Blake apretó los dedos sobre su miembro al ver que llegaba al vientre plano. Su desganado subir y bajar se convirtió en una masturbación agresiva cuando le mostró los turgentes pechos. No le costó imaginarse penetrándola hasta que desaparecía completamente entre los rizos oscuros.

Ella hiperventilaba al mirar cómo se daba placer. Blake no lo soportó más y, a punto de alcanzar el clímax, le hizo una señal con el dedo para que se acercara. Siguiendo indicaciones,

Denna se puso de rodillas y apoyó las manos a cada lado de las caderas de él. Blake le cogió la mandíbula con la mano y la acercó para besarla en la boca. En cuanto estuvo sentada sobre su regazo, peligrosamente cerca de su sexo inflamado, le sacó el *negligé* por la cabeza.

—No te lo rompo porque quiero verte con él cada noche de mi vida —le dijo al oído. Ella se estremeció bajo sus dedos, que ya le recorrían la espalda, robando calidez a su piel canela. Su lengua hizo lo mismo por la línea del hombro y la garganta.

—Eres muy considerado.

—A ver si sigues pensando eso ahora... —Se calló, asombrado, cuando infiltró una mano entre sus muslos y palpó la densa humedad de su entrepierna. Ella dio un respingo—. Dios bendito, Denna. ¿Has llegado sin que te toque?

—No... —jadeó—. Pero casi.

La abrazó por la cintura y la acercó a su miembro rígido. Arrastró sus caderas, como si ella no pudiera moverlas, sobre la protuberancia; carne con carne, piel ardiendo y a la vez empapada. Blake se empapó con su lubricante sin dejar de besarla. Denna empezó a rotarse, rogando en silencio que la embistiera por fin, jadeando incontrolablemente contra su mejilla rasposa.

—Tómame —pidió ella con un hilo de voz.

Blake se separó lo suficiente para mirarla a la cara. Esa vez iba a hacerlo bien; memorizaría cada una de sus expresiones faciales cuando se moviera dentro de su matriz. La luz brillaría esa noche para que él supiera a quién poseía.

De un movimiento brusco, dio la vuelta y se posicionó sobre Denna. «Es su segunda vez», se obligó a recordar. Pero no lo pudo tener en mente cuando le separó las piernas y vio con sus propios ojos cómo se deshacía por él. Denna se agarró a los brazos con los que franqueó sus hombros. Los músculos de su vientre se encogieron al intentar reprimir el deseo. Estaba sufriendo por él, y que Dios lo perdonara porque lo disfrutaba. Se bebería cada uno de sus ruegos y sollozos como el mejor vino. Pero antes aceptó que ella le quitara los pantalones y lo dejara desnudo.

—¿No vamos a la cama? —balbuceó.

—No. Lo haremos en el suelo.

—Como los animales.

Blake sonrió, recordando precisamente a una bestia, y se ensartó de una sola estocada. El grito de ella concluyó con un gemido estremecedor que Blake secundó al sentir cómo se abría para él. No dio con ningún obstáculo para hundirse hasta el fondo. La cogió por las muñecas y las colocó sobre su cabeza antes de tenderse casi completamente sobre ella y empezar a embestirla. Blake se empujaba contra sus caderas con la mente en blanco, enseñándole los dientes en una mueca distorsionada por el placer. Denna alzaba las propias y se removía queriendo participar, estremeciéndose a la vez por cada una de las penetraciones que la hacían rebotar.

—Ah, Blake... Blake... —tartamudeaba, sin saber si dejar los ojos abiertos o cerrarlos para resistir cada impulso bestial.

—Eso es. Di mi nombre.

Blake soltó sus manos y enseguida volaron a los anchos hombros; a recorrer una espalda contraída por el esfuerzo de llegar lo más lejos posible. Denna recorrió con las uñas su piel húmeda hasta agarrarse a sus nalgas, mientras Blake sujetaba una de las rodillas con las que trataba de apretarlo por el costado.

—Grita para mí —le dijo. Con la mano con la que no se sostenía, envolvió el cuello femenino y presionó lo suficiente para que su gimoteo saliera estrangulado. Denna gritó entre jadeos y le clavó las uñas—. Así... Aráñame. Desahógate conmigo.

Denna, casi sin saber a dónde agarrarse y gimiendo cada vez que la llenaba, se aferró a su denso cabello con una mano y tironeó.

—Sigue —ordenó. Lo fulminó con la mirada a la vez que se desbordaban todos sus sentimientos: los que estaba expiando, los que estaba superando... y los que iban a quedarse entre los dos—. No pares... Maldito seas.

Blake subió la mano con la que dejaba marcas en su cuello y la agarró por la mandíbula. En los ojos de ella chisporroteó el fuego antes de darle un mordisco en el dedo pulgar. Él la embistió más crudamente a modo de falso castigo, y Denna lo abofeteó con la mano abierta, sin dejar de estremecerse.

Blake sonrió con todos los dientes.

—Menuda fiera tenemos aquí... ¿Quieres pegarme otra vez? —le propuso en tono sensual—. Aquí me tienes, Sirena. Destrózame.

Denna echó la cabeza hacia atrás y se desgarró a la vez que una serie de espasmos la sacudían hasta los pies. Blake la abrazó por la cintura, anclado en lo más profundo de su interior, para calmar su electrizante convulsión. Él cerró los ojos, revivió el impacto de la palma en su mejilla, el tacto de seda de su piel y el calor que lo estaba fraguando y llegó al orgasmo con una brutalidad que le arrebató las fuerzas para seguir sosteniéndose. Su falo aún seguía tenso e hinchado cuando se descargó en ella, y ella lo abrazaba por los hombros, temblorosa y frágil como las alas de las mariposas.

Blake se dejó caer sobre la joven y pegó los labios a su cuello antes de que ladeara la cabeza hacia él. No lo vio porque tenía los ojos cerrados, pero sintió que le dejaba un beso en la punta de la nariz.

—Te quiero —susurró. Esas dos palabras lo llenaron de energía de nuevo, y como sucedía en primavera, de las terminaciones podridas de su corazón brotaron nuevas esperanzas.

Blake abrió los ojos y la miró con fijeza.

—¿Te quieres casar conmigo?

Ella soltó una carcajada estrangulada.

—Qué bien que esta vez me lo preguntes.

Epílogo

Blake salió del dormitorio tambaleándose, despeinado, sudoroso y con una sonrisa de estúpido en los labios. Había intentado darle de nuevo un beso de despedida a Denna, pero esta se lo había prohibido después de que, en los dos intentos anteriores, hubiera acabado profundizando lo suficiente para aprovechar su desnudez y volver a hacerle el amor; esa vez, clavándola contra la pared. Era una suerte —y en cierto modo también una lástima— que Denna hubiera evitado que volviera a suceder dándole con la puerta en las narices.

«Por supuesto que sí», había dicho. Tenía su segunda oportunidad para convertirse en el hombre que le prometió que sería al Blake de once años, el que odiaba la facilidad con la que había aceptado la culpa. Pero la culpa había volado por la ventana del dormitorio; se había desvanecido entre los brazos de una Denna sonriente y satisfecha.

Su dulce expresión lo acompañaría el resto del día. Y nada, ni siquiera el gesto adusto del Carmichael con el que tropezó en el pasillo, podría acabar con la paz que le había oxigenado el corazón.

—Quiero hablar con usted —le dijo el highlander, que no parecía inmutarse por el estado en que Blake se encontraba. Se esforzó por dejar de sonreír y usar el mismo tono solemne con el que se dirigió a él.

—¿Ahora mismo? ¿Aquí?

—No tomará mucho tiempo.

Blake cambió el peso de pierna, enseguida intrigado por su seriedad.

—Te escucho.

Carmichael no necesitó asegurarse de que nadie más lo escuchaba: no había ni un alma despierta a esas horas, y menos en aquel pasillo, donde solo dormía él.

—Hace unos días fui a buscar a los contrabandistas. No estaban en la cabaña de donde sacamos a Lillias. —Hizo una pausa—. Me gustaría que me dijera dónde puedo encontrarlos. Algún otro enclave donde se escondan... algún lugar al que puedan haber ido.

Le habría gustado mostrarse sorprendido, pero no le extrañaba que Carmichael quisiera cobrarse una venganza. Lo que aquellos miserables habían hecho con Lillias era imperdonable y, si bien ahora sabía que no convenía jugar con ellos, entendió mucho mejor gracias a la determinación con la que Carmichael lo miraba que no podría disuadirlo de olvidarlo. Ni en ese

momento, ni nunca. El highlander era de ideas fijas, y todo el mal humor o rabia que no escupía en instantes de tensión quedaban reservados para esa clase de situaciones. Unas que sin duda lo merecían.

—Quieres ir a por ellos.

—Quiero matarlos.

Cualquier otro hombre se habría asustado al oír la fría calma con la que alguien podía referirse a acabar con la vida de una persona. Pero Blake, a pesar de no haber matado a nadie, estaba acostumbrado a esa pulsión animal y no solo lo entendió... sino que se ofreció.

—Cuenta con mi ayuda.

Continuará...

Nota de autora

Tal y como dije en la primera entrega de esta serie y al principio de la segunda, las novelas ambientadas en Lochranza han de leerse en orden y sin esperar que todos los misterios con los que comienza se desvelen en el libro en que surgen: es una saga que sigue una trama de fondo y en la que todos los personajes tienen un protagonismo puntual. No dejaremos de saber de Blake y de cómo avanza Calder en «próximos episodios», como diríamos si estuviéramos hablando de *Star Wars*. Lo único que se cierra es la relación que mantienen los protagonistas, que, naturalmente, es lo más importante en novela romántica.

Hay un par de frases que pueden sonar actuales y que no dudo que se me criticarán; no voy a hacer referencia a ellas porque son muy soeces y se dan en escenas amatorias (ya podéis haceros una idea), pero después de haberlas leído en novelas de Sabrina Jeffries y Lisa Kleypas respectivamente, y tras haber investigado cuándo empezaron a usarse las palabras en cuestión (quien quiera, que me pida documentación escrita), voy a tomarme la libertad de ponerlas también en las mías. Y, a no ser que venga alguien de 1837 a decirme que eso no era posible en el lenguaje hablado, lo voy a dar por válido.

Me he tomado la licencia de, por exigencia del guion, alterar un poco qué es lo que pasa cuando ingieres mercurio. En realidad, los síntomas físicos mencionados deberían haber aparecido si la ingesta es menor y prolongada en el tiempo, y no con la rapidez con la que se muestran (unas pocas horas). Es decir: si te envenenas con mercurio, no lo sabes con solo mirarte los dedos. De hecho, en esa época ni te enterabas: ahora te haces un análisis de sangre y santas pascuas. Pero me hace ilusión que aparezca la Reina para hacerse la lista. Y seguro que a ti también, que lo sé yo.

Como creo que hay confianza de sobra entre el lector de notas de autora y la escritora, te voy a confesar que este libro me ha sacado de mi zona de confort y me ha amargado terriblemente porque temía al resultado. Los caracteres de Blake y Denna no son recurrentes en mi «imaginario de personajes» y no sé si volveré a arriesgarme a vivir una experiencia similar, puesto que, al margen de que las chicas beta me hayan insistido una y otra vez en que todo es comprensible y no he escrito un «movidón tensísimo», términos en los que me refiero a esta historia, soy consciente de que he tonteado de lo lindo con los límites de la relación tóxica; algo que, particularmente, me desagrada. Pero quise ponerme el reto, y ahora puedo decir que voy a echar de menos su amor pasional.

De nuevo gracias al grupo de chicas que leen mis novelas y aguantan mis audios interminables con, sobre todo, dudas de tipo psicológico: «Pero ¿¿¿tú lo perdonarías??? Yo no sé qué decirte, tío». No sé si lamentar o alegrarme de que ya se hayan acostumbrado a mi tétrica manera de empezar una conversación: «¿Con qué puedo envenenar hasta casi la muerte a una hembra de cincuenta kilos?». Cuánto me alegro de que nadie conozca mi historial de Google.

Ah, y gracias a ti, por haber llegado hasta aquí. La gente que suele leer la nota es la que ha quedado encantada y va a dejarte cinco estrellas, y si no se te había pasado por la cabeza poner una bellísima reseña, aquí estoy yo para recordártelo. ;)

Si te ha gustado

Cuando una mujer perdona

te recomendamos comenzar a leer

Los recuerdos de Olvido

de *Fátima Beltrán Curto*



Volver

Regreso de madrugada a Barcelona, tal y como ella ha venido a mí durante estos casi veinte años que llevo sin pisarla.

No hay nadie esperándome en el aeropuerto de El Prat, pero sé que, a pocos kilómetros, me aguarda toda una ciudad de recuerdos. Mi equipaje es escaso, apenas una maleta, pero no he venido para quedarme, tan solo para cumplir una promesa.

Con el andar tembloroso, me dirijo hacia una de las numerosas puertas de salida y, antes de cruzarla, tengo tiempo de ver mi propia imagen reflejada en el cristal. Parezco una elegante mujer montada en unos imposibles tacones, con su traje chaqueta en crudo y su bolsito Marc Jacobs. El tiempo me ha sentado bien: me ha dado seguridad, patas de gallo y arrugas en el alma.

Salgo al exterior y el inconfundible y gélido aire de Barcelona se apresura a darme su abrazo de bienvenida. Me siento en casa, en la casa de mis recuerdos. ¿Cómo olvidarla? Tomo el primero de los taxis que hay dispuestos en una interminable hilera y tengo la sensación de que él también me ha estado esperando durante todos estos años. El conductor me busca con la mirada a través del espejo retrovisor.

—¿Para dónde la llevo?

—Al hotel Majestic, por favor.

Acto seguido, como si mis palabras fuesen el único conjuro que pudiera surtir efecto, el coche se va desgajando de aquella hilera —de abejorros metálicos— negra y amarilla que encabezaba para trazar con sus ruedas los últimos kilómetros de mi retorno.

En la radio se oye a Serrat cantando en catalán; después de tanto olvido, qué bien me vuelve a sonar esa lengua.

Mis ojos van acariciando el paisaje industrial que nos acompaña, están hambrientos por ver otra vez todas esas calles, mudos centinelas de mi primera juventud.

—Perdone, ¿podríamos antes pasar por vía Laietana?

—No hay problema —me responde el taxista, sin dejar de mirar al frente, mientras observo sus ojos a través del espejo retrovisor.

—Hace mucho que no vengo por aquí, ¿sabe? La verdad es que me muero por ver cómo está todo aquello.

Vamos entrando por el puerto, ladeando el mar, y percibo cómo la ciudad se va abriendo, lenta pero decidida, a nuestro paso. Atrás van quedando las afueras, como prólogo fugazmente escrito. El Mediterráneo, a mi derecha y, a la izquierda, un pedazo entero de mi vida.

Desde su iluminada atalaya, ya distingo a Colón en la desembocadura de las Ramblas, a ese Colón embustero que nunca señaló al Nuevo Mundo sino a Génova.

Tras un pequeño giro, comenzamos a ascender por vía Laietana, por donde mis ojos van rastreando pedazos de ayer entre aceras y mudos portales. Siento como si el corazón me diese un vuelco dentro del pecho; todo sigue estando igual.

El vidrio de la ventanilla me sirve de filtro y me obliga a recordar que han pasado ya casi dos

décadas y que yo ya no soy la Teresa que pateó ese mismo camino hace tantos años. Busco mi cara en el cristal para reconocerme algo más vieja, más refinada, con más dinero, pero con menos sueños. Ahora soy la Teresa que va en taxi, ahora soy la Teresa que tiene habitación reservada en el Majestic y no la niña que vivía en una austera pensión de la Barceloneta. Tal vez, en el fondo, la única diferencia entre las dos Teresas sea que a la primera le picaba el alma y a la de ahora tan solo le escuece.

De vía Laietana a paseo de Gracia, atravesando la plaza Urquinaona por la ronda de San Pedro. Y justo allí, en el epicentro del paseo de Gracia, como un coloso estudiadamente iluminado, mi hotel: un majestuoso edificio de siete plantas con marquesinas de hierro forjado estilo neoclásico.

El taxi aparca justo enfrente y, tras pagar y dejar una generosa propina, desciendo de él con mi maleta. Me resulta triste volver a una ciudad en la que trabé tantas amistades y tener que hospedarme como si fuese una turista, pero tampoco he avisado a nadie, necesito dosificar las emociones.

Suenan las cuatro de la mañana cuando mi mano golpea el timbre de recepción. Acto seguido, tras el mostrador, aparece un relamido caballero con bigote y corbata que me sonríe.

—Buenas noches, ¿tenía usted habitación reservada?

—Sí, buenas noches, a nombre de Teresa Martín.

El hombre busca mi nombre en una enorme y suntuosa agenda con cubiertas de piel y letras doradas con el nombre del hotel grabadas en su tapa delantera, detalle que me extraña por el hecho de que todavía utilicen este aparatoso sistema en lugar de tenerlo informatizado.

—Sí, señora, aquí está. Esta es su habitación. —Me extiende una de esas tarjetas magnéticas a modo de llave con las que tan malacostumbro a manejarme—. Es la 415, en la cuarta planta. Si me deja aquí su maleta, en breve se la subirán.

—Muchas gracias.

El relamido caballero me acompaña hasta el ascensor y aprovecha el corto paseo hasta él para recitarme horarios y servicios. Sus palabras resultan casi mecánicas y rebotan una tras otra contra mis oídos; estoy demasiado cansada como para escucharlo o prestarle la más remota atención.

Todo lo que pica madura; todo lo que escuece cura.

¿Podrías amar a un hombre que una vez fue tu enemigo?



Denna Houston ha sido infeliz en su matrimonio desde que se dio cuenta de que se había casado con un hombre manipulador... y al que, de una extraña y retorcida manera, siempre ha querido en secreto. Desde la primera noche hasta la última de sus cuatros años casada, ha estado jugando a columpiarse en el fino hilo que separa el amor del odio más visceral. Y no se ha roto hasta ahora: cuando tras seis meses desaparecido, su esposo regresa en cuerpo, pero no en alma.

Blake Houston no sabe quién fue ni qué hizo, pero sospecha que tuvo que ser contundentemente perverso para romper el corazón de la mujer a la que ahora no puede dejar de mirar. Tiene el corazón vacío de rencor y su memoria se resiste a recordar. Y a cada segundo que pasa, está más seguro de que no le convendría descubrir la verdad... porque eso es lo que podría separarla de ella para siempre.

Sin embargo, la amenaza de una conspiración se materializará en un problema mayor si no recuerda quién es el enemigo. Y si hay algo que tema más que al hombre que fue o la mujer que ella solía ser, es a perder la segunda oportunidad que le ha sido brindada...

Eleanor Rigby es el seudónimo bajo el que escribe una andaluza amante de las letras. Le apasiona la historia, el arte y la música, y durante muchísimo tiempo también la danza, que practicó durante diez años en un conservatorio superior. Actualmente estudia Historia del Arte en la Universidad de Granada, e intenta crear un estilo propio que abarque todos los subgéneros románticos posibles.

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2020, Eleanor Rigby
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-43-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer

NOTAS

Capítulo 1

[1] No llores, mi sirena.

[2] *Latha Fhèill Brìghde* es el nombre gaélico con el que se conoce el festival de Imbolc en Escocia, aunque originalmente la festividad es irlandesa por su origen céltico. Como digo, es uno de los cuatro principales festivales del calendario celta, asociado con el ritual de la Fertilidad, el día de Santa Brígida o la Fiesta de la Candelaria. En la actualidad se lo conoce como un festival neopagano.

Capítulo 2

[3] No me mientas, Sirena.

Capítulo 7

[4] Mírame.

[5] Me necesitas, lo sé.

Capítulo 14

[6] «Pequeño», en gaélico escocés.

[7] Amé a una doncella, y la amé tan bien/odié a todos los que hablaron por su voluntad/pero

Capítulo 15

[8] Vida.

[9] Te quiero.

[10] Eres la alegría de mi corazón.

Capítulo 19

[11] Despierta, por favor... Despierta.
[12] Mi amor, dime que estás viva.
[13] ¿Qué te han hecho?
[14] Te lo suplico, abre los ojos.
[15] Eres la luz de mi alma. No te apagues.
[16] Te quiero, ¿me oyes? Te querré siempre.

Capítulo 22

[17] Yo también, mi corazón.

Índice

Cuando una mujer perdona

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro
Sobre Eleanor Rigby
Créditos
Notas